



La marcha Radetzky

JOSEPH ROTH



A través del ejemplo de la familia Trotta, vinculada al emperador Francisco José de manera casi legendaria, Joseph Roth describe la decadencia austrohúngara y las condiciones sociales de su país, en el siglo XVIII. La novela narra la historia de tres generaciones: el fundador de la dinastía salva la vida al joven emperador durante la batalla de Solferino, su hijo se convierte en fiel servidor y funcionario del monarca y el nieto hará carrera en el ejército, abrumado por el peso de su apellido.



Joseph Roth

La marcha Radetzky

ePub r1.0

AlNoah 13.07.13

Título original: *Radetzkyarsch*

Joseph Roth, 1932

Traducción: Arturo Quintana

Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah

ePub base r1.0



Primera parte

Capítulo I

Los Trotta no eran de antiguo linaje. El fundador de la dinastía había obtenido el título de noble después de la batalla de Solferino. Era esloveno. Fue nombrado señor de Sipolje, ya que así se llamaba, el lugar de donde era oriundo. El destino le había escogido para una hazaña especial. Pero él procuró que los tiempos venideros se olvidaran de su persona.

En la batalla de Solferino se hallaba como teniente de infantería al mando de una sección. El combate se prolongaba desde hacía media hora. Trotta veía, a tres pasos frente a él, las blancas espaldas de sus soldados. La primera fila de la sección estaba rodilla en tierra; la segunda, a pie firme detrás. Todos estaban contentos y seguros de la victoria. Habían comido bien y se les había repartido aguardiente, en honor y a cuenta del emperador, quien desde el día anterior se hallaba en el frente. De vez en cuando se producía una baja en las filas. Trotta ocupaba rápidamente el vacío producido y disparaba con los fusiles abandonados de los muertos y los heridos. Daba órdenes para cerrar más las filas y cubrir los huecos u ordenaba que se desplegaran y observaba con ojo avizor el horizonte prestando atención al menor ruido. En medio de las descargas de la fusilería, su oído, muy sensible, distinguía las voces de mando, claras y escuetas, del capitán. Con su mirada penetrante atravesaba la niebla gris azulada de las líneas enemigas. Nunca tiraba sin apuntar, y todos sus disparos daban en el blanco. La tropa advertía las acciones y la mirada del teniente, oían sus órdenes y se sentían seguros.

El enemigo dejó de disparar. A todo lo largo del frente corrió la voz de «¡Alto el fuego!». Todavía se oía algún chasquido de los cerrojos o un disparo tardío y solitario. Había claros ya en la niebla gris azulada entre los frentes. De repente se encontraron sumidos en el calor del mediodía, que les llegaba de un sol plateado, cubierto por nubes de tormenta. En aquel momento apareció el emperador entre el teniente y las espadas de los soldados. Le acompañaban dos oficiales del estado mayor. El emperador se disponía a mirar con los prismáticos que le ofrecía uno de sus acompañantes. Trotta sabía bien lo que ello significaba: aun en el supuesto de que el enemigo se batiera en retirada, la retaguardia estaría, con toda seguridad, haciendo frente a los austríacos y quien la observase con unos prismáticos constituía un blanco sobre el que valía la pena hacer puntería. Y se trataba del joven emperador. A Trotta el corazón le dio un vuelco. Su cuerpo se estremeció, agitado por un escalofrío, ante el temor de que se produjera aquella catástrofe impensable, tremenda, que le aniquilaría, y también al regimiento, al ejército, al Estado, al mundo entero. Le temblaban las rodillas. Y el inveterado resentimiento de los oficiales subalternos en el frente respecto a los peces gordos del estado mayor, que no tienen ni idea de la dura realidad, obligaría al teniente a realizar aquella acción que iba a marcar su nombre, con sello indeleble, en los anales del regimiento. Agarró con ambas manos al emperador por los hombros para que se agachara, pero lo hizo con demasiada

fuerza. El emperador cayó al suelo al instante. Los acompañantes se precipitaron sobre él. En aquel momento una bala atravesó el hombro izquierdo del teniente; la bala dirigida al corazón del emperador. Al levantarse éste, el teniente cayó desplomado. En todo el frente despertaba ahora el traqueteo confuso y desordenado de los fusiles bruscamente sacados de su sopor. Los oficiales del estado mayor solicitaban impacientes Al emperador que se pusiera a cubierto, pero éste, consciente de su deber como emperador, se inclinó sobre el teniente, que yacía desvanecido en tierra, y le preguntó cómo se llamaba. Llegaron corriendo un médico del regimiento, un suboficial de sanidad y dos soldados con una camilla; avanzaban inclinados, escondiendo la cabeza. Los oficiales del estado mayor ordenaron el cuerpo a tierra al emperador y se tendieron ellos después. «¡Aquí está el teniente!», gritó el emperador al médico del regimiento que llegaba jadeando. El fuego cedía ya. Y mientras el alférez se ponía al frente de la sección y con voz clara anunciaba «¡Ahora tomo yo el mando!», se levantaron el emperador Francisco José y sus acompañantes, el personal de sanidad colocó con cuidado al teniente sobre la camilla, y todos se retiraron en dirección al puesto de mando del regimiento; allí, en una tienda blanca como la nieve, estaba el puesto de socorro más próximo.

La clavícula izquierda de Trotta estaba destrozada. El proyectil, que había quedado clavado por debajo de la paletilla izquierda, fue extraído en presencia del jefe supremo de los ejércitos, produciendo rugidos salvajes en el herido, que ya había vuelto en sí, a causa del dolor. A las cuatro semanas, Trotta estaba curado. Al regresar a su guarnición en el sur de Hungría tenía el grado de capitán, la más alta condecoración, la orden de María Teresa, y el título de nobleza. De ahora en adelante iba a llamarse Joseph Trotta von Sipolje.

Trotta tenía la sensación de que había cambiado su propia vida por otra nueva, extraña, como recién fabricada. Cada noche después de acostarse y cada mañana al levantarse se repetía a sí mismo sus nuevos rango y dignidad; se miraba al espejo para convencerse de que su rostro seguía siendo el mismo de antes. Diríase que el capitán Trotta, ahora ennoblecido, no conseguía situarse entre las confianzas no siempre oportunas que se tomaban sus compañeros, para intentar superar la distancia que el destino había puesto repentinamente entre ellos y él, y sus propios y vanos esfuerzos por tratar a los demás con la llaneza de costumbre. Sentíase como condenado de por vida a avanzar sobre un suelo resbaladizo metido en unas botas que no eran las suyas, perseguido por el secreteo de los demás y siempre recibido con recelo. Su abuelo había sido un aldeano con poca tierra, y su padre, suboficial de cuentas y más tarde gendarme en los territorios fronterizos del sur del reino. Desde que había perdido un ojo en un enfrentamiento con contrabandistas bosnios vivía como inválido del ejército y guardián del parque del palacio de Laxenburg, daba de comer a los cisnes, recortaba los setos, en primavera protegía los codesos de los ladrones, más tarde los saúcos, y en las noches tibias ahuyentaba a los enamorados, que no tenían dónde ir, de los oscuros y acogedores bancos. El grado de simple teniente de infantería parecía natural y adecuado para el hilo de un suboficial. Pero el capitán, ennoblecido y condecorado, que se movía en la aureola extraña y casi misteriosa de la gracia imperial como en una nube dorada, se sentía ahora separado repentinamente de su propio padre, y el debido respeto y la estimación del joven hacia su progenitor parecían exigir una actitud distinta y una nueva forma en las relaciones entre padre e hijo. Hacía cinco años que el capitán no

veía a su padre. Ahora bien, cada dos semanas, cuando el capitán entraba de guardia por el riguroso e inalterable turno, escribía una carta a su padre, sentado en el cuerpo de guardia, a la luz escasa y vacilante de la vela de servicio, después de visitar los puestos, comprobar los relevos e inscribir en la columna de observaciones un enérgico y escueto «Sin novedad», que de entrada ya negaba incluso la mínima posibilidad de que pudieran producirse tales «novedades». Las cartas resultaban tan parecidas entre sí como los pases y los partes de oficio, escritas en papel con fibra de madera, en octavo, con el encabezamiento «Querido padre:» a la izquierda, a cuatro centímetros de distancia del margen superior y a dos del lateral. Empezaban con una breve nota acerca del buen estado de salud del remitente, continuaban expresando el deseo de que no fuera distinto el estado de salud del destinatario y terminaba, después de punto y aparte, en el extremo inferior derecho y en directa oposición con el encabezamiento, con aquella frase caligrafiada de: «Con el debido respeto, fidelidad y agradecimiento, vuestro hijo Joseph Trotta, teniente». Pero ¿qué iba a suceder ahora?, especialmente dado que, a causa del ascenso, ya no estaba incluido en el turno inalterable de las guardias; ¿cómo iba a poder alterar las normas de las cartas, normas válidas para toda una vida de soldado?, ¿cómo iba a intercalar entre las frases, dictadas por las normas tradicionales, comunicaciones extraordinarias sobre esas circunstancias extraordinarias que él mismo no acababa de comprender? Aquella noche tranquila, cuando por primera vez después de su curación el capitán Trotta se sentó a la mesa, destrozada por las muescas y los cortes que los soldados habían hecho para matar el tedio, se dio cuenta de que sus esfuerzos por cumplir con el deber filial de la correspondencia no irían nunca más allá del «Querido padre:». Puso en el tintero la pluma inútil, despabiló la vela, como si esperase hallar inspiración en su luz sosegada, y se perdió lentamente en los recuerdos de la niñez, del pueblo, de su madre y de la academia militar. Observaba las sombras gigantescas que los pequeños objetos proyectaban sobre las blancas paredes desnudas, la línea brillante ligeramente curva del sable colgado de un gancho, junto a la puerta, y el oscuro tahalí metido en la guarnición. Escuchaba con atención la lluvia incesante que caía fuera y su tamborileo sobre el alféizar de la ventana recubierto de hojalata. Finalmente se puso en pie decidido a visitar a su padre a la semana siguiente, después de la audiencia de gracias con el emperador, ya concedida, a la que debería ir a los pocos días.

La audiencia con el emperador se celebró una semana después. Duró apenas diez minutos; diez minutos bajo la benevolencia imperial y en el curso de los cuales había que responder, en posición de firmes, a unas diez o doce preguntas, leídas de las actas, con un «¡Sí, majestad!» suave y decidido como una descarga de mosquetón. Inmediatamente después de la audiencia, Trotta fue en un coche de punto a visitar a su padre en Laxenburg. Encontró al viejo en la cocina de su alojamiento de servicio, en mangas de camisa, sentado a la mesa de madera desbastada, sin manteles, cubierta únicamente con un pañuelo azul marino con doblete rojo, frente a una gran taza de café humeante y aromático. El nudoso bastón de madera de guindo, colgado del borde de la mesa, oscilaba lentamente. Una bolsa arrugada de cuero, repleta de tabaco, se abría junto a la larga pipa de barro blanco, tostado, amarillento. Su color hacía juego con el enorme mostacho blanco del padre. El capitán Joseph Trotta von Sipolje surgía en la intimidad de esta casa, marcada por la estrechez y la sobriedad propias de

un funcionario, como un dios militar: el barboquejo reluciente, charolado el casco brillante como un sol negro, botas de un lustre flamígero como un espejo, resplandecientes las espuelas, con dos tiras de botones dorados, que casi despedían chispas, en el uniforme, bendecido por el poder sobrenatural de la Orden de María Teresa. Así se hallaba el hijo ante el padre, el cual se irguió lentamente, como si quisiera compensar el resplandor del joven con la lentitud del saludo. El capitán Trotta besó la mano de su padre, y éste le estampó un beso en la frente y otro en la mejilla. El capitán se desabrochó parte de su gloria y tomó asiento.

—Te felicito —dijo el padre en un tono normal, en el rudo alemán de los eslavos del ejército.

Despedía las consonantes como una tormenta y cargaba el acento sobre las sílabas únales. Cinco años atrás había hablado con su hijo en esloveno, si bien el muchacho sólo comprendía cuatro palabras y no era capaz de pronunciar ni una sola en esta lengua.

Pero hoy al viejo le parecía que el uso de la lengua vernácula era una confianza que no podía tomarse frente al hijo, tan alejado de él por la mano del destino y del emperador. El hijo, por el contrario, esperaba que salieran de los labios del padre las primeras palabras en esloveno, como algo muy lejano e íntimo, como una tierra perdida.

—Te felicito, te felicito —repetía el gendarme con voz de trueno—. En mi tiempo las cosas no iban así. En mi tiempo las pasábamos canutas con Radetzky.

«No hay nada que hacer, esto se acabó», pensó el capitán Trotta. Su padre estaba separado de él por dan pesado monte de grados militares.

—¿Queda todavía rakiya, padre? —preguntó para convencerse a sí mismo de que todavía quedaba algo común entre los dos.

Bebieron, brindaron, volvieron a beber, después de cada trago gemía el padre, se perdía en unas tos inacabable, se ponía azulado, escupía, lentamente se sosegaba y empezaba a contar historias triviales de su época de soldado con el decidido propósito de restar importancia a los méritos y éxitos de su propio hijo. Finalmente, el capitán se levantó, besó la mano paterna, recibió los besos paternos en la frente y en la mejilla, se abrochó el sable, se puso el chacó y se fue, convencido de que era la última vez que veía a su padre en este mundo.

Y fue la última vez. El hijo escribió al padre las cartas de costumbre, sin que hubiera otra manifestación de las relaciones entre ambos. El capitán Trotta había cortado el largo lazo de unión con sus antepasados eslavos campesinos. Con él se iniciaba un nuevo linaje. Pasaron los años, unos tras otros, como simétricas ruedas de paz. Trotta se casó, en consonancia con su rango, con la sobrina de su coronel, mujer que ya no se hallaba en la flor de la edad, rica en bienes, hija de un jefe de distrito en el oeste de Bohemia, que engendró un varón; Trotta gozó de la justa armonía que le proporcionaba su sana existencia militar en la pequeña guarnición donde servía; cada mañana iba a caballo al campo de instrucción, por la tarde jugaba al ajedrez con el notario en el café. Se fue acostumbrando a su cargo, a su situación, a su dignidad y a su fama. Poseía unas dotes militares de tipo medio, de las que daba pruebas medianas en las maniobras anuales, era un buen esposo,

desconfiado con las mujeres, no frecuentaba el juego, era hosco pero justo en el servicio y enemigo acérrimo de cualquier mentira, de cualquier actitud poco varonil, de la posición cobarde de quien rehúye los compromisos, decididamente opuesto a la alabanza fácil y a toda especie de ambición. Era un hombre tan sencillo y de una actitud tan irreprochable como su propia hoja de servicios, y únicamente la ira, que a veces le dominaba, habría permitido apreciar, a quien conociera bien a los hombres, que también el alma del capitán Trotta estaba sumida en los abismos profundos donde duermen las tempestades y las voces desconocidas de los antepasados sin nombre.

El capitán Trotta no leía libros, y en el fondo sentía compasión por su hijo, que ya iba entrando en edad de habérselas con la tiza, la pizarra y el borrador, con el papel, la regla y las tablas de multiplicar, y al que ya esperaban los inevitables libros de lecturas. El capitán todavía estaba convencido de que su hijo sería también soldado. No era capaz de imaginar que a partir de entonces, y hasta que se extinguiera su linaje, los Trotta pudieran ejercer una profesión distinta de la de soldado. Si hubiese tenido dos, tres, cuatro hijos, todos esos hijos habrían sido soldados, pero su mujer, de salud delicada, necesitaba atención médica y tratamientos, y una gestación habría sido peligrosa para ella. Esto era lo que pensaba entonces el capitán Trotta. Se hablaba de una nueva guerra y él siempre estaba preparado. Casi estaba seguro de que iba a morir en campaña. Consideraba, con recia ingenuidad, que la muerte en el frente era una consecuencia necesaria de la gloria militar. Hasta el día en que tuvo entre sus manos el primer manual de lecturas de su hijo. Éste acababa de cumplir cinco años y, gracias a la ambición de la madre, gozaba prematuramente de la mano de un profesor particular, de los sinsabores de la escuela. El capitán tomó el libro con indolente curiosidad. Leyó los versos de la oración matutina; era la misma desde hacía muchos lustros, la recordaba bien. Leyó «Las cuatro estaciones», «El zorro y la liebre», «El rey de los animales». Miró en el índice y halló el título de un fragmento escogido que parecía afectarle a él mismo, ya que se titulaba «Francisco José I en la batalla de Solferino». Leerlo y tener que sentarse fue todo uno. «En la batalla de Solferino —así se iniciaba el pasaje—, se encontró nuestro rey y emperador Francisco José I en grave peligro». Trotta salía personalmente en la historia. ¡Pero qué transformado! «El monarca —continuaba la narración—, en el ardor de la lucha, había avanzado tanto hacia el frente que de repente se halló rodeado de jinetes enemigos. Y en tan apurada situación, un joven teniente corrió al galope en ayuda del emperador, montado en un sudoroso alazán y blandiendo el sable. ¡Ah! ¡La de golpes que asestó sobre las cabezas y los pescuezos del enemigo!». Y seguía: «Una lanza atravesó el pecho del joven héroe, pero la mayor parte de los enemigos ya habían sido puestos fuera de combate. Empuñando la daga, el joven e impávido monarca pudo hacer frente fácilmente a los ataques, cada vez más débiles, del enemigo. En aquella ocasión cayó prisionera toda la caballería enemiga. Al joven teniente, cuyo nombre era Joseph, señor de Trotta, le fue concedida la más alta condecoración que nuestra patria otorga a sus héroes: la Orden de María Teresa». El capitán Trotta se retiró con el libro de lecturas en la mano al vergel que había detrás de la casa, donde su mujer solía ocuparse en pequeñas labores en las tardes templadas, y le preguntó, pálidos los labios y con voz muy débil, si conocía aquella infame narración. Ella, sonriendo, le dijo que sí.

—¡Es una pura mentira! —exclamó el capitán y tiró el libro sobre la tierra húmeda.

—Está escrito para niños —le indicó dulcemente la mujer.

El capitán le dio la espalda. Lo sacudía la cólera como la tempestad azota un minúsculo arbusto. Se marchó deprisa hacia la casa, el corazón le latía aceleradamente. Era la hora de la partida de ajedrez. Tomó el sable de la percha, se abrochó de un tirón el cinturón y salió a grandes pasos, violentos, de la casa. Quien lo viera pensaría que iba decidido a liquidar a un montón de enemigos. En el café jugó dos partidas sin decir palabra, con cuatro arrugas profundas en la frente pálida y estrecha bajo el pelo duro y corto. Después de un gesto desabrido hizo caer con la mano las piezas, que chocaron entre sí, y dijo a su compañero de juego:

—¡Necesito que me dé usted un consejo! —Siguió un silencio—. Se han burlado de mí —empezó a hablar y miró al frente, a los cristales relucientes de los lentes del notario y se dio cuenta, al cabo de un rato, de que le faltaban las palabras.

Pensó que hubiera debido llevar el libro de lecturas. Con ese odioso objeto entre manos le habría resultado mucho más fácil explicarse.

—¿Pero de qué burla está usted hablando? —le preguntó el notario.

—Yo jamás he servido en caballería. —El capitán Trotta pensó que era la mejor manera de empezar; si bien se daba cuenta de que, de esa forma no iban a comprenderle—. Y ahora se salen esos sinvergüenzas que redactan los libros de lecturas con que yo iba montado en un alazán, en un sudoroso alazán, eso escriben, y que me lancé al galope para salvar al monarca; sí, eso es lo que dicen.

El notario se hizo cargo del caso. También él conocía la historia por los libros de sus hijos.

—¡Pero usted exagera, señor capitán! —le dijo—. Piense que está escrito para niños.

Trotta le miró con sorpresa. En ese preciso momento tuvo la sensación de que todo el mundo se había confabulado contra él: los redactores de los libros de lecturas, el notario, su mujer, su hijo, el profesor que le daba clases.

—Todos los hechos históricos —decía el notario se redactan de forma especial para los libros de lecturas en la escuela. Y en mi opinión está bien así. Los niños necesitan ejemplos que puedan comprender y que se les queden grabados. La verdad exacta, ya la sabrán más adelante.

—¡La cuenta, por favor! —exclamó indignado el capitán y se puso de pie.

Se marchó al cuartel, donde sorprendió al oficial de guardia, el teniente Amerling, con una señorita en las oficinas del suboficial de cuentas. Pasó control de los centinelas personalmente, hizo llamar al sargento primero y mandó al suboficial de guardia que se presentara para dar el parte, le ordenó que formara la compañía y que hicieran ejercicios con mosquetón en el patio del cuartel. Todos obedecieron confusos y amedrentados. En cada sección faltaban unos cuantos soldados que no aparecían por ninguna parte. El capitán Trotta ordenó que se leyeran los nombres de los ausentes.

—Y mañana figurarán en el parte —le dijo al teniente.

Jadeando, los hombres hacían la instrucción con el mosquetón. Se oía el chasquido de los cerrojos, volaba el correaje, las manos ardientes pegaban palmadas sobre los fríos cañones metálicos y culatas inmensas daban con un golpe seco en el suelo blando.

—¡Carguen! —mandó el capitán.

Y temblaba el aire con el estallido de las salvas.

—¡Que durante media hora practiquen el presenten armas! —mandaba el capitán.

Y a los diez minutos daba una contraorden:

—¡Que se arrodillen para la oración!

Escuchaba tranquilo el sordo choque de las rodillas duras sobre la tierra, la grava y la arena. Todavía era el capitán, señor de la compañía. Esos escritorzuelos sabrán cómo las gasta un capitán.

Aquel día no fue al casino, ni siquiera comió; se echó a dormir. Durmió con un sueño profundo, sin soñar. A la mañana siguiente, al dar el parte, comunicó con breves y sonoras palabras sus quejas al coronel. Éstas fueron transmitidas por el conducto oficial. Empezaba así el martirio del capitán Joseph Trotta, señor de Sipolje, el Caballero de la Verdad. Transcurrieron muchas semanas hasta llegar la respuesta del Ministerio de Guerra, en la que se indicaba que las quejas habían sido transmitidas al Ministerio de Educación. Y transcurrieron otras muchas semanas, hasta que un día llegó la respuesta del ministro. Ésta rezaba así:

Muy señor mío y de mi más digna consideración:

En respuesta a las quejas de Ud. en relación con la lectura número quince de los libros de lectura autorizados por este Ministerio según decreto del 21 de julio de 1864 para las escuelas nacionales austríacas, libros redactados y publicados por los profesores Weidner y Srdeny, se permite el señor ministro de Educación advertir a Ud., con el máximo respeto, que las lecturas de carácter histórico, en especial las que atañen a la persona del emperador Francisco José, así como también a otros miembros de la familia imperial, deben redactarse, por decreto del 21 de marzo de 1840, de forma adecuada a la capacidad de comprensión de los alumnos y en consonancia con los mejores procedimientos pedagógicos. La lectura número quince en cuestión fue sometida al control personal del propio señor ministro de Educación, y éste le dio el pláceme para su uso en las escuelas. La enseñanza, en sus más altos representantes y no menos en los más modestos, está interesada en presentar a los alumnos del reino los hechos heroicos de nuestros guerreros en forma acorde con el carácter infantil, la fantasía y los sentimientos patrióticos de las nuevas generaciones, sin atentar nunca a la verdad de los hechos descritos, pero utilizando un lenguaje familiar que incite la fantasía y los sentimientos patrióticos. En atención a estas y parecidas consideraciones, el que suscribe ruega a Ud., con el máximo respeto, que se digne retirar sus quejas.

El escrito estaba firmado por el ministro de Educación. El coronel se lo pasó a Trotta aconsejándole paternalmente que olvidara el asunto.

Trotta cogió el escrito y no dijo nada. Una semana más tarde solicitaba por el conducto oficial que le fuera concedida audiencia con el emperador. Y a las tres semanas se hallaba en palacio por la mañana, frente a frente del jefe supremo de los ejércitos.

—Vea usted, querido Trotta —dijo el emperador—, este asunto es muy desagradable. Pero, en fin, ninguno de los dos sale malparado. Olvídelo.

—Majestad —replicó el capitán—, es una mentira.

—Tantas mentiras se cuentan... —corroboró el emperador.

—Es que no puedo —dijo en un sofoco el capitán. El emperador se le acercó. El monarca era apenas algo más alto que Trotta. Se miraron a los ojos.

—Mis ministros —empezó a hablar Francisco José— tienen que saber lo que se traen entre manos. Yo he de confiar en ellos. ¿Me comprende usted, querido capitán Trotta? —Y al cabo de un rato añadió—: Lo arreglaremos. Ya verá usted.

Había terminado la audiencia. Su padre todavía vivía, pero Trotta no fue a Laxenburg. Volvió a su guarnición y solicitó la separación del servicio.

Se retiró con el grado de comandante. Pasó a residir en Bohemia, en la pequeña finca de su suegro. La gracia imperial no dejó de velar por él. Al cabo de unas semanas recibió la comunicación de que el emperador se había dignado conceder al hijo de su salvador una beca de estudios de cinco mil florines procedentes de su bolsillo particular. Se le anunciaba además la concesión del título de barón.

Joseph Trotta, barón de Sipolje, aceptó malhumorado los dones imperiales como si fueran una ofensa. La campaña contra los prusianos se hizo sin él y perdieron. Trotta estaba rencoroso. Ya empezaban a plateársele las sienes, su mirada perdía brillo, su paso se tornaba lento, pesada la mano, hablaba menos que antes. A pesar de hallarse en sus mejores años, parecía como si envejeciera pronto. Expulsado del paraíso de la fe sencilla en el emperador y en la virtud, en la verdad y en el derecho, se hallaba encadenado ahora al silencio y la resignación, por más que se diera cuenta de que la astucia asegura la continuidad en este mundo, la fuerza de las leyes y la fama de los monarcas. Gracias a los deseos del emperador, expresados en alguna ocasión, desapareció la lectura número quince de los libros de lectura para las escuelas del reino.

El nombre de Trotta perduró únicamente en los anales secretos del regimiento. El comandante siguió viviendo, portador desconocido de una fama tempranamente apagada, como la sombra fugitiva que proyecta un objeto, escondido en secreto, sobre el claro mundo de la vida. En la finca de su suegro manejaba la regadera y la podadera y, como su propio padre en el parque del palacio de Laxenburg, ahora el barón recortaba los setos y segaba el césped y protegía en primavera los codesos y más tarde los saúcos de los ladrones, quitaba los maderos podridos de la cerca y los

sustituía por otros, nuevos y recién desbastados, reparaba las herramientas y los aparejos, embridaba y ponía personalmente la silla al bayo, arreglaba las cerraduras mohosas de las puertas y portales, ponía soportes de madera, tallados con paciencia y cuidado, entre los goznes cansados que se hundían, pasaba días enteros en el monte, cazaba conejos, liebres, perdices, pernoctaba en las viviendas de los guardabosques, cuidaba las gallinas, los abonos y la cosecha, las frutas y los espaldares, los mozos y el cochero. Tacaño y desconfiado, hacía él mismo las compras, sacaba monedas, con sus dedos largos y afinados, de una bolsa mugrienta de cuero que volvía a esconder en el pecho. Se convirtió en un simple campesino esloveno. A veces se sentía dominado por sus viejos arrebatos de ira que le agitaban como a un débil arbusto bajo una fuerte tempestad. Entonces golpeaba a los criados y los flancos de los caballos, daba violentos portazos que saltaban las cerraduras que antes había arreglado, amenazaba a los jornaleros con pasarlos a cuchillo, y al mediodía, a la hora de comer, apartaba el plato con gesto maligno, ayunaba y refunfuñaba. A su lado vivían, en aposentos separados, su mujer, débil y enfermiza, su hijo, a quien su padre sólo veía durante las comidas y cuyas notas examinaba dos veces al año sin jamás manifestar palabra alguna de alabanza o crítica sobre ellas, y su suegro, que consumía alegre su pensión, gustaba de las mozas, se pasaba semanas enteras en la ciudad y temía a su yerno. El buen barón Trotta se había convertido en un pobre y viejo campesino esloveno. Seguía escribiendo dos veces al mes, bien entrada la noche, a la luz vacilante de una vela, una carta a su padre, en una hoja en octavo, amarillenta, encabezada a cuatro centímetros con un «Querido padre:». Raras veces recibía respuesta.

Verdad es que a veces el barón pensaba en visitar a su padre. Hacía tiempo que tenía deseos de ver al gendarme, percibir otra vez aquella estrechez y sobriedad que le rodeaba, oler el tabaco y beber rakiya. Pero el hijo temía los gastos que ello suponía, como también los habría temido su padre, su abuelo y su bisabuelo. Ahora se sentía más cerca del inválido de Laxenburg que años atrás, cuando se sentaba en la cocina, encalada en azul, de la pequeña vivienda estatal y bebía rakiya. De sus propios antepasados nunca hablaba con su mujer. Comprendía que la hija de una antigua familia de funcionarios se sentiría incómodamente orgullosa frente a un gendarme esloveno. Por lo tanto nunca invitó a su padre. Y un día claro de marzo marchaba el barón con paso firme sobre la tierra dura en dirección a la casa del administrador de la finca cuando un criado le entregó una carta de la administración del palacio de Laxenburg. El inválido había muerto. Había fallecido, sin dolor alguno, a la edad de ochenta y un años. El barón Trotta dijo únicamente:

—Vete a hablar con la señora baronesa. Que me haga la maleta, esta noche salgo para Viena.

Y siguió andando hasta la casa del administrador, preguntó por las simientes, habló del tiempo, ordenó encargar tres nuevos arados, que pasara también el veterinario el lunes y que la comadrona fuese aquel mismo día a ver a la moza que estaba encinta. Al despedirse dijo:

—Mi padre ha muerto. Estaré tres días en Viena. —Hizo un breve saludo con el dedo y se fue.

La maleta estaba a punto, engancharon los caballos al coche, había una hora de marcha hasta la estación. Se tomó rápidamente la sopa y comió la carne. Después dijo a su mujer:

—¡No puedo más! Mi padre era un buen hombre. Tú nunca lo has visto.

¿Evocaba así su recuerdo? ¿Era una queja?

—¡Tú te vienes conmigo! —dijo al hijo, que le miraba sorprendido.

Su mujer se levantó para preparar también las cosas del muchacho. Mientras se hallaba arriba, ocupada en hacer las maletas, Trotta dijo a su hijo:

—Ahora conocerás a tu abuelo.

El chico, temblando, bajó la mirada.

Cuando llegaron, el gendarme ya estaba amortajado. Yacía allí con su enorme mostacho hirsuto, sobre el catafalco en su habitación, en uniforme azul marino y tres medallas relucientes sobre el pecho, custodiado por ocho velones de un metro de largo y por dos camaradas también inválidos. En un rincón rezaba una ursulina, junto a la única ventana, con las cortinas tiradas. Los inválidos se pusieron firmes cuando entró Trotta. Vestía su uniforme de comandante con la Orden de María Teresa. Se arrodilló a los pies del muerto; su hijo lo imitó, inclinando su joven rostro ante la suela inmensa de las botas del cadáver. Por primera vez en la vida el barón Trotta sintió una punzada, aguda y delgada, cerca del corazón. Sus ojos no dejaron caer una lágrima. Musitó unos cuantos padrenuestros, seguramente por piadosa timidez, se puso en pie, se inclinó sobre el muerto, besó los grandes mostachos, saludó a los inválidos y dijo a su hijo:

—¡Vamos! —Una vez afuera preguntó a su hijo—: ¿Le has visto?

—Sí —respondió el muchacho.

—No era más que un suboficial —dijo el padre—. En la batalla de Solferino salvé la vida al emperador y después nos dieron la baronía.

El muchacho no dijo nada.

Enterraron al inválido en la sección militar del pequeño cementerio de Laxenburg. Seis camaradas vestidos de uniforme azul marino llevaron el ataúd desde la capilla hasta la tumba. El comandante Trotta, en chacó y uniforme de gala, permaneció todo el tiempo con la mano sobre el hombro de su hijo. El muchacho sollozaba. La música tristona de la banda militar, la cantilena monótona y nostálgica de los clérigos, que volvía a sentirse cada vez que la música cesaba, el incienso que se elevaba lentamente, todo ello le causaba un dolor incomprensible, asfixiante. Y las salvas que disparaba media sección sobre la tumba los sacudieron con su implacable retumbar. Eran saludos militares disparados al alma del muerto que avanzaba en línea recta al cielo, desaparecido de este mundo para siempre jamás. Padre e hijo iniciaron el viaje de regreso, durante el cual el barón no dijo palabra. Pero cuando bajaron del tren y, detrás del jardín de la estación, subieron al coche que les esperaba, dijo el comandante:

—¡No te olvides del abuelo!

El barón continuó el ritmo habitual de su labor cotidiana. Los años pasaron como ruedas

apacibles, mudas, siempre iguales. No fue el gendarme el último cadáver que acompañara el barón a la tumba. Primero murió su suegro y, dos años más tarde, su mujer, rápida y modestamente y sin despedirse, después de una fuerte pulmonía. El barón envió a su hijo a un pensionado en Viena y dispuso que jamás pudiera ser militar profesional. Él siguió viviendo en la finca, solo en la casa grande, blanca, por la que únicamente se deslizaba el hálito de los difuntos; hablaba sólo con el guardabosques, el administrador, el criado y el cochero. Sus arrebatos de ira eran cada vez más raros. Pero los criados y jornaleros sentían constantemente su puño campesino, y aquel silencio cargado de ira era como un duro yugo sobre el pescuezo de todos. Una calma espantosa le precedía como a una tempestad. Dos veces al mes recibía unas cartas respetuosas de su hijo, y dos veces al mes respondía a ellas con cuatro frases cortas en unos papelitos, los márgenes que antes dejaba en las cartas y que ahora había recortado de las que quedaban. Una vez al año, el dieciocho de agosto, el día del cumpleaños del emperador, iba en uniforme a la guarnición más próxima. Dos veces al año, por las vacaciones de verano y de Navidad, su hijo le visitaba. El padre le entregaba, cada Navidad, tres florines, le hacía firmar un recibo y luego los volvía a guardar. Los florines iban a parar a un cofrecillo, en el baúl del viejo. Junto a los florines estaban dos diplomas con las notas que había obtenido el muchacho en la escuela. Daban testimonio de la constancia del hijo y de sus dotes mediocres, pero suficientes. Jamás regaló un juguete al muchacho, jamás le dio dinero para comprarse algo, nunca le dio un libro, a excepción de los que necesitaba para la escuela. Pero nada parecía faltarle al muchacho. Poseía unas dotes intelectuales sencillas, sobrias, honradas. Su escasa fantasía sólo le permitía desear que los años en la escuela pasaran cuanto antes.

Tenía dieciocho años cuando su padre le dijo por Navidad:

—Este año ya no te voy a dar más florines. Me firmas un recibo y te tomas nueve florines. Ten cuidado con las chicas. La mayoría están enfermas. —Se detuvo un instante y añadió—: He decidido que seas abogado. Todavía faltan dos años. Y el servicio militar lo harás cuando termines.

El muchacho aceptó obediente los nueve florines y el deseo de su padre de que fuera abogado. Las raras veces que iba con mujeres, las escogía con gran cuidado. Cuando volvió a casa en verano todavía tenía seis florines. Pidió a su padre que le diera permiso para llevar un amigo.

—Está bien —dijo sorprendido el comandante.

El amigo llegó con poco equipaje pero con una gran caja de pinturas que no agradó Al barón.

—¿Pinta? —preguntó el viejo.

—Pinta muy bien —dijo Franz, el hijo.

—¡Que no vaya a mancharme la casa! ¡Que pinte paisajes!

Y el huésped pintó en el jardín, pero no pintó paisajes. Hizo un retrato del barón Trotta de memoria. Durante las comidas observaba los rasgos de su anfitrión.

—¿Por qué me mira tanto? —le preguntó el barón.

Los dos jóvenes se pusieron colorados, fija la mirada en los manteles. Pero el retrato llegó a su término y lo entregaron al barón, en un marco, el día de la despedida. Trotta lo contempló con circunspección, sonriente. Le dio la vuelta como si quisiera descubrir detalles en el reverso que no habían aparecido sobre la superficie pintada del cuadro; se acercó con el cuadro a la ventana, lo puso a cierta distancia, se miró al espejo, se comparó con el cuadro y finalmente dijo:

—¿Dónde vamos a ponerlo? —Era su primera alegría desde hacía años—. Préstale dinero a tu amigo si lo necesita —le dijo a Franz en voz baja—. Que seáis buenos amigos.

Este retrato era y siguió siendo el único que jamás se hiciera del viejo Trotta. Más tarde lo pusieron en la habitación de su hijo, donde también ocupó la fantasía del nieto.

El comandante mantuvo buen humor durante unas semanas. Siempre cambiaba de sitio el cuadro, contemplaba con placer evidente su nariz de rasgos duros y salientes, la boca pálida y estrecha, los pómulos delgados que se levantaban como dos cerros frente a los ojos pequeños y negros, la frente breve y arrugada sobre la que se tendía el pelo recortado, hirsuto. Empezaba ahora a reconocer su propia cara y, a veces, sostenía mudos diálogos con ella. Surgían entonces en el comandante pensamientos desconocidos, recuerdos, sombras nostálgicas, inapresables, fugitivas. Necesitó poseer el retrato para darse cuenta de su vejez prematura y de su gran soledad; de la tela pintada se precipitaban sobre él la soledad y la vejez. «¿Fue siempre así?», se preguntaba. «¿Fue siempre así?».

Sin intención alguna iba una y otra vez al cementerio, a la tumba de su mujer, miraba el gris pedestal y la cruz blanca, la fecha del nacimiento y de la muerte; sentía que había muerto demasiado pronto y que ya no podía acordarse exactamente de ella. Se había olvidado, por ejemplo, de sus manos. «Licor ferruginoso de China», le vino a la memoria, una medicina que había tomado su mujer durante muchos años. ¿Y su cara? Con los ojos cerrados podía todavía contemplar su imagen, pero pronto desaparecía sumergida en una penumbra rojiza que la rodeaba. Era benévolo en la casa y en los campos, acariciaba a veces a un caballo, sonreía a las vacas, bebía con más frecuencia un vaso de aguardiente y un día escribió una breve carta a su hijo fuera de las fechas de costumbre. La gente se habituó a saludarle con una sonrisa. Llegó el verano y, con las vacaciones, el hijo y su amigo. El viejo se fue con los dos a la ciudad, entró en una fonda, se tomó dos tragos de slivowitz y encargó una comida abundante para los jóvenes.

El hijo se hizo abogado, iba con frecuencia a ver a su padre, daba una vuelta por la finca; un día sintió deseos de convertirse en su administrador y abandonar la jurisprudencia. Así se lo confesó a su padre. El comandante le dijo:

—Ya es demasiado tarde. Jamás en la vida serás un buen campesino. Te convertirás en un buen funcionario y nada más.

Ya estaba decidido. Y el hijo ocupó un cargo político como funcionario, comisario de distrito en Silesia. El nombre de los Trotta había desaparecido de los libros de lecturas autorizados por el ministerio, pero no de las actas secretas de las autoridades supremas, y los cinco mil florines que le había otorgado la gracia imperial garantizaban al funcionario Trotta la observación constante y

benévola, así como la ayuda, de las altas esferas desconocidas. Ascendió rápidamente. A los dos años de recibir el nombramiento de jefe de distrito murió el comandante. Su testamento fue una sorpresa. Estaba convencido, escribía, de que su hijo nunca sería un buen campesino y, como confiaba en que los Trotta, agradecidos al emperador por su constante benevolencia, alcanzarían a su servicio rango y dignidad, había decidido, en recuerdo de su propio padre, que Dios tenga en la gloria, que la finca que años atrás había heredado de su suegro, con todos los bienes muebles e inmuebles que contenía, pasara a ser propiedad del asilo de inválidos del ejército, y para ello sólo ponía una condición, a saber: que se le permitiera ser enterrado, con la mayor sencillez posible, en el cementerio donde reposaba su padre y, a ser posible, de no suponer demasiadas molestias, a su lado. Rogaba también que se prescindiera de toda pompa. El dinero en metálico que poseía, cinco mil florines y los intereses, depositados en la Banca Ephrussi de Viena, así como el dinero que se encontraba en la casa, plata y cobre y un anillo, un reloj y una cadena de la madre, que Dios tenga en la gloria, pasaban a manos del único hijo del testador, barón Franz de Trotta y Sipolje.

Una banda militar de Viena, una compañía de infantería, un representante de la Orden de María Teresa, un representante del regimiento de Hungría del Sur, al cual había pertenecido el mayor como modesto héroe, todos los inválidos que todavía podían avanzar por su pie, dos funcionarios de la cancillería de la corte y del gabinete, un oficial del gabinete militar y un suboficial con la Orden de María Teresa sobre un cojín con crespones negros: éste fue el duelo oficial. Franz, el hijo, iba de negro, delgado, solo. La banda tocó la misma marcha que en el funeral del abuelo. Las salvas disparadas fueron más fuertes y tuvieron un eco más sonoro.

El hijo no lloró. Nadie lloró por el muerto. Todo fue frío y solemne. No se pronunciaron palabras junto a la tumba. Al lado del suboficial de la gendarmería reposó el mayor barón de Trotta y Sipolje, Caballero de la Verdad. Se cubrió la tumba con una sencilla lápida militar en la que se grabaron, con letras pequeñas y negras, además de su nombre, rango y regimiento, su noble sobrenombre: «El héroe de Solferino». Poca cosa más quedó del muerto que esta piedra, una gloria olvidada, y su retrato. De la misma manera anda un campesino en primavera por los campos, y más tarde, en verano, la huella de sus pasos queda cubierta por la bendición del trigo, que ondea donde él sembrara. Aquella misma semana, el comisario superior imperial de distrito, Trotta von Sipolje, recibió una carta de su majestad en la que por dos veces se mencionaban «los inolvidables servicios» del finado que Dios tenga en su gloria.

Capítulo II

En toda la división no había mejor banda militar que la del regimiento de infantería número 10 de W, pequeña capital de distrito, en Moravia. Su director era uno de aquellos músicos militares austríacos que, gracias a su buena memoria y a una especial capacidad para crear nuevas variaciones a partir de viejas melodías, se hallaban en condiciones de componer cada mes una marcha militar. Estas marchas se parecían entre sí como soldados. La mayoría de ellas empezaban con un redoble de tambor, pasaban después al ritmo acelerado del toque de retreta, al sonido estrepitoso de los agradables platillos y acababan con el retumbar del trueno del bombo, ese alegre y breve temporal de la música militar. Lo que distinguía especialmente al músico mayor Nechwal frente a sus colegas era su gran tenacidad para crear nuevas composiciones y el rigor, entre alegre y enérgico, con que dirigía los ensayos. La mala costumbre de otros músicos mayores de dejar que el sargento dirigiera la primera marcha y no decidirse a tomar la batuta hasta haber llegado al segundo punto del programa era, en opinión de Nechwal, un síntoma evidente de la decadencia de la real e imperial monarquía austríaca. En cuanto la banda se había colocado en el semicírculo reglamentario, después de clavar los diminutos pies de los flexibles atriles en los hilillos de tierra que había entre los adoquines, ya estaba el músico mayor situado en el centro, frente a sus subordinados, con la batuta de ébano negro y puño de plata discretamente levantada. Todos los conciertos en la plaza — siempre bajo el balcón del señor jefe de distrito — se iniciaban con la marcha de Radetzky. A pesar de que los músicos dominaban esta composición hasta la saciedad y no tenían necesidad de dirección alguna, Nechwal consideraba que era menester leer todas las notas en la partitura. Y, como si ensayara por primera vez la marcha de Radetzky, todos los domingos, con absoluta meticulosidad militar y musical, erguía la frente, la batuta y la mirada y dirigía las tres hacia el segmento del círculo en cuyo centro se hallaba, y que en su opinión precisaba especialmente de sus órdenes. Redoblaban los tambores, tocaban dulces las flautas y resonaba el estrépito de los agradables platillos. En los rostros de los espectadores se dibujaba una sonrisa entre soñadora y complacida; sentían el hormigueo de la sangre que ascendía por las piernas y, a pesar de estar firmes, creían hallarse ya en plena marcha. Los hombres maduros dejaban caer la cabeza y recordaban sus maniobras militares. Las mujeres ya entradas en años permanecían sentadas en los bancos del parque cercano, y sus sienes, ya enmarcadas por hebras grises, temblaban. Era verano.

Sí, ya era verano. Los viejos castaños situados delante de la casa del jefe de distrito sólo por la mañana y por la tarde agitaban sus copas verdes, oscuras, frondosas. Estaban quietos de día, despedían un hálito áspero y proyectaban sus sombras, frescas y anchas hasta mitad de la calle. El cielo estaba siempre azul. El canto de las alondras sobre la ciudad tranquila era incesante. Traqueteaba a veces un coche de punto por los adoquines, llevando un forastero desde la estación hasta el hotel. Se oía el trotar de los dos caballos que tiraban del coche en que paseaba el señor de

Winternigg, por la calle mayor, de norte a sur, desde su palacio a sus inmensos cotos de caza. En su calesa, pequeño, viejo e insignificante, iba sentado el señor de Winternigg, un viejecillo amarillo envuelto en una manta amarilla, de rostro reseco y menudo. Como un último retazo del invierno pasaba por el verano, ahíto. Altas ruedas de gomas, elásticas y silenciosas, en cuyos delgados rayos charolados se reflejaba el sol, así avanzaba directamente desde la cama a su imperio rural. Las grandes selvas oscuras y los rubios guardabosques verdes le aguardaban ya. Los habitantes de la ciudad le saludaban. Él no respondía al saludo. Pasaba inmóvil por entre un mar de adioses. Su cochero negro se proyectaba hacia el cielo y, con su sombrero de copa, sobrepasaba casi los altos castaños; el látigo rozaba leve las espaldas morenas de los caballos, y de la boca cerrada del cochero salía, a intervalos regulares, un penetrante chasquido, más intenso que el trotar de los caballos, como un melódico escopetazo.

Ahora empezaban las vacaciones. El hijo del jefe de distrito, Carl Joseph von Trotta, de quince años de edad, alumno de la academia para cadetes de caballería de Mährisch-Weisskirchen, sentía que su ciudad natal era tierra veraniega; el hogar del verano, como el suyo propio. Por Navidad y Semana Santa siempre estaba invitado a la casa de su tío. Sólo iba a casa durante las vacaciones de verano. El día de su llegada era siempre un domingo. Se cumplía así la voluntad de su padre, el señor jefe de distrito, Franz barón de Trotta y Sipolje. Las vacaciones de verano, independientemente del día en que empezaran en la academia militar, tenían que iniciarse en casa, necesariamente, en domingo. Los domingos, el señor Trotta y Sipolje nunca estaba de servicio. Reservaba toda la mañana, de las nueve a las doce, para su hijo. Con gran puntualidad, a las nueve menos diez, un cuarto de hora después de la primera misa, el chico aparecía en uniforme de domingo ante la puerta de la casa de su padre. A las nueve menos cinco descendía Jacques, en librea gris, por las escaleras y decía:

—Señorito, su señor papá está llegando.

Carl Joseph daba un par de tirones a la chaquetilla, se ajustaba el correaje, la gorra en la mano y en posición de firme, según las ordenanzas. Llegaba el padre; el hijo pegaba un golpe de tacones que resonaba por el viejo caserón silencioso. El viejo abría la puerta y, con una breve indicación de mano, invitaba a pasar a su hijo. El muchacho hacía caso omiso de esta sugerencia. El padre entraba primero; Carl Joseph le seguía para detenerse en el umbral de la puerta.

—Ponte cómodo —le decía su padre al cabo de un rato.

Entonces, Carl Joseph se acercaba al gran sillón de terciopelo rojo y se sentaba frente a frente del jefe de distrito, con las rodillas rígidas, sosteniendo sobre ellas la gorra y los guantes blancos. Por entre las persianas bajadas se proyectaban sobre la alfombra granate débiles rayos de sol. Zumbaba una mosca, el reloj de péndulo daba las horas. En cuanto cesaba su eco, el padre preguntaba:

—¿Qué tal está el señor comandante Marek?

—Se encuentra bien, papá.

—Y en geometría, ¿sigues sacando malas notas?

—Algo he mejorado, papá.

—¿Has leído algunos libros?

—Sí, papá.

—¿Y qué tal montas? Si vamos a ser sinceros, el año pasado no eras nada extraordinario...

—Pero este año... —empezó diciendo Carl Joseph, pero su padre le interrumpió inmediatamente.

El jefe de distrito extendió la mano delgada, que permanecía semiescondida debajo de los grandes puños de la camisa redondos, brillantes.

—Acabo de decir que no fue nada extraordinario, fue... —el jefe de distrito se detuvo un instante y añadió a continuación con voz apagada— una vergüenza.

Padre e hijo callaron. La palabra «vergüenza», aunque dicha en voz baja, todavía se oía en la estancia. Carl Joseph sabía que después de una dura crítica paterna había que permanecer callado un rato. Era necesario aceptar la sentencia en toda su trascendencia, estudiarla, recordarla bien y clavársela en el corazón y en el cerebro. Se oía el tic-tac del reloj, zumbaba la mosca.

—Este año he mejorado bastante —dijo entonces Carl Joseph con voz clara—. Lo ha dicho incluso muchas veces el sargento primero. También he recibido una felicitación del señor teniente Koppel.

—Tengo que alegrarme, pues —observó con voz cavernosa el señor jefe de distrito.

Los puños chocaron con el borde de la mesa y se produjo un ruido seco.

—Sigue contando —dijo el barón y encendió un cigarrillo.

Era señal de que efectivamente ya podía ponerse cómodo: Carl Joseph colocó la gorra y los guantes sobre un pequeño pupitre, se puso en pie y empezó a contar todo lo que había pasado durante el año. El viejo le observaba complacido. De repente dijo:

—Pero ya estás hecho un buen mozo, hijo mío. Has cambiado hasta la voz. ¿Estás enamorado?

Carl Joseph se puso colorado. Le ardía la cara como un rojo farolillo, pero con buen ánimo hizo frente a su padre.

—Bueno, pues todavía no —dijo Carl Joseph.

—Nada, no te preocupes, sigue contando.

Carl Joseph tragó saliva, ya no estaba colorado; ahora tenía frío. Y fue contando, poco a poco, con muchas pausas. Al terminar, entregó a su padre la cuartilla con la lista de los libros leídos.

—Unas lecturas excelentes —dijo el jefe de distrito—. A ver, cuéntame el argumento de Zriny.

Carl Joseph le contó el drama, acto tras acto. Después se sentó, cansado, pálido, con la boca

seca. Miró el reloj a escondidas: todavía eran las diez y media. Faltaba aún una hora y media para terminar el examen. Y al viejo se le podía ocurrir hacer preguntas sobre la historia de la antigüedad o sobre la mitología germánica. El barón se paseaba, fumando por la habitación con la mano izquierda en la espalda. En la derecha se oía el crujido del puño almidonado. Los rayos de sol sobre la alfombra eran cada vez más brillantes y se acercaban a la ventana. Faltaba poco ya para el mediodía. Las campanas de la iglesia empezaron a tocar, resonaban en la habitación, como si repicaran detrás de las persianas. Hoy el viejo sólo hacía examen de literatura. Habló detalladamente de la importancia de Grillparzer y recomendó al hijo, como «lectura fácil», para las vacaciones, a Adalbert Stifter y Ferdinand von Saar. Pasó después a hablar de temas militares, las guardias, la segunda parte del reglamento, la composición de un cuerpo de ejército, la potencia bélica de un regimiento. De repente preguntó:

—¿Qué significa subordinación?

—Subordinación es la obediencia ciega —recitaba Carl Joseph— que todo subordinado debe prestar a sus jefes y todo inferior...

—¡Espera!... —interrumpió el padre y corrigió— así como todo inferior a su superior.

Y continuó Carl Joseph:

—... cuando...

—... en cuanto —corrigió el viejo.

—... en cuanto éste toma el mando.

Carl Joseph respiró aliviado. Daban las doce.

Ahora empezaban las vacaciones. Un cuarto de hora después ya oía los primeros redobles de tambor de la música, que llegaba del cuartel. Todos los domingos, al mediodía, tocaban delante de la residencia oficial del jefe de distrito, que en esta ciudad representaba, nada menos, que a su majestad el emperador. Carl Joseph se escondía detrás de los pámpanos de la parra del balcón y aceptaba la música de la banda como un homenaje. Se sentía algo emparentado con los Habsburgo, a quienes representaba aquí su padre y para quienes él mismo saldría un día a la guerra y a la muerte. Sabía todos los nombres de los miembros de la casa real. Los quería de verdad, con su corazón de niño, sobre todo al emperador, que era grande y bueno, justo y digno, infinitamente lejano y cercano, con especial afecto hacia los oficiales del ejército. Lo mejor era perecer por él bajo los acordes de la música militar, de ser posible los de la marcha de Radetzky. Y al compás de la música silbaban las balas ligeras junto a la cabeza de Carl Joseph; lucía al sol el sable, el corazón rebosaba ante el paso noble y ligero de la marcha y Carl Joseph caía entre el redoble orgiástico de la música, su sangre se hundía en una estrecha cinta granate sobre el oro terso de las trompetas, el negro charol de los bombos y la plata victoriosa de los platillos.

Detrás de él, Jacques carraspeaba. Era la hora de comer. Cuando la música cesaba un instante, se oía el ruido de los platos en el comedor, situado dos habitaciones más allá del balcón, exactamente

en el centro del primer piso. Durante la comida la música continuaba, lejana pero clara. ¡Qué lástima que no tocasen todos los días! La música era una cosa buena, agradable, daba a la solemne ceremonia de la comida un marco benévolo, conciliador, e impedía que surgieran las cortas y duras conversaciones, siempre desagradables, que tanto gustaban a su padre. Se podía callar, escuchar y gozar. Los platos tenían unas cenefas pálidas, delgadas y azuldoradas, que agradaban a Carl Joseph. Muchas veces las recordaría en el transcurso de los años. Estas cenefas y la marcha de Radetzky y el retrato de su madre muerta —que él no recordaba— y aquel cucharón pesado de plata, la olla para el pescado, los cuchillos de postre con el filo como una sierra, las pequeñas tacitas para café, las cucharillas frágiles, delgadas como monedas de plata; todo esto significaba: verano, libertad, su pueblo.

Entregó a Jacques los correaes, la gorra y los guantes y pasó al comedor. El viejo entró Al mismo tiempo y sonrió a su hijo. La señora Hirschwitz, el ama de llaves, llegó al cabo de un rato, con su vestido de seda gris, la cabeza erguida, el pelo recogido sobre la nuca y un gran broche curvo prendido en el pecho como un alfanje turco. Parecía un caballero armado de punta en blanco. Carl Joseph dio un beso fugitivo en su mano larga y dura. Jacques les acercó los sillones a la mesa. El jefe de distrito hizo la señal para sentarse. Jacques desapareció y volvió al instante con guantes blancos que parecían transformarle totalmente. Despedían un brillo como de nieve sobre su rostro, blanco de por sí, sobre sus patillas blancas, sobre sus pelos blancos. Pelos blancos que superaban en claridad a todo cuanto pueda ser claro en este mundo. Con los guantes sostenía una bandeja oscura, en la que llevaba una sopera humeante. Unos instantes después la depositó en medio de la mesa, con cuidado, sin hacer ruido y con gran rapidez. Según una vieja costumbre, la señorita Hirschwitz repartía la sopa. Había que recibir con los brazos amablemente abiertos los platos que ella ofrecía y responder además con una mirada agradecida en los ojos, a la que ella correspondía. Vagaba por los platos un brillo cálido, dorado; era la sopa: sopa de fideos. Transparente, con fideos pequeños, suaves, entrelazados, amarillos. El señor Trotta y Sipolje comía muy deprisa, con encono a veces. Diríase que aniquilaba con noble rencor un plato tras otro, en silencio, rápidamente, no dejaba títere con cabeza. La señorita Hirschwitz consumía en la mesa unas pequeñas raciones y, después del almuerzo, en su habitación, volvía a comer todos los platos. Carl Joseph se tragaba con temor y prisas grandes cucharadas ardientes e ingentes bocados. Así terminaban todos al mismo tiempo. No se cruzaba palabra alguna si el señor de Trotta y Sipolje permanecía callado. Después de la sopa se servía el asado con guarnición, el plato especial que el señor de Trotta comía, desde hacía años, todos los domingos. El barón se pasaba más de la mitad de la comida en observación complacida de los manjares. Acariciaba primero con la mirada el suave tocino que orlaba aquel imponente pedazo de carne y pasaba después a los diversos platos con la verdura, las remolachas de brillo violeta, las espinacas sobrias, de un verde exuberante, la lechuga sonriente y clara, los rábanos rusticanos de un blanco acedo, el perfecto trazo oval de las patatas nuevas, nadando en la mantequilla desleída como graciosos juguetes. El barón mantenía sorprendentes relaciones con la comida. Era como si se comiera con los ojos los mejores trozos; su sentido de la belleza le hacía consumir especialmente el contenido de los manjares, su alma podría decirse; el resto huero que iba a parar después a la boca y

al paladar era aburrido y había que devorarlo inmediatamente.

El buen aspecto de la comida era un placer para el viejo. Exigía también que los manjares fueran de composición sencilla.

El viejo se complacía tanto en el buen aspecto de la comida como en su composición sencilla. Le gustaba la comida casera; era una especie de tributo que pagaba a su propio gusto y a sus convicciones, y estas últimas, eran, en su opinión, espartanas. Así pues, sabía unir con provecho la satisfacción de sus deseos con las exigencias del deber. Era un espartano. Pero era también un austríaco.

Se disponía ahora, como todos los domingos, a trinchar el asado. Dejó caer los puños de la camisa en las mangas, levantó las manos y, mientras cortaba la carne con el cuchillo y el tenedor, empezó a hablar dirigiéndose a la señorita Hirschwitz:

—Ve usted, querida mía, no basta con pedirle al carnicero que nos sirva un buen trozo de carne tierna. Hay que fijarse en la forma en que lo corta. Quiero decir, si lo corta a lo largo o de refile. Los carniceros, hoy en día, ya no dominan su oficio. Con sólo un corte mal hecho y ya se puede tirar la carne de mejor calidad. Ve usted, querida mía, como ya casi no tiene remedio. No nota las fibras, es como si se deshojara. Lo máximo que se puede decir es que está reblandecida. Pero pronto se dará cuenta de que está dura. Y en cuanto a la guarnición, como dicen los alemanes del Reich, quiero que el rábano picante, llamado también rusticano, esté algo más seco. No me gusta que pierda su aroma en la leche. Y no debe aliñarse hasta poco antes de sacarlo a la mesa. Lo ha tenido demasiado rato en la leche y esto es un error.

La señorita Hirschwitz asintió lentamente y con gravedad. Había vivido muchos años en Alemania y hablaba siempre en alto alemán, y a su preferencia por las formas propias de la lengua literaria aludían los términos «guarnición» y «rábano rusticano» que había utilizado el señor Trotta. A la señorita Hirschwitz le suponía un evidente esfuerzo separar de la nuca el gran moño con que recogía su pelo, para poder inclinar la cabeza con un gesto afirmativo. Por ello, su correcta amabilidad tenía algo de mesurado, diríase incluso que contenía una actitud de defensa. En consecuencia, el jefe de distrito se consideró obligado a decir:

—Me parece que no me falta razón, querida mía.

Hablaba el alemán nasal de los altos funcionarios y de la nobleza austríaca. Su acento recordaba en algo guitarras lejanas en la noche, las últimas suaves vibraciones de las campanas que cesan de tañer; era una lengua dulce y precisa, tierna y malévola a la vez. Hacía juego con la cara delgada y huesuda del barón, con su nariz estrecha y arqueada, donde parecían hallarse aquellas consonantes sonoras, un poco nostálgicas. Cuando el jefe de distrito hablaba, su nariz y su boca, más que partes de la cara, parecían ser instrumentos de viento. Nada se movía en su rostro, a excepción de los labios. Las patillas oscuras que el señor de Trotta llevaba como un uniforme, como una insignia que demostraba que formaba parte de los criados de Francisco José I, como una prueba de sus convicciones dinásticas, también estas patillas estaban quietas cuando hablaba el señor Trotta y

Sipolje. Estaba tieso en su silla como si sus manos duras sostuviesen riendas. Cuando estaba sentado parecía estar de pie y cuando se levantaba sorprendía comprobar cuán alto era. Siempre iba de azul marino, en verano como en invierno, en los días festivos como en los de trabajo; una chaqueta azul marino y unos pantalones con rayas grises, muy ajustados y tensos por la trabilla. Entre el segundo y el tercer plato solía levantarse para «hacer ejercicio», como él decía. Más parecía, sin embargo, que lo hiciera para demostrar a los presentes cómo hay que erguirse, levantarse y empezar a andar sin perder la tiesura. Jacques se llevaba la carne cuando advirtió una rápida mirada de la señorita Hirschwitz con la que le recordaba que le calentara el resto para comerlo ella después. A paso lento, el señor de Trotta se acercó a la ventana, levantó ligeramente las cortinas y volvió a la mesa. En este preciso instante hicieron su entrada los pasteles de cereza sobre una amplia fuente. El jefe de distrito tomó uno, lo cortó con la cuchara y dijo a la señorita Hirschwitz:

—Esto, querida mía, es un auténtico modelo de pastel de cereza. Al cortarlo posee la consistencia necesaria y, sin embargo, se deshace en la boca. —Y dirigiéndose a Carl Joseph añadió —: Te aconsejo que hoy comas dos.

Carl Joseph tomó dos. Se los tragó en un santiamén, terminó de comer un segundo antes que su padre y se tomó un vaso de agua, ya que el vino sólo se bebía por la noche, para que los pasteles cayeran del esófago, donde quizá estaban todavía pegados, al estómago. A igual ritmo que su padre, dobló la servilleta.

Se levantaron. Afuera, la banda tocaba la obertura de Tannhäuser. Al compás de sus sonoros acordes, avanzaron hacia el gabinete. Allí, Jacques les sirvió el café. Esperaban al músico mayor Nechwal. Mientras los soldados formaban en la plaza llegó Nechwal, en uniforme de gala azul marino, con un brillante sable y dos pequeñas arpas, resplandecientes, en las solapas.

—Estoy encantado del concierto que nos ha dado usted —le dijo el señor de Trotta, como cada domingo—. Ha sido sorprendente.

El señor Nechwal hizo una reverencia. Había comido media hora antes en el casino de los oficiales y no había podido esperar el café, tenía en la boca todavía el gusto de la comida, le apetecía un Virginia. Jacques le llevó un paquete de cigarros. El músico mayor dio chupadas tan largas al encender el cigarro que Carl Joseph por poco se tuesta los dedos mientras se mantenía digno ante la boca ardiente del puro. Estaban todos sentados en anchos sillones de cuero. Nechwal les habló de la última opereta de Lehár en Viena. El músico mayor era un hombre de mundo. Dos veces al mes iba a Roma, y Carl Joseph adivinaba que el músico traía escondidos en el fondo de su corazón muchos secretos del Demi-monde nocturno de la ciudad. Tenía tres hijos y una esposa de «simple condición», pero él, lejos de los suyos, era el centro de atención de todos. Se divertía; contaba chistes judíos con mucha gracia, complaciéndose con ello. El jefe de distrito nunca los comprendía, ni tampoco reía, se limitaba a decir: «¡Qué bueno! ¡Qué bueno!».

—¿Qué tal su señora esposa? —le preguntaba sin falta el barón de Trotta.

Desde hacía años era siempre la misma pregunta. No había visto nunca a la señora Nechwal, ni

tampoco quería conocer jamás a una señora de «simple condición». Al despedirse le decía siempre al señor Nechwal:

—Con mis mejores respetos para su señora esposa, a quien no tengo el honor de conocer.

Y el señor Nechwal agradecía esta muestra de atención y le aseguraba que su esposa se alegraría por ello.

—¿Y qué tal los niños?

Trotta nunca sabía si eran niños o niñas.

—El mayor estudia mucho —dijo el músico mayor.

—¿También querrá ser músico? —preguntó Trotta con un ligero tono de desprecio.

—¡No! —replicó el señor Nechwal—. Otro año más y se irá a la academia para cadetes.

—Ah, oficial —dijo el jefe de distrito—. Está muy bien. ¿A la infantería?

El señor Nechwal sonreía.

—Sí, claro. Es un chico que realmente vale. Quizá vaya al estado mayor.

—Claro, claro —dijo el jefe de distrito—. Se han visto algunos otros casos así.

Y una semana después ya no se acordaba de nada. No iba a ocuparse de los hijos del músico mayor. El señor Nechwal tomaba dos tazas de café, ni una más, ni una menos. Lamentándolo, aplastaba el último tercio del Virginia. Era hora de marcharse y no podía irse con el cigarro encendido.

—Hoy ha sido algo sorprendente, fantástico. Mis respetos a su señora esposa, a quien desgraciadamente no tengo el honor de conocer —dijo el señor de Trotta y Sipolje.

Carl Joseph dio un taconazo. Acompañó al músico mayor hasta el primer rellano de la escalera, y después volvió al gabinete. Se puso ante su padre y dijo:

—Me voy a pasear, papá.

—Bueno, hijo, bueno, toma un poco el aire —le dijo el señor de Trotta haciendo un leve gesto con la mano.

Carl Joseph se fue. Quería pasear despacio, perezosamente, demostrar a sus pies que estaban de vacaciones. Se despabiló, como decían en el ejército, en cuanto vio al primer soldado. Entonces se puso en marcha. Llegó a un extremo de la ciudad, donde estaba la delegación de Hacienda, un gran edificio amarillo, tostándose lentamente al sol. Percibió el dulce aroma de los campos y el canto alborotado de las alondras. Colinas verdiazules cerraban el horizonte azul por el oeste, surgían ahora las primeras barracas campesinas, con el techo de paja y ripias, cacareaba el averío como charanga en el sosiego del verano. El país dormía envuelto en día y claridad.

Detrás de los terraplenes del ferrocarril se encontraba la casilla de los gendarmes, mandados por

un suboficial, el suboficial Slama. Carl Joseph le conocía. Decidió llamar a su puerta. Entró en la galería. Hacía un calor sofocante; llamó a la puerta y tiró de la campanilla; nadie salía. Se abrió una ventana. Apareció en ella la señora Slama, que se asomó entre los geranios.

—¿Quién es? —gritó, y al ver al joven Trotta añadió—: Inmediatamente estoy con usted.

Abrió la puerta del vestíbulo; se notaba el fresco y olía algo a perfume. La señora Slama había echado unas gotas de extracto en su vestido. Carl Joseph recordó los locales nocturnos de Viena.

—¿No está el señor suboficial? —preguntó.

—Está de guardia, señor de Trotta —respondió la esposa—. Pase usted.

Carl Joseph estaba sentado en el salón de los Slama. Era una estancia rojiza, de techo bajo, muy fresca, como una nevera. Los altos respaldos de los sillones acolchados eran de marquetería, con hojas y figuras entalladas que se clavaban en la espalda. La señora Slama sirvió gaseosa fresca, que tomaba a pequeños sorbitos, con el meñique extendido y las piernas cruzadas. Estaba sentada al lado de Carl Joseph dándole la cara y balanceaba un pie, metido en una zapatilla color carmín, sin medias. Carl Joseph miraba el pie y después la gaseosa. No miraba el rostro de la señora Slama. Sobre las rodillas, rígidas, tenía la gorra, el busto erguido ante la gaseosa como si fuera obligación del servicio beberla.

—Ha estado mucho tiempo fuera, ¿es verdad, señor de Trotta? —dijo la señora Slama—. ¡Y ha crecido usted mucho! ¿Ya ha pasado de los catorce?

—Sí, ya hace mucho.

Pensaba marcharse cuanto antes de aquella casa. Había que tomarse de un trago la gaseosa, hacer una reverencia elegante, presentarle sus respetos al marido y marcharse. Miraba desvalido la gaseosa; no había manera de terminar con ella. La señora Slama le sirvió más. Trajo cigarrillos. Fumar estaba prohibido. La mujer encendió un cigarrillo y chupó, indolente, hinchando las aletas de la nariz y meneando el pie. De repente, sin decir una sola palabra, le cogió la gorra de las rodillas y la puso sobre la mesa. Después le puso su cigarrillo en la boca, la mano le olía a humo y agua de colonia; ante sus ojos brillaban las mangas transparentes del vestido de verano floreado. Fue fumando, cortés, el cigarrillo, que todavía conservaba la humedad de los labios de ella, mientras miraba la gaseosa. La señora Slama puso otra vez el cigarrillo entre sus dientes y se colocó detrás de Carl Joseph. El muchacho tenía miedo de volverse. De pronto, las mangas transparentes de la mujer rodearon su cuello, mientras apoyaba su cara sobre los cabellos del joven. Carl Joseph ni se movió, pero el corazón le latía alocadamente; una tempestad se desataba en su interior, dominada apenas por su cuerpo rígido y los fuertes botones del uniforme.

—¡Ven! —murmuró la señora Slama.

Se sentó en su falda, lo besó suavemente mientras le sonreía con la mirada. Por casualidad cayó un mechón de pelo rubio sobre su frente y ella miró hacia arriba. Con los labios en punta, soplando, intentó apartarlo. Carl Joseph empezaba a sentir sobre sus piernas el peso de la mujer. Esto le

infundió nuevas fuerzas, los músculos tensos en las piernas y en los brazos. La abrazó y sintió el blando frescor de su pecho a través del paño áspero del uniforme. Reía ella retozando, pero era también como un sollozo. Las lágrimas le asomaban a los ojos. Después se echó hacia atrás y, con precisión cariñosa, fue desabrochando los botones del uniforme. Puso la mano suave y fresca en el pecho del muchacho, lo besó largo rato, gozando a fondo, y se levantó de repente como si hubiera oído un ruido. Al momento se puso él en pie; ella sonrió y lo arrastró lentamente, retrocediendo, con los brazos abiertos, la cabeza tirada hacia atrás y la mirada brillante, hasta la puerta, que abrió pegando con el pie hacia atrás. Se deslizaron en el dormitorio.

Como un cautivo indefenso vio, con los párpados semicerrados, cómo le desnudaba, lentamente, sin olvidar nada, como una madre. Con un cierto pánico observó cómo iban cayendo al suelo, una tras otra, sus prendas de gala, oyó el ruido sordo de los zapatos al caer y sintió inmediatamente después la mano de la señora Slama en su pie. Desde abajo iba ascendiendo una oleada cálida fresca hasta su pecho. Se dejó caer. Recibió a la mujer como a una gran ola blanda de placer, fuego y agua.

Se despertó. La señora Slama estaba ante él y le presentaba, una tras otra, sus prendas de vestir; se vistió de prisa. Ella corrió al salón y le alcanzó los guantes y la gorra. Le puso bien la chaqueta. Carl Joseph sentía en su cara las miradas de ella, pero evitó contemplarla. Pegó un taconazo, con gran estrépito, le dio la mano, con la mirada fija en el hombro derecho de ella, y se fue.

Desde un campanario daban las siete. El sol se acercaba a las colinas, azules ahora como el cielo, que apenas se distinguían de las nubes. Un dulce olor emanaba de los árboles al borde del camino. El viento nocturno peinaba las hierbas de los ribazos a ambos lados del camino; se las veía doblarse temblorosas bajo su mano invisible, silenciosa y ancha. En ciénagas lejanas empezaron a croar las ranas. Por la ventana abierta de una casa amarilla de los arrabales se asomaba una joven a la calle solitaria. Aunque Carl Joseph nunca antes la había visto, la saludó respetuosamente. Ella, algo sorprendida, agradeció el saludo. El joven Trotta sintió que ahora se había despedido efectivamente de la señora Slama. Como un centinela entre el amor y la vida estaba en la ventana aquella mujer extraña, pero ya no desconocida. Sintió que después de saludarla volvía a ser de este mundo. Se marchó con paso vivo. A las ocho menos cuarto ya estaba en casa. Anunció su regreso al barón, pálido pero con firmeza, como hacen los hombres. El suboficial Slama estaba de patrulla en días alternos. Cada día se presentaba con un legajo en la jefatura del distrito. Nunca se encontró con el hijo del jefe de distrito. Cada dos días, por la tarde a las cuatro, se iba Carl Joseph a la casilla de los gendarmes. A las siete se marchaba. El olor que llevaba consigo de la señora Slama se mezclaba con los aires de las secas noches de verano y permanecía en las manos de Carl Joseph día y noche. El joven procuraba no acercarse a su padre más de lo necesario durante las comidas.

—Huele a otoño —dijo una noche el viejo.

Generalizaba el barón: la señora Slama siempre usaba reseda.

Capítulo III

En el gabinete del jefe de distrito, frente a las ventanas, estaba colgado el retrato, muy alto, de forma que la frente y el cabello quedaban sumidos en las sombras de las vigas de madera. El nieto sentía gran curiosidad por la persona del abuelo y su pasada gloria. A veces, en las tardes tranquilas, en las que las verdes sombras oscuras de los castaños del parque municipal infundían en la estancia el sosiego fuerte y saturado del verano a través de las ventanas abiertas, cuando el jefe de distrito dirigía algunas de sus comisiones fuera de la ciudad y desde escaleras lejanas resonaban los pasos fantasmales del viejo Jacques, que iba en zapatillas por la casa, recogiendo zapatos, vestidos, ceniceros, quinqués y faroles para su limpieza, Carl Joseph se subía a una silla y contemplaba de cerca el cuadro del abuelo. La imagen se deshacía en numerosas sombras intensas y claros puntos de luz, en pinceladas y punteados; la tela pintada era un tejido de complicada urdimbre, un duro juego de colores del óleo seco. Carl Joseph bajaba de la silla. La sombra verde de los árboles jugueteaba sobre la chaqueta oscura del abuelo; las pinceladas y el punteado se unían de nuevo para formar otra vez aquella fisonomía que Carl Joseph conocía tan bien pero que no alcanzaba a comprender. Los ojos adquirían ahora su mirada acostumbrada, lejana, que se sumía en la oscuridad del techo. Todos los años, durante las vacaciones de verano, se celebraban los mudos diálogos entre el nieto y el abuelo. El muerto no descubría sus secretos; nada sabía el muchacho. De uno a otro año parecía que el cuadro iba palideciendo, que se convertía en algo propio del más allá, como si muriera una vez más el héroe de Solferino, como si se llevara lentamente consigo su recuerdo, hasta que llegaría el día en que sólo una tela vacía entre el marco negro, aún más mudo que el cuadro, contemplaría a sus descendientes.

Abajo, en el patio, a la sombra del balcón de madera, estaba sentado Jacques sobre un taburete, frente a la fila de zapatos ya limpios, formados militarmente. Cuando Carl Joseph volvía de visitar a la señora Slama, siempre permanecía un rato con Jacques en el patio.

—Cuénteme cosas del abuelo, Jacques.

Y Jacques dejaba el cepillo, el betún y el trapo, y se fregaba las manos, como si las limpiara del trabajo y la suciedad, antes de empezar a hablar del barón de Trotta, que Dios tenga en su gloria. Como siempre, empezaba con aquella frase que había dicho por lo menos veinte veces:

Yo siempre me entendí bien con él. Cuando llegué a la finca, yo no era ya muy joven, y no me casé, no; a su abuelo, que en gloria esté, no le habría gustado. No quería ver mujeres en casa, a excepción de su mujer, la señora baronesa, pero ella murió pronto, de los pulmones. Todo el mundo sabía que había salvado la vida del emperador, cuando la batalla de Solferino, pero él no soltaba ni una palabra sobre el tema. Es por eso por lo que le pusieron el sobrenombre de «Héroe de

Solferino» en la lápida. Y no era viejo, no, cuando murió; era al anochecer, serían las nueve, creo que en noviembre. Ya había nevado; por la tarde estaba el barón en el patio y me dijo: «Jacques, ¿dónde has puesto mis botas de piel?». Yo no sabía dónde estaban, pero le dije: «Voy ahora mismo a buscarlas, señor barón». «Deja, ya lo harás mañana, no corre prisa», me dijo. Y al día siguiente ya no las necesitó. Y no me casé nunca, no.

Esto era todo.

Una vez, durante las últimas vacaciones de Carl Joseph antes de entrar en quintas, el jefe de distrito le dijo al despedirse:

—Confío en que todo irá bien. Eres el nieto del héroe de Solferino. Piensa en ello y nada malo te pasará.

También el coronel, los maestros y los suboficiales recordaban el hecho; en consecuencia, nada podía pasarle a Carl Joseph. Sin ser un buen jinete, y a pesar de que en táctica era deficiente y en trigonometría un fracaso, sacó «un buen número en la promoción» y pasó con el grado de teniente al regimiento de X de ulanos.

Deslumbrados todavía los ojos por aquella fastuosidad insólita y por la última misa solemne, retumbando en los oídos el discurso de despedida del coronel, en uniforme azul celeste con botones dorados, las cartucheras plateadas y el águila bicéfala, noble, en la espalda, la *czapka* con la correa de escamas y el penacho en la izquierda, en pantalones de montar de un rojo vivo, las botas relucientes, las espuelas sonoras, el sable de ancho guardamano a un lado: así se presentó Carl Joseph a su padre en un cálido día de verano. Esta vez no era domingo. Un teniente podía también llegar en miércoles. El jefe de distrito estaba sentado en su despacho.

—¡Ponte cómodo! —le dijo.

Se quitó los lentes, cerró un instante los párpados, se levantó, contempló a su hijo y lo encontró todo perfecto. Abrazó a Carl Joseph, se besaron apenas en la mejilla.

—¡Siéntate! —dijo el jefe de distrito, y le empujó para que se sentara en un sillón.

Se paseaba de un lado al otro de la habitación. Buscaba una fórmula para empezar. En esta ocasión no podía reñirle, pero tampoco podía empezar con una demostración de satisfacción.

—Lo que tienes que hacer —dijo finalmente— es ocuparte de la historia de tu regimiento y leer también algo sobre la historia del regimiento en que sirvió tu abuelo. Yo he de ir a Viena por motivos oficiales. Estaré dos días allí. Me acompañarás. Dio un campanillazo. Acudió Jacques.

—Dígale a la señorita Hirschwitz —ordenó el jefe de distrito— que hoy nos sirva vino y, si es posible, que prepare el asado de ternera y pastel de cereza. Comeremos veinte minutos más tarde que de costumbre.

—Como usted diga, señor barón —dijo Jacques, y mirando a Carl Joseph murmuró—: Mi más cordial enhorabuena.

El jefe de distrito se fue a la ventana, la cosa amenazaba con ponerse sentimental. Advirtió cómo, a su espalda, el hijo daba la mano al criado, cómo Jacques se alejaba arrastrando los pies y musitaba algo sobre su abuelo, que en gloria esté. El barón no giró hasta que Jacques hubo salido de la habitación.

—Hace calor, ¿verdad? —dijo el viejo.

—Sí, papá.

—Vamos a pasear un poco; creo que es lo mejor.

—Sí, papá.

El jefe de distrito cogió el negro bastón de ébano con el puño de plata, en lugar del bastón de caña amarillo que solía llevar en las mañanas de sol. Tampoco salió con los guantes en la mano izquierda, sino que se los puso. Tomó el sombrero de copa corto y salió a la calle seguido de su hijo. Lentamente y sin cruzar palabra pasearon los dos por la calma veraniega del parque municipal. Saludó el guardia, se levantaron los hombres de los bancos y saludaron al barón y a su hijo. Frente a la figura oscura y grave del viejo resultaba aún más estrepitoso y brillante el abigarrado uniforme del joven. En la avenida, donde una muchacha rubia ofrecía gaseosa con grosella bajo un gran paraguas colorado, el viejo se detuvo y dijo:

—Un buen trago no nos sentará mal.

Pidió dos vasos de gaseosa sin grosella y observó con dignidad retraída a la rubia que, absorta y lasciva, parecía hundirse en el resplandor que envolvía a Carl Joseph. Bebieron y continuaron el camino. A veces, el jefe de distrito hacía oscilar lentamente el bastón; era como una señal de entusiasmo, de un entusiasmo que sabía contenerse. A pesar de no decir nada y seguir tan serio como siempre, a su hijo le parecía que el barón estaba jaranero. Alegre, emitía una tosecilla complacida, como una risa. Si alguien le saludaba, levantaba ligeramente el sombrero. En algunas ocasiones se dejaba arrastrar y exponía incluso atrevidas paradojas:

—Hasta la cortesía puede resultar pesada. Prefería decir una frase que sonara algo osada a que se le notara la alegría que experimentaba ante las miradas sorprendidas de los transeúntes. Al acercarse al portal de su casa se detuvo un instante. Se giró de cara al hijo y dijo:

—De joven también me habría gustado ser soldado. Tu abuelo lo prohibió categóricamente. Ahora estoy contento de que no seas funcionario.

—Sí, papá —replicó Carl Joseph.

Hubo vino para el almuerzo y se sirvió carne de ternera y pastel de cerezas. La señora Hirschwitz acudió a la mesa en traje festivo de seda gris y, al ver a Carl Joseph, perdió gran parte de su actitud severa.

—Me alegro mucho —dijo— y le congratulo de todo corazón.

—Congratular significa felicitar —puntualizó el jefe de distrito.

Empezaron a comer.

—No te apures —le dijo el viejo—. Si yo acabo antes, pues espero un poco.

Carl Joseph miró a su padre. Comprendió ahora que el viejo sabía bien lo que costaba comer a igual rapidez que él. Y por primera vez en la vida el joven creyó ver, a través de una armadura, el corazón vivo y la textura íntima de los pensamientos del viejo. A pesar de ser teniente se puso colorado.

—Gracias, papá —dijo.

El jefe de distrito se tomaba rápidamente una cucharada tras otra de sopa. Parecía como si nada oyera.

Dos días después subieron al tren que iba a Viena. El hijo leía el periódico y el viejo los informes. Al momento, el hijo dobló el periódico. El jefe de distrito miró un instante hacia la ventanilla, después observó a su hijo. De repente dijo:

—Conoces al suboficial Slama, ¿no?

Fue un puñetazo en la memoria de Carl Joseph, una llamada desde los tiempos perdidos. Recordó el camino que iba hacia la casilla de los gendarmes, la habitación de techo bajo, el camisón floreado, la cama ancha y blanda, percibió el olor de los prados y al mismo tiempo aquel perfume de reseda de la señora Slama. Escuchó atento.

—Desgraciadamente se ha quedado viudo, en este mismo año —siguió diciendo el viejo—. Una pena. Se le ha muerto la mujer, de parto. Deberías hacerle una visita.

De repente hacía un calor insoportable en el compartimiento. Carl Joseph intentó aflojar el cuello del uniforme. Mientras buscaba vanamente alguna palabra que decir, sintió deseos de llorar, un deseo loco, ardiente, como un niño. Se asfixiaba, tenía seco el paladar, como si no hubiera bebido desde hacía días. Notó la mirada de su padre y se esforzó en contemplar el paisaje. La proximidad de su punto de destino, al que se acercaban rápidamente, suponía para él un aumento de sus torturas. Quería hallarse por lo menos en el pasillo, pero comprendía al mismo tiempo que no podía escapar a la mirada y a lo que acababa de comunicarle el viejo. Como pudo sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

—Iré a visitarle.

—Parece que no te sienta bien ir en tren —señaló su padre.

—Sí; papá.

Erguido el cuerpo y silencioso, sometido a un tormento que no habría sabido cómo llamar, que jamás había sentido y que parecía una enfermedad extraña de exóticas tierras, así fue Carl Joseph hacia el hotel.

—Perdona, papá —consiguió decir.

Después cerró la puerta de su habitación, abrió la maleta y sacó la carpeta donde guardaba

algunas cartas de la señora Slama, en los sobres en que ella las había enviado, con la dirección Mährisch-Weisskirchen, lista de correos. Las hojas azules tenían el color de cielo y un recuerdo de reseda, y las negras letras, suaves, pasaban volando como una bandada de ágiles golondrinas. Las cartas de la difunta señora Slama eran para Carl Joseph como los mensajeros tempranos de su muerte, con la fineza fantasmagórica que surge sólo de las manos que van hacia la muerte, prematuros saludos del más allá. No había respondido a la última carta. La entrada en quintas, los discursos, la despedida, la misa, el nombramiento, el nuevo cargo y los flamantes uniformes perdían toda importancia ante el oscuro cortejo de aladas letras sobre el fondo azul. Sentía todavía en su piel las huellas de las manos, tan queridas, de la muerta, y en sus propias manos calientes se escondía todavía el recuerdo del frescor del pecho de ella. Cerrando los ojos rememoró aquel cansancio pletórico en su rostro saturado de amor, la boca roja abierta, el blanco brillo de los dientes, el brazo torcido indiferente y en todas las líneas de su cuerpo, el reflejo constante de un reposo feliz en sueños sin deseos. Ahora, los gusanos se arrastraban por sus pechos y sus muslos y una putrefacción minuciosa le devoraba el rostro. Cuanto más intensas se presentaban en la mente del joven las imágenes horribles de decadencia, tanto más violenta se desataba su pasión. Crecía ésta, diríase, hasta la incomprensible infinitud de las regiones donde la muerta había desaparecido. «Seguramente ya no la habría vuelto a visitar —pensaba el teniente—. La habría olvidado. Sus palabras eran dulces, era una madre, me quería, ha muerto». Era evidente que él tenía la culpa de su muerte. En el umbral de su vida estaba ella, un cadáver querido.

Era la primera vez que Carl Joseph se enfrentaba a la muerte. Ya no se acordaba de su madre. Sólo conocía de ella la tumba y las flores y dos fotografías. La muerte caía en él como un rayo negro, daba sobre su alegría inocente, convertía en cenizas su juventud y lo arrojaba hasta los límites de los velados abismos que separan lo vivo de lo muerto. Se extendía ante él una larga vida de aflicción. Se preparó a sufrir, pálido y decidido, como corresponde a un hombre. Guardó las cartas. Cerró la maleta. Salió al pasillo. Llamó a la puerta de la habitación de su padre, entró y oyó, como a través de una gruesa pared de cristal, la voz del viejo:

—Se ve que tu corazón resiste poco.

El jefe de distrito se estaba arreglando la corbata delante del espejo. Tenía que ir todavía al gobierno civil, a la jefatura de policía, al tribunal de justicia.

—Me acompañarás —dijo.

Fueron en un coche de dos caballos y ruedas de goma. Las calles se presentaban a Carl Joseph con todo el aire de los días de fiesta. El ancho oro de la tarde se vertía por las casas y los árboles, tranvías, transeúntes, policías, verdes bancos, monumentos y jardines. Se oía el golpe apresurado, chasqueante, de las herraduras sobre el adoquinado. Jóvenes mujeres vistas al pasar como claras luces agradables. Soldados que saludaban. Escaparates que brillaban al sol. El verano era suave en la gran ciudad.

Pero todas las bellezas del verano pasaban ante la mirada indiferente de Carl Joseph. Resonaban

en su oído las palabras del padre. El padre comprobaba ahora un sinfín de cambios: estancos que ya no estaban donde antes, quioscos nuevos, líneas de omnibuses que iban más allá, hacia los barrios, cambios en la localización de las paradas. En su tiempo muchas cosas eran distintas. Guardaba fiel recuerdo tanto de las cosas desaparecidas como de las que todavía persistían, su voz sacaba tesoros escondidos, minúsculos, de los pasados tiempos con una tenue ternura, desacostumbrada en él. Con su mano delgada indicaba los lugares donde había sido joven. Callaba Carl Joseph. También él acababa de perder la juventud. Su amor había muerto, pero su corazón se abría a la nostalgia paterna y empezó a sentir que detrás de la dureza pétrea del jefe de distrito se escondía otra persona, misteriosa pero bien conocida, un Trotta, descendiente de un inválido esloveno y de aquel sorprendente héroe de Solferino. Y cuanto más se animaba el viejo en sus exclamaciones y observaciones, tanto más escasas y calladas eran las palabras del joven para confirmar, obediente, lo que su padre decía. Añadía a ellas un rígido y servil «Sí, papá», el cual, pese a haberlo pronunciado tantas veces desde hacía años, sonaba ahora distinto, fraternal y casero. Parecía rejuvenecer el padre y envejecer el hijo. Se detuvieron delante de muchos edificios oficiales en los que el jefe de distrito buscaba a antiguos compañeros, testigos de su juventud. Brandl era ahora jefe de policía, Smekal jefe de departamento, Monteschitzky coronel y Hasselbrunner estaba ahora en la legación. Se detuvieron delante de las tiendas, encargaron en la casa Reitmeyer unos botines de cabritilla mate para los bailes de la corte y las audiencias, unos pantalones de salón en Wieden, en la tienda de Ettlinger, sastre militar y de la corte. Allí sucedió algo increíble: el jefe de distrito escogió en la joyería de Schafransky, joyero de la corte, una petaca de plata, con estrías, de buena factura, en la que hizo grabar unas palabras de consuelo: «In periculo securitas. Tu padre».

Al final fueron a parar al Volksgarten, donde tomaron café. Brillaban blancas, en las sombras verdes oscuras, las mesas redondas de la terraza, y en los manteles, el azul de los sifones. Cuando cesaba la música se oía el canto alborozado de los pájaros. El jefe de distrito levantó la cabeza y, como si de lo alto le llegaran los recuerdos, dijo:

—Una vez conocí aquí a una chica. ¿Cuándo debió de ser eso?

Y se perdió en cálculos mudos. Parecía que habían pasado muchos, muchísimos años desde entonces; Carl Joseph sentía que no era su padre quien estaba sentado a su lado sino un antepasado remoto:

—Se llamaba Mizzi Schinagl —dijo el viejo.

En las copas tupidas de los castaños buscaba la imagen perdida de la señorita Schinagl, como si hubiera sido un pajarillo.

—¿Vive todavía? —preguntó Carl Joseph por cortesía y también para comprender de alguna forma aquella época pasada.

—Ojalá sí. Pero ya sabes tú que en mis tiempos no se era sentimental. Había que separarse de las mujeres y los compañeros... —se interrumpió de repente.

Junto a la mesa se hallaba un extraño, un hombre con un sombrero de ala ancha y corbata al aire,

en un chaqué gris y muy viejo, de flácidos faldones, largo y tupido el pelo, la cara ancha y gris mal afeitada. Ya a primera vista se descubría en él a un pintor, con aquel aspecto tan característico de la imagen tradicional del pintor que casi resulta irreal y parece recortada de viejas ilustraciones. El desconocido puso su carpeta sobre la mesa y se preparó a ofrecer sus obras con aquella orgullosa indiferencia propia de quien padece miseria y se siente a la vez llamado a una gran misión.

—Pero, Moser —le dijo el señor de Trotta.

El pintor levantó lentamente los pesados párpados hasta descubrir sus grandes ojos claros. Observó por unos instantes al jefe de distrito, le tendió la mano y dijo:

—Trotta.

Y unos segundos después se había desprovisto ya tanto de su actitud sumisa como de su sorpresa. Con un gesto rápido lanzó la carpeta sobre la mesa, haciendo tintinear los vasos.

—Rayos y centellas —exclamó tres veces, como si efectivamente los estuviera lanzando él mismo, y se sentó, no sin antes proyectar una ancha mirada alrededor como si esperase el aplauso de la concurrencia.

Se quitó el sombrero y lo tiró al suelo, sobre la gravilla junto a la silla, apartó con el codo la carpeta de la mesa, calificando previamente su contenido de «una mierda», e inclinó la cabeza hacia el teniente. Frunciendo el entrecejo, se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—Bueno, señor gobernador —exclamó—, ¿es tu señor hijo?

—Te presento a un amigo de mis años mozos, al señor profesor Moser —dijo el jefe de distrito a su hijo.

—Rayos y centellas, señor gobernador —repitió Moser, al mismo tiempo que tiraba del frac de un camarero, se levantaba y encargaba algo en voz baja, como si fuera un secreto.

Se sentó otra vez y calló, fija la mirada hacia donde tenía que reaparecer el camarero con las bebidas. Al cabo de un rato compareció ante el pintor un vaso lleno hasta la mitad con slivowitz puro y claro; lo pasó por delante de la nariz husmeándolo dos o tres veces y, con un fuerte movimiento de brazo, lo levantó como si se tratara de un pesado jarro que quisiera vaciar de un solo trago; pero sólo dio unos sorbitos y recogió después con la punta de la lengua las gotas que quedaban en los labios.

—Hace dos semanas que estás aquí y todavía no me has visitado —dijo Moser con la actitud severa de un superior.

—Querido Moser —dijo el señor de Trotta—, llegué ayer y me marcho mañana.

Durante un buen rato el pintor observó el rostro del jefe de distrito. Después volvió a levantar al vaso y lo apuró de un trago, como si fuera agua. Cuando quiso dejarlo sobre la mesa, no daba con el plato y dejó que Carl Joseph le quitara el vaso de la mano.

—Gracias —dijo el pintor, y señalando al teniente con el índice exclamó—: Tiene un parecido extraordinario con el héroe de Solferino. Pero algo más débil. Débil la nariz. La boca blanda. Aunque puede cambiar con el tiempo...

—El profesor Moser hizo un retrato al abuelo —explicó el viejo Trotta.

Carl Joseph miró al padre y al pintor y en sus recuerdos surgió el cuadro del abuelo, dormido bajo las vigas del gabinete. Le resultaba incomprensible la relación del abuelo con este profesor; la confianza que su padre tenía con Moser le atemorizaba. Vio la mano ancha y sucia del desconocido que caía con un golpe amable sobre el pantalón a rayas del jefe de distrito y advirtió el suave estremecimiento de defensa del muslo paterno. Y allí estaba el viejo, digno como siempre, apoyándose en el respaldo de la silla y retirándose ante los efluvios de alcohol que el otro le proyectaba sobre el pecho y el rostro. Sonreía el viejo Trotta, complacido.

—A ver si mejoras algo —decía el pintor—, porque estás hecho un pingajo. Tu padre era otra estampa.

El jefe de distrito se acariciaba las patillas y sonreía.

—Vaya pues, el viejo Trotta —empezó de nuevo el pintor.

—La cuenta —dijo de repente en voz baja el jefe de distrito—. Nos perdonarás, Moser, pero es que estamos citados.

El pintor permaneció sentado. Padre e hijo salieron. El jefe de distrito cogió a su hijo del brazo. Por primera vez Carl Joseph sintió el brazo sarmentoso de su padre junto al pecho. La mano paterna, cubierta por un guante de cabritilla, se agarraba, leve y confiada, de la manga azul del uniforme. Era la misma mano que podía amonestar y advertir y hojear con dedos silenciosos y delgados en los papeles, mano seca y enojada, acompañada por el crujido de los puños almidonados. Era la mano que cerraba los cajones con un golpe rabioso y que sacaba las llaves de los cerrojos como si éstos se cerraran para siempre. La mano que repiqueteaba impaciente sobre el borde de la mesa cuando las cosas no iban como el barón deseaba, o sobre el cristal de la ventana cuando la situación se ponía tensa. Levantaba esta mano el delgado índice cuando alguien no había cumplido con su deber en la casa; se cerraba en un puño mudo que jamás golpeaba, pasaba dulce por la frente, se quitaba con cuidado los lentes, cogía suave el vaso de vino y acercaba cariñosa el negro Virginia a la boca. Era la mano izquierda del padre que el hijo tan bien conocía desde hacía tiempo. Y, sin embargo, diríase que era ésta la primera vez que reconocía en ella la mano de su padre, la mano paterna. Carl Joseph sintió deseos de apretarla contra su pecho.

—Has visto a ese Moser —empezó a decir el jefe de distrito. Permaneció callado un rato, buscando la palabra exacta, y dijo finalmente—: Habría podido llegar a ser alguien.

—Sí, papá.

—Cuando pintó el retrato del abuelo tenía dieciséis años. Los dos teníamos dieciséis años. Era mi único amigo en clase. Después se fue a Bellas Artes. Pero le dio por la bebida. Y a pesar de

todo... —Calló el jefe de distrito y dijo al cabo de unos minutos—: De todos los que he vuelto a ver hoy, él sigue siendo mi amigo.

—Sí, padre.

Por primera vez Carl Joseph decía la palabra «padre».

—Sí, papá —se corrigió rápidamente.

Anochece. Caía la noche con rudeza sobre la calle.

—¿Tienes frío, papá?

—En absoluto.

Pero el jefe de distrito andaba más deprisa. Pronto estuvieron cerca del hotel.

—Señor gobernador —se oyó detrás de ellos.

El pintor Moser, según parecía, les había ido siguiendo. Se giraron. Y allí estaba Moser, el sombrero en la mano, hundida la cabeza, humilde, como negando el saludo irónico de unos momentos antes.

—Ya me perdonarán los señores —dijo—. He observado demasiado tarde que mi pitillera está vacía. Mostró una pitillera abierta, vacía, de hojalata. El jefe de distrito sacó un estuche con puros.

—Yo nunca fumo puros —dijo el pintor.

Carl Joseph le ofreció un paquete de cigarrillos. Moser puso ceremoniosamente la carpeta en el suelo, llenó su pitillera, pidió fuego y colocó las manos alrededor de la llamita azul. Sus manos, coloradas y pegajosas, demasiado grandes en relación con sus muñecas, temblaban levemente, recordaban herramientas inútiles. Las uñas parecían pequeños azadones negros, como si los hubiera cavado poco antes en la tierra, en los excrementos, en unos puches de colores y en nicotina líquida.

—Resulta, pues, que ya no vamos a vernos nunca más —dijo, y se inclinó para recoger la carpeta. Se irguió; por sus mejillas se deslizaban lagrimones.

—Nunca jamás volveremos a vernos —sollozaba.

—He de ir un instante a mi habitación —dijo Carl Joseph.

Subió corriendo los peldaños hasta su habitación, se asomó a la ventana y observó con ansiedad a su padre. Vio cómo el viejo sacaba la cartera, cómo el pintor, rejuvenecido, le ponía a su padre aquella mano horrorosa sobre el hombro y oyó que Moser decía: «Bueno pues, Franz, hasta el tres, como siempre». Carl Joseph se apresuró a descender a la calle, como si tuviera que proteger a su padre, saludó al profesor y éste se retiró. Moser avanzó, la cabeza erguida, con la seguridad de un sonámbulo, como una flecha por la calzada, para volver a saludar desde la acera de enfrente antes de desaparecer por una esquina. Pero un instante después volvió a aparecer.

—Un momento —gritó, y su voz resonó en la calle dormida.

A grandes zancadas, con una seguridad increíble, Moser atravesó la calle y se plantó delante del hotel, tan tranquilo el hombre como si acabara de llegar, como si no se hubiera despedido dos o tres minutos antes. Y, como si fuese la primera vez que veía a su amigo de los años mozos y a su hijo, empezó a hablar con voz quejumbrosa.

—Es muy triste volver a vernos en estas condiciones. ¿Te acuerdas cuando te sentabas a mi lado en el tercer banco? En griego eras muy malo y yo siempre te dejaba copiar. Si eres sincero tienes que reconocerlo, ahora, delante de tu retoño. ¿No es cierto que todo me lo copiabas? —Y dirigiéndose a Carl Joseph añadió—: Era un buen muchacho, su señor padre, pero uno de aquellos que nunca se atreven. ¡Lo que le costó ir con las mujeres! Yo tuve que darle ánimos, porque, si no, no habría ido nunca. Vamos, Trotta, tienes que reconocer que fui yo el que te llevó allí.

El jefe de distrito sonreía satisfecho y callaba. El pintor inició los preparativos para soltar un largo discurso. Puso la carpeta en el suelo, se quitó el sombrero, avanzó un pie y empezó:

—La última vez que vi a tu padre, durante las vacaciones, ¿te acuerdas?... —Se interrumpió de repente y empezó a rebuscar por los bolsillos con las manos apresuradamente. Grandes gotas de sudor le caían por la frente—. Lo he perdido —exclamó, temblaba y parecía que iba a caer—. He perdido el dinero.

En ese momento salió el portero por la puerta del hotel. Saludó al jefe de distrito y al teniente con un movimiento violento de la gorra dorada y puso cara de pocos amigos: Parecía como si fuese a prohibir la alteración que provocaba el pintor Moser, el ruido que éste metía y las ofensas que causaba a los huéspedes delante del hotel. El viejo Trotta se puso la mano en el bolsillo del chaleco, calló el pintor.

—¿Me puedes ayudar? —preguntó el padre.

—Acompañaré un poco al señor profesor —repuso el teniente—. Enseguida vuelvo, papá.

El jefe de distrito levantó ligeramente el sombrero de copa y entró en el hotel. El pintor Moser recogió su carpeta y se alejó con aire digno.

En la calle era ya negra noche y el vestíbulo del hotel estaba en penumbra. El jefe de distrito estaba sentado en un sillón de cuero con la llave de la habitación en la mano, a un lado el sombrero y el bastón, como si formara parte, él mismo, de la oscuridad reinante. El hijo permaneció a una distancia respetuosa de su padre, como si quisiera anunciar el final del asunto Moser de forma oficial. Todavía no habían encendido las luces. Desde aquel silencio crepuscular resonó la voz del viejo.

—Nos vamos mañana por la tarde a las dos y quince.

—Sí, papá.

—Oyendo la música me he acordado de que deberías visitar al músico mayor Nechwal. Después de la visita al suboficial Slama, claro está. ¿Todavía tienes que hacer algún encargo en Viena?

—Recoger los pantalones y la pitillera.

—¿Y qué más?

—Nada más, papá.

—Mañana por la mañana te vas a saludar a tu tío. Parece que no te acordabas. ¿Cuántas veces has estado en su casa?

—Dos veces al año, papá.

—¿No te decía yo! Salúdale cordialmente de mi parte y le dices que me perdone. ¿Cómo se encuentra el bueno de Stransky?

—La última vez que le vi, perfectamente.

El jefe de distrito cogió su bastón y apoyó la mano extendida sobre el puño de plata, como acostumbraba a hacer cuando estaba de pie y como si, aún sentado, necesitara un punto de apoyo especial al hablar de Stransky.

—Yo le vi por última vez hace ya diecinueve años. Entonces sólo era teniente. Ya estaba enamorado de la Koppelman esa. ¡No tenía remedio! Era un caso. Mira que enamorarse de una Koppelman. —Pronunció este nombre con más intensidad que el resto de la frase y con una separación evidente entre él y las demás palabras—. Claro está que no podían pagar la fianza. Por poco me convence tu madre de que yo le pagara la mitad.

—¿Tuvo que salir del ejército?

—Sí, claro. Y se fue a los ferrocarriles del Norte. ¿Qué será ahora? Creo que pertenece al consejo de administración, ¿no?

—Sí, papá.

—Pues ya ves. ¿Y el hijo? ¿No se ha hecho boticario?

—No, papá, Alexander todavía va al instituto. —Ah, dicen que cojea un poco, ¿no?

—Sí, tiene una pierna más corta que la otra.

—Ya decía yo —concluyó satisfecho el viejo como si hubiera sabido, diecinueve años antes, que Alexander iba a cojear.

Se puso en pie, las luces del vestíbulo ardían ya e iluminaban su palidez.

—Voy a buscar dinero —dijo, acercándose a las escaleras.

—Ya iré yo, papá —dijo Carl Joseph.

—Gracias —dijo el jefe de distrito.

—Te recomiendo —dijo después, mientras comían el budín— la sala Bacchus, quizás encuentres allí a Smekal.

—Gracias, papá, buenas noches.

Por la mañana, de once a doce, Carl Joseph fue a casa de su tío Stransky. El señor consejero estaba todavía en el despacho; su esposa, née Koppelman, le rogó que saludara en su nombre, cordialmente, al jefe de distrito.

Carl Joseph volvió al hotel por los bulevares lentamente. Mandó que enviaran los pantalones al hotel y pasó a recoger la pitillera. La pitillera estaba helada; a través del delgado bolsillo de la blusa percibía el frío que despedía sobre su pecho. Carl Joseph pensaba en la visita de pésame al suboficial Slama y decidió que no entraría en la habitación. Se limitaría a decir desde fuera: «Mi más sentido pésame, señor Slama». Recordaba el chillido de las invisibles alondras en la cúpula azul y el susurro monótono de los grillos. Olía a heno, el tardío olor de las acacias, se abrían los capullos en el jardincillo de la gendarmería. La señora Slama estaba muerta. Kathi, Katharina, Luise en su fe de bautismo. Estaba muerta.

Volvieron a su casa. El jefe de distrito puso los documentos a un lado, hundió la cabeza en el terciopelo rojo del asiento junto a la ventanilla y cerró los ojos.

Carl Joseph vio por primera vez la cabeza del jefe de distrito en posición horizontal, hinchadas las aletas estrechas, huesudas, de la nariz, en el mentón bien afeitado y empolvado el gracioso hoyuelo y extendidas las patillas en dos alas anchas negras. Ya plateaba algo en los extremos, que le marcaban los años, y también en las sienes. «¡Y un día se morirá! —pensaba Carl Joseph—. Se morirá y le enterrarán. Y yo seguiré viviendo».

Estaban solos en el departamento. El rostro dormido del padre se mecía apacible en la roja penumbra del asiento. Debajo del bigote negro se marcaban los labios pálidos y delgados, como una línea única, y en el cuello estrecho, entre las puntas brillantes del cuello almidonado, surgía la nuez de Adán; los párpados azules, en mil arrugas, temblaban continuamente, lentos; la corbata ancha, granate, oscilaba a un mismo ritmo; dormían también las manos, resguardadas en las axilas, cruzados los brazos sobre el pecho. El padre dormido irradiaba una gran paz. También su severidad dormía y se dulcificaba, escondida en aquella arruga perpendicular entre la nariz y la frente, como una tempestad dormida en una abrupta hendidura de los montes. Carl Joseph conocía esta arruga, la conocía muy bien. Adornaba el rostro del abuelo en el retrato del gabinete, era la misma arruga, el violento ornato de los Trotta, la herencia del héroe de Solferino.

El padre entreabrió los ojos.

—¿Cuánto falta todavía?

—Dos horas, papá.

Empezó a llover. Era miércoles. La visita de pésame para el suboficial Slama estaba anunciada para el jueves por la tarde. El jueves por la mañana llovía también. Un cuarto de hora después de la comida, estaban tomando todavía el café en el gabinete.

—Voy a ver a los Slama, papá —dijo Carl Joseph.

—Desgraciadamente, está solo —replicó el jefe de distrito—. Lo mejor es que vayas a verle a las cuatro.

En ese momento se oyeron dos campanadas desde el reloj de la torre de la iglesia. El jefe de distrito señaló con el dedo en dirección de las campanas. Carl Joseph se puso colorado. Parecía que el padre, la lluvia, los relojes, los hombres, el tiempo y la naturaleza misma estaban decididos a hacerle todavía más penosa su visita al suboficial Slama. También antes, aquellas tardes cuando iba a ver a la señora Slama, todavía viva, había esperado impaciente el tañido dorado de las campanas, igual que hoy, pero entonces lo que deseaba era precisamente no encontrarse con el suboficial. Aquellas tardes, parecían enterradas bajo largos decenios. La sombra de la muerte se cernía sobre ella y la cobijaba; la muerte estaba entre hoy y entonces y colocaba todas sus tinieblas sin tiempo entre el pasado y el presente. Pero, a pesar de todo, el tañido dorado de las horas no había cambiado, y hoy como ayer estaban sentados en el gabinete y tomaban café.

—Llueve —dijo el padre, como si lo advirtiera ahora por primera vez—. ¿Tomarás un coche, no?

—Me gusta ir bajo la lluvia, papá —contestó Carl Joseph, pero en realidad quería decir: «Que sea el camino largo, muy largo, por donde vayan mis pasos. Cuando ella todavía vivía, quizás entonces debería haber tomado un coche».

Hubo un silencio, resonaba la lluvia monótona contra la ventana. El jefe de distrito se levantó.

—Me voy allá. —Quería decir al despacho—. Después nos veremos.

Cerró la puerta más suavemente que de costumbre. Carl Joseph tuvo la sensación de que el padre permanecía un rato fuera escuchando.

Tocaron las dos y cuarto, después la media. Las dos y media, todavía faltaba una hora y media. Salió al pasillo, tomó el abrigo, puso bien los pliegues de reglamento en la espalda, pasó el guardamano del sable por la abertura de la bolsa de costado, se puso la gorra automáticamente delante del espejo y salió de la casa.

Capítulo IV

Fue por el camino de costumbre, atravesó el paso a nivel con las barreras abiertas, siguió a lo largo de la delegación de Hacienda, dormido edificio amarillo. Desde allí se veía ya la casa cuartel de los gendarmes. Siguió andando. A unos diez minutos de marcha, desde la casa cuartel, estaba el cementerio con la cerca de madera. El velo de la lluvia parecía caer más denso sobre la muerta. El teniente hizo girar el picaporte húmedo y entró en el cementerio. Se oía el canto perdido de un pájaro desconocido. ¿Dónde estaba escondido? ¿No cantaba acaso desde una tumba? Se dirigió a la portería y abrió la puerta. Dentro, una vieja, con las gafas sobre la nariz, pelaba patatas. Dejó caer las peladuras y las patatas de la falda a un cubo y se levantó.

—¿La tumba de la señora Slama, por favor?

—La penúltima fila, catorce, tumba siete —dijo la mujer sin titubear, como si hubiera esperado largo tiempo esa pregunta.

Era una tumba nueva, una minúscula colina, una cruz de madera, pequeña, provisional y una corona de violetas de cristal, mojada, que hacía pensar en confiterías y bombones. «Katharina Luise Slama, nacida, fallecida». Allí debajo estaba ella; los gordos gusanos anillados empezaban a roer complacidos los senos blancos redondos. El teniente cerró los ojos y se quitó la gorra. La lluvia acariciaba con húmeda ternera sus cabellos peinados en raya. No le interesaba la tumba, el cuerpo en putrefacción debajo de este montículo nada tenía que ver con la señora Slama; estaba muerta, muerta, es decir inaccesible, aun cuando estuviera junto a su tumba. Más cerca de él estaba aquel cuerpo, enterrado en su recuerdo, que el cadáver bajo este montón de tierra. Carl Joseph se puso la gorra y miró el reloj. Faltaba todavía media hora. Salió del cementerio.

Llegó a la casa de los gendarmes, llamó, pero nadie acudió. El suboficial se hallaba aún en su casa. Caía la lluvia sobre la parra que rodeaba la entrada. Carl Joseph dio unos pasos, encendió un cigarrillo, lo tiró; se sentía como un centinela, y cada vez que su mirada se posaba en la ventana, desde donde Katharina siempre lo había saludado, giraba la cabeza, miraba el reloj, volvía a llamar y esperaba.

Cuatro campanadas llegaron lentas, apagadas, desde la torre de la iglesia. De repente apareció ante él el suboficial. Saludó mecánicamente antes de darse cuenta de a quién tenía delante. Como precaviéndose frente a una amenaza del suboficial, Carl Joseph dijo, en voz más alta de lo que pretendía:

—Buenas tardes, señor Slama.

Le dio la mano y se precipitó en el saludo como en una trinchera, esperando con la misma

impaciencia que se espera un ataque, los preparativos lentos del suboficial en responder el saludo, los esfuerzos que hacía para quitarse el guante mojado de hilo, la aplicación con que realizaba esta tarea y su mirada caída. Finalmente, la mano húmeda y ancha del suboficial se puso sin fuerza en la del teniente.

—Gracias por la visita, señor barón —dijo el suboficial, como si el teniente no acabase de llegar, sino que estuviese preparándose para marchar.

El suboficial sacó la llave. Abrió la puerta. Una ráfaga de viento lanzó la lluvia torrencial contra la entrada. Parecía como si empujase al teniente hacia la casa. El pasillo era oscuro. ¿Acaso no brillaba una estrecha faja luminosa, argéntea, delgada, terrenal vestigio de la muerta? El suboficial abrió la puerta de la cocina, se ahogó su último vestigio en la luz que penetraba torrencial.

—Por favor, quítese el abrigo —dijo Slama.

El suboficial seguía con el abrigo y los correajes puestos. «¡Mi más sentido pésame!», pensó el teniente. «Se lo digo ahora y después me marchó». Slama extendía ya los brazos para quitarle el abrigo a Carl Joseph. Se sometía ahora a esta cortesía; la mano de Slama rozó por un instante la nuca del teniente, donde empezaba el pelo, junto al cuello, precisamente allí donde solían entrecruzarse las manos de la señora Slama, dulce cerrojo de aquellas adoradas cadenas. «¿Cuándo, exactamente cuándo, en qué momento va a ser posible soltar el pésame? ¿Cuando entremos en el salón o cuando nos sentemos?». Le parecía que no podría decir nada en tanto no hubiera pronunciado aquellas breves palabras, palabras que había traído por el camino, siempre en la boca, en la punta de la lengua, molestas e inútiles, insípidas.

El suboficial giró el picaporte; la puerta de la sala estaba cerrada.

—Perdone usted —dijo, aunque no tuviera culpa alguna.

Buscó en los bolsillos del abrigo que se había quitado —hacía mucho tiempo, parecía— hasta que se oyó el ruido metálico de las llaves.

«Jamás había estado cerrada esta puerta, cuando vivía la señora Slama. ¡Eso quiere decir que no está aquí!», pensó el teniente de repente, como si no estuviera él precisamente allí porque ella ya no existía. Entonces advirtió que durante todo el rato había acariciado en secreto la idea de que quizá se encontrara ella allí, sentada en la habitación, esperando. «Pero ahora estoy seguro de que ya no está. Efectivamente, está fuera, en la tumba que acabo de ver», pensó Carl Joseph. En el salón se percibía un olor húmedo; una de las dos ventanas tenía las cortinas corridas, por la otra entraba la luz gris del día nuboso.

—Pase usted, por favor —indicó el suboficial, pisándole los talones al teniente.

—Gracias —dijo Carl Joseph, mientras daba unos pasos hacia delante y se dirigía a la mesa redonda. Conocía todos los detalles de aquel mantel a rayas que cubría la mesa, su pequeña mancha en el centro y el oscuro barniz y las volutas de los pies estriados.

Allí estaba el aparador con las puertas de cristal, y dentro vasos de plata, muñequitas de porcelana y un cerdito de cerámica amarilla con una ranura para las monedas en el lomo.

—Siéntese, hágame el favor —murmuró el suboficial.

Estaba de pie tras el respaldo de la silla, rodeándolo con los brazos, como si fuera un escudo. Carl Joseph lo había visto por última vez más de cuatro años atrás. Entonces estaba en activo. Llevaba un penacho en el sombrero negro y el pecho atravesado por correaes. Con el fusil en la mano, esperaba ante la puerta del presidente de distrito. Era el suboficial Slama, el nombre era como su grado, el penacho pertenecía a su fisonomía como el bigote mismo. En ese momento estaba allí ante él, la cabeza descubierta, sin sable, correaes ni cinturón. Podía ver el brillo grasiento de la tela rayada del uniforme en la pequeña curva del estómago, sobre el respaldo, y ya no era el suboficial Slama de entonces, sino el señor Slama. Los cortos cabellos rubios le caían, partidos por la mitad, como un cepillito doble sobre la frente sin arrugas, que ostentaba una raya roja horizontal, la señal dejada por la constante presión de la dura gorra. Esa cabeza parecía huérfana sin gorra y sin casco. Su rostro, sin la sombra de la visera, era un óvalo regular, relleno por las mejillas, nariz, barbilla y unos pequeños, insensibles, fieles ojos azules. Esperó hasta que Carl Joseph se hubo sentado; entonces corrió la silla, se sentó también él y sacó su pitillera, que tenía una tapa de esmalte de colores. El suboficial la dejó en medio de la mesa, entre el teniente y él y dijo:

—¿Le apetece un cigarrillo?

«Ha llegado el momento del pésame», pensó Carl Joseph. Se levantó y dijo:

—¡Mi más sentido pésame, señor Slama!

El suboficial permaneció sentado, con ambas manos sobre la mesa, como si no supiera de qué se trataba. Intentó sonreír mientras se ponía de pie. Pero su ademán llegó demasiado tarde, en el momento en que Carl Joseph iba a volver a sentarse. El suboficial retiró las manos de la mesa y las dejó caer sobre los pantalones. Inclino la cabeza, la levantó de nuevo, miró a Carl Joseph, como si quisiera preguntarle qué debía hacer. Se sentaron de nuevo. Había pasado. Callaron.

—Era una buena mujer, la difunta señora Slama —dijo el teniente.

El suboficial se llevó la mano al bigote y dijo, con un pequeño mechón entre los dedos:

—Fue muy hermosa, señor barón, usted ya la conoció.

—Sí, conocí a su mujer. ¿Murió de repente?

—En dos días. Llamamos al doctor demasiado tarde. Si no, seguiría viva. Yo tenía guardia por la noche. Cuando volví, estaba muerta. La señora de aquí en frente estaba con ella. —Y, a continuación, agregó—: ¿Un poco de jarabe de frambuesa?

—Por favor —dijo Carl Joseph con voz más alegre, como si el jarabe de frambuesa procurase una situación totalmente distinta. Siguió con la mirada al suboficial mientras éste se levantaba e iba hacia la cómoda, sabiendo que allí no se guardaba el jarabe de frambuesa. Estaba en la cocina, en un

armario blanco, detrás del cristal, allí era de donde siempre lo sacaba la señora Slama. Siguió atentamente todos los movimientos del suboficial, los brazos cortos y fuertes en las estrechas mangas, que se extendían para alcanzar la botella del estante más alto, y que caían después impotentes, mientras los talones volvían a tocar el suelo, y Slama, como si acabara de regresar de un territorio extranjero, por el que había emprendido un viaje de exploración inútil y sin resultados, se volvió hacia él con conmovedora desesperación en los ojos azules y le dio esta breve información:

—Le ruego me perdone, no lo encuentro.

—No se preocupe, señor Slama —le consoló el teniente.

Pero el suboficial, como si no le hubiera oído o como si debiera obedecer una orden procedente de altas esferas que no admitía alteración alguna por parte de alguien inferior, salió de la habitación. Le oyó rebuscar en la cocina, volvió con la botella en la mano, sacó del aparador unos vasos con desgastados dibujos en los bordes y puso una jarra de agua sobre la mesa. Vertió el viscoso líquido rojo intenso de la botella verde oscuro y repitió:

—¡Hágame el favor, señor barón!

El teniente escanció agua de la jarra en el jarabe de frambuesa; en el silencio, sólo se oyó el leve chapoteo del grueso chorro que caía de la jarra, como una pequeña respuesta al incansable murmullo de la lluvia afuera, que en todo el rato no había dejado de oírse. Envolvía la casa solitaria y parecía hacer a los dos hombres más solitarios aún. Estaban solos. Carl Joseph levantó el vaso, el suboficial hizo lo mismo. El teniente saboreó el líquido dulce y pegajoso. Slama vació el vaso de un sorbo, tenía sed, una sed sorprendente e inexplicable en un día fresco como ése.

—¿Se va a incorporar al X de ulanos? —preguntó Slama.

—Sí, no conozco el regimiento todavía.

—Tengo a un suboficial conocido allí, el cabo de tesorería Zenober. Estuvo conmigo en los cazadores y después pidió el traslado. De buena familia, muy educado. Seguro que aprueba el examen de oficial. Pero nosotros no pasaremos de suboficial. En la gendarmería no hay oportunidades. Zenober sirvió conmigo en los cazadores de montaña y después se pasó a los ulanos.

Llovía cada vez con más intensidad, las ráfagas de viento eran cada vez más violentas y la lluvia azotaba los cristales de la ventana sin cesar.

—Es difícil en nuestra profesión —señaló Carl Joseph, y agregó—: en el ejército quiero decir.

El suboficial estalló en unas carcajadas incomprensibles; al parecer resultaba muy divertida la observación de que era difícil la profesión que ejercían él y el teniente. Reía algo más fuerte de lo que habría querido. Se notaba en su boca, más abierta de lo que exigía la risa, que continuaba entreabierta todavía cuando aquélla ya había cesado. Por un momento pareció que al suboficial, por razones físicas, le costaba decidirse a adoptar su actitud reservada de cada día. ¿De verdad se alegraba de que resultara difícil su profesión, tanto para él como para Carl Joseph?

—El señor barón tiene la amabilidad de hablar de «nuestra» profesión. Le ruego que no lo tome a mal, pero para nosotros la cosa es muy distinta.

Carl Joseph no supo qué decir. Comprendió, de forma poco precisa, que el suboficial sentía cierto rencor hacia él, quizás hacia la situación en el ejército y en la gendarmería en general. En la academia no le habían enseñado sobre la manera en que debía comportarse un oficial en circunstancias parecidas. De todos modos, Carl Joseph decidió sonreír, con una sonrisa que, como tenacillas, tiraba de sus labios hacia abajo, contrayéndolos. Parecía como si Carl Joseph quisiera ahorrarse las manifestaciones de alegría que el suboficial gastaba complacido. El licor de frambuesa, que hacía un instante todavía era tan dulce en el paladar, arrojaba ahora desde la garganta un insípido sabor. Lo mejor habría sido tomarse un coñac. El salón rojo resultaba más pequeño y bajo que en otras ocasiones, como aplastado por la lluvia. En la mesa se hallaba el álbum tan conocido, con las cantoneras de latón. Carl Joseph conocía todas las fotos.

—¿Me permite usted? —dijo el suboficial, mientras abría el álbum y se lo mostraba al barón.

El señor Slama aparecía fotografiado de paisano junto a su mujer, de recién casado.

—Entonces era jefe de sección —dijo en un tono algo amargado, como sugiriendo que ya entonces le correspondía un cargo más alto.

La señora Slama se hallaba sentada a su lado en un vestido de verano, estrecho, claro, con una cintura delgadísima, como en una coraza de olor, y, en la cabeza, una pámela blanca. ¿Qué pasaba? ¿Era acaso que Carl Joseph no había visto nunca antes el cuadro? ¿Por qué le resultaba hoy tan nuevo? ¿Y tan viejo? ¿Y tan extraño? ¿Y tan ridículo? Sonreía como si estuviera contemplando un cuadro grotesco de épocas pasadas y como si nunca hubiese querido a la señora Slama, como si ella no hubiera muerto hacía unos meses, sino muchos años antes.

—Era muy bonita. Se ve bien —dijo el teniente, y no ya por no saber qué decir, como antes, sino por pura hipocresía.

Hay que decir algo agradable de una muerta, cuando se está delante del viudo al que se da el pésame. Carl Joseph se sentía ahora libre de la muerta y separado ya de ella, como si todo se hubiera borrado. «¡Todo fueron meras imaginaciones!», se dijo. Se bebió el resto del licor y se levantó.

—Buenos días, señor Slama, me marcho ya —dilo, y sin esperar, salió.

El suboficial apenas había tenido tiempo de levantarse. Se hallaban ya en el pasillo, Carl Joseph se puso el abrigo y, lentamente, los guantes. Complacido, pues ya no le corría prisa.

—Hasta la vista, señor Slama —dijo, percibiendo satisfecho un tono extraño, engreído, en su propia voz.

Allí estaba Slama, la mirada caída y sin saber qué hacer con las manos, que de repente se encontraban vacías, como si hasta entonces hubieran sostenido algo que en ese momento habían dejado caer y habían perdido para siempre. Se dieron la mano. Slama parecía querer decirle algo.

Pero no.

—Ya nos veremos, señor teniente —dijo, sin embargo.

No lo diría en serio. Carl Joseph se había olvidado ya de la cara de Slama. Sólo recordaba la tiritita dorada en el cuello y los tres galones dorados en las mangas negras de la camisa de gendarme. ¡Quede usted con Dios, suboficial!

Aún llovía, suave, incesantemente, con ráfagas aisladas de aire cálido. Parecía como si ya tuviera que ser de noche y, sin embargo, no acababa de serlo. Persistía eterna la gris humedad. Por primera vez desde que llevaba uniforme —es más, por primera vez en la vida—, Carl Joseph sintió la necesidad de levantar el cuello del abrigo. Levantó por un instante las manos y, al recordar que vestía el uniforme, las dejó caer de nuevo. Pareció que, por un instante, se había olvidado de su profesión. Avanzó lentamente por la grava húmeda del jardín que crujía bajo sus pies, alegrándose de su lentitud. No necesitaba apresurarse; no había pasado nada, todo había sido un sueño. ¿Qué hora sería? El reloj de bolsillo estaba demasiado bien escondido bajo la camisa, en el bolsillo del pantalón. Era mejor no desabrocharse el abrigo. Además, pronto darían las campanadas.

Abrió la verja del jardín y salió a la calle.

—¡Señor barón! —oyó de repente gritar a sus espaldas.

Se sorprendió que le hubiera seguido sin dejarse oír. Se detuvo, pero no se decidió a dar media vuelta. Quizá le estuviera encañonando con una pistola precisamente en el hueco que dejaban los pliegues de reglamento en la espalda. ¡Qué ocurrencia más horrorosa y más ingenua! ¿Acaso todo volvía a empezar?

—¡Diga! —exclamó con orgullosa indiferencia, continuación penosa de su despedida, que le costaba muchísimo mantener, y dio media vuelta.

Sin abrigo y con la cabeza descubierta se encontraba ante él el suboficial Slama, bajo la lluvia, con el pelo como un cepillo y grandes goterones sobre la frente rubia y lisa. Sostenía en la mano un paquetito azul, atado con hilo de plata formando una cruz.

—Esto es para usted, señor barón —dijo bajando la mirada—. ¡Le ruego mil perdones! Lo ha ordenado el señor jefe de distrito. Cuando lo encontré se lo di yo mismo. El señor jefe de distrito lo miró rápidamente y me dijo que tenía que entregárselo yo personalmente.

Hubo un instante de calma, la lluvia caía sólo sobre el pobre paquetito azul pálido, que se tiñó rápidamente, sin poder aguardar más bajo la lluvia. Carl Joseph se puso colorado; cogió el paquete y lo hundió en el bolsillo del abrigo. Por un instante pensó en quitarse el guante de la mano derecha, pero, después de reflexionar, extendió la mano enguantada al suboficial.

—¡Muchísimas gracias! —dijo, y se fue rápidamente.

Tocó con la mano el paquete en el bolsillo. Desde allí le llegaba, a través de la mano y del brazo, un calor desconocido que le enrojeció el rostro. Pensó entonces que sería conveniente desabrocharse

el cuello, igual que poco antes había pensado que lo mejor sería levantarlo. Sintió otra vez el amargo sabor del licor de frambuesa en la boca. Volvió a pensar en la necesidad de beber un coñac. Carl Joseph sacó el paquete del bolsillo. Sí, no cabía duda. Eran sus cartas.

Deseaba que se hiciera de noche y dejara de llover. Mucho tendría que cambiar el mundo para ello; el sol de la tarde enviaría acaso un último rayo de luz a la tierra. Bajo la lluvia, los prados respiraban aquel olor que él conocía tan bien. Resonaba la llamada solitaria de un ave desconocida, jamás oída allí; parecía encontrarse en una región extraña. Dieron las cinco; había pasado una hora exactamente, no más de una hora. ¿Convenía apresurar el paso o retenerlo? El tiempo va a una velocidad extraña, enigmática, una hora es a veces como un año. Tocarón las cinco y cuarto. Carl Joseph apenas había andado unos pasos. Aceleró entonces la marcha. Atravesó las vías y aparecieron las primeras casas de la ciudad. Pasó por delante del café de la villa, el único local que poseía una moderna puerta giratoria. Pensó que quizá fuera conveniente entrar, tomar un coñac en el mostrador y después marcharse. Carl Joseph entró.

—Rápido, un coñac —dijo en el mostrador.

No se quitó la gorra ni el abrigo. Algunos concurrentes se levantaron. Se oía el ruido de las bolas de billar y de las piezas de ajedrez. Bajo la penumbra de los rincones estaban sentados los oficiales de la guarnición; Carl Joseph no los vio, ni tampoco los saludó. Ante todo necesitaba un coñac, urgente. Estaba pálido. La cajera, una rubia pajiza, sonreía maternalmente desde su posición elevada; con mano bondadosa colocó un terrón de azúcar junto a la taza. Carl Joseph bebió el coñac de un trago y pidió inmediatamente otro. De la cara de la cajera sólo distinguía un resplandor amarillo y los dos empastes de oro junto a las comisuras de los labios. Se sentía como si estuviera cometiendo algo prohibido, y no entendía por qué iba a estar prohibido tomarse dos coñacs, ahora que ya había acabado la academia. ¿Por qué le miraba la cajera con esa sorprendente sonrisa? Su mirada azul, oscura, le resultaba penosa, al igual que las negras cejas. Dio media vuelta y miró por el salón. En el rincón junto a la ventana estaba su padre.

Sí, era el jefe de distrito. ¿Qué tenía ello de sorprendente? Todos los días se sentaba allí, entre las cinco y las siete, leía el Diario de avisos y el Boletín Oficial y fumaba un Virginia. Toda la ciudad lo sabía desde hacía seis lustros. El jefe de distrito seguía sentado allí, contemplaba a su hijo y parecía sonreír. Carl Joseph se quitó la gorra y se acercó a su padre. El viejo señor de Trotta levantó la mirada del periódico, pero sin dejarlo.

—¿Vienes de ver a Slama? —preguntó.

—Sí, papá.

—¿Te ha dado las cartas?

—Sí, papá.

—Siéntate.

—Sí, papá.

El jefe de distrito dejó entonces el periódico, apoyó los codos en la mesa y dirigiéndose a su hijo le dijo:

—Te ha dado un coñac barato, la verdad. Yo siempre tomo Hennessy.

—Lo tendré en cuenta, papá.

—Pero bebo poco.

—Sí, papá.

—Todavía estás algo pálido. Quítate el abrigo. El comandante Kreidl está allí y nos está mirando. Carl Joseph se levantó y saludó con una reverencia al comandante.

—¿Estuvo desagradable Slama?

—No; es un tipo excelente.

—Ya te lo decía yo.

Carl Joseph se quitó el abrigo.

—¿Dónde están las cartas? —preguntó el jefe de distrito.

El hijo extrajo el paquete del bolsillo del abrigo. El viejo señor de Trotta lo cogió entre sus manos. Lo levantó con la derecha como para tantear el peso.

—Son muchas cartas.

—Sí, papá.

Callaron. Se oía el choque de las bolas de billar y de las piezas de ajedrez. Afuera seguía cayendo la lluvia.

—Pasado mañana te incorporas —dijo el jefe de distrito mirando por la ventana.

De pronto Carl Joseph sintió la mano reseca del padre sobre su diestra. La mano del jefe de distrito se encontraba sobre la del teniente, fría y huesuda, como un duro caparazón. Carl Joseph inclinó su mirada. Se puso colorado y respondió:

—Sí, papá.

—La cuenta —exclamó el jefe de distrito, apartando su mano—. Dígale a la señorita que nosotros sólo tomamos Hennessy —indicó al camarero.

Trazando una diagonal atravesaron el salón hacia la puerta, el padre delante y el hijo detrás.

Goteaban lentos y cantarinos los árboles mientras avanzaban por el húmedo jardín hacia su casa. En el portal de la jefatura del distrito apareció el suboficial Slama. Llevaba casco, el mosquetón con bayoneta calada y el diario bajo el brazo.

—Buenas tardes, querido Slama —dijo el viejo señor de Trotta—. Sin novedad, ¿verdad?

—Sin novedad —repitió el suboficial.

Capítulo V

El cuartel se encontraba al norte de la ciudad. Delante de él terminaba la carretera, ancha y en buen estado; esa carretera que, detrás del edificio de ladrillo rojo, empezaba una nueva vida y se perdía en el azul del paisaje. Diríase que el cuartel era un símbolo del poder de los Habsburgo que el real e imperial ejército había colocado en el país eslavo. El cuartel cerraba el paso a la carretera antiquísima, tan ancha y extensa por las migraciones, siempre repetidas, de los pueblos eslavos. La carretera tenía que ceder ante el cuartel. Daba allí una gran curva. Si uno se situaba en el extremo norte de la ciudad, al final de la carretera, donde las casas se iban haciendo pequeñas hasta convertirse finalmente en chozas campesinas, en los días claros se podía distinguir, en la lejanía, la puerta negra y amarilla del cuartel, puesta allí como un poderoso escudo de los Habsburgo frente a la ciudad, simbolizando, a la vez, amenaza y protección. El regimiento estaba destacado en Moravia. Pero la tropa no estaba formada por checos, como cabría suponer, sino por ucranianos y rumanos.

Dos veces a la semana se celebraban los ejercicios militares en los terrenos del sur. Dos veces a la semana el regimiento pasaba por las calles de la pequeña ciudad. El claro son de los clarines interrumpía, a intervalos regulares, el golpeteo monótono de los cascos de los caballos, y los pantalones rojos de los jinetes sobre los grandes corpachones brillantes de los corceles llenaban la ciudad de una gloria sangrienta. Los ciudadanos permanecían parados en las aceras. Los comerciantes salían de las tiendas, los contertulios ociosos de los cafés abandonaban las mesas, los guardias municipales dejaban sus puestos de vigilancia, y los campesinos, que habían llegado al mercado transportando verduras de las aldeas, olvidaban los carros y los caballos. Solamente los cocheros seguían inmóviles en los pescantes, parados los coches junto al jardín municipal. Desde arriba veían mejor el espectáculo militar. Los viejos jamelgos parecían saludar con sorda indiferencia la llegada exuberante de sus jóvenes compañeros. Los corceles de los soldados eran parientes lejanos de los tristes caballos que, desde hacía quince años, sólo servían para arrastrar los coches de punto hasta la estación y volver.

Carl Joseph sentía total indiferencia hacia los animales. A veces creía sentir dentro de sí la sangre de sus antepasados que nunca habían sido caballeros. Habían pasado el rastrillo una y otra vez por la tierra, entre sus recias manos. Clavaban la reja del arado en los terrones jugosos de los campos y, con las rodillas torcidas, avanzaban al paso medido de la poderosa pareja de bueyes. Hacían avanzar la yunta con una vara de mimbre, no con espuelas y látigo. Blandían la guadaña afilada, el brazo en alto, como un rayo, y segaban aquella bendición de Dios que ellos mismos habían sembrado. El padre del abuelo todavía había sido campesino. El pueblo de donde procedían se llamaba Sipolje. Sipolje era una palabra antigua, cuyo significado apenas conocían ya los actuales eslovenos. Pero Carl Joseph creía conocer la aldea. La veía cuando pensaba en el cuadro de su

abuelo colgado en la penumbra del gabinete. El pueblo se hallaba rodeado de montañas desconocidas, bajo el resplandor dorado de un sol también desconocido, con chozas miserables de barro y paja. Hermoso era el pueblo, un pueblo bueno. Por él habría dado su carrera de oficial.

Pero, ay, no era aldeano, sino barón y teniente de los ulanos. Él no tenía una habitación en la ciudad como los otros. Carl Joseph vivía en el cuartel. La ventana de su habitación daba al patio. Enfrente estaban los dormitorios de la tropa. Cuando por la tarde volvía al cuartel y la gran puerta a dos batientes se cerraba tras él, tenía la sensación de que había sido hecho prisionero; jamás volvería a abrirse ante él la puerta. Sus espuelas emitían un sonido metálico helado sobre los peldaños de piedra y sus botas resonaban al avanzar sobre el suelo de madera, oscuro, calafateado, del pasillo. Las paredes encaladas aprisionaban la luz del día que moría y la reflejaban como para que no fuese necesario encender los sencillos quinqués que iluminaban desde los rincones las estancias: se podía esperar a que fuese noche cerrada para encenderlos. Diríase que las paredes habían guardado la luz del día en su momento oportuno para soltarla cuando la oscuridad lo exigía. Carl Joseph no encendía la luz. La frente pegada a los cristales de la ventana, esa ventana que parecía separarle de las tinieblas y que en realidad era como el helado límite, tan conocido, de esas mismas tinieblas, así contemplaba el teniente la intimidad acogedora de los dormitorios de la tropa bajo una luz amarillenta. Habría preferido ser uno de ellos. Allí estaban, medio desnudos, con aquellas camisas amarillas, de tela burda, de reglamento, balanceando los pies descalzos, sentados en las literas, cantaban, hablaban y tocaban la armónica. A esta hora del día —estaba ya muy avanzado el otoño—, una hora después de bajar bandera y media hora antes del toque de retreta, el cuartel era como una inmensa nave. A Carl Joseph le parecía incluso que se movían los misérrimos quinqués al ritmo regular de las olas de un ignorado océano. Los soldados cantaban canciones en una lengua desconocida, en una lengua eslava. Los viejos aldeanos de Sipolje las habrían comprendido. Su enigmático retrato dormía en el gabinete de la casa paterna. Los recuerdos de Carl Joseph se aferraban a ese cuadro como a la única y última señal que le había dado la larga y desconocida cadena de sus antepasados. Él era un descendiente. Desde que había ingresado en el regimiento se sentía nieto de su abuelo, pero no hijo de su padre; era, en realidad, el hijo de su sorprendente abuelo. Los soldados soplaban sin cesar en las armónicas. Observaba claramente los movimientos de las morenas manos que deslizaban el instrumento de un lado para otro de sus rojas bocas y, de vez en cuando, el resplandor del metal. El sonido nostálgico de la armónica se precipitaba al patio del cuartel por las ventanas cerradas y sumergía las tinieblas con, un claro vislumbre de la aldea y las mujeres, los hijos y el caserío. En su tierra vivían en chozas de techo bajo, por las noches fecundaban las mujeres y de día los campos. Blanca y alta la nieve en el invierno junto a sus chozas. Dorada y alta la mies en verano junto a sus muslos. ¡Eran campesinos, campesinos! ¡Que no otra cosa habían sido los antepasados de los Trotta! No otra cosa.

Estaba ya muy adelantado el otoño. Por la mañana, al levantarse, surgía el sol como una naranja carmín, sangrienta, por oriente. Cuando empezaba la instrucción en los prados, en los claros extensos y verdes, entre los negros abetos, se levantaba torpe la plateada niebla, rasgada por los movimientos regulares, violentos, de los uniformes azules, oscuros. Pálido y nostálgico ascendía el sol por el

horizonte. Entre el ramaje negro relucían sus apagadas platas, frías y extrañas. Un escalofrío helado frotaba, como una almohaza maligna, el pelo de un moreno herrumbroso de los corceles; desde los claros cercanos llegaban sus relinchos, en una llamada de dolor, pidiendo la tierra y el establo. Se hacía «instrucción con las carabinas». Carl Joseph apenas podía esperar el regreso al cuartel. Temía aquel cuarto de hora de «descanso» que se producía, con toda puntualidad, a las diez; temía la conversación con los compañeros que solían reunirse en la cantina cercana para tomar una cerveza y esperar al coronel Kovacs. Peor todavía era la velada en el casino. Pronto empezaría. Era obligatorio asistir. Ya se acercaba la hora de la retreta. Las sombras azules, oscuras y metálicas de los soldados que volvían, pasaban ya apresuradas por el sombrío cuadrado del patio del cuartel. El suboficial Reznicek aparecía en la puerta con el farol amarillento en la mano, y los cornetas se reunían en las tinieblas del patio. Brillaban los amarillos instrumentos de latón delante del azul resplandeciente de los uniformes. Desde los establos llegaba el relincho soñoliento de los caballos. En el cielo, parpadeaban, doradas, las estrellas.

Llamaron a la puerta, Carl Joseph no se movió. Era su asistente. «Ya entrará», pensó. En ese momento entraba. Se llamaba Onufrij. ¡Cuánto tiempo había necesitado para recordar ese nombre! ¡Onufrij! Para su abuelo habría sido todavía un nombre corriente.

Onufrij entró. Carl Joseph pegó la frente a la ventana. Oyó a sus espaldas el taconazo del asistente. Era miércoles. Día de salida de Onufrij. Había que encender la luz y rellenar un pase. Enfrente, los soldados seguían tocando la armónica. Onufrij abrió la luz. Carl Joseph oyó el chasquido del interruptor junto al montante de la puerta. Una gran claridad inundó la estancia a sus espaldas. Delante de la ventana le seguían contemplando las tinieblas del patio y, enfrente, relucía la luz amarilla, tan conocida, de los dormitorios de la tropa, ya que la luz eléctrica era un privilegio de los oficiales.

—¿Dónde vas hoy? —preguntó Carl Joseph, que seguía mirando hacia los dormitorios de la tropa.

—A ver a la chica —dijo Onufrij.

Por primera vez el teniente le trataba de tú.

—¿A qué chica? —preguntó Carl Joseph.

—A Katharina —contestó Onufrij.

Se notaba que se hallaba en posición de firmes.

—Descanso —ordenó Carl Joseph.

Se oyó cómo Onufrij hacía avanzar el pie derecho.

Carl Joseph se giró. Delante de él estaba Onufrij; los grandes dientes de caballo brillaban entre sus labios rojos. No podía ponerse en «descanso» sin sonreír.

—¿Cómo es tu Katharina? —le preguntó Carl Joseph.

—A sus órdenes, mi teniente, pechos grandes, blancos.

—Pechos grandes, blancos —repitió el teniente haciendo un hueco con sus manos. Sintió el frío recuerdo de los pechos de Kathi. Estaba muerta, muerta—. El pase —ordenó.

Onufrij le dio el pase de salida.

—¿Dónde está Katharina? —preguntó Carl Joseph.

—Criada en casa de señores —replicó Onufrij, y añadió satisfecho—: Pechos grandes, blancos.

—¡Dame! —dijo Carl Joseph. Cogió el pase, lo desplegó y lo firmó—. Vete a ver a Katharina.

Onufrij pegó un taconazo.

—¡Váyase!

Apagó la luz. En la oscuridad buscó su abrigo. Salió al pasillo. En el preciso instante en que cerraba la puerta, los cornetas, abajo, iniciaban el último toque de retreta. Las estrellas parpadeaban en el cielo. Saludó el centinela en la puerta. La carretera brillaba plateada bajo la luna. Las luces amarillas de la ciudad saludaban hacia el cuartel como estrellas caídas. Resonaban duros los pasos sobre el suelo helado de la noche otoñal.

A sus espaldas sintió los pasos de Onufrij. El teniente iba deprisa, para que el asistente no le alcanzara. Pero también Onufrij aceleró el paso. Y así iban apresurados por la carretera solitaria, dura y resonante, uno detrás del otro. Al parecer, Onufrij deseaba alcanzar al teniente. Carl Joseph se detuvo y esperó. Onufrij se erguía inmenso bajo el claro de luna, parecía crecer, levantar la cabeza hasta las estrellas, como si de allí le llegara una nueva fuerza para encontrarse con su señor. Movía los brazos de un tirón, al mismo ritmo que las piernas: era como si pisara el aire con las manos. Se detuvo a tres pasos de Carl Joseph, hinchando una vez más el pecho, con un taconazo tremendo, saludó con los cinco dedos de su mano, que parecían formar uno solo. Carl Joseph sonrió desconcertado. Cualquiera otro habría pronunciado una frase amable en una situación como ésa. Resultaba conmovedor ver cómo Onufrij le seguía. Nunca se había fijado en él. Mientras no pudo recordar su nombre también le fue imposible recordar su rostro. Era como si cada día hubiese tenido un asistente diferente. Los otros hablaban de sus asistentes con mucho detalle, como si hablaran de mujeres, de vestidos, de comidas preferidas o de caballos. Cuando se hablaba de criados, Carl Joseph pensaba en el viejo Jacques, en su casa, el viejo Jacques que todavía había servido a las órdenes del abuelo. No había otro criado en el mundo a excepción del viejo Jacques. Ahora estaba Onufrij ante él, en la carretera bañada por la luna, hinchado el pecho, los botones del uniforme relucientes, las botas limpias brillantes y en su cara ancha una alegría apenas retenida por hallarse con su teniente.

—Póngase en descanso —le dijo Carl Joseph.

Habría deseado decirle algo amable: El abuelo se lo habría dicho a Jacques. Onufrij puso con estrépito el pie derecho delante del izquierdo. Seguía sacando el pecho, la orden de nada servía.

—Póngase cómodo —dijo Carl Joseph, impaciente y triste.

—A sus órdenes, ya estoy cómodo —replicó Onufrij.

—¿Vive lejos de aquí tu chica? —preguntó Carl Joseph.

—No es lejos. Media hora de marcha, a sus órdenes, mi teniente.

La cosa no tenía remedio, Carl Joseph no encontraba qué palabras decir. Buscaba inútilmente una desconocida ternura. No sabía cómo tratar a los asistentes. ¿Pero acaso sabía tratarse con alguien? Su desorientación era grande, tampoco sabía qué decir a sus compañeros. ¿Por qué murmuraban siempre cuando él se les acercaba o en cuanto se alejaba? ¿Por qué hacía tan mala figura a caballo? ¡Ah, se conocía bien! Veía su silueta como en un espejo y bien sabía que no podían engañarle. A sus espaldas corrían los cuchicheos de los compañeros. No comprendía sus respuestas hasta que se las explicaban y tampoco entonces encontraba motivo por el que reír. El coronel Kovacs le apreciaba a pesar de todo. Y evidentemente tenía una hoja de servicios intachable. Vivía bajo la sombra del abuelo. Eso era lo que pasaba. Era el nieto del héroe de Solferino, su único nieto. Sentía a su espalda la mirada oscura, enigmática, del abuelo constantemente. ¡Era el nieto del héroe de Solferino!

Carl Joseph y su asistente Onufrij permanecieron unos minutos frente a frente en silencio en la carretera envuelta en un brillo lechoso. La luna y la soledad prolongaban los minutos. Onufrij no se movía. Era como una estatua bajo el brillo plateado de la luna. Carl Joseph dio de repente media vuelta y se puso a andar. Exactamente a tres pasos le seguía Onufrij. Carl Joseph oía el golpe regular de las pesadas botas y el resonar metálico de las espuelas. Le seguía la fidelidad en persona. Cada golpe de las botas sobre el suelo era como un nuevo juramento de fidelidad por parte del asistente. Carl Joseph tenía miedo de volverse. Deseaba que la carretera recta desembocase de repente en una bifurcación inesperada, desconocida, en otro camino; huía ante la actitud servicial, pertinaz, de Onufrij. El asistente le seguía a un ritmo continuado. El teniente se esforzaba en mantener la marcha con los pasos que le seguían a su espalda. Tenía miedo de decepcionar a Onufrij si alteraba el paso sin motivo y repentinamente. La fidelidad de Onufrij se manifestaba en el paso seguro de sus botas. Cada nuevo paso conmovía a Carl Joseph. Era como si a sus espaldas un mozo desmañado intentara llamar al corazón de su amo golpeando con sus pesadas suelas. La ternura torpe de un oso con botas y espuelas. Al final llegaron a los arrabales. A Carl Joseph se le ocurrieron unas palabras que le parecieron adecuadas para la despedida. Se giró y dijo:

—Que te diviertas, Onufrij.

Se metió rápidamente por una callejuela. Como un eco lejano le llegaron las manifestaciones de gracias de su asistente.

Tuvo que dar un rodeo. Llegó al casino diez minutos después. Estaba en el primer piso de una de las mejores casas del antiguo bulevar. Como todas las noches, las ventanas del casino iluminaban la plaza, paseo preferido de la población. Era tarde ya, había que pasar rápido por los apiñados grupos de ciudadanos que paseaban con sus mujeres. El teniente sufría lo indecible al tener que pasar, día tras día, con su uniforme abigarrado y brillante, por entre la población, seguido de sus miradas

curiosas, hostiles y lascivas, para penetrar finalmente como un dios en el gran portal iluminado del casino. Serpenteaba rápidamente entre los paseantes por los bulevares. Eran dos minutos, dos minutos odiosos. Subió las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. Lo mejor era no encontrarse con nadie. Era un mal síntoma encontrarse con alguien en las escaleras. Calor, luz y voces le llegaban desde el vestíbulo. Entró y saludó. Buscaba al coronel Kovacs en el rincón de costumbre. Allí jugaba al dominó cada noche con otra persona. Jugaba al dominó con gran entusiasmo, quizá porque tenía un temor exagerado a las cartas. «Jamás he tenido un naipe entre mis manos», solía decir. Pronunciaba la palabra «naipe» con un tono no exento de cierta odiosidad y se miraba las manos como si en ellas estuviera la prueba de su carácter intachable. «Señores míos —decía a veces—, os recomiendo que juguéis al dominó. Es un juego limpio y sirve para ejercer moderación». A veces levantaba una ficha de dominó al aire, como un instrumento mágico, con el cual les sacaba a los viciosos jugadores de cartas el diablo del cuerpo.

Hoy le tocaba jugar al dominó al jefe de escuadrón Taittinger. La cara del coronel emitía un reflejo entre rojo y azulado sobre el rostro amarillo, seco, del jefe de escuadrón. Carl Joseph se plantó con ligero tintineo de las espuelas delante del coronel.

—¡Hola! —dijo el coronel Kovacs sin dejar de jugar al dominó.

Era un hombre cordial. Desde hacía tiempo se había acostumbrado a adoptar una actitud paternal. Solamente una vez al mes soltaba su rabieta, más temida por él que por el regimiento. Para eso cualquier motivo era suficiente. Gritaba como para que temblaran las paredes del cuartel y los viejos árboles alrededor del campo de maniobras. Su cara, roja con vetas azules, se ponía pálida hasta en los labios, y con la fusta golpeaba, incansable y tembloroso, el empeine de la bota. Decía palabras sin sentido, entre las que destacaba, como un sonsonete, la frase, dicha sin más, «y esto en mi regimiento», pronunciada en voz más baja que las restantes. Al final se paraba, sin saber por qué, de la misma manera en que había empezado, y se iba de la oficina, del casino, del campo de instrucción o de dondequiera que se hubiese producido su pataleta. Todos conocían bien al bueno del coronel Kovacs. Se podía confiar en la regularidad de sus ataques de rabia como en la repetición de las fases de la luna. El jefe de escuadrón Taittinger, que había cambiado ya dos veces de regimiento y que tenía un buen ojo clínico hacia los superiores, aseguraba incansable, a quienquiera que se terciase, que en todo el ejército no había otro coronel más inocente.

Finalmente, el coronel decidió apartar su atención de la partida de dominó y dio la mano a Trotta.

—¿Comió ya? —preguntó—. ¡Qué lástima! —siguió diciendo y su mirada se perdió en una enigmática lejanía—. El filete estaba hoy excelente. —Y al cabo de un rato repitió—: ¡Excelente!

Lamentaba que Trotta no hubiese aprovechado el filete. De buena gana le habría mostrado al teniente con qué placer había comido su filete; que viera por lo menos comer con apetito.

—Bueno, pues, que se divierta —dijo finalmente y volvió a ocuparse de su partida de dominó.

En esos momentos reinaba una confusión general en el salón, ya no quedaba ningún sitio agradable que ocupar. El jefe de escuadrón Taittinger, quien desde tiempo inmemorial dirigía el

restaurante de oficiales y cuya única pasión era el consumo de dulces y pastas, había ido convirtiendo el casino, con el tiempo, en una imitación de la pastelería donde solía pasar las primeras horas de la tarde. Se le podía ver allí, sentado detrás de la puerta de cristal, con la inmovilidad sombría de un sorprendente maniquí militar puesto allí para atraer al cliente. Era el mejor cliente de la pastelería y, seguramente, el más hambriento. Sin que se alterasen en absoluto los rasgos hipocondríacos de su rostro, devoraba una fuente de dulces tras otra, tomándose un sorbito de agua de vez en cuando, y correspondía con una lenta inclinación de cabeza al saludo de los soldados que pasaban por la calle. En su gran cráneo flaco, de pelo escaso, no parecía suceder nada en absoluto. Era un oficial dulce y perezoso. De todas las obligaciones que le imponía el servicio, la única agradable era ocuparse de los asuntos del restaurante, de la cocina, de los cocineros, de los ordenanzas y de la bodega. Su extensa correspondencia con comerciantes en vinos y fabricantes de licores daba trabajo a no menos de dos escribientes. Con los años consiguió que el mobiliario del casino acabara por parecerse al de su amada pastelería, colocó unas mesitas muy graciosas en todos los rincones y les puso lamparillas con pantallas rojas.

Carl Joseph dio una mirada a su alrededor. Buscaba un sitio soportable. Entre el alférez de complemento Bárenstein, caballero de Zaloga, un rico abogado recientemente ennoblecido, y el risueño teniente Kindermann, originario de la Alemania Imperial, era donde disfrutaría de mayor seguridad. No resultaba muy adecuado para el alférez su cargo juvenil. Era ya algo entrado en años, tenía barriga y más parecía un paisano disfrazado de militar que un oficial del emperador. Llamaba la atención su rostro, con un pequeño bigotito negro, al que faltaban, por así decir, los quevedos que la naturaleza exige. Con todo, irradiaba una dignidad en la que se podía confiar: Carl Joseph creía ver en él a un médico de cabecera o a un tío. Era la única persona en los dos grandes salones de la que podía afirmarse que estaba verdadera y auténticamente sentado, mientras que los demás no hacían sino menearse en sus asientos. La única concesión que el alférez Bárenstein, doctor en derecho, hacía al uniforme militar era el monóculo que usaba cuando estaba de servicio, porque efectivamente el paisano llevaba quevedos.

La persona del teniente Kindermann resultaba también más tranquilizadora que la de los demás, sin duda alguna. Estaba hecho de una sustancia rubia, rosada y transparente, incorpórea casi y que se podía atravesar como la neblina soleada, vaporosa de la tarde. Todo cuanto decía era vaporoso y transparente, como un hálito huido de su cuerpo, sin que por ello perdiera tamaño. Incluso la seriedad con que seguía una conversación era como una sonrisa de primavera. Una nonada sonriente sentada a la mesa: eso era el teniente.

—¡Hola! —dijo con un tono de voz muy quedo, una a voz que el coronel Kovacs consideraba como uno de los instrumentos de viento del ejército prusiano.

El alférez de complemento Bárenstein se levantó, según ordenaba el reglamento, con toda solemnidad.

—Mis respetos, mi teniente —le dijo.

«Buenas noches, doctor», casi le habría respondido Carl Joseph respetuosamente, pero se limitó a preguntar:

—¿No molesto?

—Hoy estará de vuelta el doctor Demant —dijo Bárenstein iniciando la conversación—. Me he encontrado con él esta tarde por casualidad.

—Es una bellísima persona —dijo Kindermann cantarín.

Su voz sonaba como un suave airecillo entre las cuerdas de un arpa, especialmente en comparación con la voz recia, propia del foro, del barítono Bárenstein. Kindermann, que siempre estaba preocupado en superar su interés, extremadamente escaso, por las mujeres, mediante la especial atención que aparentaba dedicarles, les informó además:

—Y su mujer, ¿la conocéis?, es una belleza, una mujer encantadora.

Al pronunciar la palabra «encantadora» levantó la mano, haciendo bailotear los dedos sueltos por el aire.

—Yo la conocí cuando todavía era una jovencilla —señaló el alférez.

—¡Qué interesante! —dijo Kindermann, en un tono evidentemente hipócrita.

—Su padre era antes uno de los más ricos fabricantes de sombreros —siguió diciendo el alférez, como si estuviese leyendo en un informe.

Parecieron sorprenderle sus palabras y se calló. La expresión «fabricante de sombreros» era, quizá, demasiado propia de paisanos, y él no se hallaba de tertulia con abogados. Se juró en silencio a sí mismo que, en adelante, pensaría más antes de decir una frase. En su opinión, la caballería se merecía esto y mucho más. Intentó mirar a Trotta, pero éste estaba sentado a su izquierda, mientras Bárenstein llevaba el monóculo puesto precisamente en el ojo derecho. Sólo veía con claridad a Kindermann, pero Kindermann no le interesaba en absoluto. Para darse cuenta de si el uso del giro «fabricante de sombreros», propio del habla familiar, había tenido fatales efectos sobre Trotta, Bárenstein sacó su pitillera y la tendió a Carl Joseph, pero al mismo tiempo recordó que Kindermann era más antiguo en el cargo y, girando rápidamente a la derecha, le dijo:

—Perdón.

Los tres fumaban en silencio. La mirada de Carl Joseph se dirigía hacia el retrato del emperador colgado en la pared de enfrente. Allí estaba Francisco José en uniforme de general, blanco como el azahar, con la ancha faja roja cruzándole el pecho y la orden del Toisón de Oro al cuello. El gran sombrero negro de mariscal con el penacho de exuberantes plumas verdes de pavo real estaba al lado del emperador, sobre una mesita que no parecía tenerse muy firme sobre sus patas. El cuadro parecía estar colgado muy lejos, más lejos que la pared. Carl Joseph recordó que durante los primeros días que siguieron a su llegada al regimiento este cuadro le había causado cierto orgulloso consuelo. Entonces le parecía que el emperador podría surgir en cualquier momento del estrecho

marco negro. Pero, paulatinamente, el jefe supremo de los ejércitos fue adquiriendo el rostro indiferente y usual de los sellos y las monedas, en el que ya no se fijaba. En el casino estaba colgado su cuadro como un extraño sacrificio que un dios se ofrece a sí mismo. Sus ojos —que en otro tiempo fueron como un cielo estival de vacaciones— eran ahora sólo dura porcelana azul. ¡Y seguía siendo el mismo emperador! En su casa, en el despacho del jefe de distrito, también se hallaba colgado este cuadro. También lo estaba en el aula magna de la academia, en el despacho del coronel en el cuartel. En cien mil puntos distintos distribuidos por todo el ancho Imperio, allí estaba Francisco José, omnipresente entre sus súbditos, como Dios en la Tierra. Y a él le había salvado la vida el héroe de Solferino. El héroe de Solferino se había hecho viejo y había muerto. Ahora se lo comían los gusanos. Y su hijo, el jefe de distrito, también se hacía viejo ya. Pronto se lo comerían los gusanos. Solamente el emperador había envejecido un día, a una hora bien determinada, y desde aquel momento parecía permanecer encerrado en su vejez helada y eterna, plateada y espantosa, como dentro de una armadura de cristal para inspirar respeto. Los años no se atrevían a atacarle. Sus ojos eran cada vez más y más azules. Pero su gracia, que se cernía sobre la familia de los Trotta, era una carga de acerado hielo. Carl Joseph sentía un frío bajo los ojos azules de su emperador.

Recordaba que en su casa, cuando volvía por las vacaciones y los domingos después del almuerzo, cuando el músico mayor Nechwal distribuía a los músicos de la banda en el semicírculo de costumbre, habría deseado en aquel momento morir de una muerte placentera, cálida y dulce por el emperador. El legado de su abuelo, de salvar la vida al emperador, permanecía vivo. Y si uno era un Trotta salvaba sin cesar la vida del emperador.

Ahora apenas habían pasado cuatro meses de su llegada al regimiento. De repente parecía que el emperador, encerrado y apartado en su armadura de cristal, ya no necesitase más de los Trotta. La paz duraba hacía ya demasiado tiempo. Lejos estaba la muerte para aquel joven teniente de caballería, como el grado de ascenso por escalafón. Un día se llega a coronel y después a la muerte. Mientras tanto, iba cada noche al casino y contemplaba el cuadro del emperador. Cuanto más lo contemplaba Trotta, tanto más lejos sentía al emperador.

—Mira —resonaba cantarina la voz del teniente Kindermann—, Trotta se come al viejo con los ojos.

Carl Joseph sonrió en dirección a Kindermann. Hacía rato ya que el alférez Bárenstein había empezado una partida de dominó y se hallaba ya camino de perderla. Consideraba que su deber era perder cuando jugaba con los oficiales en servicio activo. De paisano ganaba siempre. Incluso entre abogados era un temible jugador. Pero cuando participaba en las prácticas anuales eliminaba su capacidad de reflexión y se esforzaba por parecer un iluso. «Ése siempre pierde», le decía Kindermann entonces a Trotta. El teniente Kindermann estaba convencido de que los «paisanos» eran seres de capacidad inferior. Ni siquiera podían ganar al dominó. El coronel seguía sentado en su rincón con el jefe de escuadrón Taittinger. Algunos oficiales paseaban aburridos entre las mesas. No se atrevían a marcharse del casino mientras jugara el coronel. El suave reloj de péndulo tocaba llorando cada cuarto de hora, muy claro y con gran lentitud. Su nostálgica melodía interrumpía el

entrechocar de las fichas de dominó y de las piezas del ajedrez. A veces resonaba el taconazo de algún ordenanza, que corría a la cocina para volver con una copa de coñac sobre una enorme y ridícula bandeja. A veces alguien soltaba una sonora carcajada y, si se miraba en la dirección de donde provenía la risa, se veían cuatro cabezas agrupadas, que revelaban que se estaban contando chistes. ¡Ay, esos chistes! Esas anécdotas en las que todos advertían inmediatamente si uno reía a gusto o simplemente por complacer a los demás. Trazaban la línea de demarcación entre propios y extraños. Quien no las comprendía era un extraño. Y Carl Joseph jamás las comprendió.

Iba a proponer una nueva partida a tres cuando se abrió la puerta y el ordenanza saludó con un estrepitoso taconazo. Se hizo un gran silencio al momento. El coronel Kovacs saltó de su asiento y miró hacia la puerta. Estaba entrando nada menos que el médico del regimiento, el doctor Demant. Él mismo se hallaba sorprendido por el desconcierto que había provocado. Se detuvo en la puerta y sonrió. El ordenanza, a su lado, seguía firme, lo cual, evidentemente, molestaba al doctor. Le hizo un gesto con la mano, pero el soldado no lo advirtió. Los gruesos lentes del doctor estaban ligeramente empañados por la niebla otoñal de la tarde. Demant acostumbraba a quitarse los lentes en cuanto entraba en algún sitio, pero aquí no se atrevía. Tardó un rato en salir del umbral bajo la puerta.

—Vaya, vaya, ya está aquí el doctor —gritó el coronel.

Gritaba cuanto podía, como si quisiera hacerse oír en medio del barullo de una verbena. El buenazo del coronel creía que los miopes eran también sordos y que, si oían mejor, podrían asimismo ver mejor con los lentes. La voz del coronel se abrió paso. Los oficiales se hicieron a un lado: Los pocos que todavía seguían sentados a las mesas se pusieron de pie. El médico del regimiento avanzaba paso a paso, como si anduviera sobre hielo. Los cristales de sus lentes eran cada vez más claros. De todas partes le saludaban. No sin dificultad iba reconociendo a sus compañeros. Se inclinaba para leer en los rostros como quien lee en los libros. Finalmente se detuvo ante el coronel Kovacs, con el cuerpo erguido. Se notaba que exageraba, echando hacia atrás, con su cuello delgado, la cabeza eternamente inclinada e intentando levantar los hombros estrechos y caídos. Durante su largo permiso por enfermedad casi se habían olvidado de él y de su actitud tan poco militar. Ahora lo contemplaban con ligera sorpresa. El coronel se apresuraba a terminar con el rito reglamentario del saludo. Dio unos gritos que hicieron temblar los vasos.

—¡Y tiene buen aspecto el doctor! —exclamó como si su deseo fuera comunicárselo a todo el ejército.

Golpeó con la mano sobre los hombros de Demant como si quisiera que recuperaran su posición normal. Le tenía aprecio a ese médico del regimiento. Pero, vaya por Dios, ¡tenía un aire tan poco militar el tío ése! Con que sólo se pusiera un poco más marcial, no habría que esforzarse siempre en mostrarse benévolo con él. ¡Bien podían haberle enviado otro médico a su regimiento, qué joder! Y estas eternas contiendas que sostenía la buena voluntad del coronel frente a su sentimiento del honor militar le estaban haciendo polvo, a él, un viejo soldado, y todo por culpa de este maldito y simpático individuo. «¡Este doctor me llevará a la tumba!», pensaba el coronel cuando el médico del regimiento montaba a caballo. Un día le sugirió que era mejor que no cabalgase por la ciudad. «Hay

que decirle algo amable», pensó el coronel excitándose. Con las prisas le vino a la mente aquello de «el filete estaba excelente». Y se lo dijo. El doctor sonrió. «¡Pero este tío sonríe como un paisano!», pensó el coronel. De repente se dio cuenta de que entre los presentes había uno a quien el doctor aún no conocía. ¡El Trotta ese, claro! Se había incorporado al regimiento cuando el doctor estaba ya de permiso. El coronel empezó a soltar gritos.

—¡Nuestro benjamín, Trotta! Todavía no os conocéis.

Carl Joseph se presentó ante el médico del regimiento.

—¿Nieto del héroe de Solferino? —preguntó el doctor Demant.

Nadie habría imaginado que supiera tantas cosas de la historia militar.

—Todo lo sabe nuestro doctor —gritó el coronel—. Es un ratón de biblioteca. —Y por primera vez en la vida le gustó hasta tal punto el sospechoso término de «ratón de biblioteca» que lo repitió —: Un ratón de biblioteca —con aquel tono cariñoso de voz con el que solamente solía decir «un ulano».

Todos volvieron a sentarse y la velada siguió su curso habitual.

—Su abuelo —dijo el médico del regimiento— era uno de los hombres más extraordinarios del ejército. ¿Lo conoció usted?

—No llegué a conocerle —respondió Carl Joseph—. Su retrato está en casa, en el gabinete. Cuando yo era pequeño solía contemplarlo. Su asistente, Jacques, todavía está con nosotros.

—¿De qué retrato se trata? —preguntó el médico del regimiento.

—Lo pintó un amigo de mocedad de mi padre —respondió Carl Joseph—. Es un cuadro extraño. Está colgado tocando casi el techo. Cuando yo era pequeño tenía que subirme a una silla. Y así podía contemplarlo.

Permanecieron en silencio unos momentos. Después el doctor dijo:

—Mi padre era tabernero; un tabernero judío en Galitzia, ¿conoce este país? Está en la frontera polaca.

Así pues, el doctor Demant era un judío. En todos los chistes se hablaba de los médicos del regimiento judíos. En la academia había también dos judíos, que después se habían pasado a la infantería.

—¡Vamos a ver a Resi, a Resi! —dijo alguien en aquel momento.

—¡Vamos a ver a Resi! ¡Todos para allá! —repitieron todos—. Vamos a ver a Resi.

Nada habría aterrorizado más a Carl Joseph que esos gritos. Desde hacía semanas los esperaba con temor. Recordaba con todo detalle su última visita al lupanar de la señora Horwath. Todo lo recordaba: el champaña hecho a base de cánfora y limonada, las carnes flácidas lechosas de las mozas, el carmín estrepitoso y el amarillo enloquecido de las paredes, aquel olor a gatos, ratones y

lirios en los pasillos y los ardores de estómago doce horas después. Apenas hacía una semana que se había incorporado y era la primera vez que estaba en un burdel. «Maniobras de amor», había dicho Taittinger. Él los acaudillaba. Era una de las obligaciones de quien estaba al frente del restaurante de oficiales desde tiempo inmemorial. Pálido y delgado, con el guardamanos del sable al brazo, Taittinger se paseaba por el salón de la señora Horwath con pasos anchos, elásticos y de un suave retintín metálico; iba de una mesa a otra, como furtivo profeta amonestándoles a cumplir con su deber. Kindermann casi se desmayaba en cuanto olía mujeres desnudas: el sexo débil le producía vómitos. El comandante Prohaska estaba en el retrete intentando meterse, como fuera, su dedo gordezuelo en el fondo del paladar. Las faldas sedosas de la señora Resi Horwath deambulaban simultáneamente por todos los rincones de la casa. Sus grandes ojos negros giraban sin rumbo alguno por su cara ancha, farinácea, blanca y enorme; en su ancha boca, la dentadura postiza brillaba como las teclas de un piano. Desde un rincón, Trautmannsdorff seguía todos los movimientos de la señora Horwath con miradas verdes, avispadas. Finalmente se puso en pie y hundió la mano en los senos de la fulana, perdiéndose en ella como un ratoncillo blanco entre blancas montañas. Pollak, el pianista, seguía sentado, esclavo de la música, con el espinazo doblado sobre el piano de negros lustres; en sus manos sonaban huecos los puños almidonados, como platillos roncós, acompañando los rotos acordes del piano.

¡Vamos a ver a Resi! Y todos fueron para allá. En la puerta del casino el coronel dio media vuelta y exclamó:

—Que lo pasen bien, señores.

—Mis respetos, mi coronel —repitieron veinte voces en la calle silenciosa mientras cuarenta botas daban un taconazo. El médico del regimiento, el doctor Max Demant, probó también tímidamente de despedirse.

—¿Tiene usted que acompañarles? —le preguntó en voz baja al teniente Trotta.

—Creo que sí —musitó Carl Joseph.

Y el médico del regimiento le siguió en silencio. Eran los últimos en la desordenada caterva de oficiales que avanzaban con estrépito por las calles silenciosas, bañadas por la luna, de la pequeña ciudad. Ni el médico ni Trotta decían palabra. Ambos sentían que la pregunta dicha en voz baja y la respuesta musitada les unía. Los dos se encontraban separados del resto del regimiento. Y apenas hacía media hora que se conocían. De repente, y sin saber por qué, Carl Joseph dijo:

—Yo quería a una mujer que se llamaba Kathi. Ha muerto.

El médico del regimiento se detuvo y se giró hacia el teniente.

—Todavía querrá a otras mujeres —le dijo. Y siguieron andando.

Se oían silbar los trenes en la estación lejana.

—Quisiera marcharme, irme muy lejos —dijo el médico del regimiento.

Se hallaban ya delante del farol azul del lupanar. Taittinger, jefe del escuadrón, llamó a la puerta cerrada. Alguien abrió. Adentro las teclas empezaron a aporrear la marcha de Radetzky. Los oficiales entraron al paso en el salón.

—Rompan filas —ordenó Taittinger.

Las hembras semidesnudas se les acercaron en amplio gorjeo, como una bandada de blancas gallinitas.

—¡Dios os guarde! —exclamó Prohaska.

Esta vez Trautmannsdorff agarró ya de entrada los pechos de la señora Horwath. Y, de momento, no los soltaba. Ella tenía que cuidar de la cocina y de la bodega y se la veía sufrir bajo las caricias del teniente, pero la ley de hospitalidad le exigía este sacrificio. Se dejó seducir. El teniente Kindermann se puso pálido. Estaba más blanco que las espaldas empolvadas de las mujeres. El comandante Prohaska encargó agua de Seltz. Quien le conociera bien, habría asegurado que iba a emborracharse en grande. Se limitaba a abrirle paso con agua al alcohol, como se limpian las calles antes de una recepción.

—¿Ha venido el doctor? —preguntó a grito pelado—. ¡Que estudie las enfermedades en su foco de origen! —dijo con seriedad científica, pálido y seco como siempre.

El monóculo del alférez Bärenstein estaba ahora en el ojo de una moza rubia platino. Allí estaba sentado, parpadeantes los ojuelos negros, mientras sus manos morenas, peludas, avanzaban como extraños animales por las carnes de la hembra. Al final, cada uno fue encontrando su sitio. Entre el doctor y Carl Joseph, sentados sobre el rojo sofá, se hallaban dos mujeres, quietas, encogidas las rodillas, intimidadas ante la mirada desesperada de los dos hombres. Cuando llegó el champaña, servido personalmente por la severa ama de llaves envuelta en negro tafetán, la señora Horwath sacó decidida la mano del teniente de su escote y se la puso sobre los pantalones negros, como quien devuelve un objeto prestado. Con imperio y majestad, se levantó. Apagó la araña de cristal. En los rincones brillaban únicamente lamparillas. En la penumbra rojiza relucían los blancos cuerpos empolvados, parpadeaban las doradas estrellas y brillaban los sables de plata. Las parejas se fueron levantando y desaparecieron. Prohaska, que ya le daba al coñac desde hacía rato, se acercó al médico del regimiento y dijo:

—Como vosotros no las necesitáis, me las llevo yo. Cogió a las mujeres y, apoyándose en ellas, avanzó dando tumbos hacia la escalera.

El doctor y Carl Joseph se hallaban ahora a solas. El pianista Pollak acariciaba apenas las teclas al otro extremo del salón. Les llegaba con gran ternura un vals que, tímido y suave, se difundía por la estancia. Por lo demás, el ambiente era tranquilo, casi íntimo, y se oía el tic-tac del reloj.

—Me parece que nada tenemos que hacer aquí. ¿No cree usted? —preguntó el doctor, al tiempo que se levantaba.

Carl Joseph miró en dirección al reloj y se levantó a su vez. En la oscuridad no distinguía bien la

hora. Se acercó al reloj, pero retrocedió unos pasos. En un marco de bronce, con cagadas de mosca, se hallaba el jefe supremo de los ejércitos. Era una reproducción en pequeño del conocido y omnipresente retrato de su majestad, con los atavíos blancos como el azahar, la faja roja y el Toisón de Oro. «Algo tiene que pasar —pensó el teniente—, algo, ¡que pase algo!». Sentía su propia palidez, y le latía aceleradamente el corazón. Cogió el cuadro, lo abrió y sacó el retrato. Lo dobló, volvió a doblarlo dos veces más y se lo metió en el bolsillo. Dio media vuelta. Detrás de él se encontraba el médico del regimiento. Con el dedo señalaba el bolsillo donde Carl Joseph guardaba el retrato del emperador. «También lo salvó el abuelo», pensó el doctor Demant. Carl Joseph se puso colorado.

—¡Qué mierda! —dijo—. ¿En qué está usted pensando?

—Nada —replicó el doctor—. Estaba pensando en su abuelo.

—Yo soy su nieto —dijo Carl Joseph—. Desgraciadamente, nunca tuve ocasión de salvarle la vida. Pusieron cuatro monedas de plata sobre la mesa y salieron de la casa de la señora Resi Horwath.

Capítulo VI

Desde hacía más de tres años el comandante médico Max Demant estaba en el regimiento. Vivía en las afueras de la ciudad, en los arrabales del sur, por donde pasaba la carretera que iba a los cementerios, al «nuevo» y al «viejo». El doctor conocía bien a los dos guardas del cementerio. Dos veces a la semana iba a ver a los muertos, tanto a los olvidados desde hacía tiempo como a los que todavía se recordaban. A veces permanecía largo rato entre las tumbas y, en ocasiones, se oía el sable que chocaba suave contra las lápidas. Sin duda alguna era un hombre extraño. Un buen médico, decían; es decir que para ser un médico militar era una auténtica rareza. No se trataba con nadie. Únicamente por las obligaciones de su cargo, y siempre con más frecuencia de lo que habría deseado, aparecía entre sus compañeros. De acuerdo con su edad y con sus años de servicio debería haber sido ya médico del estado mayor. Nadie sabía el porqué de que aún no lo fuera. Quizá ni él tampoco lo sabía. «En vez de una carrera militar, Demant ha hecho una carrera de obstáculos», decía el jefe de escuadrón Taittinger, quien surtía también al regimiento de aforismos escogidos.

«Carrera de obstáculos», pensaba a veces el propio doctor Demant. «Una vida con obstáculos — le decía al teniente Trotta—. Eso ha sido mi vida. Si el destino me hubiese sido favorable habría podido ser ayudante del gran cirujano vienés y, quizá, finalmente catedrático». El nombre del gran cirujano vienés había proyectado una temprana gloria en las estrecheces de su infancia. Ya de chico, Max Demant había tomado la decisión de hacerse médico. Era hijo de uno de los pueblos de la frontera oriental del reino. Su abuelo era un tabernero judío, hombre muy devoto, y su padre, después de doce años de servicio en la milicia nacional, había obtenido el cargo de funcionario de tercera en las oficinas de correos de la pequeña ciudad capital del distrito fronterizo. Se acordaba bien de su abuelo. Pasaba todas las horas del día sentado bajo el gran portal de la taberna. Su barba inmensa, de rizos plateados, le cubría el pecho y le llegaba hasta las rodillas. Junto a él flotaba un olor especial a abonos y leche, caballos y heno. Sentado a la puerta de su taberna parecía un viejo rey de los taberneros. Cuando los campesinos volvían de la feria semanal de cerdos, se detenían ante la taberna, y el viejo se levantaba, poderoso, como una montaña que hubiera tomado figura humana. Como ya era bastante duro de oído, los campesinos de baja estatura tenían que darle sus encargos poniéndose las manos a la boca formando un embudo y gritando a través de él. El viejo se limitaba a asentir con la cabeza cuando había comprendido. Satisfacía los deseos de su clientela como si fuera una gracia especial que les concedía, sin tener en cuenta que se los pagaban en dinero contante y sonante.

Con sus recias manos desenganchaba los caballos y los llevaba él mismo al establo. Y, mientras sus hijas servían a los clientes en la sala de la taberna, de techo bajo, aguardiente con guisantes secos, él daba el pienso a los animales acariciándolos y hablándoles para que estuvieran tranquilos.

Los sábados leía grandes libros de devoción. Subarba plateada cubría la mitad inferior de las páginas de negra escritura. Si hubiese sabido que su nieto llevaría un día el uniforme de oficial y andaría por el mundo armado como un asesino, a buen seguro que habría maldecido sus muchos años y el fruto de su virilidad: No estaba tampoco muy satisfecho de su hijo, el padre del doctor Demant, el funcionario de tercera de correos, pese a sentir por él una gran ternura. La taberna, heredada durante generaciones de padres a hijos, debería dejarla ahora en manos de las hijas y los yernos, mientras los descendientes varones de la familia se convertirían, hasta el más remoto futuro, en funcionarios, eruditos, empleados e ilusos. ¡Hasta el más remoto futuro! Esto último no era cierto. El comandante médico no tenía hijos. Ni quería tenerlos. Porque su mujer...

Llegado a este punto, el doctor Demant solía interrumpir sus recuerdos. Pensaba en su madre, que había vivido siempre intentando obtener algunos pequeños ingresos adicionales. El padre, terminado el servicio en la oficina, iba al pequeño café. Jugaba a las cartas, perdía y no pagaba la cuenta. Deseaba que su hijo hiciera el bachillerato elemental y fuera después funcionario, de correos, claro está. «Tú tienes demasiadas pretensiones», le decía a su mujer. Y a pesar de que no brillaba precisamente el orden en su vida, se mostraba extraordinariamente meticuloso con todo lo que guardaba de su época de soldado. En el armario estaba colgado su uniforme, el uniforme de «oficial cajero que ha prestado largos servicios», con los galones dorados en la bocamanga, los pantalones negros y el chacó de infantería, como una personalidad puesta allí todavía viva, dividida en tres partes, con los botones brillantes, que se limpiaban cada semana. El sable curvo negro con la empuñadura estriada, que se pulía también cada semana, estaba allí colgado diagonalmente de dos clavos; sobre la mesa escritorio que nunca se utilizaba, oscilaba indiferente la borla dorada semejando un girasol, una flor de girasol cerrada como un capullo y cubierta de polvo. «De no haber aparecido tú en mi vida —le decía a la madre—, habría hecho el examen y sería ahora capitán cajero». El día del cumpleaños del emperador, el empleado de correos Demant se ponía su uniforme de funcionario, con sombrero y espadín. Ese día no jugaba a las cartas. Todos los años, el día del cumpleaños del emperador se proponía empezar una vida sin deudas y, en consecuencia, se emborrachaba. Llegaba tarde a su casa y, en la cocina, desenvainaba el espadín y daba órdenes a todo un regimiento. Las ollas eran los pelotones, las tacitas las secciones y los platos las compañías. Simon Demant era un coronel, coronel al servicio de Francisco José I. La madre, en cofia de encajes y enaguas plisadas, saltaba de la cama, se ponía una toquilla y procuraba calmar a su marido.

Hasta que un día, exactamente un día después del cumpleaños del emperador, el padre sufrió un ataque de apoplejía. Su muerte fue tranquila, y su entierro, brillante. Todos los carteros siguieron al féretro. Y en la memoria de la viuda persistió el recuerdo del muerto, modelo de esposo, fallecido al servicio del emperador y de los correos reales e imperiales. Tanto el uniforme de suboficial como el de funcionario de correos estaban colgados, uno al lado del otro, en el armario. La viuda los mantenía en constante brillo mediante alcanfor, cepillo y limpiametales. Parecían momias, y cada vez que el hijo abría el armario creía ver dos cadáveres de su padre.

Tenía el firme deseo de hacerse médico. Dio clases particulares por el mísero pago de seis coronas al mes. Sus botas solían estar destrozadas. Cuando llovía dejaba anchas huellas húmedas

sobre los suelos encerados de las casas de los ricos. Cuando las suelas estaban reventadas, sus pies parecían más grandes. Finalmente aprobó el bachillerato. Y fue estudiante de medicina. Ante el futuro se extendía todavía la miseria, negra pared contra la que estallaba. Casi era obligado dar de narices en el ejército. Siete años comido, bebido, vestido, siete años con un techo bajo el que guarecerse, siete largos, largos años. Se hizo médico militar. Y siguió siéndolo.

La vida parecía pasar más veloz que los pensamientos. Y apenas si había tenido tiempo de tomar una decisión cuando la vejez ya asomaba.

Se había casado con la señorita Eva Knopfmacher.

Aquí interrumpió el doctor Demant una vez más el hilo de sus recuerdos y siguió andando hacia su casa.

Oscurecía ya. En todas las habitaciones había mucha luz, como si se tratara de una fiesta. Su asistente le indicó que había llegado su suegro, el señor Knopfmacher.

En este momento salía del baño, en una bata larga, floreada y suave, con una navaja en la mano, las mejillas coloradas, relucientes, recién afeitadas, olorosas. Su rostro parecía estar compuesto de dos mitades. Dos mitades unidas simplemente por la perilla.

—¡Mi querido Max! —exclamó el señor Knopfmacher, colocando cuidadosamente la navaja sobre una mesilla. Extendió los brazos y la bata se entreabrió.

Se abrazaron, se besaron apenas y entraron juntos en el saloncillo.

—Quisiera algo de licor —dijo el señor Knopfmacher.

El doctor Demant abrió el armario y contempló unos instantes varias botellas. Finalmente dio media vuelta.

—Yo esto no lo conozco —dijo— ni tampoco sé lo que te gusta.

Se había agenciado una colección de licores de la misma forma en que una persona de escasas letras se agencia una biblioteca.

—¡Y tú todavía sigues sin beber! —dijo el señor Knopfmacher—. ¿Tienes sliwowitz, arac, ron, coñac, genciana, vodka? —le preguntó a gran velocidad, en forma nada acorde con su dignidad.

Se levantó. Se acercó al armario, mientras flotaban en el aire los faldones de la bata, y con mano segura sacó una botella.

—Quería darle una sorpresa a Eva —dijo el señor Knopfmacher—. Y, la verdad sea dicha, tú no has estado aquí en toda la tarde. Y en tu lugar —se detuvo un instante y repitió—, en tu lugar he encontrado a un teniente. Un tontorrón.

—Es el único amigo —replicó Max Demant— que he encontrado desde que soy médico militar. Es el teniente Trotta. Una excelente persona.

—Una excelente persona —repitió el suegro—. Yo también soy una excelente persona, por

ejemplo. Pero yo no te aconsejaría que me dejaras una hora entera solo con una guapa mujer, aun cuando sólo te interesas una pizca por ella. —Knopfmacher juntó las puntas del pulgar e índice y repitió al cabo de un rato—: Una pizquita así.

El comandante médico palideció. Se quitó los lentes y los limpió lentamente. Envolvía así al mundo a su alrededor en una niebla bondadosa, dentro de la cual el suegro y su bata se convertían en una mancha blanca, de contornos imprecisos, si bien muy extensa. No se puso seguidamente los lentes que acabó de limpiar, sino que los tuvo un rato en la mano y dijo a través de la niebla:

—No tengo motivo alguno, querido papá, para desconfiar de Eva ni de mi amigo.

Pronunció estas palabras con escaso entusiasmo. Le resultaba una frase extraña, sacada de una lectura remota cualquiera, oída en una olvidada representación teatral.

Se puso los lentes y, al instante, reapareció el viejo Knopfmacher, de contornos y extensiones netos. Parecía también que la frase recién pronunciada estuviera lejos, muy lejos. Seguramente ya no era cierta. El comandante médico lo sabía tan bien como su suegro.

—¡Que no tienes motivo alguno! —repitió el señor Knopfmacher—. ¡Pues yo sí tengo motivos! Conozco a mi hija. Tú no conoces a tu mujer. ¡Yo conozco bien a esos tenientillos! ¡Y, en fin, conozco a los hombres! Sin embargo no quiero ofender al ejército. No nos salgamos de quicio. Cuando mi mujer, tu suegra, todavía era joven, tuve ocasión de conocer a esos jóvenes, de paisano y en uniforme. Sois gente rara vosotros, vosotros los..., los...

Buscaba un calificativo, un término que los englobara a todos, una palabra desconocida, que incluyera a su yerno y a otros necios como él. De buen gusto habría dicho: «¡Vosotros engreídos personajillos con carrera!». Porque él era listo, tenía una buena posición y gozaba de reputación a pesar de no tener estudios. En poco tiempo se le iba a conceder el título de consejero comercial. Tenía un sueño dorado para el futuro, un sueño de dádivas, de muchas y cuantiosas dádivas. Su consecuencia inmediata sería el ennoblecimiento. Y si, por ejemplo, se nacionalizaba húngaro, todavía podría adquirir la nobleza con más rapidez. En Budapest las cosas eran más fáciles. ¡Y los que complicaban la vida eran precisamente esos tipos con carrera, funcionarios de minuta, bobalicones! También su propio yerno le complicaba la vida. Si se armaba un escándalo, por pequeño que fuera, adiós al título de consejero comercial. Siempre hay que estar sobre aviso, incluso en casa. ¡Incluso hay que vigilar la virtud de esposas ajenas!

—¡Querido Max, quisiera cantarte las verdades antes de que sea demasiado tarde!

Eso no le gustó al comandante médico. Por nada en el mundo quería oír las verdades. Conocía bien a su mujer, como el señor Knopfmacher a su hija. ¡Pero la quería, qué remedio! La quería. En Olmütz fue el asunto aquel con el jefe de distrito Herdall, en Graz con el juez Lederer. El comandante médico daba gracias a Dios y a su mujer porque no eran sus camaradas. Si pudiera abandonar el ejército. Estaba constantemente en peligro de muerte. Había intentado decírselo a su suegro en repetidas ocasiones... Lo intentó una vez más. «Ya sé que Eva se encuentra en peligro. Siempre. Desde hace años. Es irreflexiva, desgraciadamente. Pero no lleva las cosas hasta sus últimas

consecuencias». Su pensamiento se detuvo un momento y recalcó: «No las lleva hasta sus últimas consecuencias». Acallaba así todas sus propias dudas que desde hacía años no le abandonaban. Exterminaba sus temores y estaba seguro de que su mujer lo engañaba.

—Nunca —dijo en voz alta y ya convencido—: Eva es una mujer decente, pese a todo.

—Claro, claro —le confirmó su suegro.

—Pero no vamos a resistir esta vida por mucho tiempo —siguió diciendo el comandante médico—. La profesión no me satisface, como tú bien sabes. ¿Qué no sería yo hoy de no estar sometido a las obligaciones del servicio? Tendría una excelente posición y las ambiciones de Eva estarían satisfechas. Porque es ambiciosa, desgraciadamente.

—En esto se parece a mí —dijo el señor Knopfmacher no exento de complacencia.

—Está descontenta —siguió diciendo el comandante médico, mientras su suegro se llenaba un buen vaso y buscaba distraerse—. No se lo puedo reprochar.

—Tú deberías distraerla —le interrumpió su suegro.

—Yo soy... —el doctor Demant no hallaba palabras. Calló un instante y observó el licor.

—Vamos, bebe le dijo el señor Knopfmacher tratando de animarle.

Se levantó en busca de un vaso y lo llenó. Por su bata entreabierta se veían su pecho velloso y el vientre alegre, tan rosado como sus mejillas. Acercó el vaso a los labios de su yerno. Finalmente Max Demant bebió.

—Hay algo más que me obliga a abandonar el ejército. Cuando ingresé, mi vista aún era buena, pero ahora cada año que pasa la tengo peor. Ahora no puedo, me es absolutamente imposible ver con claridad sin lentes. Y en realidad debería exponerlo y pedir el retiro.

—Está bien, pero... ¿y? —preguntó el señor Knopfmacher.

—Sí...

—Sí, ¿de qué ibas a vivir?

El suegro cruzó las piernas, tenía escalofríos; se envolvió en la bata y levantó su cuello con las manos.

—Pero ¿crees tú que yo puedo hacer frente a esos gastos? Desde que os habéis casado sé que mis subvenciones son, lo recuerdo por casualidad, de trescientas coronas al mes. Ya lo sé, ya lo sé. Eva necesita mucho dinero. Y si empezáis una nueva vida, va a necesitar también mucho. Y tú también, hijo mío. —Se puso tierno—. Sí, mi querido Max. Las cosas no están como hace algunos años.

Max calló. El señor Knopfmacher consideró que había sabido rechazar el ataque y entreabrió de nuevo la bata. Bebió otra copa. Seguiría viendo las cosas claras. Conocía sus posibilidades. ¡Pero este tontaina! Y con todo era mejor que el otro, Hermann, el marido de Elisabeth. Las dos hijas le costaban mensualmente seiscientas coronas. Lo sabía muy bien, de memoria. «Y si el comandante

médico se quedaba ciego —pensó observando sus lentes brillantes—, ¡que se cuide más de su mujer! ¡Que tampoco a los miopes tiene que resultarles difícil!».

—¿Qué hora es? —preguntó muy amable e inocente.

—Pronto serán las siete —dijo el doctor.

—Voy a vestirme —decidió el suegro.

Se levantó, saludó con una ligera inclinación de cabeza y avanzó, lento y solemne, ondeando la bata, hacia la puerta. El comandante médico siguió donde estaba. Después de la soledad del cementerio, que tan bien conocía, la soledad de su propia casa le parecía inmensa, insólita, casi hostil. Por primera vez en la vida llenó su vaso. Era como si bebiera por primera vez en la vida. «Hay que poner las cosas en orden», pensó. Poner orden. Estaba decidido a hablar con su mujer. Salió al pasillo.

—¿Dónde está mi mujer?

—En el dormitorio —le dijo el asistente.

«¿Llamo?», se preguntó el doctor. «¡No!», le ordenó su corazón de hierro. Giró el picaporte. Su mujer estaba allí, en unas braguitas azules, con una gran polvera rosada en la mano, delante de la luna del armario.

—¡Ay! —gritó y se puso una mano sobre el pecho. El comandante médico permaneció en la puerta.

—¿Eres tú? —preguntó la mujer.

La pregunta sonó como un bostezo.

—Soy yo —respondió el comandante médico con voz recia. Le parecía que era otro quien hablaba. Tenía los lentes puestos pero hablaba en la niebla.

—Tu padre me ha dicho —expuso el doctor— que el teniente Trotta ha estado aquí.

Ella dio media vuelta. Estaba allí, con las bragas azules, la polvera como un arma en la mano derecha, frente a su marido.

—Tu amigo, Trotta, estuvo aquí —dijo con un gorjeo de voz—. Papá ha venido. ¿Le has visto ya?

—Precisamente porque he hablado con él... —dijo el comandante médico y se dio inmediatamente cuenta de que había perdido la partida. Permaneció un rato en silencio.

—¿Por qué no has llamado a la puerta? —le preguntó ella.

—Quería darte una sorpresa.

—Me has asustado.

—Yo... —empezó a hablar el comandante médico. Quería decir: «Yo soy tu marido», pero dijo

—: Yo te quiero.

Efectivamente la quería. Allí estaba, en las bragas azules, la polvera rosada en la mano. Y la quería. «Estoy celoso», pensó. Dijo entonces:

—No me gusta que venga gente a casa sin que yo me entere.

—Es un chico muy atractivo —dijo la mujer, y empezó a empolvase delante del espejo, lentamente, intensamente.

El comandante médico se acercó a su mujer y la cogió por los hombros. Miró al espejo. Vio su mano morena, velluda, sobre sus blancos hombros. Ella sonreía. En el espejo vio el eco cristalino de su sonrisa.

—¡Tienes que ser sincera! —suplicó.

Era como si sus manos se arrodillaran sobre los hombros de ella. Supo al instante que no sería sincera.

—Tienes que ser sincera, por favor, te lo ruego —repitió.

Observó cómo se soltaba el pelo rubio con rápidas y pálidas manos, junto a las sienes. Era un movimiento innecesario: le estaba excitando. Desde el espejo le llegó la mirada de su mujer, gris, fría, seca, veloz como un proyectil de acero. «La quiero —pensó el comandante médico—. Me hace sufrir y la sigo queriendo».

—¿Estás enfadada porque he estado fuera toda la tarde? —le preguntó.

Ella se giró un poco. Ahora estaba sentada, con el busto caído en las caderas; un ser inanimado, modelo de cera y ropas de seda. Bajo el telón de sus largas pestañas negras surgían sus ojos claros, falsos, imitando rayos de hielo. Sus delgadas manos colocadas sobre las bragas parecían pájaros blancos, bordados sobre un fondo de seda azul. Con una voz que él creyó no haberle oído nunca y que parecía salir desde dentro de su pecho, la mujer le dijo con enorme lentitud:

—Yo nunca te echo de menos.

El comandante médico iba de un lado a otro de la habitación sin mirar a su mujer. Apartó dos sillas que se oponían a su paso. Tenía la sensación de que debería apartar muchas cosas de su camino, poner a un lado las paredes, destrozar el techo con la cabeza, hundir con los pies el suelo de la habitación. Resonaban en su oído sus espuelas, lejanas, como si otro las llevara puestas. En su cabeza solamente había una palabra, que iba, alocada, de un lado a otro, volaba por su cerebro, incesante. «¡Nada, nada, nada!».

Una sola y breve palabra. Rápida, suave y ligera como una pluma y a la vez pesada, volaba por su cerebro. Sus pasos se aceleraban, los pies iban al rápido compás de la palabra en su cabeza. De repente se detuvo:

—¿O sea que ya no me quieres? —le preguntó.

Estaba seguro de que no le contestaría. «Se callará», pensó.

—No —respondió la mujer.

Levantó el negro telón de sus pestañas y lo contempló de pies a cabeza con ojos tremendamente desnudos. Finalmente añadió:

—Pero si tú estás borracho.

El doctor advirtió que había bebido demasiado. Y pensó complacido: «Estoy borracho y quiero estarlo». Con una voz extraña, como si tuviera la obligación de estar borracho y de no ser él mismo, dijo:

—Bueno, ¿y qué?

De acuerdo con sus confusos pensamientos un hombre borracho y en una situación como la suya tenía que decir las palabras en ese tono, cantando. Y cantó.

—¡Te mataré! —añadió.

—¡Mátame! —dijo la mujer en un gorjeo de su voz clara, de tono alto, al tiempo que se levantaba.

Se levantó rápida y ágil, con la polvera en su mano derecha. Sus piernas ágiles y elásticas le recordaron por un instante las de los maniqués en los escaparates de las tiendas de modas: Parecía estar compuesta de diversas piezas. Ya no la quería, ya no la quería. Sentía un rencor tan grande que le resultaba incluso odioso; era la ira, llegada como un enemigo desconocido de lejanas tierras, que ahora anidaba en su corazón. Dijo en voz alta lo que había pensado media hora antes.

—¡Poner las cosas en orden! ¡Voy a poner las cosas en orden!

La mujer rio con una risa sonora que él no conocía. «¡Una voz teatral!», pensó el comandante médico. Sintió entonces un afán inmenso de demostrarle que quería poner las cosas en orden. Este pensamiento le proporcionó fuerza a sus músculos y una clara visión a sus débiles ojos.

—Te dejo con tu padre —dijo entonces—. Voy a buscar a Trotta.

—Vete, pues, vete —le dijo la mujer.

Se marchó. Antes de salir de la casa dio media vuelta y entró en el salón para tomar otra copa. Volvía al alcohol como a un secreto amigo por primera vez en su vida. Se tomó un vaso y otro y otro. Salió de la casa con pasos sonoros. Puso rumbo al casino.

—¿Dónde está el teniente Trotta? —preguntó al ordenanza.

El teniente Trotta no estaba en el casino.

El comandante médico se lanzó por la carretera que se dirigía a los cuarteles. La luna se hallaba ya en menguante. Brillaba todavía plateada y fuerte, casi como en luna llena. En la carretera dormida apenas corría el aire. Las sombras de los desnudos castaños, a ambos lados de la carretera, trazaban

una confusa red sobre el centro ligeramente convexo de la carretera. Helados, duros resonaban los pasos del doctor Demant. Iba a ver al teniente Trotta. Veía a lo lejos, en la blancura azulada, los grandes muros del cuartel, castillo enemigo al cual se acercaba. Le llegaba ahora el toque de retreta, frío y metálico. El doctor Demant avanzaba directamente hacia los sonidos helados, de hierro, y los aplastaba. Pronto, pronto aparecería el teniente Trotta. Del blanco intenso del cuartel se fue separando un trazo negro y se acercó al doctor. Faltaban todavía tres minutos. Se hallaban frente a frente. El teniente saludó. Desde una lejanía infinita el doctor Demant oyó sus propias palabras:

—Teniente, ¿estuvo usted hoy en casa con mi mujer?

La pregunta resonó desde la cúpula cristalina azul de los cielos. Desde hacía ya mucho tiempo, semanas enteras, se trataban de tú. Se decían de tú. Y ahora se hallaban enfrentados como enemigos.

—Esta tarde he estado en su casa con su mujer, mi comandante —contestó el teniente.

El doctor Demant se acercó al teniente hasta casi tocarle.

—¿Qué hay entre usted y mi mujer, teniente?

Brillaban los gruesos lentes del doctor. El comandante médico no tenía ojos ya, sólo lentes. Carl Joseph calló, como si en todo el mundo no pudiera hallarse respuesta a la pregunta del doctor Demant. Inútilmente habría buscado una respuesta durante años y más años, como si la lengua de los hombres estuviera agotada y estéril ya por mucho tiempo. Los latidos de su corazón eran rápidos, secos, duros, contra las costillas. La lengua se le pegaba seca y dura al paladar. Un gran vacío cruel le zumbaba por la cabeza. Parecía hallarse frente a un peligro innominado que, al mismo tiempo, lo había tragado ya. Se hallaba ante un precipicio gigantesco y negro y, a la vez, envuelto en sus tinieblas ya. De una lejanía helada, translúcida, le llegaban las palabras del doctor Demant, palabras muertas, cadáveres de palabras:

—¡Responda, teniente!

Nada. Silencio. Las estrellas parpadeaban y la luna brillaba. «¡Responda, teniente!». El teniente era Carl Joseph y debía responder. Aunó las escasas fuerzas que le quedaban. Por el vacío que zumbaba en su cabeza se deslizó una delgada frase, insignificante. El teniente dio un taconazo —por instinto militar y también para oír algún ruido— y el chasquido de las espuelas le tranquilizó.

—Señor comandante médico —dijo en voz muy baja—: entre su mujer y yo no hay nada.

Nada. Silencio. Las estrellas parpadeaban y la luna brillaba. Nada dijo el doctor Demant. Desde sus lentes muertos observaba a Carl Joseph. El teniente repitió muy lentamente:

—Nada, señor comandante médico.

«Está loco —pensó el teniente—. Se ha roto; algo se ha roto. Es como si oyera romperse algo, un golpe seco, astillas. ¡Se ha roto la confianza!». Recordó esta frase que había leído en algún lado. Amistad rota. Sí, era una amistad rota.

De repente comprendió que desde hacía varias semanas el comandante médico era su amigo; un

amigo. Se habían visto todos los días. En una ocasión estuvo paseando con el comandante médico por el cementerio entre las tumbas.

«Hay tantos muertos —le había dicho el comandante médico—. ¿No te das tú también cuenta de que vivimos de los muertos?». «Yo vivo de mi abuelo», le había contestado Trotta. El comandante pudo ver el cuadro del héroe de Solferino, en la penumbra de la casa paterna. De sus palabras brotaba un tono fraternal; de su corazón se proyectaba un amor fraterno, como una hoguera. «Mi abuelo era un viejo judío, alto y robusto, con barbas de plata», había dicho el comandante médico. Carl Joseph vio al viejo judío, alto y robusto, con barbas de plata. Eran nietos, los dos eran nietos. Cuando el comandante médico montaba a caballo tenía un aspecto ligeramente ridículo; más pequeño e insignificante que a pie, el caballo lo llevaba como si fuera una talega con avena. Cuando Carl Joseph montaba, su aspecto tampoco era mejor. Se contemplaba como en un espejo. Había dos oficiales en el regimiento que eran objeto de murmuraciones por parte de los compañeros: el doctor Demant y el nieto del héroe de Solferino. Eran dos en todo el regimiento. Dos amigos.

—¿Me da usted su palabra, teniente? —preguntó el doctor.

Sin responderle, Trotta le tendió la mano.

—¡Gracias! —dijo el médico y le estrechó la mano. Avanzaron juntos por la carretera, diez, veinte pasos, sin mediar palabras.

—No lo tomes a mal —dijo de repente el médico—. Estoy bebido. Hoy ha llegado mi suegro. Te ha visto. Ella no me quiere. No me quiere. ¿Te das cuenta? —Se interrumpió—. Tú eres joven —añadió al cabo de un rato como queriendo indicar que sus palabras habían sido inútiles—. Tú eres joven.

—Te comprendo —dijo Carl Joseph.

Avanzaban al mismo paso, tintineando las espuelas y entrechocando los sables. Las luces de la ciudad, amarillas, los saludaban como viejos amigos. Los dos deseaban que la carretera nunca terminara. Habrían querido marchar mucho tiempo así, uno al lado del otro. Ambos deseaban decir algo, pero callaban. Fácilmente se dicen unas palabras, pero éstas no serían pronunciadas. «Por última vez, por última vez vamos así, uno al lado del otro», pensó el teniente.

Llegaban a la ciudad. El comandante médico tenía que decir algo antes de que entraran en la ciudad.

—No lo he hecho por mi mujer —le dijo—. ¡Eso ya no tiene importancia! Nosotros hemos acabado. Lo he dicho por ti. —Esperó una respuesta que sabía nunca llegaría—. Está bien, gracias —dijo rápidamente—. Me voy un rato al casino. ¿Vienes?

No. El teniente Trotta no iría al casino. Volviéndose le dijo:

—¡Buenas noches!

Se dio media vuelta y regresó al cuartel.

Capítulo VII

Llegó el invierno. Por la mañana, cuando el regimiento salía al campo reinaban todavía las tinieblas. Bajo los cascos de los caballos se quebraba el hielo delgado que recubría las calles. Un hálito gris salía de los ollares de los caballos y de las bocas de los jinetes. Sobre las vainas de los pesados sables y en los cañones de las carabinas ligeras brillaba el aliento apagado de la helada. La pequeña ciudad era cada vez más pequeña. Los toques helados, en sordina, de las cornetas no atraían a la calle a los espectadores de costumbre. Únicamente los cocheros en las paradas levantaban todas las mañanas sus rostros barbudos. Si había mucha nieve iban en trineo. Las campanillas en los arreos de los caballos sonaban suaves, agitadas constantemente por los animales, inquietos a causa del frío. Los días eran iguales, como copos de nieve. Los oficiales del regimiento de ulanos esperaban algún acontecimiento extraordinario que rompiese la monotonía de sus días. Claro está que nadie sabía cómo sería ese acontecimiento. Aquel invierno parecía esconder en sus entrañas heladas una espantosa sorpresa. Y un día ésta surgió como un rayo rojo de blanca nieve. Aquel día el jefe de escuadrón Taittinger estaba sentado, solo como de costumbre, detrás del gran cristal junto a la puerta de la pastelería. Desde primeras horas de la tarde estaba allí, en la trastienda, rodeado de jóvenes compañeros. Los oficiales lo encontraban más pálido y delgado que de costumbre. Bebieron muchos licores y sus caras no se encendieron. No comían. Únicamente ante el jefe de escuadrón se hacinaban, como de costumbre, los dulces y los pasteles. Quizás hoy estaba más engolosinado que en otras ocasiones. Porque hoy la pena le roía las entrañas hasta dejarlo hueco y, de una u otra forma, tenía que mantenerse vivo. Mientras iba embuchando un pastelito tras otro con sus delgados dedos en la boca inmensamente abierta, repetía por quinta vez ante su auditorio eternamente curioso aquella historia:

—¡Bueno, señores míos, lo importante es mantener suma discreción frente a la población civil! Cuando yo servía en el regimiento número nueve de los dragones había uno muy charlatán, de complemento, claro, rico, dicho sea de paso, y, dale, que en cuanto se incorporó, estalló la cosa. Ni que decir tiene que cuando enterramos después al pobre barón Seidl todos sabían en la ciudad por qué se había muerto tan de repente. Confío, señores, en que esta vez sabremos organizar un más discreto... —Taittinger quería decir «entierro», pero se detuvo, reflexionó durante largo rato, y no encontró la palabra adecuada, miró al techo, y en torno a su rostro, como también en torno a los de su auditorio, reinaba un tremendo silencio. Al final el jefe de escuadrón concluyó—: un más discreto proceso. Respiró profundamente, se tragó un pastelillo y de un sorbo vació el vaso de agua.

Todos advirtieron que había estado invocando a la muerte. La muerte que ahora se cernía sobre ellos y a la que no estaban acostumbrados en absoluto. Habían nacido en tiempo de paz y se habían hecho oficiales en pacíficas maniobras y ejercicios de instrucción. No sabían todavía entonces que

todos, sin excepción, se enfrentarían con la muerte al cabo de pocos años. Ninguno de ellos era capaz de aguzar suficientemente el oído para percibir los grandes engranajes de los ocultos mecanismos que preparaban ya la gran guerra. Una paz blanca invernal reinaba en la pequeña guarnición. Negra y roja ondeaba sobre ellos la muerte en la oscuridad de la trastienda.

—Yo no lo entiendo —dijo uno de los jóvenes. Todos habían dicho ya algo parecido.

—Pero si ya os lo he contado setenta mil veces —replicó Taittinger—. Con los cómicos de la legua empezó la cosa. Y yo, maldita sea, me fui a ver la opereta esa, ¿cómo se llama, sí, ésa, que ya no me acuerdo?

—«El leñador» —dijo uno.

—Eso, con «El leñador» ha empezado el cuento. Precisamente cuando salía del teatro me encuentro ahí en mitad de la plaza, solo y abandonado, al Trotta ese, porque yo me marché un poco antes de terminar, que siempre lo hago así, señores —explicó Taittinger—. No resisto hasta el final, siempre acaba bien, ya se nota en cuanto empieza el tercer acto y entonces ya se cómo acabará todo, y por eso me marché del teatro, sin meter ruido. Además ya la he visto tres veces. Bueno pues, allí estaba el pobre Trotta, solo y desamparado, en la nieve. Yo le dije: «La pieza ha estado bien». Y le expliqué además el extraño comportamiento de Demant. Apenas me miró durante la función, dejó allí plantada a su mujer después del segundo acto, se largó y no volvió. Podía haberme indicado que atendiera yo a su mujer, pero eso de marcharse sin más es casi un escándalo. Todo se lo estuve contando a Trotta. «Sí, con Demant hace tiempo que no hablo», me dijo.

—Pero a Trotta y Demant se les ha visto juntos durante semanas enteras —exclamó alguien.

—Y bien que lo sé —contestó Taittinger—, precisamente por eso le conté a Trotta el extraño comportamiento de Demant. Pero yo no me meto en asuntos ajenos y por eso le pregunté a Trotta si quería acompañarme a la pastelería: «No. Tengo una cita», me dijo. «Bueno, pues, yo me marché», le contesté. Pero precisamente aquel día la pastelería estaba cerrada. Un golpe del destino, señores míos. ¿Y yo? Pues al casino, claro. Y sin pensar en nada les conté a Tattenbach y a todos los presentes la historia de Demant y que también Trotta estaba en la plaza del teatro esperando una cita. Tattenbach se puso a silbar. «¿Qué estás silbando?», le pregunté. «Nada, nada», me dijo. «Pero cuidadito, cuidadito: Trotta y Eva, Trotta y Eva», cantó un par de veces, como si fuera una canción de varietés. Yo, claro está, no sabía quién era Eva. Supuse que sería la del Paraíso, es decir, en sentido simbólico y general. ¿Ustedes ya me comprenden, señores míos?

Todos le habían comprendido y se lo confirmaban a voces e inclinando la cabeza en sentido afirmativo. No solamente habían comprendido las explicaciones del jefe de escuadrón, sino que además las sabían de memoria, del principio al final. Y a pesar de todo le rogaban una y otra vez que contara de nuevo la historia, porque confiaban, desde el rincón más insensato y secreto de su corazón, que acaso el jefe de escuadrón la contaría de tal forma que dejara, aun cuando estrecho, un paso abierto a la esperanza. No cesaban de preguntar a Taittinger. Pero su historia adoptaba siempre el mismo tono. Ni uno solo de los tristes detalles se transformaba un ápice:

—¿Bueno y qué más? —preguntó, uno:

—Lo demás ya lo sabéis todos —replicó el jefe de escuadrón—. En cuanto salí del casino, junto con Tattenbach y Kindermann, casi nos tropezamos con Trotta y la señora Demant. «Oye», dijo Tattenbach, «¿no te ha dicho Trotta que estaba citado?». «Puede ser una casualidad», le dije a Tattenbach. Y era una casualidad, como bien sabéis. La señora Demant salió sola del teatro. Trotta se sintió obligado a acompañarla hasta su casa. Y tuvo que: renunciar a la cita. Nada habría pasado si Demant, durante el descanso, me hubiera indicado que atendiera yo a su esposa. Nada en absoluto.

—Nada, nada —le confirmaron todos.

—Al día siguiente, por la tarde, Tattenbach estaba borracho en el casino, como de costumbre. En cuanto entró Demant se levantó y le dijo: «Buenas tardes, Maimónides». Así empezó la cosa.

—Es una mezquindad —observaron dos al unísono.

—Sí, una mezquindad, ¡pero estaba borracho! Y en tales condiciones... —se interrumpió Taittinger—. Yo le dije como es debido: «Buenas tardes, mi comandante». Y Demant, con una voz que nunca habría pensado que pudiera poseer, se dirigió a Tattenbach: «Señor jefe de escuadrón, usted sabe perfectamente que yo soy comandante médico». «Más le valdría estar en casa y fijarse mejor en sus asuntos», dijo Tattenbach y se agarró al sillón. Por cierto que era el día de su santo. ¿Todavía no os lo había contado?

—¡No! —exclamaron todos.

—Pues ahora ya lo sabéis: era precisamente su onomástica —repitió Taittinger.

Ansiosos tragaron todos esta novedad. Como si por haber sido aquel día la onomástica de Tattenbach, aquella triste historia pudiera tomar otro rumbo, acaso un rumbo favorable. Todos pensaban en las ventajas que podría representar la onomástica de Tattenbach. El pequeño Sternberg, cuyos pensamientos solían proyectarse como pájaros solitarios por las nubes vacías, sin compañeros ni huellas, manifestó rápidamente, con un júbilo prematuro en la voz:

—¡Pero entonces ya está solucionado! ¡La situación se ha transformado totalmente! ¡Si era precisamente el día de su santo!

Todos observaron al pequeño conde Sternberg, tristes y atónitos, dispuestos sin embargo a aceptar aquella necedad. Lo que les decía Sternberg era una simpleza total, pero, pensándolo bien, ¿acaso no era aquello una tabla de salvamento, una esperanza, un consuelo? La risa hueca que soltó Taittinger inmediatamente los sumió a todos en nuevo pánico. Allí estaban callados, entreabiertos los labios, con sílabas desvalidas en la lengua muda, los ojos tremendamente abiertos, perdida la mirada, mudos y deslumbrados, los que unos instantes antes habían creído oír palabras de consuelo y percibir una frágil esperanza. A su alrededor se cernían el silencio y las tinieblas. En todo el mundo callado, hundido en la nieve invernal, inmenso, solamente existía aquella historia que Taittinger había contado ya cinco veces, siempre idénticas.

—Bueno —siguió el jefe de escuadrón—, entonces Tattenbach dijo: «Más le valdría estar en casa y cuidarse mejor de sus asuntos». Y el doctor, como cuando pasa reconocimiento a los soldados y como si Tattenbach estuviera enfermo, inclinó la cabeza hacia éste y le dijo: «Señor jefe de escuadrón, usted está borracho». «Más le valdría fijarse en lo que hace su mujer —le dijo Tattenbach con voz pastosa—. Aquí no dejamos que nuestras mujeres vayan a pasear con tenientes a medianoche». «Usted está borracho, canalla», exclamó Demant. Yo iba a levantarme, pero antes de que pudiera hacer nada, Tattenbach empezó a chillar como si estuviera loco: «¡Judío!, ¡judío!, ¡judío!». Lo dijo ocho veces seguidas, que tuve la sangre fría de contar, sin equivocarme.

—¡Bravo! —dijo el pequeño Sternberg, a lo que Taittinger respondió con una leve inclinación de cabeza.

—Y tuve también la serenidad de mandar que salieran los ordenanzas. No era cosa para ellos.

—¡Bravo! —gritó otra vez el pequeño Sternberg.

Todos aplaudieron. Y todos se callaron después. Desde la cocina les llegaba el ruido de los platos; se oían las campanillas de un trineo que pasaba por la calle. Taittinger se metió otro pastelillo en la boca.

—Y ahora estamos bien apañados —exclamó el pequeño Sternberg.

—Mañana será, a las siete y veinte —dijo Taittinger después de tragar las últimas migajas del dulce. Mañana a las siete y veinte. Ya sabían las condiciones. Disparar al mismo tiempo y a diez pasos de distancia. Había sido imposible obligar a Demant a decidirse por el sable. No dominaba la esgrima. Al día siguiente a las siete saldría el regimiento hacia las dehesas. Y de allí hasta el «rincón verde», donde se celebraría el duelo, detrás del viejo palacio, sólo mediaban unos doscientos pasos. Todos los oficiales sabían que por la mañana, durante la instrucción, oirían los tiros. Ya oían los dos tiros. La muerte se cernía sobre sus cabezas con alas negras y rojas.

—¡La cuenta! —gritó Taittinger, y todos salieron inquietos de la pastelería.

Volvía a nevar. Eran una manada muda, de color azul oscuro, que avanzaba por la nieve blanca y callada; se fueron perdiendo en grupos de a dos y solos. Todos tenían miedo de separarse y quedarse solos, pero les era imposible seguir juntos. Porfiaban por perderse en las callejuelas de la ciudad diminuta y necesariamente tenían que volver a encontrarse al cabo de pocos momentos. Los retorcidos callejones los reunían. Estaban prisioneros en la pequeña ciudad y en su gran desasosiego. Cada vez que uno encontraba a otro, ambos se sorprendían, cada uno al ver el miedo del otro. Esperaban la hora de la cena, y temían, al mismo tiempo, la velada, ya próxima, en el casino, donde entonces, ya desde ese momento, no estarían todos presentes.

Efectivamente no estaban todos presentes. Faltaban Tattenbach, el comandante Prohaska, el doctor, el teniente Zander y el teniente Christ y también los padrinos. Taittinger no comía. Estaba sentado frente a un tablero de ajedrez y jugaba solo. Nadie hablaba. Los ordenanzas permanecían silenciosos y rígidos en las puertas, se oía el lento y sostenido tic-tac del gran reloj de pared, a cuya

izquierda se hallaba el jefe supremo de los ejércitos mirando con sus fríos ojos azules a sus silenciosos oficiales. Nadie se atrevía a marcharse solo ni tampoco a irse con el más próximo. De esta forma, todos seguían en su sitio. Donde dos o tres se hallaban sentados en grupo, las palabras se sucedían lentas y escasas y entre pregunta y respuesta mediaba un gran silencio de plomo. Todos sentían la quietud a sus espaldas.

Pensaban en los que no estaban allí, como si los ausentes fueran ya muertos. Recordaban la llegada del doctor Demant, unas semanas antes, después de su largo permiso por enfermedad. Rememoraban sus pasos vacilantes y sus lentes brillantes. Recordaban al conde Tattenbach, con el cuerpo pequeño y rechoncho, patizambo, con el cráneo colorado y el pelo recortado, de un rubio claro y raya en el medio, y los ojuelos claros enrojecidos en los extremos. Oían la voz baja del doctor y los chillidos del jefe de escuadrón. Y a pesar de que se sentían íntimamente identificados con los términos de honor y morir, sablazos y disparos, muerte y tumba desde que eran capaces de pensar y sentir, les parecía inconcebible que quizá ya se hallaban separados para siempre de la voz chillona del jefe de escuadrón y de la voz suave del doctor. Cada vez que el nostálgico reloj daba las horas, los hombres creían que sonaba, efectivamente, su última hora. No confiaban en sus oídos y miraban incrédulos hacia la pared. Pero no había duda: el tiempo seguía adelante.

A las siete y veinte, a las siete y veinte, a las siete y veinte: era un martilleo constante en todos los oídos.

Se levantaron, uno después del otro, con indecisión y avergonzados; a medida que se iban separando les parecía que se estaban traicionando mutuamente. Se fueron casi en silencio. No tintineaban las espuelas, ni entrechocaban los sables, mudos resonaban sus pasos sobre un suelo mudo. Ya antes de medianoche el casino estaba desierto. A las doce menos cuarto el teniente Schlegel y el teniente Kindermann llegaron al cuartel donde residían. Desde el primer piso, donde estaban las habitaciones de los soldados, desde la única ventana iluminada se proyectaba un triángulo de luz amarilla sobre el cuadrado en tinieblas del patio. Los dos levantaron la vista a la vez.

—Ahí está Trotta —dijo Kindermann.

—Si, Trotta —repitió Schlegel.

—Deberíamos entrar un momento a verle.

—No le va a sentar bien.

Avanzaron tintineando por el pasillo. Se detuvieron ante la puerta del teniente Trotta y escucharon atentos. No se oía nada. El teniente Schlegel cogió el picaporte, pero no apretó. Retiró la mano y los dos se alejaron. Se saludaron con una breve inclinación de cabeza y se fueron a sus respectivas habitaciones.

Efectivamente, el teniente Trotta no les había oído. Desde hacía cuatro horas se esforzaba en escribir una carta detallada a su padre. Pero no conseguía avanzar más allá de la primera línea:

«Querido padre: —empezaba—. Sin quererlo ni darme cuenta he sido la causa de un trágico asunto de honor». Le pesaba la mano. Era una herramienta inútil que flotaba con la pluma temblorosa sobre el papel. Esta carta era la más difícil de su vida. Le parecía imposible poder esperar el resultado de la cuestión y escribir después al jefe de distrito. Desde la desafortunada pendencia entre Tattenbach y Demant había ido retrasando, día a día, el informe a su padre. Le era imposible retrasarlo más. Todavía entonces, antes del duelo. ¿Qué habría hecho en situación parecida el héroe de Solferino? Sentía a su espalda la mirada imperiosa del abuelo. El héroe de Solferino ordenaba al nieto indeciso que tomara una decisión rápida. Había que escribir, ahora mismo, sin falta ya. Entre el difunto héroe de Solferino y el nieto indeciso estaba el padre, el jefe de distrito, centinela del honor, guardián del patrimonio. Roja y viva fluía la sangre del héroe de Solferino en las venas del jefe de distrito. De no informar a tiempo al padre, era como si intentase también engañar, en cierta manera, al abuelo. Pero para poder escribir esta carta era necesario ser tan fuerte como el abuelo, tan sencillo, tan decidido, estar todavía cerca de los campesinos de Spolje. Pero él solamente era el nieto. Esta carta interrumpía de una manera espantosa los usuales informes semanales, monótonos, que en la familia Trotta los hijos habían escrito siempre a sus padres. Era una carta sangrienta: tenía que escribirla.

El teniente siguió escribiendo:

Cierto es que hacia la medianoche inicié un inocente paseo con la esposa del comandante médico de nuestro regimiento. La situación no me permitía adoptar otra actitud. Nos vieron unos compañeros. El jefe de escuadrón Tattenbach, que desgraciadamente siempre suele estar bebido, hizo unas mezquinas observaciones al doctor. Mañana a las siete y veinte se baten los dos a tiros. Seguramente tendré que retar en duelo a Tattenbach si sale con vida, como espero. La situación es difícil.

Tu hijo que te quiere,

Carl Joseph Trotta, teniente.

Posdata: Acaso me veré obligado a dejar el regimiento.

El teniente pensó que ya había superado lo peor. Pero cuando dirigió su mirada hacia las vigas del techo creyó volver a ver el rostro amonestador del abuelo. Junto al héroe de Solferino creyó ver también el rostro del tabernero judío, de barba blanca, cuyo nieto era el comandante médico doctor Demant. «Los muertos llaman a los vivos», pensó, y le parecía que sería él quien al día siguiente se batiría a las siete y veinte. Batirse y caer. Caer y morir.

Habría sido fácil caer y morir en aquellos domingos ya tan lejanos, cuando Carl Joseph estaba en el balcón de la casa paterna y la banda militar del señor Nechwal entonaba la marcha de Radetzky. También conocía la muerte el cadete de la Academia Militar de Caballería Real e Imperial, pero había sido una muerte muy remota todavía. Al día siguiente, temprano, a las siete y veinte, la muerte esperaba a su amigo, al doctor Demant, y a los pocos días también al teniente Carl Joseph Trotta. ¡Oh qué espanto, qué tinieblas! Ser la causa de su llegada y finalmente convertirse también en su víctima. Y si no se convertía ahora en su víctima, ¿cuántos cadáveres le precederían todavía? Como se

levantan los mojones en los caminos ajenos, así las lápidas en los caminos de Trotta. Estaba seguro de que jamás volvería a ver a su amigo, como tampoco había vuelto a ver a Katharina. ¡Jamás! Ante los ojos de Carl Joseph se extendía esta palabra sin límites ni orillas, mar muerto de la sorda eternidad. El pequeño teniente levantaba el puño blanco, débil contra la negra ley que arrastraba las lápidas, que no oponía resistencia alguna a la inexorabilidad del jamás y que pretendía iluminar las tinieblas eternas. Apretó el puño y se acercó a la ventana para levantarlo contra los cielos. Pero solamente levantó los ojos. Vio el frío parpadeo de las estrellas invernales. Recordó la noche en que estuvo paseando por última vez junto con el doctor Demant, desde el cuartel a la ciudad. Por última vez, ya entonces lo sabía. De repente sintió una gran añoranza de su amigo; le sobrecogió la esperanza de que quizá fuese posible todavía salvar al doctor. Era la una y veinte. Todavía le quedaban seis horas de vida al doctor Demant, seis largas horas. Este período de tiempo le parecía ahora al teniente casi tan poderoso como poco antes le había parecido la eternidad. Se lanzó a la percha, se ciñó el sable y se puso de prisa el abrigo, salió al pasillo y bajó las escaleras casi volando, corrió por el cuadrado nocturno del patio hacia el portal, pasó rápido por delante del centinela y avanzó precipitadamente por la desierta carretera. En diez minutos llegó a la ciudad y poco después subía al único trineo que estaba de turno en la parada y se deslizaba bajo el acogedor campanilleo hacia el extremo sur de la ciudad, hacia la villa del doctor Demant. Trotta tiró de la campanilla, pero todo siguió en silencio. Llamó a gritos a Demant. La casa permanecía callada. Esperó. Le dijo al cochero que hiciera restallar el látigo. Nadie respondió.

Si hubiese buscado al conde Tattenbach le habría resultado fácil encontrarle. La noche anterior al duelo se hallaría seguramente en casa de Resi, brindando a su propia salud. Pero era imposible adivinar dónde se encontraba Demant. Quizás el comandante médico se hallaría vagando por las callejuelas de la ciudad. Quizá se pasearía por entre las tumbas que él tan bien conocía y buscaría ya el sitio donde pronto reposaría.

—¡Al cementerio! —mandó el teniente al sorprendido cochero.

No lejos de allí estaban los cementerios, uno al lado del otro. El trineo se detuvo ante el viejo muro y las cerradas verjas. Trotta descendió. Se acercó a la verja. Siguiendo la loca inspiración que le había llevado hasta allí, poniendo las manos en forma de embudo gritó hacia las tumbas, con una voz extraña, que parecía el aullido de su corazón, el nombre del doctor Demant. Mientras pronunciaba su nombre creía ya estar llamando al muerto y no al vivo. Se sobresaltó y empezó a temblar como uno de los pelados arbustos entre las tumbas, que azotaba ahora la tormenta nocturna invernal, mientras el sable entrechocaba con su cadera.

El cochero, sentado al pescante del trineo, miraba horrorizado al teniente. Hombre de ánimo sencillo, pensaba que el oficial era un fantasma o estaba loco. Pero temía también marcharse. Le castañeteaban los dientes, le latía el corazón apresuradamente contra su grueso abrigo de piel.

—Suba usted, señor oficial —le suplicó.

El teniente obedeció.

—¡Volvamos a la ciudad! —dijo.

En la ciudad descendió y avanzó, fijándose atentamente, por las callejuelas retorcidas y por las plazas diminutas. De lejos le llegaba, estrepitosa, una música metálica. Hacia allí se dirigió; su meta era esa música. Salía de la puerta vidriera, escasamente iluminada, de un café cercano al establecimiento de la señora Resi, una taberna a la que solían ir los soldados y en la que no podían entrar los oficiales. El teniente se acercó a la ventana iluminada y miró a través de las rojizas cortinas hacia el interior. Vio el mostrador y al tabernero, hombre flaco, en mangas de camisa. En una mesa, tres hombres, también en mangas de camisa, jugaban a las cartas; en otra, un cabo se hallaba sentado con una chica a su lado, ante dos vasos de cerveza. En un rincón había un hombre solo. Con un lápiz en la mano, estaba inclinado sobre una hoja de papel, escribiendo algo; se detuvo un momento, dio unos sorbitos a una copa de licor y levantó la mirada. De pronto dirigió sus lentes hacia la ventana. Carl Joseph le reconoció: era el doctor Demant de paisano.

Carl Joseph llamó a la vidriera; el tabernero acudió. El teniente le pidió que hiciera salir un momento al caballero que estaba solo. Quería verlo. El comandante médico salió.

—Soy yo, Trotta —le dijo el teniente y le tendió la mano.

—¡Me has encontrado! —dijo el doctor.

Hablaban en voz baja, como de costumbre, pero con una gran claridad. Así le pareció al teniente, porque, de forma sorprendente, sus tranquilas palabras se sobreponían a la música estrepitosa proveniente de una caja. Por primera vez estaba vestido de paisano ante Trotta. Aquella voz, que ahora le llegaba de la aparición transformada del doctor y que Trotta conocía tan bien, era como un saludo íntimo y familiar. Tanto más íntima le resultaba la voz, cuanto más extraño era el propio Demant. Todos los temores que habían agitado al teniente durante aquella noche desaparecían ahora ante la voz del amigo, que Carl Joseph no había oído desde hacía semanas y que tanto había echado de menos. Sí, la había echado mucho de menos, ahora se daba cuenta de ello. Cesó la música. Se oía el viento nocturno que aullaba de vez en cuando y se sentía en la cara el remolino de nieve que levantaba. El teniente dio un paso más en dirección al doctor. Quería estar lo más cerca posible de él. «No debes morir», quería decir Carl Joseph. Advirtió que Demant se hallaba sin abrigo, bajo la niebla y el viento. «Cuando se va de paisano no se nota tan fácilmente», pensó también. Con voz dulce le dijo:

—¡Te vas a resfriar!

En el rostro del doctor Demant se dibujó aquella sonrisa que el teniente conocía tan bien; arrugaba algo los labios y levantaba un poco el negro bigote. Carl Joseph se puso colorado. «Pero si ya no puede resfriarse», pensó el teniente, al tiempo que oía la voz del doctor Demant que le decía:

—Ya no tengo tiempo para resfriarme, mi querido amigo.

Podía hablar mientras sonreía. Entre la sonrisa conocida pasaban las palabras del doctor y, sin embargo, persistía la sonrisa; un pequeño, triste velo blanco se trazaba sobre sus labios.

—Vamos adentro —dijo el doctor.

Estaba como una sombra inmóvil ante la puerta escasamente iluminada y proyectaba una segunda sombra, más pálida, sobre la calle nevada. Sobre su pelo negro se acumulaba el polvillo plateado de la nieve, iluminado por el brillo apagado que salía del café. Sobre su cabeza parecía ya el halo del mundo celestial. Trotta ya casi estaba decidido a volverse. «¡Buenas noches!», quería decirle y marcharse rápidamente.

—Vamos adentro —repitió el doctor—. Voy a preguntar si puedes pasar sin que se note.

Se fue y Trotta siguió en la calle. Volvió después con el dueño del café. Atravesaron un pasillo, luego un patio y llegaron a la cocina.

—¿Te conocen aquí? —le preguntó Trotta.

—Vengo a veces por aquí —replicó el doctor— o, mejor dicho, suelo venir con frecuencia.

Carl Joseph miró sorprendido al doctor.

—¿Te sorprende? Yo tenía mis costumbres —dijo el comandante médico.

«¿Por qué dice ‘tenía’?», se preguntó el teniente, recordando que en la clase de gramática llamaban a este tiempo «copretérito». ¡Tenía! ¿Por qué decía «tenía» el comandante médico?

El tabernero les alcanzó una mesita y dos sillas y encendió una lámpara de gas con pantalla verde. Volvió a sonar la música en el café, un popurrí a base de marchas conocidas, entre las cuales resonaban a intervalos regulares los primeros redobles de tambor de la marcha de Radetzky, deformada por roncós ruidos, pero todavía reconocible. A la sombra verde que proyectaba la pantalla de la lámpara sobre las paredes blanqueadas de la cocina dormía el retrato del jefe supremo de los ejércitos, en uniforme blanco como el azahar, entre dos gigantescas sartenes de cobre rojo. El blanco atavío del emperador estaba lleno de cagadas de mosca, como si estuviera atravesado de diminutas perdigonadas, y los ojos de Francisco José I, que en este retrato también eran de color azul claro, se habían apagado a la sombra de la pantalla. El doctor extendió el índice en dirección al cuadro del emperador.

—Hace un año todavía lo habrías visto afuera, en el café —le dijo—. Pero ahora el dueño ya no está interesado en demostrar que es un fiel súbdito de su majestad.

Calló la música. En el mismo instante se oyeron dos fuertes campanadas de un reloj.

—Ya son las dos —dijo el teniente.

—Todavía faltan cinco horas —replicó el comandante médico.

El tabernero les sirvió sliwowitz. «Las siete y veinte», resonaba en el cráneo del teniente.

Cogió la copa, la levantó y dijo con aquella voz que había aprendido para dar órdenes:

—¡A tu salud! ¡Para que vivas!

—¡Para que la muerte me sea leve! —replicó el comandante médico y vació el vaso, mientras Carl Joseph lo volvía a colocar sobre la mesa.

—Esta muerte es absurda —dijo el doctor—, tan absurda como lo ha sido mi propia vida.

—No quiero que mueras —gritó el teniente y pateó contra los mosaicos del suelo de la cocina—. ¡Y yo tampoco quiero morir! ¡Y también es absurda mi vida!

—Cállate —le replicó el doctor Demant—. Tú eres el nieto del héroe de Solferino, que por poco habría muerto de forma igualmente absurda. Si bien existe una diferencia entre morir crédulo, como él, y loco, como nosotros dos. —Calló—. Como nosotros dos —continuó al cabo de un rato—. Nuestros abuelos no nos han dejado mucha fuerza; poca fuerza para vivir, lo justo para morir sin sentido alguno. ¡Ay!

El doctor apartó la copa, como si apartara de sí el mundo entero, muy lejos, y al amigo con él.

—¡Ay! —repitió el doctor—. Estoy cansado, cansado desde hace años. Mañana moriré como un héroe, como lo que se viene llamando un héroe, muy en contra de mi manera de ser y de la voluntad de mi abuelo. En los grandes libros antiguos, en los que él leía, estaba escrito: «Quien levanta la mano contra sus semejantes es un asesino». Mañana, alguien levantará la pistola contra mí y yo la levantaré contra él. Y seré un asesino. Pero soy corto de vista y no apuntaré. Así me vengaré. Y dispararé a ciegas. Será más natural; más honrado y muy adecuado.

El teniente Trotta no comprendió del todo lo que quería decir el comandante médico. La voz del doctor le era bien conocida ya, y en cuanto se hubo acostumbrado al traje de paisano de su amigo, tampoco le resultaron extraños el rostro y la figura. Pero los pensamientos del doctor Demant le llegaban desde una inmensa lejanía, desde aquel país inconmensurablemente lejano, donde acaso viviera el abuelo de Demant, el rey de las barbas de plata, rey de los taberneros judíos. Trotta se esforzaba por comprender, como cuando estaba en la academia y tocaba trigonometría, pero cada vez comprendía menos. Se daba cuenta sólo de que su fe, reciente todavía, en la posibilidad de salvar aún la situación se iba apagando, como también su esperanza, brasa mortecina convertida pronto en blanca ceniza que el viento lleva, como la redcilla que cubre la llama cantarina del farol de gas. Su corazón latía como los toques huecos, metálicos del reloj. No entendía a su amigo. Quizás había llegado demasiado tarde. Todavía tenía mucho que decir. Pero, en su boca, la lengua permanecía inmóvil, aplastada por un gran peso. Abrió los labios. Estaban pálidos y temblorosos; tuvo que esforzarse para volver a cerrarlos.

—Me temo que tienes fiebre —dijo el comandante médico, de la misma manera en que solía dirigirse a sus pacientes. Dio unos golpes en la mesa, y el tabernero acudió con otras copas de aguardiente—. Y todavía no te has bebido la primera copa.

Trotta vació obediente la primera copa.

—He descubierto el aguardiente demasiado tarde. ¡Una verdadera lástima! —dijo el doctor—. No vas a creerlo, pero siento mucho no haberme dado a la bebida.

Haciendo un tremendo esfuerzo, el teniente levantó la mirada y la clavó en el rostro del doctor. Cogió la segunda copa, era pesada, le temblaba la mano y vertió unas gotas. Se la bebió de un trago; la ira ardía en sus entrañas, se le subió a la cabeza, le enrojeció el rostro.

—Bueno, me iré ya —dijo—. No puedo soportar tus chistes. Estaba contento de haberte encontrado. He ido a buscarte a tu casa. He llamado a la puerta. Después pasé por el cementerio. Grité tu nombre por entre la verja, como un insensato. Y también... —se interrumpió. Entre sus labios temblorosos se formaban mudas palabras, sordas palabras, sordas apagadas sombras de sordos sonidos.

De repente sus ojos se llenaron de un líquido tibio y un fuerte sollozo le salió del pecho. Quería levantarse y salir, pues se sentía muy avergonzado. «¡Estoy llorando!», pensó. ¡Llorando! Se sentía indefenso, tremendamente indefenso frente a las fuerzas incomprensibles que le obligaban a llorar. Y se entregó a ellas de buena voluntad. Oía sus sollozos y se complacía en ellos; se avergonzaba y se complacía en su vergüenza. Se lanzó a los brazos de ese dulce olor exclamando una y otra vez, entre ininterrumpidos sollozos:

—No quiero que mueras, no quiero que mueras. ¡No quiero!

El doctor Demant se levantó, dio unos pasos por la cocina, se detuvo ante el retrato del jefe supremo de los ejércitos y empezó a contar las negras cagadas de mosca en el uniforme del emperador. Interrumpiendo su necia labor, se acercó a Carl Joseph y, lentamente, puso sus manos temblorosas en las espaldas del joven y aproximó los brillantes cristales de sus lentes al pelo castaño claro del teniente. El sabio doctor Demant había cerrado ya sus tratos con el mundo. A su mujer la había enviado a Viena a casa de su padre. Había despedido a su asistente y había cerrado la casa. Vivía en el hotel El Oso Dorado desde que había empezado el triste asunto. Estaba listo ya. Desde que había empezado a beber aguardiente, al que no estaba acostumbrado, había conseguido incluso hallarle cierto secreto sentido a ese duelo absurdo. Deseaba la muerte como el final legal de su equivocada carrera profesional; empezaba a vislumbrar un destello del más allá, aquel más allá en el que siempre había creído. Mucho antes de que surgiera el peligro en que ahora estaba envuelto, conocía bien las tumbas y los muertos eran sus amigos. Había desaparecido su ingenuo amor hacia su esposa. Los celos que unas semanas antes habían causado un doloroso incendio en su corazón eran ahora un frío montón de cenizas. Su testamento, que acababa de escribir, dirigido al coronel, estaba en el bolsillo de su americana. Nada tenía que legar, sólo recuerdos para algunas personas y nada había olvidado. El alcohol le facilitaba la impaciente espera. Las siete y veinte, esa hora que resonaba espantosa en los cráneos de todos sus compañeros desde hacía días, en el suyo era como campanilla de plata. Por primera vez desde que se había quitado el uniforme se sentía ligero, animoso y fuerte. Disfrutaba de la proximidad de la muerte como disfrutaba el convaleciente de la proximidad de la vida. Había terminado y estaba preparado.

Otra vez estaba, miope y desvalido como siempre, delante de su joven amigo. Sí, todavía existían la juventud y la amistad y las lágrimas vertidas por él. De repente sintió nostalgia por la mezquindad de su vida, la asquerosa guarnición, el odiado uniforme, el tedio de las visitas a los enfermos, la

fetidez de los soldados desnudos reunidos, las estúpidas vacunas, el olor a fenol de la enfermería, los malos humores de su mujer, la estrechez íntima de su casa, los días grises de la semana, los domingos aburridos, la tortura de tener que montar a caballo, las necias maniobras y su propia tristeza ante tanta vaciedad. Por entre los sollozos y gemidos del teniente salió violentamente la estrepitosa llamada de la tierra, y mientras el doctor Demant buscaba palabras para tranquilizar a Trotta, la compasión hizo desbordar su corazón; ardía el amor en él con la vehemencia abrasadora de mil lenguas de fuego. Lejos quedaba ya la indiferencia en que había pasado los últimos días.

De repente dieron las tres. Trotta se calló al instante.

Resonó el eco apagado de las tres campanadas, muriendo lentamente en el zumbido de la lámpara de gas. El teniente habló con voz sosegada.

—Tienes que saber lo estúpida que ha sido toda esta historia. Taittinger me aburre tanto como a los demás. Le dije que aquella noche tenía una cita, delante del teatro. Después salió tu mujer sola. Tuve que acompañarla. Y precisamente cuando pasábamos por delante del casino salieron todos a la calle.

El doctor levantó las manos de los hombros de Trotta y empezó a deambular por la estancia. Andaba silencioso, con pasos suaves y atentos.

—He de decirte, además —siguió hablando el teniente—, que desde el primer momento temí que pasara algo malo. Apenas pude decirle a tu mujer cuatro palabras amables. Cuando llegamos a tu casa, delante del jardín, estaba el farol encendido; recuerdo también que vi en la nieve, sobre el camino que va desde la verja del jardín hasta la puerta de la casa, las huellas de tus pasos, nítidos, y entonces tuve una sorprendente idea, una idea loca...

—¿Qué idea? —preguntó el doctor y se detuvo.

—Una idea extravagante —continuó Trotta—. Por un momento pensé que las huellas de tus pasos eran como un guardián, no sé cómo decírtelo, como si nos contemplaran desde la nieve a tu mujer y a mí. El doctor Demant volvió a sentarse, miró fijamente a Trotta y le dijo:

—Acaso quieres a mi mujer y no lo sabes.

—¡Yo no tengo culpa alguna de todo lo que está pasando! —dijo Trotta.

—No, tú no tienes la culpa —le confirmó el comandante médico.

—Pero siempre pasan las cosas como si yo tuviera la culpa —dijo Carl Joseph—. Ya te conté lo que pasó con la señora Slama. —Calló entonces, y dijo después en voz muy baja—: ¡Tengo miedo, tengo miedo, en todas partes!

El comandante médico extendió los brazos, levantó los hombros y dijo:

—Tú también eres un nieto.

En ese instante no pensaba en los temores del teniente. Le parecía posible escapar a todas sus

amenazas. ¡Tenía que desaparecer! Aunque quedara deshonorado, degradado y tuviera que servir tres años como soldado raso o huir al extranjero. ¡Pero no quería morir de un disparo! El teniente Trotta, nieto del héroe de Solferino, era ya para él un ser de otro mundo, un extraño. Y dijo en voz alta y con un placer burlón:

—¡Esa necesidad! El honor que le cuelga ahí, a ese baldragas, del sable. No se puede acompañar a una mujer hasta su casa. ¿No te das cuenta de lo estúpido que es todo eso? ¿No salvaste tú a ése — señaló el retrato del emperador— del burdel? ¡Qué estupidez —exclamó de repente—, qué infame estupidez!

Dio unos golpes sobre la mesa, entró el tabernero y sirvió dos copas de aguardiente. El comandante médico bebió.

—¡Bebe! —dijo.

Carl Joseph bebió. No comprendía demasiado bien lo que decía el doctor, pero percibía de alguna forma que Demant ya no estaba dispuesto a morir. El reloj daba sus huecos toques. El tiempo avanzaba. Las siete y veinte. Tenía que suceder un milagro para que Demant no muriera. Pero ya no pasaban milagros, de eso por lo menos estaba seguro el teniente. Y él —¡oh!, fantástica idea— se presentaría al día siguiente ante sus compañeros y les diría: «Señores míos, Demant se ha vuelto loco esta noche. Yo me batiré en su lugar». ¡Bobadas, ridiculeces, era imposible ya! Miró de nuevo al doctor sin saber qué hacer. El tiempo seguía adelante. El reloj iba marcando, incesantemente, sus segundos. Pronto serán las cuatro: ¡quedan solamente tres horas!

—¡Bueno! —dijo finalmente el comandante médico, como si hubiera tomado una decisión, como si supiera ahora exactamente lo que tenía que hacer.

¡Pero nada exacto sabía! Sus pensamientos trazaban confusos senderos, ciegos y desordenados, por la oscura niebla. ¡Nada sabía el comandante! Una ley mezquina, infame, estúpida, férrea, ingente lo maniataba, lo enviaba maniatado a una estúpida muerte. Oía los tardíos ruidos del café. Al parecer ya todos habían salido. El dueño colocaba los vasos en el fregadero, recogía las sillas, apartaba las mesas, hacía sonar las llaves. Era hora de irse ya. Acaso llegaría consuelo de la calle, del invierno, del cielo nocturno, de las estrellas, de la nieve tal vez. El doctor se acercó al dueño del café, pagó y volvió con el abrigo puesto ya; allí estaba negro, con un ancho sombrero negro, disfrazado y nuevamente transformado ante Carl Joseph. Al teniente le pareció que ahora se hallaba equipado, mejor equipado que cuando iba de uniforme, con sable y gorra.

Salieron por el patio, atravesaron el pasillo hacia la noche. El doctor contempló el cielo. No les llegaba consejo alguno de las sosegadas estrellas, más heladas que la nieve alrededor de los dos hombres. Las casas estaban sombrías, las calles mudas; el viento nocturno pulverizaba la nieve, resonaba sordo el tintineo de las espuelas de Trotta y eran un chasquido las suelas del doctor. Anduvieron deprisa, como si tuvieran un objetivo claro. Por sus mentes pasaban retazos de ideas, pensamientos, imágenes. El corazón les latía como un pesado y certero martillo. Sin darse cuenta, el comandante médico avanzó en una dirección y el teniente le siguió, también sin darse cuenta. Se

aproximaban al hotel El Oso Dorado. Se detuvieron ante el gran portal. Carl Joseph pensaba en el abuelo de Demant, rey de las barbas de plata, rey de los taberneros judíos. Ante un portal como ése, seguramente mucho más grande, habría estado sentado toda su vida. Y se habría levantado con la llegada de los campesinos. Si no oía, los campesinos le gritaban haciendo bocina con las manos y le pedían lo que deseaban. Oía de nuevo el martilleo: las siete y veinte, las siete y veinte, repetía. A las siete y veinte habría muerto el nieto de este abuelo.

—¡Muerto! —dijo el teniente en voz alta.

¡Oh!, ya no era sabio ni listo el sabio doctor Demant. Había sido inútilmente libre y valeroso, por unos días, y ahora era evidente que no estaba decidido a acabar con todo. ¡No resulta fácil terminar! Su inteligente cabeza, herencia de una larga serie de inteligentes antecesores, no sabía qué hacer, ni más ni menos que la simplona cabeza del teniente, cuyos antepasados habían sido los simples campesinos de Sipolje. Una ley estúpida y férrea que no dejaba puerta de escape alguna.

—Soy un imbécil, querido amigo —dijo el doctor Demant—. Debería haberme separado de Eva hace ya mucho tiempo. No tengo fuerzas para escapar de este duelo idiota. Seré un héroe por pura necesidad, de acuerdo con las leyes del honor y el reglamento. ¡Un héroe!

Y se reía. Su risa resonaba en la noche.

—¡Un héroe! —repetía yendo de un lado para otro, dando pisotones, delante de la puerta del hotel. Por la joven mente del teniente, ávida de consuelo, surgió instantánea una esperanza pueril: no dispararán el uno contra el otro, harán las paces. Y todo se arreglará. Los destinarán a otros regimientos. A mí también. «Insensato, ridículo, imposible», pensaba al mismo tiempo. Y allí estaba, sin saber qué hacer, con la cabeza floja, el paladar seco, las extremidades de plomo, quieto ante el doctor, que se paseaba de un lado para otro.

¿Qué hora sería? No se atrevía a mirar el reloj.

Pronto darían las horas desde el campanario. Quería seguir esperando.

—Si no volviéramos a vernos... —dijo el doctor, se calló unos momentos y prosiguió después—: Te aconsejo que dejes este ejército. —Después le tendió la mano—: Que sigas bien. Vete a casa. Ya me las arreglaré solo. Adiós.

Tiró de la campanilla. Desde dentro del hotel les llegó el campanillazo resonante. Se oyeron unos pasos que se aproximaban. Abrieron. El teniente Trotta cogió la mano del doctor. Con un tono de voz natural, que a él mismo le sorprendió, dijo un simple: «Adiós». Ni se había quitado el guante: La puerta se cerraba ya. Ya no existía el doctor Demant. Arrastrado como por una mano invisible, Trotta emprendió su camino de costumbre hacia el cuartel. No oyó ya que en el segundo piso se abría una ventana. El doctor se asomó y observó, una vez más, al amigo doblar la esquina; cerró la ventana, encendió todas las luces de la habitación, se fue al lavabo, afiló la navaja, probó el filo en la uña del pulgar, se enjabonó, tranquilamente, como todas las mañanas. Se lavó. Sacó del armario su uniforme. Se vistió, se ciñó el sable y esperó. Se fue adormeciendo. Durmió sin sueños, tranquilo, en el ancho

sillón delante de la ventana.

Cuando despertó ya clareaba sobre los tejados de la villa; un brillo suave surgía azul sobre la nieve. Pronto llamarían a su puerta. Ya oía a lo lejos las campanillas de un trineo. Se acercaba. Hasta que se detuvo. Sonó el campanillazo de la puerta. Crujieron ahora los peldaños y tintinearón las espuelas. Llamaron a la puerta.

Se hallaban en su habitación el teniente Christ y el capitán Wangert del regimiento de infantería de la guarnición. Permanecieron junto a la puerta, el teniente a medio paso detrás del capitán. El comandante médico dio una mirada al cielo. Como un eco lejano de su lejana niñez se oía ahora la apagada voz del abuelo: «Oye, Israel —dijo la voz—, el Señor, Nuestro Dios, es el único Dios».

—Ya estoy listo, señores míos —dijo el comandante médico.

Estaban un poco apretujados en el pequeño trineo; resonaban intrépidos los cascabeles, los caballos castaños levantaban las colas recortadas y dejaban caer en la nieve grandes bostas redondas, amarillas, humeantes. El comandante médico, que toda su vida había sentido escaso interés por los animales, recordó ahora con nostalgia su caballo. «Me sobrevivirá», pensó. Pero su rostro no expresaba sus sentimientos. Sus acompañantes permanecían callados.

Se detuvieron a unos cien metros del claro en el bosque. Avanzaron a pie. Amanecía ya, pero todavía no había salido el sol. Los abetos estaban quietos, soportando orgullosos la nieve en sus ramas, delgados y erguidos. Desde lejos se oía el canto de los gallos. Tattenbach hablaba en voz alta con sus acompañantes. El doctor Mangel se movía entre los dos grupos.

—¡Señores míos! —dijo una voz.

En ese momento, el comandante médico, doctor Demant, se quitó los lentes trabajosamente como siempre y, con gran cuidado; los puso sobre un ancho tocón. Le extrañó percibir claramente, aun sin sus lentes, el camino, el sitio que se le había destinado, la distancia que mediaba entre él y el conde Tattenbach y también a éste. Esperó. Hasta el último instante esperó a que llegara la niebla. Pero todo siguió claro y nítido como si el comandante médico jamás hubiera sido miope. Una voz empezó a contar:

—¡Uno!

El comandante médico levantó la pistola. Volvió a sentirse libre y valeroso, locamente valeroso por primera vez en su vida. Y apuntó como cuando era recluta y tiraba a la diana, si bien ya entonces era un pésimo tirador. «Pero si no soy miope, ya no voy a necesitar más los lentes», pensaba. Desde el punto de vista médico la cosa apenas tenía explicación. El comandante médico decidió que investigaría qué decía al respecto la oftalmología. Estaba recordando el nombre de un célebre oculista cuando la voz contó:

—¡Dos!

El doctor seguía viendo claras y nítidas las cosas. Un tímido pajarillo de especie desconocida

empezó a cantar, mientras a lo lejos se percibía el son de las trompetas. El regimiento llegaba al campo de instrucción.

En el segundo escuadrón iba el teniente Trotta, como todos los días. El apagado aliento de la helada cubría las vainas de los pesados sables y los cañones de las ligeras carabinas. Las trompetas heladas despertaban la pequeña ciudad dormida. Los cocheros envueltos en gruesas pieles, en las paradas de costumbre, levantaban sus rostros barbudos. Cuando el regimiento llegó a los prados y los soldados desmontaron, como siempre, para hacer la instrucción matinal en filas de a dos, el teniente Kindermann se acercó a Carl Joseph y le dijo:

—¿Estás enfermo? ¿Te has fijado en el aspecto que tienes? —sacó del bolsillo un precioso espejito y se lo puso a Trotta delante de la cara.

En el pequeño cuadrilátero brillante Trotta descubrió un rostro antiquísimo que conocía muy bien: ojos negros estrechos y ardientes, nariz grande, con el lomo huesudo, y los cantos vivos, mejillas hundidas cenicientas y boca estrecha, larga, apretada y sin sangre, que separaba el bigote del mentón como la cicatriz de un sablazo ya curado desde hacía mucho tiempo. Solamente el bigotito moreno le resultaba extraño a Carl Joseph. En su casa, bajo las vigas del gabinete, el rostro apagado del abuelo no llevaba bigote.

—Gracias —dijo el teniente—. No he dormido en toda la noche.

Se marchó del campo de instrucción. Pasó por entre los árboles y dobló a la izquierda por un sendero que iba hacia la carretera. Eran las siete y cuarenta. No se habían oído disparos. «Todo ha salido bien, ha sido un milagro. Dentro de diez minutos, como máximo, vendrá por aquí el comandante Prohaska y entonces sabremos lo que ha pasado», pensaba Trotta. Se oían los ruidos indecisos de la pequeña ciudad que iba despertando y el silbido prolongado de una locomotora en la estación. Cuando el teniente llegó a la carretera, el comandante apareció a caballo. El teniente le saludó.

—¡Buenos días! —dijo el comandante sin añadir palabra.

Por el pequeño sendero, el jinete y el peatón no podían avanzar a la par. El teniente Trotta siguió a pie detrás del comandante. A unos doscientos metros de los prados, cuando ya se oían las voces de mando, el comandante se detuvo, se giró sobre la silla y sólo dijo:

—¡Los dos! —Y después, mientras seguía avanzando, dijo, más para sí mismo que para el teniente—: No se pudo hacer nada.

Aquel día el regimiento volvió una hora antes al cuartel. Los clarines sonaron como todos los días. Por la tarde, los sargentos de servicio leyeron a la tropa el parte en el que el coronel Kovacs comunicaba que el jefe de escuadrón, conde de Tattenbach, y el comandante médico, doctor Demant, habían muerto heroicamente por salvar el honor del regimiento.

Capítulo VIII

En aquel tiempo, antes de la gran guerra, cuando sucedían las cosas que aquí se cuentan, todavía tenía importancia que un hombre viviera o muriera. Cuando alguien desaparecía de la faz de la tierra, no era sustituido inmediatamente por otro, para que se olvidara al muerto, sino que quedaba un vacío donde él antes había estado, y los que habían sido testigos de su muerte callaban en cuanto percibían el hueco que había dejado. Si el fuego había devorado una casa en alguna calle, el lugar del incendio permanecía vacío por mucho tiempo, porque los albañiles trabajaban con lentitud y circunspección, y los vecinos, a los que pasaban casualmente por la calle, recordaban el aspecto y las paredes de la casa desaparecida al ver el solar vacío. ¡Así eran entonces las cosas! Todo cuanto crecía necesitaba mucho tiempo para crecer, y también era necesario mucho tiempo para olvidar todo lo que desaparecía. Pero todo lo que había existido dejaba sus huellas y en aquel tiempo se vivía de los recuerdos de la misma forma que hoy se vive de la capacidad para olvidar rápida y profundamente. Durante mucho tiempo la muerte del comandante médico y del conde de Tattenbach siguió conmoviendo los ánimos de los oficiales y de la tropa del regimiento de ulanos e, incluso, de los mismos paisanos. Se enterró a los muertos de acuerdo con los ritos militares y religiosos de reglamento. Sobre las causas de su muerte los compañeros no soltaron palabra, excepto entre ellos; con todo, fue cundiendo entre la población civil de la pequeña ciudad la idea de que ambos habían sido víctimas del severo código del honor militar. A partir de ese momento, todos los oficiales que habían sobrevivido parecían llevar marcada en el rostro la señal de una muerte próxima y violenta. Para los comerciantes y los obreros de la pequeña ciudad resultaban todavía más extraños aquellos jefes forasteros. Los oficiales se movían como adeptos incomprensibles de una deidad remota y cruel, de la cual eran, al mismo tiempo, la víctima propiciatoria en lujoso y multicolor atavío. Al verlos pasar, la gente movía la cabeza en un gesto de incomprensión. Incluso se les compadecía. «Tienen muchas ventajas —reflexionaba la gente—. Pueden pasearse con el sable al puño y gustar a las mujeres. Y el emperador se ocupa personalmente de ellos, como si fueran sus propios hijos. Pero en menos que canta un gallo ya se han ofendido y la cosa hay que lavarla con sangre». En fin, su situación no era envidiable. Incluso el jefe de escuadrón Taittinger cambió su actitud acostumbrada, a pesar de que, según afirmaba, ya había visto algunos duelos fatales en otros regimientos. Mientras los despreocupados y revoltosos de antes se mostraban ahora abatidos y desalentados, se observó que una sorprendente inquietud se apoderaba del jefe de escuadrón, delgado y goloso y antes siempre tan sosegado. Ya no podía pasarse horas enteras en la pequeña pastelería devorando dulces ni tampoco jugando al dominó o al ajedrez, ni solo ni con el coronel. Temía la soledad. Se aferraba a los compañeros. Si no había alguno a la vista entraba en una tienda para comprar cualquier tontería. Allí permanecía largo rato, hablando de cualquier bobada con el tendero, y le costaba horrores decidirse a salir, excepto que viera pasar por la calle a una persona más o menos conocida, hacia la cual se

precipitaba. ¡Hasta tal extremo había cambiado el mundo! El casino se había quedado vacío. Ya no se emprendían aquellas alegres excursiones a la casa de la señora Resi. Los ordenanzas apenas tenían nada que hacer. Si alguno pedía una copa de licor, al contemplarla pensaba que era precisamente la que había utilizado Tattenbach unos días antes. Seguían contándose las viejas anécdotas de siempre, pero ya nadie reía a carcajada suelta; como máximo se esbozaba una sonrisa. Al teniente Trotta sólo se le veía en las horas de servicio.

Era como si una mano ligera y maravillosa hubiese borrado el hálito de juventud del rostro de Carl Joseph. En todo el ejército real e imperial no se habría encontrado a otro teniente como él. Le parecía que tenía que realizar ahora algo especial, pero nada especial había a su alrededor. Era evidente que tenía que marcharse del regimiento y alistarse en otro. Pero él buscaba una misión especial difícil. Lo que realmente deseaba era aplicarse a sí mismo una penitencia voluntaria. Jamás supo expresar con precisión sus sentimientos, pero en fin, nosotros sí podemos decirlo: le acuciaba la idea de haber sido un instrumento en manos del fatal destino.

En semejante estado de ánimo se hallaba cuando comunicó a su padre por escrito el resultado del duelo y le anunció su inevitable traslado a otro regimiento. No mencionó que, con tal motivo, le sería concedido un breve permiso; realmente tenía miedo de encontrarse con su padre. Era evidente, sin embargo, que no conocía al viejo. Porque el jefe de distrito, modelo y ejemplo de funcionario, conocía al dedillo los usos y costumbres militares. Lo más sorprendente era que comprendía bien las preocupaciones y la confusión de su hijo, según se advertía leyendo entre líneas en su respuesta.

Querido hijo:

Te agradezco que me hayas comunicado tus cosas con todo detalle por la prueba de confianza que ello supone. El trágico destino de tus compañeros me afecta dolorosamente. Han muerto como corresponde a gente de honor.

En mis tiempos, los duelos eran aún más frecuentes y el honor mucho más valioso que la vida. En mis tiempos, creo yo, los oficiales estaban hechos de otro cuño. Tú eres oficial, hijo mío, y el nieto del héroe de Solferino. Sabrás soportar el hecho de haber participado, involuntariamente y sin culpa por tu parte, en este trágico suceso. Lamentarás, evidentemente, tener que abandonar el regimiento, pero en cualquier regimiento, en todo el dominio del ejército, sigues estando al servicio del emperador.

Tu padre,

Franz von Trotta

Posdata: Las dos semanas de permiso que te serán concedidas con motivo del traslado puedes emplearlas como desees: puedes venir a mi casa o, mejor aún, irte a tu nuevo punto de destino, para empezar a familiarizarte con el ambiente de allí.

El teniente Trotta leyó avergonzado la carta. El padre lo había adivinado todo. La figura del jefe de distrito creció ante los ojos del teniente hasta adquirir un tamaño terrible. Era ya casi tan grande

como el abuelo. Y si antes el teniente había tenido miedo de presentarse a su padre, ahora le era totalmente imposible pasar las vacaciones en su casa. «Después, después, cuando tenga el permiso anual», se decía a sí mismo el teniente, que estaba hecho de un cuño muy diferente al de los tenientes de la juventud de su padre.

«Lamentarás, evidentemente, tener que abandonar el regimiento», le escribía su padre. ¿Lo había escrito acaso porque se imaginaba exactamente lo contrario? ¿Qué habría deseado abandonar Carl Joseph? Quizá la ventana y su vista hacia los dormitorios de la compañía situados enfrente, o a la tropa, a los soldados sentados en sus catres, el sonido melancólico de las armónicas y los cantos, aquellas canciones remotas, que le parecían el eco incomprensible de las canciones de los aldeanos de Sipolje. «Acaso debería ir a Sipolje», pensaba el teniente. Se acercó al mapa del estado mayor, el único adorno que vestía las paredes de su cuarto. Incluso a tuestas habría dado con Sipolje. Allí, en el extremo meridional del reino, se encontraba aquel lugar apacible y tranquilo. En medio de un sombreado marrón claro aparecían las minúsculas letras negras que componían el nombre de Sipolje. En los alrededores de Sipolje se apreciaba la presencia de un pozo, un molino, la pequeña estación de un ferrocarril de vía única, una iglesia y una mezquita, una alameda plantada hacía poco, estrechos senderos forestales, caminos y caseríos aislados. Al anochecer, en Sipolje, junto al pozo estaban las mujeres con pañuelos de colores en la cabeza dorada la tez por el sol poniente. Los musulmanes se arrodillaban sobre las viejas esteras, para el rezo, en la mezquita. Se oía el campanileo de la diminuta locomotora que avanzaba por entre el tupido verdor de los abetales. Murmuraba el arroyo, giraba la rueda del molino. A la primera llamada surgieron las imágenes de costumbre. Por encima de todo brillaba la mirada enigmática del abuelo. No había guarnición alguna de caballería en sus cercanías. Tendría, pues, que pedir el traslado a la infantería. Los de caballería miraban compasivamente a la tropa de a pie. También los compañeros mirarían con aire compasivo a Trotta, trasladado a la infantería. Avanzar a pie por la tierra de su patria era ya como un retorno a sus antepasados campesinos. Marchaban lentos sobre los duros terrenos, hundían el arado en la jugosa carne de los campos, con un gesto de bendición esparcían la simiente fecunda. El teniente no sentía en lo más mínimo tener que abandonar el regimiento ni, acaso, tampoco la caballería. Su padre debería darle permiso para hacerlo. Tendría que aprobar un cursillo antes de ingresar en la infantería, lo cual, quizá, resultaría algo molesto.

Y hubo que despedirse. La tertulia en el casino. Licores para todos. Una breve alocución del coronel. Una botella de vino. Cordial apretón de manos con los compañeros. Y, a su espalda, ya estaban murmurando. Una botella de champán. «A ver si al final todavía saldremos todos en formación hacia la casa de la señora Resi», pensó el teniente. Otra copa de licor para todos. «¡Ojalá se hubiera terminado ya esta dichosa despedida!». Se llevaría a Onufrij, a su asistente. Suponía demasiado esfuerzo acostumbrarse a pronunciar un nombre nuevo. No iría a ver a su padre. Haría todo cuanto fuera posible para evitar las molestias que supone un traslado. Pero le quedaba todavía la tan difícil visita a la viuda del doctor Demant.

¡Y qué visita! El teniente Trotta intentaba convencerse a sí mismo de que la señora Eva Demant, después del entierro de su marido, se habría ido a casa de su padre en Viena. Así pues, se imaginaba

que iría a casa del doctor, llamaría muchas veces, aunque en vano. Preguntaría entonces la dirección de la señora Demant en Viena y le escribiría una carta, breve y lo más cordial posible. «¡Qué placer, sólo tener que escribir una carta! ¡Y qué cobarde!», pensaba el teniente al mismo tiempo. ¿No sentía constantemente la mirada oscura y enigmática del abuelo a su espalda? ¡Quién sabe cómo pasaremos por este mundo, a trancas y barrancas! Sólo cobraba ánimos cuando pensaba en el viejo héroe de Solferino. Era necesario ese retorno al abuelo, para fortalecerse un poco. El teniente emprendió lentamente la marcha hacia la casa de la señora Demant. Eran las tres de la tarde. Los pequeños comerciantes esperaban, pobres y ateridos por el frío, delante de las tiendas, a los escasos clientes. De los talleres artesanos llegaba el eco de la labor fecunda de costumbre. Se oía el repiqueteo del martillo en la herrería, sonidos huecos de la tienda del hojalatero; en el sótano, el zapatero le daba a los zapatos, y en la carpintería zumbaban las sierras. El teniente conocía todos los rostros y sonidos de los talleres. Desde lo alto del caballo veía los viejos letreros blanquiazules, que quedaban por debajo de su cabeza.

Todos los días, al mirar hacia el interior de las habitaciones, en el primer piso, por la mañana, veía las camas, las cafeteras, los hombres en camisa, las mujeres con el pelo suelto, las macetas con flores en las ventanas, la fruta puesta a secar y los pepinos en conserva detrás de las rejas forjadas.

Se hallaba ya delante de la casa del doctor Demant. Chirrió la puerta. Siguió adelante. El asistente de Demant abrió la puerta. El teniente esperó. Apareció la señora Demant. El teniente tembló ligeramente. Se acordó de la visita de pésame a casa del suboficial Slama. Sentía todavía la mano pesada, húmeda, fría, floja de Slama. Recordó la oscura antesala y el rojo salón. En el paladar conservaba aquel sabor insípido del jarabe de frambuesa. «O sea que no está en Viena», pensó el teniente, en el preciso momento en que la viuda se halló frente a él. Llevaba un vestido negro que le sorprendió, como si se diera cuenta por primera vez de que la señora Demant era la viuda del comandante médico. La habitación en que se hallaban tampoco era la misma en la que había estado cuando todavía vivía su amigo. En la pared colgaba el retrato del difunto con negros crespones. Se iba alejando, al igual que el retrato del emperador del casino, como si no estuviera al alcance de la mano ni de los ojos, sino lejos, muy lejos, detrás de la pared, como si lo viera desde una ventana.

—Muchas gracias por venir —dijo la señora Demant.

—Quería despedirme —replicó Trotta.

La señora Demant levantó la cabeza; estaba pálida. El teniente observó el brillo gris, claro, hermoso de sus ojos. Lo miraba fijamente, como dos focos luminosos de hielo brillante. En la penumbra vespertina, invernal, del salón brillaban únicamente los ojos de la mujer. La mirada del teniente huyó hacia su frente estrecha y blanca y, de allí, a la pared, al retrato lejano del muerto. El saludo se prolongaba en exceso; ya era hora de que la señora Demant le invitara a tomar asiento. Pero ella nada decía. Al mismo tiempo, se notaba que la oscuridad de la noche cercana iba penetrando por la ventana y surgía el temor infantil de que jamás volviera a encenderse una luz en aquella casa. Al teniente no se le ocurría ninguna frase adecuada. Oía la respiración lenta de la mujer.

—Estamos aquí, de pie, perdone —dijo al fin—. Sentémonos.

Se sentaron a la mesa, frente a frente. Y como aquella vez, en casa del suboficial Slama, Carl Joseph estaba sentado de espaldas a la puerta. Como entonces, sintió la amenaza de la puerta. Le pareció que de vez en cuando se abría sin más, silenciosa, para volver a cerrarse otra vez en silencio. El poniente enrojecía más y más. Y en él se sumía el vestido negro de la señora Demant. Allí estaba ahora vestida por la luz crepuscular: Su cara pálida flotaba, sola y desnuda, sobre la oscura superficie de la noche. En la pared de enfrente había desaparecido el retrato del muerto.

—Mi marido —dijo la voz de la señora Demant a través de las tinieblas.

El teniente percibió el brillo de sus dientes, más blancos que la cara. Y fue distinguiendo el claro brillo de sus ojos.

—¡Usted era su único amigo! ¡Muchas veces lo dijo! Hablaba mucho de usted. Si usted supiera... No puedo aceptar que esté muerto, ni... —musitó que yo tengo la culpa.

—Yo soy quien tiene la culpa —dijo el teniente. Hablaba con voz fuerte, dura y extraña a sus propios oídos. No era un consuelo para la viuda de Demant—. Soy yo quien tiene la culpa —repitió—. Debería haber sido más prudente Al acompañarla a usted. Y no pasar por delante del casino.

La mujer sollozaba. Su pálida cara se inclinaba cada vez más sobre la mesa, como una gran flor blanca, ovalada, que lentamente va cayendo. De repente surgieron, a derecha e izquierda, sus blancas manos, que recibieron al rostro que se hundía y lo ocultaron. Durante un rato, un minuto, otro minuto más, sólo se percibieron los sollozos de la mujer. Una eternidad para el teniente. Pensó en levantarse y marcharse, dejándola allí llorando. Y, efectivamente, se levantó. Al instante, las manos de ella cayeron sobre la mesa. Con una voz sosegada, que no parecía salir de la misma garganta de donde procedían los sollozos, le preguntó:

—¿Adónde va usted?

—A dar la luz —dijo Trotta.

La mujer se puso de pie, dio una vuelta alrededor de la mesa y pasó por su lado rozándole. Carl Joseph sintió el suave perfume de la mujer, pero ya había pasado, desaparecía. La luz era ahora violenta; Trotta se esforzó en mirar hacia las lámparas. La señora Demant protegía sus ojos con la mano.

—Encienda la lámpara que está en la consola —le ordenó. El teniente obedeció. Cuando brilló la lamparilla bajo la suave pantalla amarilla, ella apagó la lámpara del centro de la habitación. Se quitó la mano de los ojos como si fuera una visera. Se la veía muy atrevida con su vestido negro y la cara pálida, enfrentándose a Trotta, desafiante y valiente. Sobre sus mejillas se destacaban los minúsculos surcos secos ya trazados por las lágrimas: Sus ojos brillaban como siempre.

—Siéntese allí, en el sofá —ordenó la señora Demant.

Carl Joseph se sentó, hundiéndose, peligrosamente, en el blando sillón. Se dio cuenta de ello y se

puso en un extremo del sillón, colocó las manos sobre la empuñadura del sable y contempló, en esta posición, la llegada de doña Eva. Él era el jefe supremo de todos los cojines y del sillón, terrible personaje que veía llegar ahora a la mujer. En la pared, a la derecha del sofá, estaba el cuadro del amigo muerto. Doña Eva se sentó. Entre los dos había un pequeño y delicado cojincillo. Trotta no se movió. Se encontraba en una situación penosa, lo cual le sucedía con frecuencia, e imaginaba, como siempre que se hallaba en situación parecida, que ya se estaba marchando.

—¿O sea que le van a trasladar? —le preguntó la señora Demant.

—Soy yo quien ha pedido el traslado —dijo él, con la mirada inclinada hacia el suelo, el mentón sobre las manos y las manos en la empuñadura del sable.

—¿Es necesario que sea así?

—Sí, tiene que ser así.

—Lo siento, lo siento mucho.

La señora Demant estaba sentada como él, con los codos apoyados sobre la rodilla, el mentón en las manos y la mirada sobre la alfombra. Probablemente esperaba que él le dijera unas palabras de consuelo, como una limosna. El teniente permaneció callado. Gozaba del placer maravilloso de vengarse de la muerte de su amigo mediante un silencio despiadado. Recordó los cuentos frecuentes de sus compañeros, historias de hombres pequeños que asesinaban a bellas mujeres. Ella probablemente pertenecía a ese peligroso linaje de las frágiles mujeres asesinadas. Debería esforzarse por escapar cuanto antes de su zona de atracción. Se dispuso a marcharse. En ese momento, la señora Demant cambió de actitud. Apartó las manos del mentón. Con la izquierda alisaba, lenta e insistentemente, el ribete de seda del sillón. Sus dedos avanzaban por el estrecho sendero brillante que la separaba del teniente Trotta; avanzaban y retrocedían una y otra vez, lentamente. El teniente habría querido no verlos, pero le atraían. Los blancos dedos le sumían en una muda conversación que no lograba interrumpir. Pero podía fumar un cigarrillo. ¡Excelente idea! Sacó la pitillera, las cerillas.

—Deme uno —le dijo la señora Demant.

Tuvo que mirarla a la cara al darle lumbre. No le parecía adecuado que ella fumara; como si el consumo de nicotina estuviera prohibido durante el luto. Además, había insolencia y vicio en la forma en que le dio la primera chupada al cigarrillo y también al poner los labios como un pequeño círculo rojo del que salió la suave nube azul.

—¿Sabe usted ya adónde van a destinarle?

—No —contestó el teniente—, pero procuraré que sea muy lejos.

—¿Muy lejos? ¿Dónde, por ejemplo?

—Quizás a Bosnia.

—¿Cree usted que allí podrá ser feliz?

—Yo no creo que pueda ser feliz ya en ninguna parte.

—Le deseo que pueda serlo —dijo ella rápidamente. «Demasiado rápidamente», pensó Trotta.

La señora Demant se levantó y volvió con un cenicero, que puso en el suelo, entre los dos, y dijo:

—Probablemente no volveremos a vernos nunca más.

¡Nunca más! Aquella palabra que tanto temía, el mar muerto, sin orillas, de la sorda eternidad.

¡Nunca más volvería a ver a Katharina, ni al doctor Demant, ni a esa mujer!

—¡Sí, probablemente! —dijo Carl Joseph—. Lo siento.

Habría querido añadir también: «¡Tampoco volveré a ver a Max Demant!». En aquel mismo instante recordó el teniente: «¡A las mujeres hay que quemarlas!», era una de esas frases atrevidas que gastaba Taittinger.

Sonó la campanilla, se oyeron pasos por el pasillo.

—Es mi padre —dijo la señora Demant.

Por la puerta asomaba ya el señor Knopfmacher.

—Vaya, aquí está usted ya —dijo él.

El señor Knopfmacher desplegó un gran pañuelo blanco y se sonó estrepitosamente. Después lo colocó cuidadosamente en el bolsillo de la chaqueta, como si guardara un objeto de gran valor y extendió la mano para abrir la luz. Se acercó a Trotta, quien, al entrar aquél, se había levantado del sillón y le esperaba de pie desde hacía unos momentos, y le dio la mano en silencio. Con aquel apretón, el señor Knopfmacher manifestaba toda la pena que había que expresar por la muerte de Demant. Señalando la lámpara en el centro de la habitación, Knopfmacher dijo, dirigiéndose a su hija:

—Perdona, pero no puedo soportar esa luz, que es para ponerse triste.

Fue como si arrojaran una piedra al retrato del muerto, con los negros crespones.

—Pero ¡qué mal aspecto tiene usted! —exclamó Knopfmacher un segundo después con un tono regocijado en la voz—. Le habrá afectado mucho esta desgracia, ¿no?

—Era mi único amigo.

—Pues ya ve usted —dijo Knopfmacher y se sentó a la mesa—. Por favor —añadió sonriente—, siéntese, se lo ruego. —Cuando el teniente se hubo sentado de nuevo en el sofá siguió diciendo—: Pues ya ve usted, es exactamente lo mismo que él dijo de usted cuando todavía vivía. ¡Qué fatalidad! —Y movió pesaroso la cabeza un par de veces con leve trémolo de sus rosadas mejillas.

La señora Demant sacó un pañuelo de la manga, se cubrió los ojos con él, se puso en pie y abandonó el salón.

—Sabe Dios si será capaz de sobreponerse —dijo Knopfmacher—. Yo ya se lo había advertido

antes, y no pocas veces. Pero no quiso hacerme caso. Pues ya ve usted, mi querido teniente. Todas las profesiones tienen sus riesgos. ¡Pero un oficial! Un oficial, permíteme que se lo diga, no debería casarse. Y, entre nosotros, aunque a usted seguramente se lo habría contado, quería retirarse del servicio activo y dedicarse exclusivamente a la ciencia. Y no tiene usted idea de lo contento que yo estaba al saberlo. Estoy seguro de que habría sido un gran médico. ¡El bueno de Max!

El señor Knopfmacher levantó la mirada hacia el retrato, permaneció unos momentos contemplándolo y terminó su comentario necrológico diciendo:

—¡Una eminencia!

La señora Demant trajo el sliwowitz que tanto gustaba a su padre.

—¿Usted también tomará unas copas? —preguntó Knopfmacher y le sirvió.

En un gesto de atención, llevó él personalmente la copa hasta el sofá. El teniente se puso de pie. Sentía en la boca aquel gusto huero, insípido, como en aquella otra ocasión después del jarabe de frambuesa. Se tomó el alcohol de un trago.

—¿Cuándo le vio usted por última vez? —preguntó Knopfmacher.

—El día anterior —contestó el teniente.

—Le dije a Eva que se fuera a Viena, sin hacer alusión a nada. Y ella se fue totalmente desprevenida. Después llegó su carta de despedida. Yo enseguida me di cuenta de que era ya demasiado tarde y que no había nada que hacer.

—Sí, no había nada que hacer.

—Pero este código del honor, y usted me perdonará, resulta pasado de moda. Considere usted que nos hallamos ya en el siglo veinte. Poseemos el gramófono, podemos llamar por teléfono a centenares de leguas y Blériot y otros incluso vuelan sobre el Atlántico. Y en fin, yo no sé si usted lee los periódicos y entiende de política; se rumorea que se va a transformar profundamente la constitución. Desde que existe el voto universal han cambiado muchas cosas en nuestro país y en el mundo. Nuestro emperador, cuya vida guarde Dios muchos años, tiene ideas más modernas de lo que muchos creen. Claro que tampoco les falta razón en muchos aspectos a los llamados círculos conservadores. Hay que proceder con lentitud, en forma circunspecta, con reflexión. Nada de prisas.

—Yo no entiendo nada de política —dijo Trotta.

Knopfmacher estaba indignado. Sentía rencor hacia este ejército estúpido y sus extravagantes disposiciones. Su hija se había quedado viuda, el yerno estaba muerto y había que buscar a alguien para que lo sustituyese, pero esta vez a un paisano. Se le retrasaría seguramente la concesión del título de consejero comercial. Ya era hora de acabar con esas memeces de los militares. Había que frenarles los pies, en el siglo veinte, a esos inútiles, a esos jóvenes tenientes del ejército. Las naciones querían sus derechos, la igualdad de todos sus ciudadanos y que acabaran los privilegios para la nobleza; el partido socialista era peligroso, pero era también un excelente contrapeso. Se

hablaba siempre de la guerra, pero, de seguro, no estallaría. Ya verían, ya, esos tenientillos. Los tiempos han cambiado. En Inglaterra, por ejemplo, el rey era un cero a la izquierda.

—Claro —dijo Knopfmacher—, la política no es cosa adecuada para el ejército. Pero él —y señaló el retrato—, él sabía mucho de política.

—Era muy inteligente —dijo Trotta en voz baja.

—No había nada que hacer —repitió Knopfmacher.

—Quizá lo que pasó —dijo el teniente, y a él mismo le pareció estar pronunciando una extraña y sabia sentencia, sacada de los viejos libros inmensos del rey de las barbas de plata, del rey de los taberneros— fue que era muy inteligente y estaba completamente solo.

Palideció. Sintió la mirada brillante de la señora Demant. Tenía que irse. Hubo un silencio. Nada quedaba por decir.

—Al barón Trotta tampoco volveremos a verle, papá. Van a trasladarlo —dijo la señora Demant.

—Pero ¿no puede enviarnos cuatro líneas? —preguntó Knopfmacher.

—Me escribirá —dijo la señora Demant.

El teniente se puso de pie.

—Que tenga suerte —dijo Knopfmacher, extendiendo su mano grande y blanda, como de cálido terciopelo. La señora Demant le precedió. Llegó el asistente y le ayudó a ponerse el abrigo. Frente al teniente estaba la señora Demant. Trotta dio un taconazo.

—Me escribirá. Quiero saber dónde se encuentra —le dijo ella muy rápidamente. Fue un soplo de aire, cálido y veloz, perdido ya. El asistente le abrió la puerta. Bajaron las escaleras. El teniente se halló frente a la verja del jardín, como la otra vez, cuando se despidió del suboficial Slama.

Marchó rápidamente a la ciudad, entró en el primer café que halló a su paso y se tomó, de pie, junto al mostrador, un coñac y otro coñac. «¡Nosotros sólo tomamos Hennessy!», oyó que decía el jefe de distrito. Se apresuró a llegar al cuartel. Delante de la puerta de su cuarto estaba Onufrij, como una mancha azul entre las blancas paredes desnudas. El sargento de oficinas había llevado un paquete para el teniente, por encargo del coronel. El paquete estaba apoyado sobre la pared, en un rincón, envuelto en papel oscuro. Sobre la mesa había una carta. El teniente leyó:

Mi querido amigo, te dejo en herencia mi sable y mi reloj de bolsillo.

Max Demant

Trotta sacó el sable del paquete. Del guardamanos colgaba el reloj de plata del doctor Demant. Estaba parado. Marcaba las doce menos diez. El teniente le dio cuerda y se lo puso al oído. Su tic-tac, apresurado y suave, era un consuelo. Abrió la tapa con su navajita, curioso y juguetón como un chiquillo. Sobre la cara interna de la tapa estaban grabadas las iniciales «M. D.». Sacó el sable de la vaina. Debajo mismo de la empuñadura, el doctor Demant había grabado en el acero, con un cuchillo,

unas letras desmañadas y torpes. «¡Que vivas bien y que seas libre!», rezaba la inscripción. El teniente colgó el sable en el armario. Guardó unos momentos el fiador en la mano. Entre sus dedos se deslizaba la seda entretejida con el metal, una lluvia fresca, dorada. Cerró el armario; estaba cerrando un ataúd.

Apagó la luz y se tendió vestido sobre la cama. La luz amarillenta del dormitorio de la compañía se proyectaba sobre la laca blanca de la puerta y se reflejaba en el brillante picaporte. Roncas sollozaban las armonías, melancólicas, acompañadas por las voces profundas de los soldados. Cantaban la canción ucraniana del emperador y la emperatriz:

Oh, nuestro emperador es un hombre bravo y apuesto,

y nuestra señora es su mujer, la emperatriz,

al frente de sus ulanos cabalga el emperador

y sola queda ella en el castillo.

Y le espera...

La emperatriz espera al emperador...

Hacía muchos años ya que la emperatriz había muerto. Pero los aldeanos de Rutenia creían que todavía seguía viva...

Segunda parte

Capítulo IX

Los rayos del sol de Habsburgo llegaban por el este hasta la frontera del zar de Rusia. Era el mismo astro bajo el cual el linaje de los Trotta había ganado en nobleza y prestigio. El agradecimiento de Francisco José poseía una gran memoria, y su gracia llegaba hasta todos los rincones del imperio. Si uno de sus hijos predilectos cometía una tontería, intervenían a tiempo los ministros y los servidores del emperador y obligaban a los necios a ser comedidos y razonables. No habría sido nada adecuado que el único descendiente del linaje de los de Trotta y Sipolje, linaje recientemente ennoblecido, pasara a prestar servicio en la provincia de donde procedía el héroe de Solferino, nieto de campesinos eslovenos analfabetos, hijo de un suboficial de la gendarmería. Se aceptaba que el joven descendiente del héroe de Solferino deseara el traslado del regimiento de ulanos a la más modesta infantería: seguía fiel a la memoria del abuelo que había salvado, siendo un simple teniente de infantería, la vida del emperador. Pero la prudente actitud del ministerio real e imperial de la guerra no permitía que quien llevara un título de nobleza idéntico al del pueblo esloveno donde había nacido el fundador de la dinastía, que tal personaje, pues, pasara a prestar servicio en las inmediaciones de esa localidad. La opinión del ministerio era compartida por el jefe de distrito, hijo del héroe de Solferino. Ciertamente es que permitió a su hijo que solicitara el traslado a la infantería, aunque no debió de resultarle fácil aceptarlo. Pero no estaba de acuerdo en absoluto con la solicitud de su hijo de pasar a servir en la provincia eslovena. Él mismo, jefe de distrito, jamás había sentido deseos de visitar el pueblo de donde procedían sus mayores. Era austríaco, servidor y funcionario de los Habsburgo, y su patria era el Palacio Imperial en Viena. Si hubiera poseído un ideario político para una provechosa transformación del inmenso y abigarrado imperio, le habría gustado, seguramente, ver en todos los países de la Corona, en las inmensas y multicolores antesalas del Palacio Imperial, y en todas las naciones del reino a los servidores de los Habsburgo. Él era un jefe de distrito. En su distrito representaba a Su Apostólica Majestad. Llevaba el cuello de oro, sombrero y espadín. No quería sostener el arado sobre la bendita tierra eslovena. En aquella carta decisiva a su hijo constaba la frase: «El destino ha hecho austríaco a nuestro linaje de campesinos de la frontera. Queremos seguir siendo austríacos».

Y así fue como se le impidió a su hijo, a Carl Joseph, marqués de Trotta y Sipolje, que sirviera en las fronteras del sur. Solamente podía escoger entre pasar a servir en el interior del reino o en sus fronteras orientales. Se decidió por un batallón de cazadores estacionado a dos leguas de la frontera rusa, que se hallaba cerca de Burdlaki, pueblo natal de Onufrij. Era el país hermano de los campesinos ucranianos, de sus armónicas melancólicas y sus canciones inolvidables: la hermana norteña de Eslovenia.

Trotta pasó diecisiete horas en el tren. Cuando ya llevaba casi dieciocho horas metido allí surgió

la última estación oriental del reino. Allí se apeó. Le acompañaba su asistente, Onufrij. El cuartel de los cazadores se encontraba en el centro de la pequeña ciudad. Antes de entrar en el patio del cuartel, Onufrij se persignó tres veces. Era de mañana. Ya hacía tiempo que la primavera había llegado al centro del imperio, pero aquí acababa de llegar. Las violetas florecían en las florestas húmedas. Croaban ya las ranas en los pantanos infinitos y las cigüeñas sobrevolaban los achaparrados tejados de paja de las chozas campesinas, buscando las viejas ruedas para poner en ellas los cimientos del nido de verano.

La frontera entre Austria y Rusia, en el noroeste del reino, era, en aquellos tiempos, uno de los territorios más extraños. El batallón de cazadores estaba estacionado en una localidad de diez mil habitantes. La ciudad poseía una plaza mayor, en cuyo centro se cruzaban dos grandes vías de comunicación. Una de este a oeste y otra de norte a sur. Una iba desde la estación hasta el cementerio, y la otra desde las ruinas del castillo hasta el molino de vapor. Aproximadamente un tercio de los diez mil habitantes de la ciudad se dedicaba a algún oficio manual. Otro tercio vivía miserablemente de lo que obtenía de sus escasas tierras. Y el resto ejercía algo así como un comercio.

Algo así como un comercio, porque ni las mercancías ni los usos y costumbres de estos mercaderes correspondían a la idea de comercio del mundo civilizado. Los comerciantes de aquel país vivían más del azar que de una clara concepción de su profesión, más de la imprevisible providencia que de consideraciones económicas. Y estos mercaderes estaban siempre dispuestos a quedarse con la mercancía si Dios no les daba otra. Realmente, la vida de estos mercaderes era un enigma. No tenían tiendas, ni nombre, ni crédito. Pero tenían un sexto sentido para descubrir las fuentes ocultas y misteriosas del dinero. Vivían de la labor ajena, pero daban trabajo a los forasteros. Eran modestos. Vivían tan miserablemente como si se alimentaran por el trabajo de sus manos. Pero vivían de la labor ajena. Se movían siempre de un lado para otro, eternamente en camino, la lengua suelta y la mente despierta; habrían podido conquistar medio mundo si hubieran sabido lo que era el mundo. Pero no lo sabían. Porque vivían lejos de él, entre Oriente y Occidente, apretujados entre la noche y el día, como fantasmas vivientes paridos por la noche y que deambulan de día.

¿Pero hemos dicho antes que vivían «apretujados»? No lo permitía la naturaleza, que lanzaba alrededor de esos hombres de la frontera un horizonte infinito, rodeados por un noble anillo de verdes bosques y colinas azules. Y cuando pasaban por entre los oscuros abetales incluso podrían imaginarse que eran los predilectos de Dios, si en las cuitas diarias para lograr el sustento de mujer e hijos se hubiese manifestado, de alguna manera, la bondad divina. Pero ellos penetraban únicamente en los abetales buscando madera para vender a los comerciantes de la ciudad en cuanto se anunciaba el invierno. Porque también se dedicaban al negocio de la madera. Y vendían asimismo corales para las aldeanas de los pueblos vecinos y también para las de los pueblos situados al otro lado de la frontera, en tierra rusa. Vendían plumas, crin, tabaco, barras de plata, joyas, té chino, frutas del sur, caballos y vacas, aves y huevos, pescado y verduras, yute y lana, mantequilla y queso, bosques y tierras, mármol de Italia y cabellos de China para fabricar pelucas, gusanos de seda y también seda, telas de Manchester, encajes de Bruselas y galochas de Moscú, lino de Viena y plomo de Bohemia.

Todos los productos que tanto abundan en el mundo, desde los más lujosos a los más miserables, pasaban por las manos de esos comerciantes y mercaderes. Aquello que no podían adquirir o vender de acuerdo con las leyes vigentes, lo adquirían o lo vendían en contra de todas las leyes, en secreto y con destreza, con astucia y premeditación, atrevidos y taimados. Incluso algunos se dedicaban al negocio con seres humanos, con seres vivos. Enviaban desertores del ejército ruso hacia los Estados Unidos y vendían jóvenes muchachas campesinas para el Brasil y la Argentina. Tenían representaciones de agencias marítimas y de casas de putas extranjeras. Y a pesar, de todo sus ganancias eran miserables y no tenían ni idea del lujo ostentoso y magnífico en que puede vivir el hombre. Pese a sus grandes mañas para encontrar dinero y a sus manos, que sacaban oro de las piedras como quien hace saltar chispas, no eran capaces de dar placer al corazón y salud a los cuerpos. Los hombres de esta tierra eran hijos de los pantanos. Porque los pantanos y tremedales se extendían misteriosos por la inmensa superficie del país, a ambos lados de la carretera, con ranas, bacilos de la fiebre y hierbas traidoras, terrible tentación hacia una muerte horrorosa para el caminante desconocedor del terreno. Muchos perecían sin que nadie oyera jamás sus últimos gritos de auxilio. Pero todos los allí nacidos conocían las malas artes de los pantanos e, incluso, poseían algo de esas malas artes. En primavera y en verano el aire estaba henchido del croar incesante, jugoso, de las ranas. Y bajo el cielo resonaba el canto satisfecho de las alondras. Inagotable diálogo entre el cielo y los tremedales.

Muchos de estos comerciantes eran judíos. Por una fantasía de la naturaleza o, quizá, por descender, a través de misteriosos caminos, de la legendaria nación de los cásaros, muchos de esos judíos de la frontera eran pelirrojos. El pelo ardía, flamígero, sobre sus cabezas. Sus barbas eran una hoguera. En el dorso de sus manos huidizas crecían rojas y duras cerdas, como menudas lanzas. Y en las orejas asomaba una suave lana rojiza como la nube que se levantaba del rojo fuego que ardía acaso en el interior de sus cráneos.

Todos los forasteros que llegaban a este territorio acababan por desaparecer. Nadie podía resistir los pantanos. Ni tampoco la frontera. En aquel tiempo, los grandes señores de Viena y San Petersburgo ya estaban preparando la gran guerra. Los hombres de la frontera advirtieron su llegada antes que los otros, y no sólo porque estaban acostumbrados a intuir las cosas venideras, sino también porque cada día podían distinguir, con su propia vista, los presagios de la catástrofe. También hacían su agosto de estos preparativos para la contienda. Más de uno vivía del espionaje y del contraespionaje; sacaban florines austríacos de la policía austríaca y rublos rusos de la rusa. Y en la monotonía remota y pantanosa de la vida en el batallón, este y aquel joven oficial se daban a la desesperación o a los juegos de azar, a las deudas o caían en manos de hombres siniestros. Los cementerios de las guarniciones de la frontera guardaban en su tierra muchos cuerpos jóvenes de hombres débiles.

Pero también allí los soldados hacían instrucción como en todas las demás guarniciones del imperio. Cada día, el batallón de cazadores volvía al cuartel, con las botas grises salpicadas por el barro primaveral del fango de los caminos. Encabezaba el batallón el comandante Zoglauer a caballo. Al frente de la segunda sección de la primera compañía estaba el teniente Trotta. Los

cazadores se ponían en marcha ante la señal, gruesa y bonachona, dada por el trompeta y no al son alegre y orgulloso del clarín que ordenaba, interrumpía y hacía estallar el trote de los caballos en el regimiento de ulanos. Carl Joseph iba a pie y creía sentirse mejor. A su alrededor se oía el golpe seco de las botas claveteadas de los cazadores al dar sobre la gravilla del camino, esta gravilla que todas las semanas, por primavera, había que sacrificar a los pantanos de los caminos por orden de la autoridad militar. El suelo voraz de la carretera se tragaba las piedras, millones de piedras. Y de las profundidades surgían nuevas y victoriosas capas de lodo gris, que devoraban las piedras y la argamasa, como olas que se rompían sonoras contra las botas de los soldados. El cuartel estaba detrás del parque municipal. A la izquierda del cuartel se hallaba el juzgado del distrito y, frente a él, el gobierno del distrito. Detrás de sus muros solemnes y ruinosos se cobijaban dos iglesias, una romana y otra griega, y a la derecha del cuartel estaba el instituto. La ciudad era tan diminuta que se la podía recorrer en veinte minutos. Todos sus edificios importantes se agrupaban en incómoda vecindad. A la hora del paseo, por la tarde, la gente circulaba por el parque municipal, de forma circular, como los presos en el patio de la cárcel. Para llegar a la estación había que andar una media hora. La cantina de los oficiales estaba situada en dos pequeñas habitaciones de una casa particular. La mayoría comía en el restaurante de la estación. Carl Joseph también. Le gustaba ir por aquellos lodazales solamente para poder ver la estación. Era la última de todas las estaciones del reino, pero, en fin, también esta estación poseía dos pares de vías relucientes que se prolongaban hasta llegar al corazón del imperio. También esta estación poseía claras y alegres señales cristalinas, en las que resonaba un eco suave de los gritos patrios, y, además, un aparato de Morse, siempre zumbando, en el que se trazaban laboriosamente las bellas voces confusas de un mundo lejano y perdido, como el respunte diligente de una máquina de coser. Asimismo, la estación tenía su jefe, quien agitaba una sonora campana cuyo sonido significaba la salida, la salida, ¡señores viajeros, al tren! Una vez al día, exactamente al dar las doce, el jefe hacía sonar la campana para el tren que se iba hacia el oeste, hacia Cracovia, Oderberg, Viena. ¡Qué tren tan cómodo y acogedor! Paraba casi tanto tiempo como duraba la comida, delante de las ventanas del comedor de primera dónde almorzaban los oficiales. Y en cuanto llegaba el café, la locomotora silbaba. El vapor gris daba contra las ventanas y, en cuanto empezaba a gotear por los cristales, el tren ya estaba lejos. Tomaban el café y se volvían, como lenta y desconsolada manada, a través del plateado lodo gris. Incluso los generales inspectores procuraban no hacer acto de presencia por la comarca. No acudían; nadie acudía. En el único hotel de la ciudad, en el que vivían la mayoría de los oficiales como huéspedes fijos, únicamente se albergaban, dos veces al año, los ricos compradores de lúpulo de Núremberg, Praga y Saaz. Si sus incomprensibles tratos salían bien, pedían música y jugaban a los naipes en el único café de la villa, que pertenecía también al hotel. Desde el segundo piso del hotel Brodnitzer, Carl Joseph dominaba toda la pequeña ciudad. Veía el aguilón del juzgado, las torrecillas blancas de la jefatura del distrito, la bandera negra y gualda del cuartel, la doble cruz de la iglesia griega, la veleta del ayuntamiento y los tejados de ripias de las pequeñas casas de un solo piso. El hotel Brodnitzer era el edificio más alto de la localidad. Uno se podía orientar por él, como por la iglesia, el ayuntamiento o los edificios públicos en general. Las callejuelas no tenían nombre ni las casas número, y si alguien buscaba una dirección determinada tenía que orientarse, más o menos bien, según lo que le iban diciendo. Éste vivía detrás

de la iglesia, aquél delante de la cárcel municipal, y un tercero a la derecha del juzgado. Era como vivir en un pueblo. Y de las casas achaparradas, debajo de los oscuros tejados de ripias, detrás de las pequeñas ventanas cuadradas y de las puertas de madera, brotaban los secretos por las grietas y junturas, se esparcían por las calles lodosas y penetraban hasta el patio, eternamente cerrado, del cuartel. A ése le había engañado la mujer y aquél había vendido su hija al capitán ruso; éste de aquí era traficante de huevos podridos y aquél se mantenía del contrabando; ése había estado en la cárcel y aquél había escapado de presidio; ése les daba dinero prestado a los oficiales y su vecino acaparaba un tercio de los sueldos. Los compañeros de Trotta, generalmente alemanes y no de origen noble, llevaban muchos años en esta guarnición, se habían acostumbrado a ella y a ella estaban sometidos. Lejos de las costumbres de su tierra y de su lengua materna, que aquí era solamente la lengua del cuartel, quedaban abandonados a la desesperación infinita de los pantanos, se dejaban dominar por los juegos de azar y el fuerte aguardiente que se producía en el país y que circulaba bajo el nombre de «noventa grados». Se deslizaban de la mediocridad inocentona, para la que habían sido educados por la academia y la instrucción tradicional, hacia la destrucción y la decadencia de este país, sobre el cual soplaba ya el aliento del gran imperio enemigo de los zares. Catorce kilómetros apenas les separaban de la frontera rusa. No era raro que los oficiales rusos del regimiento fronterizo acudieran, en sus largos tabardos grises, con las pesadas charreteras de plata y oro sobre los anchos hombros y las galochas brillantes en las botas, relucientes de betún aunque hiciera mal tiempo. Existía incluso entre las dos guarniciones cierto compañerismo. A veces se iban en pequeños furgones cubiertos al otro lado de la frontera a ver los ejercicios de equitación de los cosacos y a beber aguardiente. Allí, al otro lado de la frontera, en la guarnición rusa, los barriles de aguardiente estaban colocados sobre las aceras de madera, bajo la vigilancia de los soldados, con fusil y bayoneta calada, aquellas largas bayonetas triangulares. Al anochecer, hacían rodar los barriles con gran estrépito por las calles llenas de hoyos. A patadas, los cosacos los llevaban hasta el casino ruso, y por el chapaleo del aguardiente contra las paredes de los barriles la gente adivinaba lo que éstos contenían. Los oficiales del zar enseñaban a los oficiales de su católica majestad lo que era la hospitalidad rusa. Y ninguno de los oficiales del zar ni de los de su católica majestad sabía en aquel momento que, por encima de las copas de cristal en que bebían, la muerte se cernía ya con sarmentosas e invisibles manos.

Por la gran llanada entre los dos bosques fronterizos, ruso y austríaco, galopaban los destacamentos de los cosacos, vientos uniformados en orden militar, montados en los pequeños y veloces caballos de las estepas, volteando las lanzas sobre sus altos gorros de piel como rayos emergiendo de mangos de madera, unos rayos resplandecientes con graciosas banderolas. Apenas se oían los cascos de los caballos sobre el suelo blando y elástico de los tremedales. La tierra empapada respondía únicamente con un húmedo sollozo al golpeteo alado de los cascos de los caballos. Las hierbas, de un verde profundo, se hundían apenas por un momento. Los cosacos parecían volar por la pradería. Cuando avanzaban por la carretera amarilla, arenosa, se levantaba una gran columna de polvo, clara, dorada, de finos granos; parpadeaba al sol, extendiéndose hasta disolverse y caer lentamente en mil nubes diminutas. Los oficiales austríacos, huéspedes de los

rusos, estaban sentados en unas sencillas tribunas de madera sin desbastar. Los movimientos de los jinetes casi eran más rápidos que las miradas de los espectadores. Los cosacos levantaban del suelo, montados en la silla, con sus dientes de caballo, amarillos y fuertes, los pañuelos rojos y azules, a galope tendido; de repente se inclinaban los cuerpos, como si cayeran, por debajo del vientre de los caballos y con las piernas, metidas en las botas relucientes, apretaban aún los flancos de las bestias. Otros tiraban también las lanzas al aire, muy lejos; las armas volvían en remolino, obedientes, al puño levantado de los jinetes, como halcones en la caza regresaban a la mano del señor. Otros saltaban agachados, inclinando el cuerpo horizontalmente sobre el caballo y apretando fraternalmente su boca contra el hocico de la bestia, para pasar por un aro de hierro capaz de abarcar un tonel de mediano tamaño. Los caballos estiraban las patas, al máximo. Levantaban las crines como alas y la cola horizontal como un timón, su cabeza pequeña parecía la esbelta proa de una lancha velocísima. Otros cosacos saltaban por encima de una veintena de barriles de cerveza puestos en el suelo, uno detrás de otro. Relinchaban entonces los caballos antes de saltar. De la lejanía inmensa llegaba el jinete, al principio era sólo un punto gris insignificante, que iba creciendo a una velocidad loca hasta convertirse en una línea, en un cuerpo, un jinete, un ave mitológica gigantesca, mezcla de hombre y caballo, cíclope alado, para detenerse, si el salto salía bien, a cien pasos de los barriles, férreo, como una escultura, un monumento de sustancia inerte. Otros más disparaban, mientras desaparecían a galope tendido —los jinetes parecían proyectiles—, tiraban sobre dianas que transportaban otros jinetes: los tiradores galopaban, disparaban y daban en el blanco. A veces caían del caballo. Los compañeros que llegaban detrás saltaban raudos sobre el caído, sin que un solo casco rozara sus cuerpos. Seguros jinetes galopaban junto a otro caballo y, durante la carrera, saltaban a él para volver después al primero, caían otra vez de repente sobre el caballo de reserva y, finalmente, aguantándose con una mano sobre cada silla, con las piernas bailando entre las dos bestias, se detenían de golpe junto a la meta, frenando ambos caballos, parados allí, inmóviles como corceles de bronce.

Estos ejercicios de equitación de los cosacos no eran las únicas fiestas que se celebraban en el territorio de la frontera entre Rusia y el reino austríaco. Un regimiento de dragones formaba también parte de la guarnición austríaca. Entre los oficiales del batallón de cazadores, los del regimiento de dragones y los señores de los regimientos rusos de la frontera, el conde Chojnicki, uno de los terratenientes polacos más ricos de la región, había establecido las más íntimas relaciones. Al conde Wojciech Chojnicki, pariente de los Ledochowski y los Potocki y unido por alianza con los Sternberg, amigo de los Thun, hombre de mundo, de cuarenta años de edad, pero sin aparentar edad alguna, jefe de escuadrón de la reserva, soltero, a la vez frívolo y nostálgico, le gustaban los caballos, el alcohol, la compañía, la despreocupación y también la seriedad. Se pasaba el invierno en las grandes ciudades y en las salas de juego de la Riviera. Como el ave de paso solía volver a la tierra de sus antepasados en cuanto el codeso florecía por los terraplenes del ferrocarril. Llevaba consigo el hábito ligeramente perfumado del gran mundo y románticas historias galantes. Era una de esas personas que no solían tener enemigos, ni tampoco amigos, sino simplemente compañeros, camaradas o meros conocidos indiferentes. Con sus ojos claros, inteligentes, ligeramente saltones, la

calva redonda y brillante, un bigotito rubio, las espaldas estrechas, con sus piernas excesivamente largas, Chojnicki lograba que todos los hombres con los que entraba en contacto, por casualidad o adrede, le apreciaran.

Vivía en dos casas distintas, mudándose de una a otra, el «palacio viejo» y el «palacio nuevo», como las llamaba la gente que las respetaba. El llamado «palacio viejo» era un gran pabellón de caza, ruinoso, en el que el conde, por razones imposibles de averiguar, no quería hacer reformas. El «palacio nuevo» era un gran edificio de dos pisos. En el de arriba vivían siempre unos extraños y a veces también siniestros forasteros. Eran los «parientes pobres» del conde, el cual, aun cuando hubiera estudiado con toda aplicación la historia de su familia, no habría podido descubrir el grado de parentesco que le unía con sus huéspedes. Era ya una costumbre pasar el verano en el «palacio nuevo» como pariente de Chojnicki. Bien alimentados y ya recobradas las fuerzas, provistos a veces de vestidos nuevos que el sastre particular del conde les había hecho, estos visitantes se volvían a las desconocidas regiones de donde acaso procedían en cuanto se oían por las noches las primeras bandadas de tordos y había terminado ya la cosecha de las mazorcas de maíz. El dueño de casa no se enteraba de su llegada ni de su marcha. Había decidido, de una vez para siempre, que su mayordomo judío debería comprobar el lazo familiar que le unía a estos visitantes, mantenerlos y vigilar que efectivamente se marchasen en cuanto llegara el invierno. La casa tenía dos entradas. El conde y los huéspedes que no formaban parte de la familia entraban por la puerta principal, mientras que los familiares tenían que dar la vuelta y pasar por un portillón estrecho en la tapia del huerto. Por lo demás, dichos intrusos podían hacer lo que les diera la gana. Dos veces por semana, concretamente los lunes y los jueves, se celebraban las «pequeñas tertulias» en casa del conde Chojnicki, y dos veces al mes, la «fiesta». Durante las «pequeñas tertulias» únicamente se iluminaban y se preparaban para los huéspedes seis habitaciones, mientras que durante las «fiestas» las habitaciones eran doce. Durante las «pequeñas tertulias» los criados no llevaban guantes y usaban librea oscura; en las «fiestas» llevaban guantes blancos y levitas de color granate con cuello de terciopelo negro y botones de plata. La fiesta empezaba con vermut y vinos secos españoles. Después se iba a los vinos de Borgoña y Burdeos. A continuación se pasaba al champán. Seguía el coñac y se terminaba, como muestra de acatamiento a la patria, con el producto de la tierra, el «noventa grados».

Entre los oficiales del regimiento de dragones, de espíritu marcadamente aristocrático, y los oficiales del batallón de cazadores, generalmente de origen burgués, se establecían, en casa del conde Chojnicki, lazos sentimentales de fidelidad para toda la vida. Los rayos del sol saliente se proyectaban a través de las ventanas del palacio sobre un abigarrado montón de uniformes de infantería y caballería. Roncaban todos de cara al sol. Hacia las cinco de la mañana, los asistentes corrían en bandada a palacio para despertar a los señores. Porque a las seis empezaba la instrucción. Ya hacía mucho que el dueño de la casa, a quien el alcohol no producía cansancio, se había retirado a su pabellón de caza. Manejaba allí toda suerte de extraños tubos de ensayo, llamas, aparatos. Corría el rumor por la comarca de que el conde quería fabricar oro. Efectivamente, parecía entretenerse con absurdos experimentos de alquimia. Y si bien no conseguía fabricar oro, sí sabía ganarlo jugando a la ruleta. Dejaba entrever a veces que había heredado un «sistema» seguro de un

jugador misterioso, muerto ya desde hacía mucho tiempo.

Era procurador en Cortes desde hacía muchos años atrás. En su distrito se le elegía una y otra vez, derrotando a todos sus contrincantes con dinero, por la fuerza y la sorpresa, favorito del gobierno y desdeñoso hacia la corporación parlamentaria a que pertenecía. Jamás había pronunciado un discurso ni había lanzado una exclamación al orador. Escéptico, burlón, sin temor ni reparos, Chojnicki solía decir que el emperador era un anciano atolondrado, el gobierno un atajo de inútiles, las Cortes una asamblea de idiotas crédulos dados al patetismo y que las autoridades eran sobornables, cobardes y perezosas. Los austríacos de lengua alemana sólo sabían, en opinión de Chojnicki, bailar el vals y cantar el cuplé de moda, los húngaros apestaban, los checos eran limpiabotas natos, los rutenos unos rusos encubiertos y traidores, los croatas y eslovenos sólo servían para hacer escobas y tostar castañas, y los polacos, entre los cuales se contaba él mismo, eran buenos solamente para dar coba y hacer de peluqueros o de fotógrafos de moda.

A su vuelta de Viena y de las otras ciudades del gran mundo por donde se expansionaba a su gusto, solía soltar un discurso agorero en el que más o menos decía: «Este imperio se va a pique. En cuanto cierre los ojos el emperador saltaremos en cien pedazos. Los Balcanes serán más poderosos que nosotros mismos. Todos los pueblos querrán erigir sus pequeños estaditos de mierda y hasta los judíos proclamarán un rey en Palestina. Viena está que apesta con el sudor de los demócratas; cuando paso por la Ringstrasse casi no puedo resistir el mal olor. Los obreros tienen banderas rojas y no quieren trabajar. El alcalde de Viena es un conserje santurrón. Los curas ya están liados con el pueblo; en las iglesias se hacen los sermones en checo. Las comedias que se representan en el Burgtheater son puras cochinadas judías y cada semana nombran barón a un fabricante de retretes húngaro. Os digo, señores míos, que si no se dispara ahora, la cosa se acaba. Nosotros todavía lo veremos».

Reía el auditorio del conde y se tomaba una copa más. No le comprendían. Ya disparaban a veces, especialmente en época de elecciones, por ejemplo, para asegurar la candidatura del conde Chojnicki, evidenciando así que el mundo no se hundiría sin más. Aún vivía el emperador. Y a él le sucedería el heredero del trono. El ejército hacía la instrucción y brillaba con todos los colores de reglamento. Los pueblos querían a la dinastía y le rendían pleitesía con sus más diversos trajes nacionales. Chojnicki era un guasón.

Pero el teniente Trotta, más sensible que sus camaradas, más triste que ellos, sentía en el alma el eco incesante de las oscuras rumorosas alas de la muerte, con la que se había enfrentado ya en dos ocasiones, y reconocía a veces el peso sombrío de las profecías.

Capítulo X

Cada semana, cuando entraba de guardia, el teniente Trotta escribía los monótonos informes de siempre al jefe de distrito. El cuartel no tenía luz eléctrica. En el cuerpo de guardia brillaban los viejos velones de reglamento como en los tiempos del viejo héroe de Solferino. Eran ahora las llamadas velas «apolo», de estearina blanca y menos áspera, con mecha bien trenzada y llama constante. Las cartas del teniente nada revelaban acerca de las distintas circunstancias en que vivía, circunstancias extraordinarias en la frontera. El jefe de distrito evitaba hacer preguntas. Y sus respuestas, que enviaba con toda regularidad a su hijo el cuarto domingo de cada mes, eran tan monótonas como las cartas del teniente.

Todas las mañanas el viejo Jacques entraba con el correo en la habitación en que solía desayunar el jefe de distrito desde hacía muchos años. Era una habitación algo apartada que no se utilizaba durante el día. La ventana, abierta al este, daba paso gustosamente a todas las mañanas, a las claras y a las turbias, las cálidas, las frescas y las lluviosas; tanto en invierno como en verano permanecía abierta durante el desayuno. En invierno, el jefe de distrito se arrollaba una bufanda en las piernas; la mesa estaba cerca de la estufa en la que crepitaba el fuego que el viejo Jacques había encendido media hora antes. Cada año, el día quince de abril, Jacques ya no encendía la estufa. Cada año, a partir del quince de abril, el jefe de distrito salía a dar su paseo matinal veraniego, indiferente al tiempo. A las seis llegaba el barbero, soñoliento todavía y sin haberse afeitado, y se presentaba en el dormitorio de Trotta. A las seis y cuarto la barbilla del jefe de distrito se encontraba afeitada y empolvada entre las alas ligeramente plateadas de las patillas. Ya le habían aplicado un masaje a la calva, que aparecía ligeramente colorada por los efectos de unas gotas de agua de colonia, y todos los pelos inútiles, que crecían en parte por los orificios de la nariz y por las orejas y a veces también en el cogote, sobresaliendo por encima del cuello duro y alto, todos los pelos habían desaparecido sin dejar huella. El barón cogía entonces su bastón de paseo, de color claro, y el sombrero de media copa y se iba al parque municipal. Llevaba puesto un chaleco blanco con botones grises, de escote diminuto, y chaqueta gris. Los pantalones estrechos, sin raya, se adaptaban, mediante unas trabillas grises oscuras, a las botas de elásticos, terminadas en punta, sin costuras ni puntera, de la mejor cabritilla. Las calles estaban todavía desiertas. Avanzaba con estrépito, sobre el desigual adoquinado de la calle, la carricuba municipal de riego, arrastrada por dos grandes percherones castaños. El conductor, desde lo alto del pescante, en cuanto descubría al jefe de distrito, inclinaba el látigo, pasaba las riendas por la manivela del freno y se sacaba la gorra hasta que casi le tocaba las rodillas. Era la única persona de la ciudad, o del distrito, a quien el señor de Trotta saludaba alegre con la mano, casi alborozado. A la entrada del parque municipal el guardia le saludaba. El jefe de distrito correspondía a su saludo con un «¡Dios le guarde!», sin mover para nada la mano. Seguidamente se acercaba a la rubia propietaria del quiosco donde vendían jarabes y gaseosas.

Levantaba lentamente el sombrero, se bebía una copita de agua medicinal; sacaba unas monedas del bolsillo del chaleco, sin quitarse los guantes grises, y proseguía el paseo. A su lado pasaban los panaderos, los deshollinadores, los verduleros, los carniceros. Todo el mundo le saludaba. El jefe de distrito correspondía al saludo colocando por un instante el índice junto al ala del sombrero. A veces decía: «Buenos días, señor boticario», se detenía y preguntaba: «¿Qué tal está usted?». «Muy bien», respondía el farmacéutico. «Me alegro», indicaba el jefe de distrito, volvía a levantar el sombrero y seguía su camino.

No volvía hasta después de las ocho. A veces encontraba al cartero en el vestíbulo o en las escaleras. A continuación se iba un rato al despacho. Porque le gustaba encontrar las cartas a la hora del desayuno junto a la bandeja. Durante el desayuno no se sentía dispuesto a ver, ni hablar con nadie. Acaso entraba a veces el viejo Jacques, en invierno para echar una mirada a la estufa y en verano para cerrar la ventana si, por casualidad, llovía demasiado. La señorita Hirschwitz jamás se acercaba allí. El barón de Trotta no podía soportar su presencia hasta la una del mediodía.

Un día, a finales de mayo, el señor de Trotta regresó de su paseo a las ocho menos cinco. Seguramente hacía ya mucho rato que había llegado el cartero. Se sentó a la mesa para desayunar. El huevo estaba en «su punto», como siempre, y, también como siempre, en la huevera dorada. Brillaba dorada la miel, los blandos panecillos de Viena tenían, como todos los días, aquella fragancia a fuego y levadura; la mantequilla, de un resplandor amarillo, reposaba en una enorme hoja de un verde profundo y, en una tacita de porcelana de bordes dorados, humeaba el café. No faltaba nada. Por lo menos eso creyó al principio el señor de Trotta. Pero al instante se levantó, volvió a doblar la servilleta y observó nuevamente la mesa. En el lugar de costumbre faltaban las cartas. En el recuerdo del jefe de distrito jamás había transcurrido un día sin correo oficial. El señor de Trotta se acercó primero a la ventana abierta para convencerse de que el mundo, afuera, seguía existiendo. Efectivamente, los viejos castaños del parque municipal continuaban allí con sus verdes copas tupidas y, como todas las mañanas, entre su follaje cantaban invisibles los pájaros. También el carro de la leche, que a esta hora solía detenerse delante de la jefatura del distrito, estaba allí como siempre, despreocupado como si fuera un día cualquiera. El jefe de distrito comprobó que, efectivamente, afuera todo seguía igual. ¿Acaso era posible que no hubiese llegado el correo? ¿Era acaso posible que Jacques se hubiera olvidado de llevar el correo? El señor de Trotta agitó la campanilla. Raudas corrieron sus plateadas notas por la casa en silencio. Nadie acudió. El jefe de distrito siguió sin probar el desayuno. Volvió a agitar la campanilla. Finalmente llamaron a la puerta. Se quedó sorprendido, se sobresaltó y se enojó al ver entrar a su ama de llaves, la señorita Hirschwitz.

Llevaba puesta una armadura matinal, en la que el señor de Trotta nunca la había visto. Un gran delantal de hule azul oscuro la cubría de la cabeza a los pies. De su toca, una cofia blanca y rígida, sobresalían los lóbulos blandos, anchos, carnosos, de las orejas. El señor de Trotta la encontraba repugnante en extremo; el jefe de distrito no podía soportar el olor del hule.

—¡Pero qué fatal! —exclamó sin corresponder al saludo de la señora Hirschwitz—. ¿Dónde está

Jacques?

Jacques se encuentra hoy afectado por una indisposición.

—¿Afectado? —repitió el jefe de distrito, que no acababa de comprender—. ¿Está enfermo? —preguntó.

—Tiene fiebre —respondió la señora Hirschwitz.

—¡Gracias! —dijo el señor de Trotta y le hizo señal con la mano para que se retirara.

Se sentó a la mesa. Únicamente tomó el café. Dejó en la bandeja el huevo, la miel, la mantequilla y los panecillos de Viena. Ciertamente comprendía que Jacques estuviera enfermo y que por ello no pudiera llevarle el correo. ¿Pero por qué se había puesto malo Jacques? Si siempre había estado sano y fuerte, como el correo, por ejemplo. No se habría sorprendido menos si en correos hubieran dejado de distribuir la correspondencia. El jefe de distrito, personalmente, jamás había estado enfermo. Cuando uno se ponía enfermo lo que tenía que hacer era morir. La enfermedad no era sino un intento de la naturaleza para acostumbrar al hombre a la muerte. Algunos se hallaban en condiciones de soportar las epidemias, por ejemplo el cólera, que en la juventud del señor de Trotta había sido todavía una temible enfermedad. Pero frente a las otras enfermedades, que afectaban sólo a uno u otro individuo, no había más solución que morir; para el caso, era igual cómo se llamaran esas enfermedades. Los médicos, a los que el jefe de distrito calificaba de «ensalmadores», pretendían saber curar, pero lo hacían únicamente para no morir de hambre. Quizás hubiera casos en los que el enfermo sobreviviera después de una enfermedad, pero, por lo que recordaba el señor de Trotta, nunca había observado semejante caso excepcional.

Volvió a llamar.

—Quisiera el correo —le dijo a la señorita Hirschwitz—. Pero que venga alguien a traérmelo. Y dígame: ¿qué le pasa a Jacques?

—Tiene fiebre —dijo la señorita Hirschwitz—. Se habrá resfriado.

—¿Resfriado? ¿En mayo?

—¡Que ya no es un muchacho!

—Dígale al doctor Sribny que pase a visitarle.

El doctor Sribny era el médico del distrito. Tenía la consulta de nueve a doce en la jefatura del distrito. Estaba al llegar. En opinión del jefe de distrito era un «caballero formal».

El conserje le llevó el correo. El jefe de distrito miró únicamente los sobres y devolvió el correo con orden de llevarlos al despacho de la jefatura. Se fue a la ventana y se sorprendió en extremo al comprobar que fuera todo seguía igual, sin tener todavía en cuenta los cambios que ocurrían en su casa. Porque hoy no había comido ni había leído el correo. Y Jacques estaba en cama con una extraña enfermedad. Y la vida seguía igual.

Muy despacio, preocupado por sus ideas poco claras, el jefe de distrito se fue a la jefatura y, veinte minutos más tarde que de costumbre, se sentó a su escritorio. El primer comisario del distrito llegó para presentar el informe. El día anterior se había celebrado otra asamblea de obreros checos. Se había anunciado una nueva reunión. Al parecer, al día siguiente llegarían delegados de ciertos «estados eslavos», es decir de Serbia y de Rusia, pero en lenguaje oficial nunca se les citaba por su nombre. En la fábrica de hilados los obreros le habían pegado a un compañero porque, según los informes de los confidentes, había rehusado adherirse a los rojos. Todas esas cosas preocupaban al jefe de distrito, que eran para él un dolor, una ofensa, una herida. Todo lo que hacían los sectores desobedientes de la población para debilitar al Estado, para ofender directa o indirectamente a su majestad el emperador, para invalidar las leyes, ya de por sí poco fuertes, alterando el orden, atacando la decencia y la dignidad, fundando escuelas checas y llevando a las Cortes a diputados de la oposición: todas esas acciones estaban dirigidas contra él mismo, contra el jefe de distrito. Al principio había despreciado a las naciones, a la autonomía y al «pueblo» que pedía «más derechos». Poco a poco había comenzado a odiar a esos alborotadores vocingleros, a los demagogos. Le indicó al comisario de distrito que actuase con todo rigor y disolviera cualquier manifestación que pretendiera tomar una «resolución». De todas las palabras que se habían puesto de moda en los últimos años la que más odiaba era, precisamente, ésa: «resolución», quizá porque con sólo cambiarle una letra insignificante se convertía en la más infame de todas las palabras: revolución. Una palabra que para él había desaparecido totalmente. En su vocabulario, incluso en el oficial, jamás aparecía ese término. Si leía en el informe de uno de sus subordinados el calificativo de «agitador revolucionario» aplicado a un socialista eficaz, borraba esas palabras y escribía con tinta roja «individuo sospechoso». Acaso era probable que hubiera revolucionarios de verdad en alguna parte del reino, pero en el distrito del señor de Trotta eran una especie desconocida.

—Que pase a verme esta tarde el suboficial Slama —dijo el jefe de distrito al comisario—, reclame refuerzos de la gendarmería para esa «reunión» que preparan. Escriba un breve informe para el gobernador y démelo mañana. Es posible que tengamos que ponernos en contacto con las autoridades militares. Que me pasen un breve extracto de la última disposición ministerial en relación con el estado de alarma.

—Se hará como disponga el señor jefe de distrito.

—Muy bien. ¿Ha llegado ya el doctor Sribny?

—Le han llamado para que visitara a Jacques.

—Me habría gustado hablarle.

El jefe de distrito ya no examinó aquel día ningún informe más. En los años tranquilos en que empezó su labor en la jefatura del distrito todavía no había socialistas y el número de «individuos sospechosos» era relativamente bajo. En el curso lento de los años apenas se podía notar cómo iban creciendo, se difundían y acababan por ser peligrosos. Diríase que la enfermedad de Jacques era el toque de llamada que había puesto al descubierto, de repente, para el jefe de distrito, todos los

cruelles cambios de este mundo, como si la muerte, sentada ahora a un extremo de la cama del viejo servidor, no sólo amenazara a éste. «Si muere Jacques —pensó el jefe de distrito—, muere por segunda vez, como si dijéramos, el héroe de Solferino —y quizás y aquí se detuvo por un instante el corazón del señor de Trotta— también la persona a quien él salvó la vida». Sí, no era Jacques el único que se había puesto enfermo. Las cartas permanecían sin abrir delante del jefe de distrito, encima de la mesa. ¡A saber qué noticias traerían! A la vista de las mismas autoridades y de la gendarmería los sokol se reunían en el centro del imperio. Estos sokol, que el jefe de distrito llamaba sokolistas para sus adentros, como para hacer una especie de pequeño partido de este importante grupo entre los pueblos eslavos, estos sokol pretendían ser únicamente atletas y gimnastas preocupados por fortalecer los músculos. Y en realidad eran espías o rebeldes, pagados por el zar. En el Diario de avisos todavía se podía leer que los estudiantes alemanes de Praga cantaban a veces la «Wacht am Rhein», el himno de los prusianos, el gran enemigo tradicional, aliado ahora con Austria. ¿En quién se podía confiar todavía? El jefe de distrito sintió escalofríos. Y por primera vez desde que trabajaba en la jefatura se fue a la ventana y la cerró a pesar de que hacía un día primaveral decididamente cálido.

El señor de Trotta preguntó al médico de distrito, que acababa de entrar, por el estado de salud del viejo Jacques. El doctor Sribny dijo:

—Si es una pulmonía no la resistirá. Está ya muy viejo. Tiene cuarenta de fiebre. Ha pedido que vaya el sacerdote.

El jefe de distrito se inclinó sobre la mesa. Temía que el doctor Sribny percibiera alguna transformación en su rostro y presentía que, efectivamente, algo se iba alterando en él. Abrió el cajón de la mesa, sacó los cigarros y se los ofreció al doctor. Con un gesto le indicó que se sentara. Fumaban ahora los dos.

—¿O sea que tiene usted pocas esperanzas? —preguntó finalmente el señor de Trotta.

—Muy pocas, si he de ser sincero —replicó el doctor—. A su edad... —No terminó la frase y miró al jefe de distrito como si quisiera cerciorarse de que el amo era mucho más joven que el criado.

—Jamás ha estado enfermo —dijo el jefe de distrito, como si ello fuera un atenuante y el doctor un tribunal de quien dependía la vida.

—Pues sí —dijo el doctor—, son cosas que pasan. ¿Qué edad puede tener?

El jefe de distrito reflexionó por un momento y dijo:

—De setenta y ocho a ochenta años.

—Sí —dijo el doctor Sribny—, es la edad que le suponía. Pero solamente hoy me he dado cuenta de ello. Mientras uno se mueve por sus propios pasos parece que va a vivir eternamente.

El médico de distrito se levantó y se fue a continuar su tarea.

El señor de Trotta escribió en una cuartilla: «Estoy en casa de Jacques». Puso un pisapapeles sobre la cuartilla y salió al patio.

Nunca había estado en la vivienda de Jacques. Era una casita diminuta, con una chimenea demasiado grande en el tejado que se apoyaba en la pared del jardín. La casita tenía tres paredes de ladrillos amarillos y una puerta de color castaño en el centro. Se pasaba primero a la cocina y después, por una vidriera, al comedor. El canario manso de Jacques estaba encima de su jaula, junto a la ventana de cortinas blancas demasiado cortas, por debajo de las cuales se veía el cristal. La mesa, de madera desbastada, se arrinconaba contra la pared. Encima de la mesa había un quinqué y una imagen de la Virgen con un gran marco, que se apoyaba en la pared, como suele hacerse con los retratos de familia. En la cama, la cabeza girada hacia la pared, bajo un blanco montón de sábanas y almohadas, estaba Jacques. El enfermo creyó que había llegado el sacerdote y dio un suspiro profundo de alivio, como si ya se le hubiera concedido la gracia.

—¡Ah, es usted, señor barón! —dijo al advertir al jefe de distrito.

El señor de Trotta se acercó al viejo. En una habitación parecida, en los locales del asilo de Laxenburg, había estado de cuerpo presente el abuelo del jefe de distrito, el suboficial de la gendarmería. El jefe de distrito todavía recordaba el resplandor amarillo de las grandes velas blancas en la penumbra de la habitación, con las cortinas cerradas, y cómo se erguían ante su rostro las suelas excesivamente grandes de las botas del cadáver, vestido en traje de gran solemnidad. ¿Le tocaría pronto el turno a Jacques? El viejo se apoyó en los codos. Llevaba un gorro de dormir de lana de color azul oscuro, por el cual asomaban sus pelos plateados. Su rostro, bien afeitado, huesudo y enrojecido por la fiebre, recordaba el marfil pintado. El jefe de distrito se sentó en una silla junto a la cama y dijo:

—Vamos, si ha dicho el doctor que no es nada. Será un resfriado.

—Sí, claro, señor barón —respondió Jacques e intentó débilmente pegar un taconazo por debajo de las mantas y las sábanas. Se sentó en la cama—. Le ruego que me perdone —añadió—. Pienso que mañana ya habrá pasado.

—Dentro de unos días, ya no será nada.

—Estoy esperando al sacerdote, señor barón.

—Bien, bien —dijo el señor de Trotta—, ya llegará. Queda tiempo para eso.

—Pero ya está en camino —replicó Jacques como si ya estuviera viendo al sacerdote que se acercaba—. Ya está llegando —siguió hablando. Parecía que de repente se había olvidado de que el jefe de distrito estaba sentado a su lado—. Cuando murió el señor barón, que Dios tenga en su gloria —continuó—, nadie lo habría creído. Por la mañana, o quizás el día anterior, salió al jardín y me dijo: «Jacques, ¿dónde están mis botas?». Sí, sí, me lo dijo un día antes. Y al día siguiente por la mañana ya no las necesitaba. El invierno empezó poco después, fue un invierno largo y muy frío. Yo creo que hasta el invierno aguantaré. Ya no falta mucho para el invierno, sólo necesito un poco de

paciencia. Ahora estamos en julio, o sea, julio, junio, mayo, abril, agosto, noviembre y para Navidades, creo yo, ya puede empezar el desfile. ¡De frente, mar! —Dejó de hablar y miró con sus ojos grandes, brillantes, azules, a través del jefe de distrito como si fuera un cristal.

El señor de Trotta intentó colocar suavemente al viejo sobre las almohadas, pero el cuerpo del viejo estaba rígido y no cedía. Únicamente su cabeza temblaba, y el gorro azul de lana se agitaba también sin cesar. Sobre la frente amarilla, alta y huesuda brillaban unas diminutas gotas de sudor. El jefe de distrito las iba secando de vez en cuando con su pañuelo, pero se renovaban constantemente. Tomó la mano del viejo Jacques, contempló la piel rojiza, escamosa y áspera sobre el ancho dorso de la mano y el pulgar muy separado y recio. Después volvió a poner la mano cuidadosamente sobre la colcha y se marchó a la jefatura. Ordenó al conserje que fuera a buscar al sacerdote y a una hermana de la caridad. Dijo a la señorita Hirschwitz que se quedara entretanto junto a Jacques y, después de tomar el sombrero, el bastón y los guantes, salió, a una hora inusitada, a pasear por el parque, con gran sorpresa de todos los que allí estaban.

Pero pronto sintió deseos de salir de debajo de los tupidos castaños y volverse a su casa. Al acercarse a ella oyó la campanilla del sacerdote con el Santísimo. Se quitó el sombrero e inclinó la cabeza y permaneció así en la entrada. Muchos de los que pasaban por la calle se detenían también. Finalmente salió el sacerdote. Algunos esperaron hasta que el jefe de distrito desapareció por el vestíbulo; le siguieron llevados por la curiosidad y supieron por el conserje que Jacques estaba agonizando. Jacques era conocido en la pequeña ciudad. El viejo, que se iba de este mundo, recibió unos minutos de respetuoso silencio.

El jefe de distrito atravesó con decisión el patio y entró en la habitación del moribundo. Buscó atentamente en la cocina un lugar para dejar el sombrero, el bastón y los guantes y, al final, lo puso todo en un anaquel de la alacena entre ollas y platos. Hizo salir a la señorita Hirschwitz y se sentó junto a la cama. El sol estaba tan alto en el horizonte que iluminaba todo el gran patio de la jefatura y penetraba por la ventana de la habitación de Jacques. Las cortinas blancas, demasiado cortas, eran ahora un alegre delantal soleado delante de los cristales. El canario no paraba de cantar alegremente; las planchas del entarimado, de madera desbastada, brillaban amarillentas bajo el resplandor del sol; un rayo de sol plateado caía al pie de la cama, y la parte inferior de la blanca sábana tenía ahora una blancura intensa, casi celestial. El sol iba ascendiendo por la pared junto a la cual estaba la cama. De vez en cuando soplaba una brisa suave por el patio entre los pocos viejos árboles situados a lo largo de la tapia, árboles acaso tan viejos, o más, que el propio Jacques, que día tras día le habían dado el cobijo de sus ramas: El viento silbaba y se oía el murmullo de sus copas. El viejo Jacques pareció advertirlo, porque se irguió en la cama y dijo:

—¡Señor barón, por favor, la ventana!

El barón abrió la ventana y, al instante, penetraron los ruidos primaverales del patio en la reducida estancia. Se oía el murmullo de los árboles, el pausado aliento del vienteillo, el zumbido persistente de los grandes moscardones brillantes y el canto de la alondra en las alturas azules, infinitas. El canario emprendió el vuelo, pero solamente para poner de manifiesto que aún sabía

volar. Volvió a los pocos segundos, se posó sobre el alféizar de la ventana y se lanzó a cantar con renovadas fuerzas. El mundo estaba alegre, dentro y fuera. Jacques se inclinó hacia fuera de la cama y escuchó inmóvil. Sobre su frente dura brillaban las gotas de sudor, mientras sus labios delgados se entreabrían lentamente. Al principio sólo sonreía, silencioso. Después frunció el entrecejo, cerrando casi los ojos; con sus enrojecidas mejillas macilentas arrugadas sobre los pómulos parecía un viejo picarillo. De su garganta salió una risita débil. Se reía sin cesar; temblaban las almohadas e incluso la cama se movía ligeramente. El jefe de distrito también esbozó una sonrisa. Sí, la muerte le llegaba al viejo Jacques como una alegre doncella de primavera; Jacques abrió la boca y le enseñó sus escasos dientes amarillos. Levantó la mano, señalando hacia la ventana, mientras agitaba constantemente la cabeza, sin dejar de reír.

—Buen día tenemos —observó el jefe de distrito.

—Por allí viene, por allí viene —dijo Jacques—. Sobre su caballo blanco, y también vestido de blanco, ¿por qué cabalga tan despacio? Mira, mira qué despacio cabalga. ¡Que Dios le guarde! ¡Que Dios le guarde! ¡No quiere acercarse? ¡Venga acá! ¡Venga acá! Qué buen día hace hoy. —Dejó caer la mano y dirigiendo la mirada al jefe del distrito dijo—: ¡Qué despacio cabalga! ¡Porque es del otro mundo! ¡Ya hace mucho tiempo que murió y no está acostumbrado a cabalgar sobre estas piedras aquí! ¡Antes sí! ¿Sabes todavía qué aspecto tenía? Quisiera ver el retrato. A ver si ha cambiado mucho. ¡Tráelo, trae el cuadro, por favor, tráemelo! ¡Por favor, señor barón!

El jefe de distrito inmediatamente comprendió que se trataba del retrato del héroe de Solferino. Obedeciendo salió al patio. Incluso saltó los peldaños de la escalera de dos en dos, penetró rápidamente en el gabinete, se subió a una silla y bajó el cuadro del héroe de Solferino. Estaba un poco polvoriento; sopló el cuadro para quitar el polvo y lo limpió con el pañuelo que antes había utilizado para secar la frente del moribundo. El jefe de distrito seguía esbozando una sonrisa. Estaba contento. Hacía mucho tiempo que no había estado contento. Pasó rápidamente por el patio con el gran retrato bajo el brazo. Se acercó a la cama de Jacques. Durante mucho rato Jacques contempló el cuadro y, con el índice extendido, fue siguiendo el contorno de la cara del héroe de Solferino. Finalmente dijo:

—Ponlo ahí, al sol.

El jefe de distrito obedeció. Puso el retrato de forma que le diera el rayo de sol al pie de la cama.

—Sí, éste era su aspecto —dijo Jacques incorporándose, para dejarse luego caer sobre las almohadas.

El jefe de distrito colocó el cuadro sobre la mesa, al lado de la imagen de la Virgen, y volvió a la cama.

—Pronto me iré ya —exclamó Jacques sonriendo y señaló hacia las vigas del techo.

—Todavía hay tiempo —replicó el jefe de distrito.

—No, no —repuso Jacques con una risa muy clara—. Ya he tenido tiempo más que suficiente. Y ahora me voy ya. Mira a ver qué edad tengo. Lo he olvidado.

—¿Y dónde quieres que mire?

—Allí debajo —dijo Jacques y señaló a los pies de la cama donde había un cajón.

El jefe de distrito lo cogió. Había en él un paquetito cuidadosamente envuelto en papel marrón y, a su lado, una cajita redonda de hojalata con un dibujo de colores marchitos sobre la tapadera, que representaba una pastora de blanca peluca. Recordó entonces que era una caja de peladillas que en su infancia había visto en los árboles de Navidad de muchos de sus compañeros.

—Aquí está la cartilla —dijo Jacques.

Era la cartilla militar de Jacques. El jefe de distrito se puso los quevedos y leyó: «Franz Xaver Joseph Kromichl».

—Pero ¿ésta es tu cartilla? —preguntó el señor de Trotta.

—Claro —contestó Jacques.

—Pero si resulta que te llamas Franz Xaver Joseph.

—Pues así es.

—¿Y por qué te hacías llamar Jacques?

—Porque él así lo quería.

—¡Ah! —dijo el señor de Trotta y leyó la fecha de nacimiento—. Pues entonces cumplirás los ochenta y dos en agosto.

—¡En agosto ochenta y dos! ¿Y qué día es hoy?

—Diecinueve de mayo.

—¿Cuánto falta hasta agosto?

—Tres meses.

—Está bien —dijo Jacques serenamente y volvió a tenderse en la cama—. Yo ya no viviré para contarlo. —Se calló un instante y dijo—: Abre esa caja.

El jefe de distrito abrió la caja.

—Allí están san Antonio y san Jorge —siguió diciendo Jacques—. Te los puedes quedar. Y hierba para la fiebre. Dásela a tu hijo, a Carl Joseph. Y dale saludos de mi parte. Le harán falta esas hierbas, que allí donde está hay muchos pantanos. Y ahora cierra la ventana. Quisiera dormir.

Era mediodía. El sol daba de lleno sobre la cama. En las ventanas estaban quietos los grandes moscardones; el canario había dejado de cantar y picoteaba el azúcar. Dieron las doce en el campanario del ayuntamiento, y el eco dorado de las campanas resonó por el patio. Jacques

respiraba tranquilo. El jefe de distrito se fue al comedor.

—Hoy no como —dijo a la señorita Hirschwitz. Contempló el comedor. Precisamente allí era donde estaba siempre Jacques con la bandeja; se habría acercado a la mesa para presentarle la comida. Hoy no podría comer el señor de Trotta. Bajó al patio, se sentó en el banco junto a la pared, bajo las oscuras vigas del salidizo de madera, y esperó a que llegara la hermana de la caridad.

—Está durmiendo —dijo el jefe de distrito cuando ella llegó.

Un suave viento soplaba una y otra vez. La sombra del salidizo se iba ensanchando y alargando. Las moscas zumbaban junto a las patillas del jefe de distrito. De vez en cuando les soltaba un manotazo y se oía el chasquido de sus puños duros. Por primera vez desde que estaba al servicio de su emperador no hacía nada en día de trabajo. Jamás sintió necesidad de tomarse unas vacaciones. Por primera vez disfrutaba de un día libre. No dejaba de pensar en el viejo Jacques y, sin embargo, estaba alegre. El viejo Jacques sé estaba muriendo, pero para él era como si se estuviera celebrando un gran acontecimiento, con motivo del cual el jefe de distrito disfrutaba de su primer día de vacaciones.

De repente oyó que la hermana de la caridad atravesaba la puerta, al tiempo que ella le anunciaba que Jacques se había levantado, al parecer con la mente despejada y sin fiebre, y que se estaba vistiéndolo. Efectivamente, al poco rato el jefe de distrito vio al viejo junto a la ventana. Había colocado la brocha, el jabón y la navaja sobre el alféizar, como solía hacer todas las mañanas cuando aún estaba sano, y con el espejo colgado de la falleba de la ventana se disponía a afeitarse. Abriendo la ventana, Jacques gritó, con su voz de costumbre:

—Ya me encuentro bien, señor barón, ya estoy bueno. Le ruego que me perdone y no se preocupe por mí.

—Bueno, bueno, entonces ya está todo arreglado. Me alegro, me alegro mucho. Y ahora empezará una nueva vida como Franz Xaver Joseph.

—Prefiero seguir siendo Jacques.

El señor de Trotta, muy contento ante suceso tan sorprendente, pero también un poco desconcertado, se volvió al banco y le pidió a la monja que permaneciera en la casa. Le preguntó si conocía casos de curaciones parecidas con personas de tanta edad. La hermana de la caridad, inclinada, con la mirada sobre el rosario y sacándose la respuesta de entre los dedos que iban desgranando cuentas, replicó que la curación y la enfermedad, lentas o rápidas, estaban en la mano de Dios, y que éste muchas veces había salvado rápidamente a los agonizantes. El jefe de distrito habría estado más satisfecho de oír una explicación científica. Decidió que al día siguiente preguntaría al médico del distrito. Por el momento se fue a la jefatura, libre ya de una gran pesadumbre, pero dominado también por una mayor inquietud que no sabía cómo explicarse. Le fue imposible hacer nada. Dio instrucciones al suboficial Slama, quien le había estado esperando largo rato, relacionadas con la reunión de los sokol, pero lo hizo sin severidad ni insistencia. Al señor de Trotta le parecía que todos los peligros que amenazaban el distrito de W y a la monarquía eran de

repente menos importantes que al mediodía. Despidió al suboficial Slama, pero al instante volvió a llamarle.

—Oiga usted, Slama —le dijo—, imagínese que el viejo Jacques estaba muriéndose hoy por la mañana y ahora se encuentra perfectamente bien. ¿Conoce usted un caso semejante?

No, el suboficial Slama nunca había oído nada parecido. Al preguntarle el jefe de distrito si quería ver al viejo, Slama le contestó que estaba dispuesto a ello. Los dos salieron al patio.

Y allí estaba Jacques sentado en su taburete y, dispuestos en filas, como soldados, los pares de zapatos. Tenía en la mano el cepillo y escupía violentamente en la caja de madera donde estaba el betún. Quiso levantarse al ver delante de sí al jefe de distrito, pero no pudo hacerlo suficientemente deprisa. Sintió sobre sus hombros la mano del señor de Trotta que le instaba a seguir sentado. Jacques saludó, contento, con el cepillo al suboficial. El jefe de distrito se sentó en el banco; el suboficial apoyó el fusil contra la pared y se sentó también, a la debida distancia. Jacques siguió sentado en su taburete. Cepillaba los zapatos con mayor lentitud y suavidad que de costumbre. En la habitación de Jacques se hallaba la hermana de la caridad rezando.

—Ahora recuerdo —dijo Jacques— que hoy he tratado de tú al señor barón. Me ha venido ahora a la memoria.

—Es igual, Jacques —dijo el señor de Trotta—. Era por la fiebre.

—Sí, hablaba como si fuera un cadáver. Y, además, tendrá usted que encerrarme por falsas declaraciones, señor suboficial. Porque resulta que me llamo Franz Xaver Joseph, y no Jacques. Pero me gustaría que sobre mi tumba se escribiera también Jacques. Mi libreta de la caja de ahorros está debajo de mi cartilla militar; hay algún dinero para el entierro y para una santa misa; también allí que me llamen Jacques.

—Todo se andará —dijo el jefe de distrito—. No tenemos prisa.

El suboficial rio y se secó la frente. Jacques había limpiado todos los zapatos hasta dejarlos brillantes. Sintió escalofríos; entró en la casa y volvió envuelto en su pelliza, que utilizaba también en verano cuando llovía. Nuevamente se sentó sobre el taburete. El canario le siguió, revoloteando sobre su plateada cabeza; el pajarillo buscó dónde posarse y se puso sobre la barra para sacudir alfombras, de la que colgaban algunas, y desde allí soltó sus trinos. Se unieron a sus cantos centenares de gorriones desde las copas de los pocos árboles de alrededor. Durante unos minutos, el aire vibró por aquella confusión de trinos y gorjeos. El jefe de distrito sonrió. El suboficial rio, con el pañuelo en la boca, y Jacques emitió una risita apagada. Incluso la monja dejó de rezar y sonrió desde la ventana. El sol dorado de la tarde daba ya en las vigas de madera y jugueteaba en las copas verdes de los árboles. En el cansancio del atardecer, los mosquitos se movían en grandes enjambres suaves y redondos y, de vez en cuando, un abejorro pasaba, con su grave zumbido, por delante de los tres hombres, volaba directamente hacia los árboles, hacia su muerte y perdición en el pico de los gorriones. Soplaban un viento más fuerte; callaban ahora los pájaros. Entre nubecillas rosadas el cielo era de un azul oscuro.

—Y ahora te vas a la cama —dijo el señor Trotta a Jacques.

—Antes tengo que subir el cuadro —murmuró el viejo. Se levantó, cogió el retrato del héroe de Solferino y desapareció en la oscuridad de la escalera.

—Es extraño —dijo el suboficial, después de seguirlo con la vista.

Jacques volvió y se acercó al banco. Se sentó sin decir palabra entre el jefe de distrito y el suboficial. De improviso abrió la boca, respiró profundamente y, antes de que los dos se hubieran girado hacia él, su cabeza cayó sobre el respaldo, las manos resbalaron hasta el asiento, su pelliza se entreabrió, las piernas se estiraron rígidas y las puntas de las zapatillas se levantaron al aire. Por el patio sopló con fuerza el viento durante unos momentos. Lentas flotaban por el cielo las rosadas nubecillas. El sol se había puesto detrás de la tapia del jardín. El jefe de distrito cobijó en su mano izquierda la cabeza del criado y, con la derecha, le buscó el corazón. El suboficial estaba allí de pie, sorprendido, y su gorra negra, caída en el suelo. La hermana de la caridad acudió a grandes y apresurados pasos. Cogió la mano del viejo, la colocó dulcemente sobre la pelliza y trazó la señal de la cruz. Dirigió una mirada silenciosa al suboficial: Éste comprendió su mirada y agarró a Jacques por los brazos. Así lo transportaron a su habitación, lo pusieron sobre la cama, cruzaron sus manos y las rodearon con el rosario. En la cabecera colocaron la imagen de la Virgen. Todos se arrodillaron al pie de la cama; el jefe de distrito comenzó a rezar. Hacía mucho tiempo que no rezaba. De los ocultos abismos de la niñez surgía la oración, la oración para la salvación de las ánimas de sus antepasados muertos, que ahora musitaba el jefe de distrito. Se levantó, miró sus pantalones, les quitó el polvo de las rodillas y salió seguido por el suboficial.

—Así me gustaría morir, querido Slama —le dijo en vez del «¡Quede usted con Dios!» de costumbre, y se fue al gabinete.

Escribió las órdenes, para amortajar y enterrar a su criado, en un gran folio de papel de barba, de los usados en la jefatura. Con sumo cuidado escribió, como un maestro de ceremonias, punto por punto, con apartados y subdivisiones, todas las órdenes para amortajar y enterrar a su criado. A la mañana siguiente fue al cementerio a buscar una tumba y compró una lápida en la que dispuso que se grabara la siguiente inscripción: «Aquí reposa en la paz del Señor Franz Xaver Joseph Kromichl, llamado Jacques, viejo criado y fiel amigo». Encargó un entierro de primera, con cuatro caballos y ocho lacayos de librea. Tres días después fue solo, a pie, detrás del féretro. Era el único en duelo, seguido, a respetuosa distancia, por el suboficial Slama y otros muchos que se unieron al cortejo porque habían conocido a Jacques y, especialmente, porque veían a pie al señor de Trotta. Así fue como un número considerable de personas acompañó al viejo Franz Xaver Joseph Kromichl, llamado Jacques, hasta la tumba.

A partir de ese día el jefe de distrito sintió que su casa se había transformado, era vacía e inhóspita. No encontraba el correo, como antes, junto a la bandeja del desayuno y no se decidía a darle nuevas órdenes al conserje de la jefatura. No utilizaba ya ni una sola de las campanillas de plata, y si, a veces, distraído extendía la mano para cogerlas, se limitaba a acariciarlas. En

ocasiones, por la tarde, prestaba atención al menor ruido y creía percibir los pasos fantasmales del viejo Jacques por las escaleras. A veces iba a la pequeña habitación donde había vivido Jacques y le daba un trocito de azúcar al canario entre los barrotes de la jaula.

Un día, cuando faltaba poco para la fiesta de los sokol y su presencia en la jefatura no carecía de importancia, tomó una sorprendente decisión.

Capítulo XI

El jefe de distrito decidió visitar a su hijo en la lejana guarnición de la frontera. Para una persona de las características del señor de Trotta no era empresa fácil. Tenía ideas poco comunes acerca de las fronteras orientales del reino. Dos de sus compañeros de colegio habían sido trasladados por graves faltas cometidas en el ejercicio de su cargo a aquellos remotos territorios de la Corona, en cuyos extremos se oía quizá ya el silbido del viento siberiano. Todo austríaco civilizado se veía allí amenazado por osos, lobos y monstruos aún peores, como las pulgas y las chinches. Los campesinos rutenos ofrecían sacrificios a divinidades paganas, y los judíos, crueles, arramblaban con la fortuna del prójimo. El señor de Trotta se llevó su viejo revólver de barrilete. No lo atemorizaban las aventuras que se avecinaban, sino que, muy al contrario, sentía ahora aquella sensación de loca alegría de cuando era muchacho y se iba con su viejo amigo Moser a cazar por los bosques misteriosos de la finca paterna y, a medianoche, al cementerio. Tuvo una breve y benévola despedida con la señorita Hirschwitz, con la vaga y atrevida esperanza de no volver a verla jamás. Se fue solo a la estación.

—Por fin hace usted un largo viaje. ¡Que sea bueno! —dijo el taquillero.

El jefe de estación acudió apresuradamente al andén.

—¿De viaje oficial? —le preguntó.

—Pues sí, señor jefe de estación —respondió el jefe de distrito, dominado por aquella sensación de jovialidad que produce el placer de hacerse el enigmático—, bien se puede decir que es un viaje «oficial».

—¿Por mucho tiempo?

—No se ha fijado todavía.

—¿Pasará a ver a su hijo?

—Si se presenta ocasión, sí, claro.

El jefe de distrito se hallaba junto a la ventanilla y saludaba con la mano. Se despedía satisfecho de su distrito. No pensaba en la vuelta. Leyó en la guía de ferrocarriles todas las estaciones por donde tenía que pasar. «Cambio de tren en Oderberg», se repetía para sus adentros. Fue comparando el horario indicado en la guía con el horario real y la hora de su reloj con el de todas las estaciones por donde pasaba. Lo sorprendente era que las irregularidades le alegraban y le hacían sentirse joven. En Oderberg dejó pasar un tren. Curioseando por aquí y por allá avanzó por el andén, se fue a la sala de espera y salió a dar una vuelta por la larga carretera que conducía a la ciudad. Volvió a la estación e hizo como si se hubiera retrasado involuntariamente.

—¡He perdido el tren! —dijo con insistencia al mozo que controlaba los billetes.

Le decepcionó que éste no se sorprendiera. Tendría que cambiar de tren en Cracovia, lo cual no le vino mal. Si no hubiera anunciado su llegada a Carl Joseph y si circularan más de dos trenes diarios por aquel «peligroso villorrio» le habría gustado pararse en alguna parte y pasar allí la noche para poder contemplar el mundo. Pero, en fin, también desde la ventanilla podía observarlo a gusto. Durante todo el camino la primavera le sonreía en el paisaje. Llegó por la tarde. Saltó contento del estribo con aquel «paso elástico» que alababan los periódicos en el viejo emperador y que, con el tiempo, habían ido aprendiendo muchos de los viejos funcionarios. Porque en aquella época existía en el reino una forma muy especial, que después se perdió totalmente, de descender de los ferrocarriles y coches, de entrar en los hoteles, andenes y casas, de acercarse a los parientes y amigos; era una manera de andar, condicionada acaso por los estrechos pantalones de los viejos caballeros y las trabillas con que solían sujetarlos a las botas. Con este paso especial el señor de Trotta se apeó del tren. Abrazó a su hijo, quien se había colocado junto al estribo. El señor de Trotta fue el único forastero que bajó de los vagones de primera y segunda clase. Algunos soldados con permiso, unos empleados de ferrocarril y judíos con largos hábitos negros, arremolinándose al viento, salieron del vagón de tercera. El jefe de distrito se apresuró a entrar en la sala de espera. Una vez allí besó a su hijo en la frente. Pidió dos coñacs en el mostrador. En la pared, detrás de los anaqueles, estaba el espejo. Mientras bebía, padre e hijo se contemplaban.

—O este espejo no vale nada —dijo el señor de Trotta— o tú tienes muy mal aspecto.

«¿De verdad tienes el pelo tan gris?», habría querido preguntar Carl Joseph a su padre, pues veía brillar muchas canas en la barba oscura y en las sienes del padre.

—Déjame que te vea —siguió diciendo el jefe de distrito—. Pero esto no es por el espejo. Es posible que sean las obligaciones del servicio aquí. ¿Te van mal las cosas?

El jefe de distrito comprobó que su hijo no tenía el aspecto que correspondía a un joven teniente. «Quizás está enfermo», pensó el padre. Además de las enfermedades que solían causar la muerte, existían aquellas horribles enfermedades que según se decía afectaban con frecuencia a los oficiales.

—¿Puedes tomar coñac? —preguntó el señor de Trotta, dando un rodeo para enterarse de la situación de su hijo.

—¡Claro, papá! —respondió el teniente.

Era la voz que le había sometido a examen hacía años, en aquellas tranquilas mañanas dominicales. Todavía oía esa voz nasal de funcionario, severa, entre instigadora y sorprendida, ante la cual las mentiras morían ya antes de pronunciarse.

—¿Te gusta la infantería?

—Sí, mucho.

—¿Y tu caballo?

—Me lo he traído, papá.

—¿Montas con frecuencia?

—Raras veces, papá.

—¿No te gusta?

—Nunca me ha gustado, papá.

—Bueno, basta ya de papá —dijo de repente el señor de Trotta—, que ya estás hecho un hombre. Y yo estoy de vacaciones.

Se fueron a la ciudad.

—Pues no parece tan peligroso como decían —exclamó el jefe de distrito—, ¿os divertís aquí?

—Mucho —dijo Carl Joseph—. En casa del conde Chojnicki. Allí nos reunimos todos. Ya le conocerás. Yo le quiero mucho.

—Será, pues, tu primer amigo.

—También lo era el comandante médico Max Demant —replicó Carl Joseph—. Éste es tu cuarto, papá —dijo después—. Los compañeros viven también aquí y a veces meten ruido por la noche. Pero es que no hay otro hotel. Ya procurarán dominarse mientras tú estés aquí.

—Es igual, es igual —dijo el jefe de distrito.

Sacó de la maleta una cajita, la abrió y se la enseñó a Carl Joseph.

—Esto es, bueno, es una hierba, que parece que va bien contra las fiebres. Te la envía Jacques.

—¿Qué tal se encuentra?

—Pues ya se fue para allá —dijo el jefe de distrito señalando hacia el techo.

—Se fue para allá —repitió el teniente.

El jefe de distrito sentía que hablaba con un viejo. De seguro que el hijo tenía muchos secretos. El padre no los conocía. Eran padre e hijo, ciertamente, pero entre los dos había años, muchos años, y altas montañas. No sabía mucho más de Carl Joseph que de cualquier otro teniente. Había ingresado en la caballería y, luego, había solicitado el traslado a la infantería. En vez de las charreteras rojas de los dragones llevaba ahora las verdes de los cazadores. ¡Bien, sí! Esto era todo lo que él sabía sobre su hijo. En fin, que se hacía viejo el señor de Trotta. Se hacía viejo. Y ya no pertenecía ni al servicio ni a sus obligaciones. Pertenecía a Jacques y a Carl Joseph. Llevaba la hierba reseca de uno a otro.

El jefe de distrito abrió la boca. Seguía inclinado sobre la maleta. Dirigió su voz hacia la maleta, como si fuera una tumba abierta, pero no dijo, como habría deseado: «Te quiero, hijo mío», sino:

—Tuvo una muerte fácil. Era una auténtica tarde de mayo y cantaban todos los pájaros. ¿Te acuerdas del canario? Pues era el que daba los trinos más fuertes. Jacques había limpiado todos los zapatos. Y no se murió hasta haber terminado, sobre el banco. Slama estaba también allí. Por la mañana sólo tenía fiebre. Me pidió que te saludara.

El jefe de distrito levantó entonces la vista y miró a su hijo a la cara:

—Así es como me gustaría morir.

El teniente se fue a su habitación, abrió el armario y puso arriba en el estante la hierba contra las fiebres, junto a las cartas de Katharina y el sable de Max Demant. Sacó el reloj del doctor. Le parecía ver el delgado segundero que avanzaba sobre la diminuta esfera más deprisa que cualquier otro y oír con más intensidad el tic-tac sonoro del reloj. Pero las manecillas carecían de objetivo y el tic-tac no tenía sentido alguno. «No tardaré en oír también el tic-tac del reloj de bolsillo de papá, porque me lo dará en herencia», pensó Carl Joseph. «En mi habitación estará el cuadro del héroe de Solferino y el sable de Max Demant y un objeto heredado de papá. Conmigo muere todo. Yo soy el último Trotta».

Todavía era lo bastante joven para poder sacar una dulce voluptuosidad de su tristeza, una dolorosa dignidad de la seguridad de ser el último. Desde las ciénagas cercanas llegaba el ancho y sonoro croar de las ranas. El sol poniente teñía de rojo los muebles y las paredes de la habitación. Oyó que se acercaba un carruaje; resonaba en la calle polvorienta el trote apagado de los caballos. El coche se detuvo; era una *britschka* amarillenta, el vehículo veraniego del conde Chojnicki. Por tres veces, el restallido de su látigo interrumpió el croar de las ranas.

El conde Chojnicki era curioso. Y sólo por curiosidad se iba de viaje por el ancho mundo, se sentaba a las grandes mesas de juego, se encerraba en su propio pabellón de caza, acudía a los escaños de las Cortes; la curiosidad le obligaba a volver a su tierra cada primavera, a celebrar las fiestas de costumbre, y era ella también quien le cerraba el paso hacia el suicidio. Sólo por ella seguía viviendo. Era insaciablemente curioso. El teniente Trotta le había dicho que esperaba a su padre, al jefe de distrito, y a pesar de que el conde Chojnicki conocía a más de doce jefes de distrito austríacos y a un número infinito de padres de tenientes, sentía curiosidad por conocer al jefe de distrito Trotta.

—Soy el amigo de su hijo —dijo Chojnicki—. Y usted es mi invitado. Ya se lo habrá dicho su hijo. ¿No es usted amigo del doctor Swoboda del Ministerio de Comercio?

—Somos compañeros de instituto.

—Pues ya ve usted —exclamó Chojnicki—, Swoboda es buen amigo mío. Un poco chocho con los años, pero una bellísima persona. ¿Me permite usted que le sea sincero? Me recuerda usted a Francisco José.

Se produjo un silencio. El jefe de distrito jamás había pronunciado el nombre del emperador. En las ocasiones solemnes decía «su majestad», y en la vida cotidiana «el emperador». Pero este

Chojnicki decía «Francisco José», como antes había dicho Swoboda.

—Pues sí, usted me recuerda a Francisco José —repitió Chojnicki.

Se fueron. A ambos lados de la carretera entonaban sus coros inacabables las innumerables ranas y se extendían los pantanos azules, verdes, sin límite.

La noche se acercaba, violeta y dorada. Oían el deslizarse suave de las ruedas sobre la blanda arena del camino y el claro chirriar de los ejes. Chojnicki se detuvo delante del pequeño pabellón de caza.

La pared posterior de la construcción se apoyaba en el borde oscuro de los bosques. El pabellón estaba separado del estrecho camino por un pequeño jardín y una cerca de piedra. Los setos que se extendían a ambos lados del camino de entrada a la casa no habían sido podados desde hacía tiempo. Crecían de cualquier manera, y sus ramas se tendían de unos a otros, sin permitir el paso de dos personas a la vez por el camino. Los tres hombres tenían que avanzar, pues, en fila india, seguidos por el caballo que arrastraba, paciente, el carruaje. El animal parecía conocer bien el camino y estar acostumbrado a vivir en el pabellón como una persona. Detrás de los setos se advertían grandes extensiones, donde florecían los cardos bajo la mirada de las fáfarras, profundamente verdes. A la derecha se levantaban unas pilastras en ruinas, probablemente restos de una torre. La piedra se erguía como un diente inmenso dirigido al cielo, que hubiera salido del vientre del jardín, recubierta de manchas musgosas y de pequeñas grietas negras. Sobre la pesada puerta de madera se veían las armas de los Chojnicki, un escudo con tres campos azules y tres ciervos dorados cuyos cuernos estaban totalmente entrecruzados. Chojnicki encendió una luz. Se hallaban en una habitación de techo bajo. Por los intersticios de las persianas penetraban los últimos fulgores de la tarde. Bajo la lámpara estaba puesta la mesa: platos, botellas, jarros, cubiertos de plata y fuentes:

—Me he permitido prepararle un pequeño refrigerio —dijo Chojnicki. Llenó tres copitas con el «noventa grados», claro como agua, alcanzó dos a sus huéspedes y tomó la tercera.

Todos bebieron.

El jefe de distrito se sentía algo confuso al poner la copa en la mesa. Por lo menos, la realidad de los manjares se hallaba en contradicción con el aspecto misterioso del pabellón, y el apetito del jefe de distrito era superior a su confusión y su aturdimiento. Rodeado de una corona de brillantes pedacitos de hielo, asomaba el hígado trufado. La tierna pechuga de faisán sobresalía en un plato blanquísimo de entre un mar de legumbres verdes, rojas, blancas y amarillas, todo ello puesto a su vez en una fuente de cantos dorados y azules y adornada con emblemas heráldicos. En una gran jarra de cristal había millones de huevas de caviar, negras y grises, y a su alrededor una corona de rodajas amarillas de limón. Sobre una larga fuente estaban, en perfecto orden, las lonjas rosadas del jamón, vigiladas por un gran tenedor de plata y acompañadas por rábanos de sonrosadas mejillas, como apetitosas muchachas pueblerinas. En platos y fuentes de cristal, plata y porcelana se hallaban las anchas carpas, rebosantes de aceite, y los esturiones, estrechos y viscosos, en salsa a la marinera con cebollas agrídulces. Los panes redondos, negros, morenos y blancos, estaban en unas sencillas

cestitas de paja, de fabricación casera, como niños en la cuna; apenas se notaba que estaban cortados, porque las rebanadas se hallaban tan bien dispuestas que parecían conformar panes todavía enteros y sin empezar. Entre los manjares había vasijas gordas y panzudas y garrafas estrechas y esbeltas, unas cuadradas y hexagonales y otras lisas y redondas, con etiquetas o sin ellas, y todas ellas seguidas por un verdadero ejército de vasos y copas de múltiples formas.

Empezaron a comer.

Para el jefe de distrito el hecho de tomar «un refrigerio» tan extraordinario a una hora intempestiva constituía una señal extremadamente desagradable de la sorprendente situación que reinaba en la frontera. En la monarquía real e imperial, incluso personas de talante tan espartano como el señor de Trotta eran grandes aficionados a los placeres del paladar. Habían transcurrido muchos días desde la última comida extraordinaria del señor de Trotta. Fue con motivo de la despedida del gobernador, el príncipe M., que había sido destinado a realizar una honrosa misión en los territorios recientemente ocupados de Bosnia y Herzegovina, gracias a su gran don de lenguas y a la capacidad que al parecer poseía para «domesticar a las naciones salvajes». Sí, en aquella ocasión el jefe de distrito había comido y bebido extraordinariamente. En su memoria se había grabado aquel día, junto con otros en los que celebrara grandes banquetes, con igual intensidad que aquellas ocasiones especiales en que había recibido una felicitación del gobernador o había sido promovido a comisario superior de distrito y, más tarde, a jefe de distrito. El señor de Trotta disfrutaba con los ojos de las excelencias de la comida, de la misma manera en que otros lo hacen con el paladar. Paseó la mirada un par de veces por encima de aquella mesa ricamente dispuesta y se detuvo aquí y allá en puro goce. Había olvidado completamente el ambiente misterioso e incluso un poco siniestro que le rodeaba. Comieron. Bebieron de las diversas botellas. El jefe de distrito lo alabó todo; decía: «está excelente» y «qué exquisito» cada vez que terminaba un plato y cogía otro. Los colores se le fueron subiendo a la cara. Y sus grandes patillas no cesaban de agitarse.

—He traído aquí a los señores —dijo Chojnicki— porque en el «viejo palacio» no hubiéramos estado tranquilos. Allí mantengo siempre abierta la puerta y todos mis amigos pueden entrar siempre que lo desean, Pero, por lo demás; suelo trabajar aquí.

—¿Trabaja usted? —le preguntó el jefe de distrito.

—Sí —contestó Chojnicki—, trabajo. Trabajo, podría decirse, en broma. Me limito a continuar la tradición de mis antepasados, pero, si he de serles sincero, no lo hago con la seriedad con que lo hacía mi abuelo. Los campesinos de la comarca le tenían por un poderoso mago y, quizá, lo era. A mí también me tienen por mago, pero yo no lo soy. Hasta ahora no he podido fabricar ni un solo granito.

—¿Un granito? —preguntó el jefe de distrito—. ¿Un granito de qué?

—Pues de oro, ¡de qué iba a ser! —dijo Chojnicki como si fuera la cosa más natural del mundo—. Entiendo algo de química —siguió diciendo—, son viejos conocimientos de familia. Tengo aquí los aparatos más antiguos y modernos —dijo, señalando hacia las paredes.

El jefe de distrito vio seis hileras de anaqueles de madera. Allí había bolsas grandes y pequeñas

de papel, almireces, recipientes de Cristal como en las antiguas boticas, extrañas bolas de cristal llenas de líquidos de colores, lamparillas, mecheros de gas y tubos de ensayo.

—Muy raro, muy raro, muy raro —dijo el señor de Trotta.

—Y ni yo mismo sé decir —siguió explicando Chojnicki— si lo hago de broma o de veras. Sí, a veces, cuando estoy aquí por las mañanas, me domina el deseo y me leo las fórmulas de mi abuelo. Las pruebo a ver qué sale, me río de mí mismo y acabo marchándome. Pero vuelvo otra vez y pruebo de nuevo.

—Es raro, es raro —repitió el jefe de distrito.

—No es más raro —dijo el conde— que todas las otras cosas que hubiera podido hacer. ¿Quiere usted que me convierta en ministro de Educación? He tenido insinuaciones en este sentido. ¿O es mejor que haga de jefe de sección del Ministerio del Interior? También sobre esto he tenido insinuaciones. ¿O es mejor que me vaya a la corte, a la mayordomía? Porque también podría hacer esto, Francisco José me conoce...

El jefe de distrito hizo retroceder dos pulgadas la silla. Sentía una punzada en el corazón cuando Chojnicki llamaba al emperador por su nombre como si fuera uno de aquellos diputados que desde la introducción del voto universal había entrado en las Cortes o, en el mejor de los casos, como si hubiera muerto ya el emperador y fuera simplemente una figura de la historia patria.

—Su majestad me conoce —rectificó Chojnicki. El jefe de distrito acercó la silla a la mesa y le preguntó:

—Perdone usted, pero ¿por qué resulta tan inútil servir a la patria como fabricar oro?

—Porque la patria ya no existe.

—No le comprendo —dijo el señor, de Trotta.

—Ya supuse que usted no me entendería —dijo Chojnicki—. Nosotros ya no vivimos.

Hubo un silencio profundo. Se habían apagado ya los últimos resplandores del día. Por entre los intersticios de las persianas se habrían podido distinguir ya las primeras estrellas en el cielo. El canto suave y metálica de los grillos nocturnos había sustituido al estrepitoso croar de las ranas. De vez en cuando se oía el canto áspero del cuco. El jefe de distrito se sentía transportado por el alcohol y por las sorprendentes palabras del conde a una situación no conocida hasta entonces, casi de encanto. Lanzó una mirada de soslayo a su hijo, simplemente, para sentir junto a sí a una persona que conocía y con la que se sentía unido. Sin embargo, sintió que Carl Joseph ya no era tampoco esa persona. Acaso tenía razón Chojnicki y todos estaban, efectivamente, ya muertos; muertos la patria y el jefe de distrito y el hijo. Con un gran esfuerzo el señor de Trotta consiguió preguntar:

—¿No le comprendo! ¿Cómo es posible que la monarquía no exista ya?

—No, claro —replicó Chojnicki—: literalmente hablando, todavía existe. Disponemos aún de un ejército —dijo el conde, señalando al teniente— y de funcionarios —y señaló al jefe de distrito—.

Pero la monarquía se está destruyendo de vivo envivo. Ya se nos ha destruido. Un anciano, cuya muerte, cercana, le puede llegar por cualquier resfriado, mantiene en pie el trono por el simple hecho, milagroso diría yo, de que todavía es capaz de sentarse en él: Pero ¿hasta cuándo podrá hacerlo? Nuestro siglo no nos quiere ya. Los tiempos quieren crearse ahora Estados nacionales. Ya no se cree en Dios. La nueva religión es el nacionalismo. Los pueblos ya no van a la iglesia. Van a las asociaciones nacionalistas. La monarquía, nuestra monarquía, se basa en la religiosidad, en la creencia de que los Habsburgo fueron escogidos por la gracia de Dios para reinar sobre tales y tales pueblos, muchos pueblos de la cristiandad. Nuestro emperador es el hermano del Papa en el siglo, es Su Real e Imperial Apostólica Majestad, y nadie más sino él: apostólico. Y ninguna majestad en Europa depende tanto de la gracia de Dios y de la fe de los pueblos en la gracia de Dios. El emperador de Alemania seguirá gobernando aun cuando Dios le abandone; reinará si es necesario por la gracia de la nación. El emperador de Austria-Hungría no se puede permitir que Dios le abandone. Pero ahora Dios le ha abandonado.

El jefe de distrito se puso de pie. Jamás hubiera creído que había en el mundo una persona capaz de decir que Dios había abandonado al emperador. Durante toda su vida el jefe de distrito había dejado que los teólogos se ocuparan de los asuntos celestiales y, por lo demás, consideraba que la Iglesia, la misa, las ceremonias del Corpus, el clero y Dios Nuestro Señor eran instituciones de la monarquía. Con todo, le pareció de repente que las palabras del conde le servían para explicarse el estado de confusión en que se hallaba desde las últimas semanas, especialmente desde la muerte del viejo Jacques. Era verdad, Dios había abandonado al anciano emperador. El jefe de distrito dio unos pasos y, bajo sus pies, crujieron las viejas tablas del piso. Se acercó a la ventana y vio a través de las persianas la noche azul, oscura ya. Todos los procesos de la naturaleza y los acontecimientos de la vida diaria adquirirían de repente un significado amenazador e incomprensible. Era incomprensible el coro de voces de los grillos, incomprensibles el titilar de las estrellas y el azul aterciopelado de la noche; también era incomprensible para el jefe de distrito su viaje a la frontera y su estancia en casa de aquel conde. Volvió a la mesa y se acarició con la mano la patilla, gesto que hacía cuando se sentía algo perplejo. ¿Algo perplejo? Jamás se había sentido tan perplejo hasta entonces.

Tenía delante todavía un vaso lleno. Lo vació rápidamente.

—Bueno —dijo—, ¿cree usted... cree usted que nosotros...?

—¿Estamos perdidos? —terminó Chojnicki la frase—. ¡Y tan perdidos! Usted y su hijo y yo. Nosotros somos los últimos de un mundo en el que Dios todavía concedía su gracia a las majestades y en el que los locos como yo fabricaban oro. ¡Oiga usted! ¡Vea usted! —Chojnicki se levantó y se fue a la puerta, dio vuelta al interruptor y en la gran araña del techo se encendieron las bombillas—. ¡Vea usted! Estamos en la época de la electricidad y no de la alquimia. Pero sí de la química, ¿entiende? ¿Sabe usted cómo se llama esto? Nitroglicerina —y repitió—, ya no es oro. En el palacio de Francisco José suelen arder todavía las velas. ¿Se da usted cuenta? ¡La nitroglicerina y la electricidad nos destruirán! Y ya no falta mucho, no falta mucho.

El resplandor de las luces eléctricas despertaba, por las paredes y los anaqueles, brillos y

fulgores verdes, rojos, azules, temblorosos reflejos en los tubos y matraces. Carl Joseph seguía sentado, pálido y silencioso. El jefe de distrito miró en dirección a su hijo. Pensaba en su amigo, el pintor Moser. Y como el señor de Trotta había bebido ya bastante, veía, como en un lejano espejo, el pálido rostro del hijo borracho bajo los árboles verdes de Volksgarten, con un chambergo puesto y una gran carpeta debajo del brazo. Era como si el jefe de distrito poseyera los dones proféticos del conde para descubrir el futuro histórico y así podía ver lo que le esperaba a su hijo. Platos, fuentes, botellas y vasos se hallaban ahora medio vacíos y tristes. Brillaban maravillosas las luces en los tubos dispuestos por las paredes. Dos viejos criados mofletudos, que se parecían al emperador Francisco José y al jefe de distrito como si fueran hermanos, empezaron a quitar la mesa: De vez en cuando se oía el áspero grito del cuco, como un martillo sobre el canto de los grillos. Chojnicki agarró una botella y la levantó.

—Pero tiene usted que tomar todavía una copa de este fruto de la tierra —dijo refiriéndose al aguardiente—. Sólo quedan cuatro gotas.

Se bebieron el último resto del «fruto de la tierra».

El jefe de distrito sacó el reloj, pero no podía distinguir bien las manecillas. Le pareció que giraban muy deprisa por la esfera blanca del reloj, como si hubiera centenares de manecillas en vez de las dos que tenía que haber. Y en vez de doce números había dos veces doce números. Los números de la esfera se apretaban hasta quedar tan próximos entre sí como las rayitas que indicaban los minutos. Podían ser las nueve o, quizá, ya las doce.

—Son las diez —dijo Chojnicki.

Los mofletudos criados cogieron suavemente a los invitados del brazo y los acompañaron hacia afuera. La gran calesa de Chojnicki esperaba allí. Cerca, muy cerca, estaba el cielo, terrenal envoltura, buena y amiga, hecha de azul cristal conocido; allí estaba cercano, casi al alcance de la mano, sobre la tierra. Parecía que la pilastra pétreo a la derecha del pabellón llegaba hasta él. Manos terrenales habían elevado en el cielo cercano las estrellas, como banderitas con alfileres sobre los mapas. La inmensa noche azul giraba a veces alrededor del jefe de distrito, se balanceaba un poco y se quedaba quieta otra vez. Croaban las ranas en la ciénaga infinita. Les llegaba un olor húmedo a lluvia y hierba. El cochero, envuelto en un abrigo negro, se erguía inmenso sobre los blancos caballos fantasmales delante del negro carruaje. Relinchaban las bestias, cuyos cascos, suaves como patas de gato, arañaban la tierra húmeda y arenosa.

El cochero hizo chasquear la lengua y se pusieron en marcha.

Fueron por el camino por donde habían llegado, penetraron por la gran avenida de abedules, recubierta de guijarros, y llegaron hasta los faroles que anunciaban el «viejo palacio». Los plateados troncos de los abedules resplandecían aún más que los faroles. Las grandes ruedas con llantas de goma se deslizaban con sordos murmullos sobre los guijarros; se percibía sólo el trote apagado de los cascos. La calesa era ancha y cómoda. Se podía descansar en ella como en un sofá. El teniente Trotta dormía. Estaba sentado junto a su padre. Su cara pálida yacía casi horizontalmente sobre el

respaldo del asiento, recibiendo, como una caricia, el viento nocturno que entraba por la ventanilla abierta. De vez en cuando un farol lo iluminaba. Chojnicki, sentado frente a sus invitados, observaba los labios entreabiertos, sin color, del teniente y su nariz huesuda, dura, marcada.

—Duerme bien —dijo al jefe de distrito.

Los dos sintieron que ambos eran los padres del teniente. El jefe de distrito se serenó con el viento nocturno, pero siguió sintiendo en su corazón un temor vago. Veía cómo se hundía el mundo que era su mundo. Delante tenía a Chojnicki, a un hombre evidentemente vivo, cuyas rodillas tocaban a veces la espinilla del señor de Trotta; sin embargo, le parecía un enigma siniestro. En el bolsillo de atrás, en el pantalón, sentía la presión del viejo revólver de barrilete que había llevado. Pero ¿de qué servía ahora, y en este lugar, un revólver? No se veían osos ni lobos en la frontera. ¡Se veía únicamente cómo se hundía el mundo!

El carruaje se detuvo delante del gran portalón de madera. El cochero hizo restallar el látigo. Se abrieron las dos hojas de la puerta y, lentamente, los caballos trotaron por la ligera cuesta. De las ventanas que daban al patio caía una luz amarilla sobre la gravilla y el césped, a ambos lados del camino. Se oían voces. Alguien tocaba el piano. Se trataba sin duda de una «gran fiesta».

Ya habían comido. Los lacayos iban de un lado para otro ofreciendo licores de variados colores. Los invitados bailaban, jugaban al tarot y al whist, bebían; uno de ellos estaba pronunciando un discurso delante de personas que no le escuchaban. Otros avanzaban tambaleándose por los salones, mientras algunos dormían en los rincones. Bailaban hombres solos. Las negras blusas de salón de los dragones se ceñían a las azules de los cazadores. Chojnicki había ordenado que ardieran las velas en las habitaciones del «nuevo palacio». Las grandes velas blancas y amarillas se erguían sobre enormes candelabros de plata, puestos sobre resaltos y anaqueles o sostenidos por criados que se cambiaban cada media hora. Bajo el aire nocturno que penetraba por las ventanas abiertas se agitaban a veces las llamas. Si callaba por unos momentos el piano, se oían fuera el cantar del ruiseñor y el murmullo de los grillos. De vez en cuando caían, con sordo rumor, las gotas de cera sobre el pie de plata de los candelabros.

El jefe de distrito buscaba a su hijo. Un temor, que no sabía cómo explicar, empujaba al viejo por los salones. Su hijo, ¿dónde estaba? Ni entre los danzantes ni entre los borrachos que avanzaban dando bandazos, ni entre los jugadores, ni tampoco entre los hombres ya maduros y mesurados que conversaban aquí y allá, por los rincones del salón. El teniente estaba sentado solo en una habitación separada. A sus pies permanecía fiel, medio vacía ya, la gran botella panzuda. Demasiado fuerte en comparación con el delgado teniente, acurrucado en la silla, parecía que iba a devorarlo. El jefe de distrito se puso delante del teniente. La punta de sus pequeños zapatos rozaba la botella. El hijo vio dos y luego más padres, que proliferaban por momentos. Ante ellos se sentía cohibido; de nada servía mostrarse respetuoso hacia todos, cuando en realidad solamente debía serlo con uno; no valía la pena levantarse. Era igual, pues, y el teniente permaneció en su extraordinaria posición. Estaba sentado, tendido y acurrucado a la vez. El jefe de distrito no se movió. Su cerebro trabajaba aceleradamente; en él se acumulaban mil recuerdos a la vez. Vio al cadete Carl Joseph en uno de

aquellos domingos veraniegos, sentado en su habitación con los guantes blancos y la gorra negra de cadete sobre las rodillas, contestando con voz sonora y ojos obedientes de niño a las preguntas que le formulaba. Vio entrar en la misma habitación al teniente de caballería recién nombrado, azul, amarillo y carmín. Pero el joven que ahora tenía delante el viejo señor de Trotta estaba muy lejos de él. ¿Por qué le dolía tanto ver ahora a un teniente de cazadores borracho?

El teniente Trotta no se movió. Cierto es que fue capaz de recordar que su padre había llegado hacía poco e incluso advirtió que no se hallaba sólo ante un padre, sino ante muchos padres. Pero no consiguió comprender por qué había llegado ese día, precisamente, su padre ni tampoco por qué éste se multiplicaba tan profusamente. No comprendía tampoco por qué él mismo no era capaz de levantarse cuando su padre se acercaba.

Desde hacía semanas el teniente se había acostumbrado al «noventa grados». El aguardiente no se subía a la cabeza, sino que únicamente se «bajaba a los pies», como decían los entendidos. Al principio producía un calorillo agradable en el pecho. La sangre corría más rápido por las venas, el apetito sustituía al mareo y a las ganas de vomitar. Después se tomaba otro «noventa grados». Y, por más fría y turbia que fuera la mañana, uno avanzaba valeroso y contento por ella como si fuera una mañana soleada y dichosa. Durante el descanso comía en la cantina de la frontera, junto al bosque fronterizo, donde hacían la instrucción los cazadores, con los compañeros, y se tomaba otro «noventa grados». Se deslizaba por la garganta como un rápido incendio que se apaga a sí mismo. Apenas se tenía la sensación de haber comido. Volvía al cuartel, se cambiaba de ropa y se iba a comer al hotel de la estación. A pesar de haber andado mucho, no tenía apetito. En consecuencia, se tomaba otro «noventa grados». Comía y le entraba sueño. Tomaba entonces un café negro y otro «noventa grados». En fin, durante el día, aburridísimo, siempre se presentaba ocasión de tomar una copa de aguardiente. Y muchas eran las tardes y noches en las que era obligado beber aguardiente.

Porque la vida era fácil en cuanto se había bebido. Era el milagro de la frontera, que hacía la vida imposible a quien estaba sereno. Pero ¿quién era capaz de mantenerse sereno ante ella? En cuanto había bebido, el teniente Trotta veía a buenos y antiguos amigos en todos los compañeros, superiores e inferiores. Conocía entonces la ciudad como si hubiera nacido y se hubiera criado en ella. Era entonces capaz de entrar en las minúsculas tiendecillas, estrechas, oscuras, retorcidas y atiborradas de toda clase de mercancías, excavadas como madrigueras en los gruesos muros del bazar, y se sentía con ánimos para comprar los objetos más inútiles: corales falsos, espejuelos baratos, jabón de pésima calidad, peines de madera de álamo y correas trenzadas para perros, simplemente porque atendía alegremente a las llamadas de los pelirrojos mercaderes. Sonreía a todo el mundo, a las aldeanas con sus pañuelos de colores y las grandes cestas bajo el brazo, a las emperifolladas hijas de los judíos, a los funcionarios de la jefatura del distrito y a los catedráticos del instituto. Una ancha riada de amistad y bondad corría por ese pequeño mundo. Todos saludaban alegres al teniente, a quien ya nada le resultaba penoso o desagradable. Ni cuando estaba de servicio ni fuera de él. Las cosas se solucionaban bien y rápidamente. Comprendía la lengua de Onufrij. Las veces que iban a un pueblo vecino y preguntaban a los aldeanos por el camino, éstos respondían en una lengua extraña. Y les comprendía. Y no montaba a caballo. Lo prestaba a uno u otro de sus

compañeros. Excelentes jinetes que sabían apreciar un caballo. En una palabra: estaba satisfecho. Ahora bien, el teniente Trotta no advertía que su paso se iba haciendo vacilante, que había manchas en su blusa, que ya no se distinguía la raya en sus pantalones, que tenía la piel de color amarillo por la tarde y gris ceniciento por la mañana, la mirada perdida. No jugaba (la única cosa que tranquilizaba al comandante Zoglauer). En la vida de los hombres existe siempre una época en que se dan a la bebida. Es igual, un día u otro logran sobreponerse. Y el aguardiente era barato. La mayoría se hundían a causa de las deudas. Ese Trotta cumplía con su deber de forma no más negligente que los demás. Y no daba escándalos como otros muchos. Al contrario, cuanto más bebía, más manso se ponía. «¡Llegará el día en que se case y siente cabeza! —pensaba el comandante—. Es un protegido de las altas esferas. Hará carrera y ésta será rápida. Con sólo desearlo pasará al estado mayor».

El señor de Trotta se sentó con cuidado en el sofá al lado de su hijo y procuró encontrar las palabras adecuadas. No estaba acostumbrado a hablar con borrachos.

—Deberías ser prudente con el aguardiente —dijo después de una larga reflexión—. Yo, por ejemplo, sólo he bebido lo justo para quitarme la sed.

El teniente hizo un esfuerzo enorme para pasar de aquella posición poco respetuosa, así acurrucado, a la de sentado. Pero todo esfuerzo era inútil. Contempló al viejo, que ahora, a Dios gracias, era uno solo, sentado allí a un extremo del sofá y sosteniéndose con las manos en las rodillas.

—¿Qué has dicho, papá? —le preguntó.

—Que deberías ser prudente con el aguardiente —repitió el jefe de distrito.

—¿Por qué? —preguntó el teniente.

—¿Me preguntas por qué? —dijo el señor de Trotta algo consolado al advertir que su hijo se hallaba en condiciones, por lo menos, de entender lo que le decía—. El aguardiente te destruirá. ¿Te acuerdas de Moser?

—Moser, Moser —dijo Carl Joseph—. ¡Claro que sí! ¡Y tenía toda la razón! Pintó el cuadro del abuelo.

—¿Lo has olvidado? —preguntó el señor de Trotta en voz muy baja:

—No me he olvidado de él —respondió el teniente—; siempre he pensado en el cuadro. No soy lo bastante fuerte para ese cuadro. ¡Los muertos! ¡No puedo olvidar a los muertos! ¡No puedo olvidar nada, padre, no puedo!

El señor seguía sentado junto a su hijo sin saber qué hacer. No comprendía exactamente lo que decía Carl Joseph, pero presentía que el joven no hablaba sólo porque estaba borracho. Se dio cuenta de que estaba pidiendo auxilio, y él no podía ayudarle. ¡Si él mismo había ido a la frontera para encontrar ayuda! Porque estaba completamente solo en este mundo. ¡Y también este mundo se hundía! Jacques estaba enterrado, y él estaba solo; quería ver a su hijo una vez más, pero también

éste estaba solo y, quizá, por ser más joven; más cerca aún del fin de ese mundo. «Tan sencillo que ha sido el mundo hasta ahora», pensaba el jefe de distrito. Para cualquier situación había siempre una actitud determinada: Cuando el hijo iba de vacaciones, había que examinarlo. Cuando le nombraron teniente, le felicitó. Cuando enviaba sus respetuosas cartas, en las que apenas decía nada, le respondía con cuatro líneas muy mesuradas. ¿Pero cómo tenía que comportarse ahora que su hijo estaba borracho? ¿Ahora que le estaba llamando?

Vio entrar a Chojnicki y se levantó más precipitadamente de lo que solía.

—Ha llegado un telegrama para usted —dijo Chojnicki—. Lo ha traído el conserje del hotel.

Era un telegrama oficial. Se solicitaba la presencia del señor de Trotta en la jefatura del distrito.

—Le reclaman, por desgracia —dijo Chojnicki—, seguramente estará en relación con los sokol.

—Sí, es lo más seguro —dijo el señor de Trotta—: Habrá disturbios.

Advirtió entonces que se sentía demasiado débil para emprender algo contra los disturbios. Estaba muy cansado. Todavía le faltaban unos años para la jubilación. En ese momento se le ocurrió que podía jubilarse antes de tiempo. Podría entonces ocuparse de Carl Joseph; una misión adecuada para un viejo padre.

—No resulta fácil hacer algo contra los disturbios, cuando uno tiene las manos atadas, como en esta monarquía —dijo Chojnicki—. Basta con meter en presidio a cuatro cabecillas para que se le echen encima los masones, los diputados, los líderes del pueblo y los periódicos hasta que, al final, tiene uno que soltarlos a todos. Intente disolver esas asociaciones de los sokol, ¡ya verá qué reprimenda le llega del gobernador! ¡Autonomía! ¡Sí, que te crees tú eso! Aquí, en mi distrito, todos los disturbios acaban a tiros. Mientras yo viva soy el candidato del gobierno y me elegirán. Por suerte, este país está lo bastante lejos de las ideas modernas que se traman allí en las redacciones de esos cochinos periódicos.

Se acercó a Carl Joseph y le dijo, con el tono de voz y la decisión de quien está acostumbrado a tratar con borrachos:

—Su señor padre tiene que marcharse.

Carl Joseph comprendió enseguida, e incluso consiguió levantarse. Con la mirada turbia buscó a su padre.

—Lo siento, papa.

—La verdad es que me preocupa mi hijo —dijo el jefe de distrito a Chojnicki.

—Y con razón —respondió Chojnicki—. Tiene que irse de este país. Cuando le den permiso procuraré enseñarle algo del mundo. Entonces, ya no tendrá ganas de volver aquí. Quizá también se enamore.

—Yo no me enamoraré —dijo Carl Joseph muy despacio.

Volvieron al hotel. Durante todo el camino solamente se pronunció una palabra, una sola palabra:

—Papá —dijo Carl Joseph, y nada más.

Al día siguiente el jefe de distrito se despertó muy tarde; se oían ya las trompetas del batallón que volvía. El tren salía a las dos horas. Llegó Carl Joseph. Fuera se sentía ya el restallido del látigo, la señal convenida con Chojnicki.

El jefe de distrito comió en la mesa de los oficiales de cazadores en el restaurante de la estación. Para el señor de Trotta había transcurrido mucho tiempo desde su salida del distrito de W. Vagamente recordaba que hacía sólo dos días que había subido al tren. Estaba sentado ahora, era el único paisano además del conde Chojnicki, en la larga mesa en semicírculo de los oficiales de cazadores que llevaban puestos sus uniformes de vivos colores. Allí estaba él, la tez oscura y delgado, bajo el retrato del jefe supremo de los ejércitos en el uniforme de mariscal, blanco como el azahar, con la faja roja. Debajo exactamente de las blancas patillas del emperador, casi paralelas a ellas, estaban las patillas negras, blanqueando ya, del señor de Trotta. Los jóvenes oficiales sentados al extremo de la mesa circular podían apreciar el parecido que había entre su apostólica majestad y su servidor. También el teniente Trotta podía comparar, desde su sitio, el parecido del rostro del emperador con el de su padre. Durante unos segundos el teniente creyó que allí, en lo alto de la pared, estaba colgado el retrato de su padre, envejecido ya, y debajo, sentado a la mesa, se hallaba el emperador de paisano, efectivamente presente y algo más joven. ¡Y qué lejos estaban el emperador y su padre!

El jefe de distrito lanzaba en este momento una mirada desesperada alrededor de la mesa y examinaba los rostros casi barbilampiños de los jóvenes oficiales y los bigotes de los más viejos. A su lado estaba el comandante Zoglauer. ¡Cuánto habría deseado el señor de Trotta poder hablar con él sobre su hijo! ¡Pero ya no quedaba tiempo para ello! Ya estaban formando el tren.

El señor de Trotta estaba muy desanimado. Todos brindaban a su salud, deseándole buen viaje y un buen desenlace de sus obligaciones profesionales. Sonriendo a todos se levantó y brindó con unos y otros, pero se sentía profundamente preocupado y con el corazón repleto de malos presentimientos. ¡Hacía tanto, tantísimo tiempo, que se había marchado de su distrito de W! Sí, el jefe de distrito se había marchado contento a una región en la que reinaba la aventura y donde se encontraba su querido hijo. Y ahora volvía dejando a un hijo solitario y una tierra de frontera en la que se preveía ya tan claramente el fin del mundo, como se nota la tempestad cercana desde las afueras de una ciudad cuyas calles siguen todavía felices e inocentes bajo el cielo azul. Sonó la campana de la estación. El húmedo vapor de la locomotora se posaba en finas gotas grises sobre los cristales del restaurante. Había terminado ya la comida. «Todo el batallón» acompañó al señor de Trotta hasta el andén. El señor de Trotta deseaba decir algo especial, en consonancia con el momento, pero no se le ocurrió nada. Dirigió una mirada cariñosa hacia su hijo. Inmediatamente después temió que hubieran advertido esa mirada e inclinó los ojos. Dio la mano al comandante Zoglauer. Dio las gracias a Chojnicki. Levantó el sombrero de media copa que solía utilizar cuando iba de viaje. Tenía el sombrero en la mano izquierda, y con la derecha abrazó a su hijo. Besó a Carl Joseph en la mejilla. Y aunque hubiera deseado decir «¡No te preocupes tanto! ¡Te quiero, hijo mío!», se limitó a decir:

—¡Que sigas bien!

Estaba ahora ya dentro del vagón. Se acercó a la ventanilla y colocó la mano, cubierta por el guante de cabritilla, en la ventana abierta. Su cráneo, calvo, brillaba. Con la mirada preocupada buscó el rostro de Carl Joseph.

—Cuando vuelva usted, dentro de poco, señor jefe de distrito —dijo el comandante Wagner, siempre de buen humor—, se encontrará aquí con un pequeño Montecarlo.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó el jefe de distrito.

—Pues a que vamos a fundar una casa de juego —respondió Wagner.

Antes de que el señor de Trotta pudiera llamar a su hijo y advertirle del gran riesgo que suponía el anunciado «Montecarlo», la locomotora comenzó a silbar, los topes entrec chocaron con gran estrépito y el tren arrancó. El jefe de distrito dijo adiós con su guante gris. Todos los oficiales le saludaron. Carl Joseph no se movió.

De regreso, iba caminando al lado del capitán Wagner.

—Será un gran salón de juego —dijo el capitán—, un auténtico salón de juego. ¡Válgame Dios! ¡Hace ya tanto tiempo que no veo una ruleta! ¡Cuando la veo saltando por allí y con ese ruido, me emociono, muchachos!

El capitán Wagner no era el único que se alegraba por la inauguración del nuevo salón de juego. Todos lo estaban esperando. Desde hacía años toda la guarnición esperaba el salón de juego que pretendía inaugurar Kapturak.

Kapturak llegó una semana después de haberse marchado el jefe de distrito. Su llegada habría causado, probablemente, mayor impresión de no haber llegado al mismo tiempo aquella señora que atrajo la atención de todos.

Capítulo XII

En las fronteras del Imperio austro-húngaro había entonces muchos hombres como ese Kapturak. Se cernían ya sobre el viejo imperio como aves negras y cobardes que, desde la lejanía infinita, descubren al moribundo, con las alas batiendo impacientes y siniestras en espera del final, hasta que se lanzan con sus picos voraces sobre su presa. Nadie sabe de dónde vienen, ni adónde van. Son los hermanos alados de la muerte enigmática, la anuncian, la acompañan y son sus sucesores.

Kapturak era un hombre pequeño, con una cara vulgar. Mucho se decía sobre él, rumores que le precedían por las sombrías sendas donde transcurría y que seguían las huellas imprecisas que marcaba. Vivía en la cantina de la frontera. Estaba en tratos con los agentes de las navieras sudamericanas que cada año transportaban a miles de desertores rusos en sus barcos hacia una nueva y cruel patria. Le gustaba jugar y bebía poco. No le faltaba cierto aire campechano. Solía contar que durante años se había dedicado al transporte de desertores rusos al otro lado de la frontera, donde debió abandonar casa, mujer e hijos por miedo de que lo enviaran a Siberia, pues habían detenido y condenado a varios funcionarios y oficiales. Cuando le preguntaban qué pensaba hacer de ese lado de la frontera, Kapturak respondía brevemente y sonriendo: «Negocios».

El propietario del hotel donde vivían los oficiales, un tal Brodnitzer, de origen silesiano, que había ido a parar a la frontera por razones desconocidas, fue quien abrió la sala de juego. Puso un gran letrero en los cristales del hotel. Anunció que tenía preparados toda clase de juegos, que una orquesta tocaría hasta la madrugada y que acudirían artistas de variedades de fama reconocida. Las «reformas» del local se iniciaron con los conciertos de la orquesta, compuesta por ocho músicos sacados de cualquier parte. Después llegó una rubia de Oderberg, que se hacía llamar el «Rui señor de Mariahilf». Cantaba vales de Lehár y, además, aquella atrevidilla canción que decía: «Y en la noche de amor, cuando voy al gris amanecer...». Como «extra» ofrecía «Bajo mi vestidillo yo llevo unas enaguas rosas bien plisadas...». O sea que Brodnitzer iba engolosinando a sus clientes. Pronto se supo que además de las numerosas y largas mesas para jugar a los naipes, Brodnitzer había dispuesto, en un rincón algo oscuro y disimulado, una pequeña ruleta. El capitán Wagner lo comunicó a todos, logrando despertar el entusiasmo. Los oficiales que servían en la frontera desde hacía muchos años creían ver en aquella bolita —muchos nunca habían visto una ruleta— uno de esos objetos mágicos del gran mundo, mediante el cual el hombre se puede procurar de repente bellas mujeres, costosos caballos y ricos palacios. La bola iba a ser una ayuda para todos. Todos tenían detrás de sí unos años miserables de muchachos en la escuela preparatoria, duros años de juventud en la academia y unos crueles años de servicio en la frontera. Esperaban la guerra. Y en vez de la guerra les había llegado una movilización parcial contra Serbia, de la que volvieron sin gloria alguna

a la rutinaria espera del escalafón. Las maniobras, el servicio, el casino, el servicio y otra vez las maniobras. Oyeron girar por primera vez la ruleta y supieron que la suerte andaba entre ellos; hoy tocaría a ése y mañana al otro. Sentados ante la ruleta parecían forasteros, pálidos, ricos y silenciosos, nunca vistos antes. Un día el capitán Wagner ganó quinientas coronas. Al día siguiente había pagado todas sus deudas, por primera vez desde hacía mucho tiempo cobró todo un sueldo, sin descuentos: tres tercios enteros. Ahora bien, el teniente Schnabel y el teniente Gründler habían perdido cien coronas cada uno. Cuando la bola blanca empezaba a girar, hasta dibujar por sí sola un círculo blanquecino alrededor de cuadros negros y rojos, y cuando esos mismos cuadros negros y rojos se convertían en un círculo difuso de color indefinido, temblaban entonces los corazones de los oficiales, quienes sentían en sus cabezas un extraño rumor, como si en todos los cerebros girara una bola especial; ante sus ojos todo era negro y rojo, negro y rojo. Les vacilaban las rodillas a pesar de estar sentados. Los ojos perseguían ansiosos la bola que no conseguían capturar. Finalmente, la bola, de acuerdo con sus propias leyes, empezaba a bambolearse, ebria de correr, y se detenía agotada en uno de los huecos numerados. Lanzaban todos un suspiro de liberación, incluso los que habían perdido. A la mañana siguiente se contaban unos a otros las incidencias del juego. A todos les dominaba un gran entusiasmo. Cada vez iban más oficiales a la sala de juego, y de desconocidas regiones llegaban extraños forasteros. Ellos eran los que animaban el juego, los que llenaban la caja, sacaban de la cartera grandes billetes, de los bolsillos del chaleco ducados de oro, relojes, cadenas y anillos de los dedos. Todas las habitaciones del hotel estaban ocupadas. También ahora despertaban los amodorrados coches de punto, que hasta entonces habían esperado pacientes en la parada, bostezando los cocheros al pescante y flacos los jamelgos, como sacados de un gabinete de figuras de cera. Pero ahora giraban las ruedas y trotaban los caballejos, chacoloteando, de la estación al hotel, del hotel a la frontera y de vuelta a la pequeña ciudad. Sonreían los malhumorados mercaderes. Sus oscuras tiendecillas parecían brillar radiantes, y sus mercancías expuestas a la venta presentaban ahora mil colores. Noche tras noche cantaba el Ruiseñor de Mariahilf. Fue como si su canto atrajera a otras aves hermanas. Llegaron al café mujeres nunca vistas, caras nuevas maquilladas. Ponían las mesas a un lado y bailaban al son de la música de los valeses de Lehár. Todo el mundo estaba transformado.

¡Sí, todo el mundo! En otros sitios aparecían extraños carteles que nunca se habían visto antes. Se incitaba a los obreros de la fábrica de crin a la huelga en todas las lenguas de la comarca. La fábrica de crin era la única industria miserable del país. Los obreros eran campesinos pobres. Una parte de ellos vivía de cortar leña en los bosques en invierno y de las labores de recolección en otoño. En verano tenían que irse todos a la fábrica de crin. Otros eran judíos pobres. No sabían contar ni hacer tratos y no habían aprendido ningún oficio. En veinte leguas a la redonda no había otra fábrica. Existía una serie de disposiciones caras y molestas para la fabricación de crin, que los fabricantes no solían cumplir. Había que comprar mascarillas para los obreros contra el polvo y los bacilos, había que construir grandes naves, con mucha luz, quemar los desperdicios dos veces al día y sustituir por otros a los obreros que empezaban a toser. Porque todos los que se dedicaban a la limpieza de las crines acababan por escupir sangre al poco tiempo. La fábrica era un viejo edificio ruinoso de

ventanas pequeñas y techo de pizarra con muchos desperfectos, rodeado de un seto salvaje y, más allá, de un descampado en el que desde tiempo inmemorial se acumulaba el estiércol, se pudrían gatos y ratones muertos y se consumían por la herrumbre los cacharros de hojalata, en un amasijo de zapatos rotos y fragmentos de platos y vasijas. Después venían los campos inmensos, con la dorada bendición de las mieses, temblando al canto incesante de los grillos, y las ciénagas verdes oscuras, que resonaban bajo el croar alegre e inacabable de las ranas. Los obreros permanecían sentados junto a las pequeñas ventanas cardando incansables, con grandes cepillos de hierro, los apretados haces de crin y tragándose las nubarradas del seco polvillo. Ante ellos volaban raudas las golondrinas, se agitaban en su fulgor las moscas de verano, aleteaban mariposas blancas y de colores y, por los grandes tragaluces del techo, les llegaba el canto victorioso de las alondras. Hacía pocos meses que los obreros habían abandonado sus pueblos libres, nacidos y criados bajo el hálito dulce del heno o el frío de la nieve y ese olor quemajoso del estiércol, bajo el estrepitoso canto de los pájaros, en el reino tan variado de la naturaleza. A través de las nubes grises de polvo, los obreros veían las golondrinas, las mariposas y el bailoteo de los mosquitos y se entristecían. El trino de las alondras les hacía sentirse descontentos. Antes no sabían que había una ley que ordenaba velar por su salud, que existían las Cortes en la monarquía, que en dichas Cortes había diputados que eran también obreros. Llegaron unos forasteros y escribieron carteles, organizaron asambleas, les explicaron la constitución y sus errores, les leyeron las noticias de los periódicos y les hablaron en todas las lenguas del país. Sus voces eran más recias que las alondras y las ranas: los obreros empezaron la huelga.

Fue la primera huelga de la comarca. Las autoridades se atemorizaron. Desde hacía muchos años estaban acostumbradas a organizar unos reposados censos de población, a celebrar el cumpleaños del emperador, a asistir anualmente a la revisión de los quintos y a enviar unos informes siempre iguales al gobernador. De vez en cuando se detenía a algún ucraniano de tendencias rusófilas, a un pope ortodoxo, a judíos cogidos al pasar tabaco de contrabando y a espías. Desde hacía muchos años se limpiaban crines en el país y se enviaban a Moravia, a Bohemia, y a Silesia, a las fábricas de cepillos, adonde se compraban luego los cepillos ya fabricados. Desde hacía años los obreros escupían sangre, enfermaban y morían en los hospitales. Pero no iban a la huelga. Ahora había que reunir a la gendarmería de toda la región y enviar un informe al gobernador. Éste se puso en contacto con los jefes militares. Y los jefes militares se pusieron en contacto con el comandante de la plaza.

Los jóvenes oficiales se imaginaban que «el pueblo», es decir, la capa más baja de la población civil, pretendía la igualdad de derechos con los funcionarios, los nobles y los consejeros comerciales. Pero eso no se les debía conceder si se quería evitar la revolución. Y había que evitar la revolución y, por lo tanto, había que disparar antes de que fuera demasiado tarde. El comandante Zoglauer les dirigió una breve alocución, en la que expuso claramente dichos principios. La guerra, evidentemente, era mucho más agradable. Ellos no eran oficiales de la gendarmería o el ejército. Pero, por el momento, no había guerra. ¡Y órdenes son órdenes! Si era necesario avanzarían con la bayoneta calada y darían la orden de «¡Fuego!». ¡Y órdenes son órdenes!, órdenes que, por el momento, no impedían a nadie ir al hotel de Brodnitzer y ganar mucho dinero. Un día el capitán

Wagner perdió mucho dinero. Un forastero, ex ulano en servicio activo, de sonoro apellido, con fincas en Silesia, ganó dos noches seguidas y le prestó dinero al capitán, pero a la tercera noche tuvo que marcharse al recibir un telegrama de su casa. En total eran dos mil coronas, una nonada para los de caballería, pero una suma considerable para un capitán de cazadores. Probablemente se habría decidido a ir a ver a Chojnicki, pero ya le debía trescientas:

—Señor capitán —le dijo Brodnitzer—, disponga usted de mi firma como quiera.

—Bien —dijo el capitán—. ¿Quién está dispuesto a dar tanto por su firma?

—El señor Kapturak —contestó Brodnitzer después de reflexionar unos instantes.

—Son dos mil coronas —dijo Kapturak—. ¿Cuándo las devolverá?

—¡Y qué sé yo!

—¡Es mucho dinero, señor capitán!

—¡Se lo devolveré! —replicó el capitán:

—¿Cómo?, ¿en cuántos plazos? Ya sabe usted que solamente se puede empeñar un tercio del sueldo. Y, además, todos están ya comprometidos. ¡No veo solución!

—El señor Brodnitzer... —empezó a decir el capitán.

—El señor Brodnitzer —siguió Kapturak, como si Brodnitzer no estuviera presente— también me debe mucho dinero. Yo le podría dar la suma deseada si alguno de sus compañeros, que todavía no tenga compromisos, lo avalara, por ejemplo el señor teniente Trotta. Procede de la caballería y tiene un caballo.

—Está bien —dijo el capitán—, le hablaré. —Y despertó al teniente Trotta.

Estaban en el largo, estrecho, oscuro pasillo del hotel.

—Rápido, ¡firma! —le instó en voz baja el capitán—. Están allí aguardando. Pensarán que no quieres hacerlo.

Trotta firmó.

—Baja inmediatamente al salón —dijo Wagner—. Te espero.

Carl Joseph se detuvo en la pequeña sala situada al fondo, por la que los huéspedes fijos del hotel solían penetrar en el café. Vio por primera vez el recién inaugurado salón de juego de Brodnitzer. Era la primera vez en su vida que veía una sala de juego. Rodeando la mesa con la ruleta había unas cortinas de reps de color verde oscuro. El capitán Wagner levantó la cortina y se deslizó hacia el interior, hacia otro mundo. Carl Joseph oyó el aterciopelado y suave zumbido de la bola. No se atrevió a correr la cortina. Al otro extremo del café, próximo a la calle, estaba el escenario, donde gorjeaba, incansablemente, el Ruiseñor de Mariahilf. En las mesas se jugaba. Las cartas caían con un chasquido sobre el mármol de imitación. Los hombres soltaban exclamaciones incomprensibles. Se diría que iban de uniforme, todos en mangas de camisa, un regimiento sentado de jugadores. Las

chaquetas estaban colgadas de los respaldos de las sillas, y sus mangas vacías se agitaban lentas y fantasmales con cada movimiento de los jugadores. Sobre sus cabezas se extendía una espesa nube de humo de los cigarrillos, cuyas puntas brillaban candentes y plateadas en la niebla gris y lanzaban nuevas bocanadas hacia la nube de tormenta en lo alto. Bajo esta nube visible de humo parecía haber otra formada de ruido, una nube rugiente, estrepitosa, zumbante. Cerrando los ojos se podía imaginar que una inmensa nube de langostas se había abatido con horrorosos cánticos sobre los hombres allí sentados.

El capitán Wagner entró al café levantando la cortina. Estaba totalmente transformado. Tenía hundidos los ojos en unas cuencas violáceas, hirsuto el bigote moreno, con una mitad que parecía más corta que la otra, y en el mentón erizados los pelos rojos de la barba mal afeitada, que parecía un campo exuberante, pequeño, recubierto de diminutas lanzas.

—Trotta, ¿dónde estás? —gritó el capitán a pesar de que lo tenía delante—. He perdido doscientas —exclamó—. Este rojo maldito. Se acabó mi suerte en la ruleta. Tendré que intentar otra cosa. —Y arrastró a Trotta hasta las mesas donde se jugaba a las cartas. Kapturak y Brodnitzer se levantaron.

—¿Ha ganado usted? —preguntó Kapturak, al ver que el capitán había perdido.

—He perdido, he perdido —rugió el capitán.

—Qué lástima —dijo Kapturak—, pero ahí donde usted me ve yo he ganado y he perdido muchísimas veces. Ya ve usted, todo lo había perdido y todo lo he vuelto a ganar. ¡Pero no hay que jugar siempre al mismo juego! ¡No, no, eso no! Tenga en cuenta que es lo más importante.

El capitán Wagner se desabrochó el cuello del uniforme. Su rostro adquirió nuevamente aquel color rojo, oscuro, de costumbre. El bigote se le arregló por sí solo. Dio unos golpecitos a Trotta en la espalda.

—Y en tu vida no has tocado una carta.

Trotta observó cómo Kapturak sacaba del bolsillo una baraja nueva, brillante, e iba poniendo las cartas cuidadosamente sobre la mesa, como si no quisiera causar daño a las figuras. Acariciaba el paquete con sus dedos escurridizos. Brillaba el dorso de los naipes como si fueran oscuros espejos verdes, lisos. En sus suaves convexidades se reflejaban las luces del techo. Algunos naipes se levantaban por sí solos, se quedaban erguidos sobre sus cantos, caían, unas veces de frente, otras sobre el dorso, formaban montones para deshacerse de nuevo con suave traqueteo, pasaban los colores rojos y negros de las figuras como una breve abigarrada tempestad, se reunían de nuevo los naipes, caían sobre la mesa, se distribuían en pequeños grupos. De un grupo salían algunas cartas que se agrupaban cariñosamente, cubriendo cada una la mitad del dorso de la otra, hasta formar un círculo semejante a una extraña alcachofa abierta y aplastada, se reunían en hilera y acababan por formar, al final, un paquete. Todas obedecían a los dedos silenciosos. El capitán Wagner observaba los movimientos con ojos sedientos. Sentía un verdadero amor por las cartas. A veces acudían a su llamada y a veces huían ante él. Le gustaba ver sus deseos corriendo en un galope loco tras de las

cartas que huían, hasta obligarlas a volver. A veces, claro está, las fugitivas eran más rápidas y los deseos del capitán tenían que regresar agotados sin haber conseguido su objetivo. Con los años, el capitán había acabado por trazar un plan de batalla extremadamente confuso, de difícil control, que no dejaba de lado ninguna posibilidad de forzar la suerte: echaba mano tanto del conjuro como de la fuerza, utilizaba la sorpresa, la oración fervorosa o la seducción apasionada. En una ocasión el pobre capitán tuvo que adoptar una posición desesperada frente a las fuerzas invisibles y asegurarles en secreto que, si no le salía pronto un corazón, tendría que suicidarse ese mismo día; en otra ocasión consideró que lo mejor era mantenerse digno y hacer como si no le importara en absoluto que saliera o no la carta que tanto deseaba. En otros casos debía mezclar él mismo las cartas si quería ganar y tenía que hacerlo precisamente con la mano izquierda, habilidad que había adquirido mediante una voluntad de hierro y después de mucho ejercicio; a veces le parecía más adecuado sentarse a la derecha del banquero. Y en la mayoría de los casos lo que importaba era combinar todos los métodos o pasar de uno a otro muy rápidamente y sin que se dieran cuenta los compañeros de juego. Porque esto era muy importante.

—¡Cambiamos de sitio! —podía decir el capitán, por ejemplo. Y cuando creía vislumbrar en el rostro de su oponente una sonrisa condescendiente, se reía y añadía—: ¡Se equivoca! No soy supersticioso. Es la luz que me molesta.

Si los que jugaban con él no lograban adivinar el truco estratégico del capitán, sus manos al menos comunicaban a las cartas sus intenciones. Por así decirlo, las cartas se olían sus artimañas y tenían tiempo para huir. Y así el capitán, en cuanto se sentaba a la mesa, empezaba a trabajar como si se tratase de todo un estado mayor. Y mientras su cerebro llevaba a cabo esta hazaña sobrehumana, por su corazón pasaban ardores y escalofríos, esperanzas y dolores, júbilo y amargura. Luchaba, se batía, sufría terriblemente. Desde el día en que empezó a girar la ruleta trabajaba en astutas estrategias contra los trucos de la bolita. Pero sabía que era más difícil de derrotar que los naipes.

Casi siempre jugaba a bacará, aunque éste pertenecía no sólo a los juegos prohibidos, sino a los mal vistos. Pero ¿qué atractivo podían tener los juegos en los que había que calcular y pensar —de una manera razonable— cuando sus especulaciones rozaban ya lo incalculable y lo inexplicable, y aun a veces lo desvelaban e incluso lo vencían? ¡No! Quería ante todo luchar contra los misterios del azar y descubrirlos. Y se puso al bacará. De hecho, ganó. Tuvo tres nueves y tres ochos seguidos, mientras Trotta recibía sotas y reyes, y Kapturak sólo dos cuatro y cinco. Y entonces el capitán Wagner perdió la cabeza. Aunque uno de sus principios era no traicionar la suerte de la que uno estaba seguro; triplicó súbitamente la apuesta. Pues confiaba en lograr el cambio ese día. Y ahí empezó su desgracia. El capitán perdió y Trotta siguió perdiendo. Finalmente, Kapturak ganó quinientas coronas. El capitán tuvo que firmar otro pagaré.

Wagner y Trotta se levantaron. Empezaron a mezclar coñac con aguardiente y éste a su vez con cerveza. El capitán Wagner se avergonzaba de su derrota, al igual que un general que regresa vencido de una batalla, a la que había invitado a un amigo para que compartiera con él la victoria. Pero el teniente compartió la vergüenza del capitán. Y ambos sabían que sin alcohol no serían capaces de

mirarse a los ojos. Bebieron despacio, con sorbos pequeños y regulares.

—¡A tu salud! —dijo el capitán.

—¡A la tuya! —dijo Trotta.

Cada vez que pronunciaban el brindis se miraban decididos y se demostraban que su desgracia les era indiferente. De repente el teniente sintió que el capitán, su mejor amigo, era el hombre más desgraciado del mundo y empezó a llorar amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó el capitán. También a él ya le temblaban los labios.

—Lloro por ti —le dijo Trotta—. Mi pobre amigo. Y se sumieron los dos en mudas y en estrepitosas manifestaciones de dolor.

En la cabeza del capitán Wagner surgió un viejo plan. Se trataba del caballo de Trotta, en el que solía montar cada día. El caballo le gustaba y habría deseado finalmente comprarlo. Pensó entonces que si tuviera tanto dinero como valía el caballo, de seguro que ganaría una fortuna al bacará y podría entonces tener varios caballos. Luego se le ocurrió que podía coger el caballo de Trotta sin pagarlo, darlo en préstamo y, con el dinero, jugar y después pagar el caballo. ¿Acaso no era una noble actitud? No causaba daño a nadie. ¿Cuánto tiempo necesitaba? Dos horas de juego y todo era suyo. La forma más segura de ganar consistía en ponerse a jugar sin miedo, sin una pizca de miedo. ¡Si hubiera podido jugar por una sola vez como un hombre rico, poderoso! El capitán maldijo su sueldo. Era tan raquítrico que no le permitía jugar «con la dignidad propia de la persona humana». En este momento, cuando estaban los dos tan emocionados, olvidados del mundo, pero convencidos de que el mundo no les olvidaba, el capitán creyó que debía decir: «Véndeme tu caballo». Y así lo dijo.

—Te lo regalo —le dijo Trotta emocionado.

«Un regalo no se puede vender, ni incluso por un tiempo», pensó el capitán e insistió:

—No, véndemelo.

—Cógelo —le suplicaba Trotta.

—Te lo pago —repetía testarudo el capitán. Estuvieron discutiendo unos minutos. Finalmente el capitán se levantó tambaleándose y exclamó:

—Te mando que me lo vendas.

—A la orden, mi capitán —dijo Trotta mecánicamente.

—Pero no tengo dinero —balbuceó el capitán, se sentó y se mostró bondadoso.

—Es igual, te lo regalo.

—No, precisamente eso es lo que no quiero. Ni tampoco quiero comprar nada, pero nada. Si yo tuviera dinero...

—Se lo puedo vender a otro —dijo Trotta. Estaba radiante de alegría por habersele ocurrido esta

idea extraordinaria.

—¡Estupendo! —exclamó el capitán—. ¿Y a quién?

—A Chojnicki, por ejemplo.

—¡Estupendo! —volvió a exclamar el capitán—. Le debo quinientas coronas.

—Me quedo yo con la deuda —dijo Trotta. Como había bebido, sentía una inmensa compasión hacia el capitán. ¡Había que salvar a ese pobre compañero! ¡Se encontraba en un gran peligro! Veía en él al amigo entrañable. Además, el teniente consideraba que era necesario decirle en ese momento algunas palabras de consuelo, sinceras, y ayudarle de verdad. Amistad y nobleza le embargaban el corazón, quería ser fuerte, poder prestarle su ayuda. Trotta se levantó. Amanecía ya. Sólo algunas lámparas seguían encendidas, cuya luz apenas resistía la claridad grisácea del día que penetraba intensamente por entre las persianas. En el local sólo quedaban el señor Brodnitzer y su único camarero. Desconsoladas seguían allí las sillas y mesas abandonadas y el tablado donde había cantado toda la noche el Ruiseñor de Mariahilf. Aquel desorden en derredor evocaba las imágenes de una salida apresurada, abandonándolo todo, que parecía haberse producido, como si los contertulios, amenazados por un peligro inminente, hubieran abandonado repentinamente el café. El suelo estaba cubierto de colillas, largas de los cigarrillos y cortas de los puros. Eran los restos de los cigarrillos rusos y los cigarros austríacos, que delataban que habían estado jugando y bebiendo personas del país vecino y del propio.

—¡La cuenta! —exclamó el capitán. Abrazando al teniente, lo atrajo contra su pecho, en un largo abrazo cordial—. ¡Bueno, a la paz de Dios! —le dijo, con lágrimas en los ojos.

Afuera era ya el amanecer, la madrugada de una pequeña ciudad del este, saturada del aroma de los saúcos floridos y de los panes recién salidos del horno, negros, ácidos, que los panaderos transportaban en grandes cestas. Se sentía el estrépito de los pájaros, en un mar inmenso de trinos y gorjeos, un mar sonoro en los aires. Un cielo transparente, de un azul pálido, se extendía liso y cercano sobre los grises tejados de pizarra de las casas diminutas. Los minúsculos carros de los aldeanos pasaban lentos y suaves, medio dormidos por las calles polvorientas, esparciendo por todas partes briznas de paja, paja cortada y heno seco del año anterior. En el cielo despejado de oriente se asomaba rápidamente el sol. Hacia él avanzaba el teniente Trotta, algo sereno ya bajo los efectos del airecillo que anunciaba el día y animado por su orgullosa decisión de salvar al compañero. No resultaba fácil vender el caballo sin pedir permiso antes al jefe de distrito. ¡Pero lo hacía por un amigo! Ni tampoco resultaba fácil —¿pero acaso había algo en esta vida que resultara fácil para el teniente Trotta?— ofrecerle en venta el caballo a Chojnicki. Pero cuanto más difícil parecía la empresa, tanto más enérgico y decidido la afrontaba Trotta. Desde el campanario daban las horas. Trotta llegó a la entrada del «palacio nuevo» en el preciso instante en que Chojnicki, con las botas puestas y el látigo en la mano, iba a montar en su cochecillo de verano. Vio los falsos colores en la cara demacrada y sin afeitar del teniente, el maquillaje característico del bebedor. Se extendía sobre la auténtica palidez del rostro como los reflejos de una lámpara roja sobre una mesa blanca. «¡Este

se nos va al garete!», pensó Chojnicki.

—Quisiera proponerle algo —dijo Trotta—. ¿Quiere usted mi caballo? —El teniente se sorprendió de su propia pregunta. De repente le resultaba difícil seguir hablando.

—Ya sé que no le gusta montar y también que pidió el traslado de la caballería. En fin, que no le gusta tener que cuidar al animal, porque tampoco le gusta servirse de él; pero, quizá, después lo lamente:

—No —dijo Trotta. No quería engañarle—. Necesito dinero.

El teniente sintió vergüenza. Pedir dinero prestado a Chojnicki no era precisamente una acción deshonrosa, mal vista o de dudoso carácter. Y, sin embargo, a Carl Joseph le pareció que al solicitar ese préstamo empezaba una nueva etapa de su vida y que necesitaba para ello el permiso paterno. El teniente sintió vergüenza.

—Le seré sincero —dijo—: he salido fiador por un compañero. Se trata de una gran cantidad. Y, además, esta noche también ha perdido, aunque menos. No quiero que le deba dinero a ese hotelero. Ni tampoco puedo pedir prestado dinero. Sí —repitió el teniente—, es sencillamente imposible. Además la, persona en cuestión también le debe dinero a usted.

—Pero eso nada tiene que ver con usted —le dijo Chojnicki—, en ese caso nada tiene que ver con usted. Ya me lo pagará más adelante, cuando se tercie. No tiene importancia. ¿Ve usted?, yo soy una persona rica, lo que se dice rica. El dinero carece de importancia para mí. Da igual que me pida dinero como que me pida una copa de aguardiente. Ya ve cómo son las cosas. Mire usted — Chojnicki extendió la mano hacia el horizonte y trazó un semicírculo—, todos esos bosques son míos. Por lo tanto no es necesario que tenga usted remordimientos de conciencia. Estoy agradecido a todos los que me aceptan algún regalo. Vaya, que no, que no tiene importancia, y no vale la pena hablar tanto del asunto. Le voy a hacer una proposición: yo le compro el caballo y se lo dejo por un año. Al cabo de un año será mío.

Era evidente que Chojnicki se estaba impacientando. El batallón pronto saldría al campo. El sol ascendía rápidamente por el horizonte. Era ya pleno día.

Trotta se apresuró a regresar al cuartel. Al cabo de media hora el batallón estaría formado. Ya no tenía tiempo para afeitarse. El comandante Zoglauer llegaba hacia las once. No le gustaba ver sin afeitarse a los jefes de sección. Las únicas cosas a las que había aprendido a prestar atención en el curso de esos años de servicio en la frontera eran «la limpieza y cumplir con el horario». ¡Las nueve, ya era demasiado tarde! Se marchó corriendo al cuartel. Por lo menos estaba sereno. Encontró al capitán Wagner al frente de la compañía formada ya.

—Todo arreglado —le dijo rápidamente y se puso a la cabeza de su sección—. ¡En columna de a dos! ¡Por la derecha! ¡Mar! —ordenó.

Brillaban los sables. Sonaban las trompetas. Salía el batallón del cuartel.

El capitán Wagner pagó el «desayuno» en la «cantina fronteriza». Les quedaba media hora para tomarse dos, tres «noventa grados». El capitán Wagner bien sabía que ahora tenía la suerte en sus manos. Y la dirigía él solo. ¡Dos mil quinientas coronas hoy por la tarde! Devolvería mil quinientas y se sentaría muy tranquilo, despreocupado, como un gran señor, a jugar al bacará. Y haría de banquero. Mezclaría él las cartas. Quizá sería mejor devolver solamente mil y sentarse muy tranquilo, despreocupado, con las mil quinientas, como un gran señor, quinientas a la ruleta y mil al bacará. Eso era mejor todavía.

—A la cuenta del capitán Wagner —dijo el cantinero.

Se levantaron; se había terminado el descanso y empezaba la instrucción. Por suerte, el comandante Zoglauer desapareció al cabo de media hora. El capitán Wagner entregó el mando al teniente Zander y se marchó al galope al hotel de Brodnitzer. Preguntó si por la tarde, hacia las cuatro, podría contar con la presencia de jugadores. ¡Claro que sí! ¡La cosa funcionaba a las mil maravillas! Incluso los dioses lares, esos seres invisibles que el capitán Wagner podía percibir en todas las estancias donde jugaba y con los que a veces mantenía conversaciones en voz baja —y en un chapurreado que se había ido inventando con los años—, incluso esos dioses lares se sentían hoy en extremo bondadosos hacia el capitán Wagner. Para tenerlos todavía de mejor humor, o por lo menos para que no cambiaran de opinión, decidió Wagner que, como excepción, comería en el café Brodnitzer y que no se movería hasta que llegara Trotta. Y allí se quedó. Hacia las tres de la tarde empezaron a llegar los primeros jugadores. El capitán Wagner se puso a temblar. ¿Y si ese Trotta le dejaba en la estacada y no le llevaba el dinero hasta el día siguiente? Perdería su oportunidad. Jamás volvería a encontrar un día como ése. Los dioses estaban de buen humor y, además, era jueves. ¡Pero el viernes! Pedirle suerte al viernes era como exigirle a un comandante médico que dirigiera la instrucción de la compañía. Cuanto más tiempo pasaba, tanto más se enfurecía el capitán contra el teniente que faltaba a la cita. ¡Ese granuja no llegaba! ¡Y para eso se había desvivido por la mañana, marchándose tan temprano del campo de instrucción, renunciando a la comida de costumbre en la estación para poder entrar en tratos con los dioses lares y lograr así, en cierta forma, retener el jueves tan favorable! Y al final le dejaban plantado. ¡La manecilla del reloj avanzaba incansablemente y Trotta no llegaba, no llegaba, no llegaba! ¡Pero sí! ¡Ahí estaba! Se abrió la puerta y resplandecieron los ojos de Wagner. No le dio la mano a Trotta. Le temblaban los dedos, como impacientes ladrones, hasta que cogieron un magnífico sobre y crujieron los billetes.

—¡Siéntate! —ordenó el capitán—. Dentro de media hora, como máximo, volveré a estar aquí. Y desapareció detrás de la cortina verde.

Pasó la media hora y una hora y otra. Anochecía ya; las luces estaban encendidas. El capitán Wagner caminaba despacio. Solamente se le podía identificar por el uniforme, y aun éste estaba transformado. Por el cuello de la chaqueta, abierta, desabrochada, se veía el collar de goma negro, arrastraba el sable, estaban abarrotados los bolsillos, y la camisa manchada de ceniza. En la cabeza los pelos castaños de la raya, desordenados, formaban rizos y los labios permanecían abiertos bajo el descompuesto bigote. De su garganta salió un estertor: «¡Todo!», y se sentó.

No había ya nada que decir. Trotta intentó dos o tres veces hacer una pregunta. Wagner, extendiendo la mano, le rogó que no dijera nada. Luego se levantó. Arregló el uniforme. Comprendió que su vida ya no tenía sentido. Se marchó decidido a dar fin a sus días.

—Que sigas bien —dijo solamente, y se fue.

Pero afuera le recibió un apacible atardecer, ya casi veraniego, con millares de estrellas y cientos de agradables aromas. En fin, que era más fácil dejar de jugar que dejar de vivir. Se dio palabra de honor de que no volvería a jugar jamás. «¡Antes me pudra que volver a coger una carta! ¡Nunca más!», se dijo. Nunca más era mucho tiempo, pero se podía acortar. Digamos, hasta el 31 de agosto nada de cartas ni ruletas. Y, después, ¡ya veremos! ¡En fin, palabra de honor, capitán Wagner!

Con la conciencia ya limpia, orgulloso de su firmeza y contento de haberse salvado la vida, el capitán Wagner se fue a ver a Chojnicki. Éste se hallaba en la puerta. Conocía lo bastante a Wagner para darse cuenta, a primera vista, de que el capitán había perdido mucho dinero y de que, una vez más, estaba decidido a no volver a tocar una carta.

—¿Dónde ha dejado usted a Trotta? —le preguntó.

—No le he visto.

—¿Todo?

El capitán inclinó la cabeza y dirigió la mirada hacia las puntas de los zapatos, exclamó:

—He dado mi palabra de honor...

—¡Magnífico! —dijo Chojnicki—. Ha llegado la hora.

Estaba decidido a librar al teniente Trotta de la amistad con ese loco de Wagner. «Hay que sacarlo de aquí», pensó Chojnicki. «Lo mandaré de permiso unos días con Wally, para que se vaya a la ciudad».

—Sí —dijo Trotta sin dudar un instante.

Temía a Viena y a ese viaje con una mujer. Pero tenía que irse. Sintió aquella opresión especial que le dominaba cada vez que se enfrentaba con cualquier cambio en su vida. Sintió la amenaza de un nuevo peligro —el mayor de los peligros que pueda haber—, concretamente ése que tanto había deseado. No se atrevió a preguntar quién era la mujer. Muchas imágenes de mujeres desconocidas, de ojos azules, castaños y negros, pelo rubio, pelo negro, pechos y piernas, mujeres a cuyo lado pasó quizá, rozándolas, de joven, de muchacho; rápidamente las vio pasar a todas por delante: un huracán suave, maravilloso, de desconocidas mujeres. Percibió su olor, la caricia fresca y dura de sus rodillas; sobre su cuello sintió ya el dulce yugo de los brazos desnudos, y en su nuca, las manos cerrándose entrelazadas.

Existe un temor ante el placer que es a su vez voluptuosidad, como un determinado temor a la muerte que puede ser mortal. El teniente Trotta sentía ahora ese temor.

Capítulo XIII

La señora de Taussig era guapa y ya no era joven. Viuda de un jefe de escuadrón muerto joven, llamado Eichberg, se había casado no hacía muchos años con el señor Taussig, un rico y enfermo fabricante, recientemente ennoblecido, que padecía una ligera demencia circular: Sus ataques se repetían con regularidad cada medio año. Durante semanas sentía que se aproximaban. Entonces, acudía a una clínica, situada junto al lago de Constanza, en la que los dementes mimados provenientes de buena familia eran sometidos a un esmerado y caro tratamiento, y atendidos por loqueros cariñosos como comadronas. Poco antes de sufrir uno de sus ataques, y siguiendo el consejo de uno de esos médicos de moda que recetan a sus pacientes «emociones» psíquicas con la misma sencillez con que los viejos médicos de cabecera recetan ruibarbo y aceite de ricino; el señor de Taussig se había casado con la viuda de su amigo Eichberg. Y, evidentemente, Taussig tuvo sus «emociones», pero el ataque le dio con más fuerza y también más rápidamente. Durante su breve matrimonio con el señor Eichberg; la señora de Taussig se había ganado muchos amigos y; después de la muerte de su marido, había rehusado algunas excelentes peticiones de matrimonio. Sus adulterios no se mencionaban por pura admiración. Como es sabido, aquellos tiempos eran más severos. Pero se aceptaban las excepciones e, incluso, se las apreciaba. Era uno de los pocos principios aristocráticos según los cuales los simples burgueses eran personas de segunda categoría, pero era también un principio que permitía que algún oficial de extracción burguesa llegara a ser ayudante personal del emperador; los judíos no podían aspirar a una distinción de gran categoría, pero algunos de ellos eran ennoblecidos y llegaban a ser amigos de los archiduques; era el principio que obligaba a las mujeres a someterse a la moral tradicional, pero permitía a alguna que otra mujer joven llevar una vida amorosa como la de un oficial de caballería. Son los principios que hoy llamaríamos «hipócritas», porque nos hemos hecho tan consecuentes; consecuentes, honrados y sin pizca de humor.

El único de los amigos íntimos de la viuda que no le había hecho una petición de matrimonio era Chojnicki. El mundo en que valía todavía la pena vivir estaba condenado a desaparecer. Y el mundo que seguiría no merecía tener ya habitantes dignos. Por lo tanto era absurdo quererse para siempre, casarse y engendrar acaso descendientes. Con sus ojos tristes, pálidos, azules, ligeramente saltones, Chojnicki había contemplado a la viuda, diciéndole: «¡Perdóname que no quiera casarme contigo!». Con estas palabras había dado por terminada su visita de pésame. La viuda se casó, pues, con el loco de Taussig. Necesitaba dinero y le resultaba más cómodo que un niño. En cuanto se le pasaba el ataque le rogaba que fuera a recogerle. Para allá se iba ella, lo dejaba que le diera un beso y se lo llevaba a casa. «¡Hasta la vista!», decía el señor Taussig al doctor que le acompañaba hasta la reja del departamento para incomunicados. «Hasta la vista y que sea pronto», decía la señora. Le gustaban las temporadas en que su marido estaba enfermo. Y se iban a su casa.

Había visitado a Chojnicki por última vez diez años antes, cuando todavía no estaba casada con Taussig. Era entonces no menos guapa que ahora y tenía diez años menos. Tampoco se volvió sola en aquella ocasión. La acompañó un teniente, joven y triste, como el teniente Trotta. Se llamaba Ewald y era ulano, pues allí, antes, había ulanos. Habría sido el primer dolor auténtico de su vida, de haberse visto obligada a volver sin acompañante, y habría sido una decepción que la acompañase, póngase por caso, un teniente primero. Para todo aquel que pasara de teniente no se sentía todavía en edad. Quizá sí, diez años más tarde. Pero los años se iban sumando, cruel y silenciosamente, disfrazados a veces bajo pérfidas formas. Contaba los días que iban pasando y, cada mañana, las pequeñas, diminutas arrugas, suaves redecillas que la edad había tejido por la noche alrededor de los ojos dormidos, ignorantes de lo que pasaba. Pero su corazón seguía siendo el de una mozuela de dieciséis años. Dotada de una juventud constante, su corazón vivía en un cuerpo que iba envejeciendo, como un hermoso secreto en ruinoso palacio. Cada uno de los jóvenes que la señora de Taussig acogía en sus brazos, era el huésped tan esperado. Pero, desgraciadamente, no pasaba del vestíbulo. La señora de Taussig no vivía: se limitaba a esperar. Los veía marchar, uno tras otro, con ojos preocupados, insatisfechos y amargados. Y se fue acostumbrando a que los hombres llegaran para volver a marcharse poco después; era ese linaje de los gigantes ingenuos, que parecían insectos de torpes movimientos, fugaces, y, sin embargo, de gran peso; ejército de toscos y necios soldados que intentaban volar con alas de plomo, guerreros que creían conquistar cuando se les despreciaba o poseer cuando se les estaban burlando o, en fin, que creían gozar cuando apenas habían probado el néctar; una horda de bárbaros, a la que, sin embargo, se esperaba toda la vida.

Quizá, quizá, un día surgiría de sus confusas y sombrías filas un único escogido, suave y resplandeciente, un príncipe con manos de bendición. ¡No acudió jamás! ¡Esperaba, y él no llegaba! Envejecía, y seguía sin acudir. La señora de Taussig oponía a los años una muralla de jóvenes apuestos. Temiendo ser descubierta por su mirada, se lanzaba a sus aventuras con los ojos cerrados. Con sus deseos encantaba, para su propio placer, a esos jóvenes necios. Desgraciadamente, no se daban cuenta de ello. Y no se transformaban en absoluto.

Efectuó una valoración del teniente Trotta. «Está viejo para sus años», pensó, «le habrán pasado cosas tristes que no le han servido para la sabiduría. No ama con pasión, pero tampoco con ligereza. Está tan triste ya que, como máximo, sólo se le puede hacer feliz».

A la mañana siguiente se le concedieron a Trotta tres días de permiso por «motivos de familia». A la una del mediodía se despidió de sus compañeros en el restaurante de la estación. Acompañado por la señora de Taussig, subió, entre la envidia y los vítores de los compañeros, en un compartimiento de primera, por el que había tenido que pagar, por cierto, un «suplemento».

Cuando se hizo de noche empezó a sentir miedo, como los niños ante las tinieblas, y salió del compartimiento para fumar o, mejor dicho, con el pretexto de querer fumar. Permaneció en el pasillo, confuso y aturdido, viendo a través de la ventanilla la serpiente voladora que se formaba instantáneamente en la noche con las pavesas de la locomotora y que desaparecía también en un instante. Observó las densas tinieblas de los bosques y las estrellas serenas en el cielo. Corrió

suavemente la portezuela y entró de puntillas en el compartimento.

—Quizás habría sido mejor que hubiésemos tomado un coche cama —dijo la mujer desde la oscuridad, sorprendiendo, atemorizando al teniente—. Usted no para de fumar. ¡Aquí también puede fumar!

Era evidente que la mujer todavía no dormía. La cerilla iluminó su rostro. Allí estaba, blanco, entre el pelo negro desordenado, sobre la butaca granate. Sí, quizás habría sido mejor ir en coche cama. La punta roja del cigarrillo resplandecía en la oscuridad. Pasaron sobre un puente y aumentó el trepidar de las ruedas.

—¡Estos puentes! —dijo la mujer—. Siempre tengo miedo de que se caigan.

«Sí, que se caigan pues», pensó el teniente. Simplemente había escogido entre una desgracia repentina y otra que se iba acercando lentamente. Estaba inmóvil delante de la mujer. Las luces de las estaciones que iban pasando iluminaban por unos momentos el compartimento y hacían aún más pálido el rostro pálido de la señora de Taussig. Carl Joseph no sabía qué decir. Supuso que en vez de hablar lo que tenía que hacer era besarla. Pero iba retrasando el beso cuanto podía. «Después de la próxima estación», se dijo. De repente, la mujer extendió la mano buscando el pestillo de la puerta del compartimento y, cuando lo encontró, lo hizo girar. Entonces, Trotta se inclinó para coger su mano.

En ese momento, la señora de Taussig deseó al teniente con la misma intensidad con que diez años antes había deseado al teniente Ewald, en ese mismo trayecto, a la misma hora y, quién sabe, quizás incluso en el mismo compartimento. Pero por el momento se había borrado el recuerdo de aquel ulano, como el de todos los que hubo antes y después de él. El placer arrollaba en su oleaje al recuerdo y arrastraba todos los vestigios que de él quedaban. La señora de Taussig se llamaba Valerie, pero solían llamarla con el diminutivo usual del país: Wally. Este nombre, que le llegaba en un suave murmullo en esos momentos de cariño, era cada vez algo nuevo para ella. Precisamente, ese joven que la estaba bautizando con su nombre, era todavía un niño, tierno como su nombre; como tenía por costumbre, indicó que ella era «mucho mayor» que él: nostálgica indicación que siempre se atrevía a hacer frente a esos jóvenes, como un atrevidísimo acto prudencial. Por lo demás, esta observación solía provocar en sus amantes una nueva serie de caricias. Ella buscaba en el recuerdo las palabras cariñosas que le había dicho a uno u otro y las repetía ahora. Entonces le tocaba el turno —y, desgraciadamente, conocía bien la secuencia— al ruego, siempre igual, por parte del hombre de no hablar del tiempo ni de los años. Conocía el escaso valor de esos ruegos, pero creía lo que ellos decían. Esperó. Pero el teniente Trotta callaba, taciturno jovencillo: La señora Wally temió que aquel silencio fuese una condena.

—¿A que no sabes cuántos años tengo? —le insinuó.

Trotta se quedó pasmado. No podía responder a esa pregunta y, además, tampoco le importaba. Advirtió aquel cambio repentino entre la frialdad y el ardor suave de la piel de ella; súbitos cambios climáticos, tan propios de esos maravillosos síntomas del amor. En el transcurso de una única hora

se acumulaban en un único hombro femenino todas las estaciones del año. Quedaban suprimidas las leyes inexorables del tiempo.

—Yo podría ser tu madre —dijo ella en un susurro—. A ver, adivina cuántos años tengo.

—No sé —repuso el infeliz.

—Cuarenta y uno —dijo la señora Wally.

Había cumplido los cuarenta y dos el mes anterior. Pero la naturaleza impide a muchas mujeres decir la verdad; la misma naturaleza que no permite que envejezcan. La señora de Taussig era quizá demasiado orgullosa para estafar tres años, pero robarle a la verdad un único y misérrimo año no era, en rigor, un robo a la verdad.

—¡Mientes! —dijo el al fin, con brutalidad, por cortesía, y la abrazó en un oleaje impetuoso de agradecimiento.

Por delante de la ventanilla pasaban las blancas luces de las estaciones, iluminaban el compartimiento, brillaban sobre el pálido rostro de ella y parecían descubrir de nuevo sus hombros desnudos. El teniente se apoyaba en su pecho como un niño. Sentía un dolor placentero, maternal, feliz. Por sus brazos corría el amor materno, que le provocaba un vigor renovado. Quería cuidar de su amante como si fuera su propio hijo, como si lo hubiera parido de su vientre, ese vientre donde ahora lo recibía. «¡Mi niño, mi niño!», repetía. Ya no tenía miedo a los años. Sí, por primera vez bendecía los años que la separaban del teniente. Cuando el alba de la mañana resplandeciente, veraniega ya, penetró por la ventanilla del compartimiento, presentó al teniente, sin temor, su rostro no preparado aún para recibir la luz del día. Ahora bien, ella contaba con los rojos albores de la mañana. Porque la ventanilla a la que estaban sentados daba, casualmente, a oriente. A Trotta le parecía que el mundo se había transformado. Comprobó que acababa de descubrir lo que era el amor o, mejor, acababa de realizarse la concepción que él tenía del amor. En realidad era tan sólo un chiquillo agradecido y satisfecho.

En Viena seguiremos juntos, ¿verdad?

«¡Mi niño, mi niño!», pensaba ella continuamente. Lo contemplaba con orgullo maternal, como si redundaran en su honor las virtudes que el teniente no poseía y que ella, como madre, le atribuía.

Iniciaron entonces una serie inacabable de pequeñas fiestas. ¡Qué suerte haber llegado para el Corpus! Ya sabría ella proporcionarse dos asientos de tribuna. Disfrutarían de aquel abigarrado desfile, que a ella tanto le gustaba, como a todas las mujeres austríacas, de cualquier clase social, en aquellos tiempos.

Consiguió los asientos de tribuna. La pompa alegre y solemne del desfile era también para ella un resplandor cálido que la rejuvenecía. Desde su juventud, la señora de Taussig conocía todas las fases, partes y leyes del desfile del Corpus, probablemente con no menos exactitud que el mayordomo de la corte, de manera parecida al público habitual de la ópera que se conoce con gran detalle todas las escenas de sus obras preferidas. El íntimo conocimiento de todas las características

del desfile no reducía en absoluto su afán de ver y contemplar; al contrario, la incitaban más a ello. En Carl Joseph se renovaban los antiguos sueños heroicos, tan ingenuos, que soñaba, satisfecho y feliz, en su casa durante las vacaciones, oyendo en el balcón los acordes de la marcha de Radetzky. Ante sus ojos desfilaba el poderío majestuoso del viejo imperio. El teniente pensaba en su abuelo, el héroe de Solferino, y en el patriotismo inalterable de su padre, comparable a un peñasco, pequeño pero fuerte, entre los altos picachos del poderío de los Habsburgo. Pensaba en su propia santa misión de morir por el emperador, en cualquier momento, en el mar y en la tierra y también en el aire, en cualquier parte. Se reanimaba la fórmula del juramento, prestado mecánicamente dos o tres veces. Las palabras se erguían, una tras otra, y cada palabra era un estandarte. Los ojos azules del jefe supremo de los ejércitos, esos ojos fríos presentes en tantos retratos, en tantos muros y paredes del imperio, irradiaban ahora la gracia paternal renovada y contemplaban, como un cielo totalmente azul, al nieto del héroe de Solferino. Brillaban los pantalones azules de la infantería. Desfilaban los artilleros, en sus uniformes color café, con la seriedad característica de la ciencia de la balística. Ardían al sol los rojos feces de los soldados bosnios en uniforme azul celeste, como diminutos fuegos artificiales que el Islam encendía en honor de su apostólica majestad. En las carrozas de negro barniz iban los caballeros del Toisón, cubiertos de oro, y los concejales, de rosados mofletes, en traje negro. Después ondeaban al viento, como majestuosas tempestades que dominasen su furia en la proximidad del emperador, los penachos de crin de la infantería. Finalmente, preparado por el estrépito de la generala, se iniciaba el canto de los querubines del ejército, terrenales pero apostólicos: «Dios mantenga, Dios proteja», por encima de la muchedumbre, de los soldados que desfilaban, de los caballos al paso y de los vehículos rodando silenciosos. Flotaba sobre todas las cabezas como un cielo de melodías, un dosel de notas negras y amarillas. El corazón del teniente se detenía y latía violentamente a la vez: una verdadera curiosidad médica. Entre los lentos acordes del himno cruzaban los vítores como blancas banderolas entre inmensos estandartes con blasones pintados. Los blancos caballos *lipizzaner* marchaban a paso de danza, con la gran coquetería de esos célebres corceles, procedentes de las yeguas reales e imperiales. Les seguía el chacoloteo de medio escuadrón de dragones, afiligranado estrépito del desfile. Los cascos negros brillaban, dorados, al sol. Resonaban los claros clarines y se oían las alegres voces de advertencia: «¡Atención, que viene el viejo emperador!».

Y llegó el emperador. Ocho caballos blancos como el azahar tiraban de su carroza. En los caballos iban montados los lacayos, que llevaban chaquetas negras con bordados de oro y pelucas blancas. Parecían dioses y eran sólo los criados de semidioses. A ambos lados de la carroza había dos guardias de corps húngaros con una piel de pantera negra y amarilla sobre los hombros. Recordaban a los centinelas de las murallas de Jerusalén, la Ciudad Santa, cuyo monarca era el emperador Francisco José. El emperador llevaba la casaca blanca con que se le conocía en todos los retratos y un gran penacho de plumas blancas en el sombrero. Las plumas se mecían suavemente al viento. El emperador sonreía para todos los lados. Sobre su viejo rostro, la sonrisa destacaba como un sol diminuto que él mismo hubiera creado. De la catedral San Esteban se oía el retumbar de las campanas; era el saludo que la Iglesia romana ofrecía al emperador romano-germánico. El

emperador descendió de la carroza con el paso elástico que le alababan todos los periódicos y se dirigió a la iglesia como un hombre cualquiera; el emperador romano-germánico iba a pie a la iglesia entre el retumbar de las campanas.

Ni un solo teniente de los ejércitos reales e imperiales habría podido asistir indiferente a esa ceremonia. Y Carl Joseph era uno de los más sensibles. Vio el dorado fulgor que irradiaba la procesión y no oyó el aleteo sombrío de los buitres. Porque por encima del águila bicéfala de las Habsburgo volaban, trazando círculos, los buitres, sus cordiales enemigos.

No, no se hundiría el mundo, como había dicho Chojnicki. Con sus propios ojos podía ver cómo vivía. Por la ancha Ringstrasse pasaban los habitantes de la ciudad, alegres súbditos de su apostólica majestad, todos ellos pertenecientes a su real casa. La ciudad era únicamente una inmensa casa real. En los soportales de los viejos palacios estaban los porteros de librea con sus báculos, poderosos, verdaderos dioses de los lacayos. Ante las puertas se detenían los negros carruajes con sus ruedas altas, llanta de goma y delgados rayos. Los caballos rozaban prudentes con sus cascos el empedrado. Los funcionarios del Estado, con sus sombreros, sus cuellos dorados y sus espadines, avanzaban dignos y sudorosos tras de la procesión. Las blancas colegialas, con flores en el pelo y velas en las manos, se volvían a sus casas, apretujadas entre sus padres en traje de ceremonia y apretujada también su alma, hecha cuerpo ahora, algo trastornada y, quizá, también ligeramente abatanada. Sobre los claros sombreros de las claras damas, que sus caballeros sacaban a pasear como a perritos, se inclinaba en cúpula el gracioso dosel de las sombrillas. Uniformes azules, negros, marrones, con adornos dorados, plateados, se movían de aquí para allá como extraños árboles y plantas escapados de un vergel meridional que quisieran ahora volver a la tierra. El fuego negro de los sombreros de copa brillaba sobre rostros fervientes y colorados. Abigarrados echarpes se extendían, como un arco iris ciudadano, sobre senos ubérrimos, chaquetillas y vientres. Por la calzada de la Ringstrasse ondeaban, en dos anchas hileras, los guardias de corps en blancas esclavinas con rojas solapas y grandes penachos de plumas, portando brillantes alabardas al puño. Ante ellos se detenían los tranvías, los coches de punto e, incluso, los automóviles como si fueran fantasmas bien conocidos de la historia. En los rincones y las esquinas, las floristas, gordas y con diez sayas y refajos —hermanas ciudadanas de las hadas—, regaban con jarros de color verde oscuro los brillantes ramos, bendecían con risueñas miradas a los enamorados que pasaban por su lado, hacían ramitos de muguete y soltaban sus agudas lenguas. Los dorados cascos de los bomberos brillaban como una advertencia de riesgos y catástrofes. Se percibía el olor de oxiacanta y lilas. Los ruidos de la ciudad no eran lo bastante fuertes para apagar los silbidos de los mirlos en los parques y jardines y los trinos de las alondras por los aires. Todo esto derramaba el mundo sobre el teniente Trotta. Carl Joseph estaba sentado en el coche junto a su amante, la quería y avanzaba, según se imaginaba, por el primer día bueno de su vida.

Efectivamente, parecía haber comenzado una nueva vida. Aprendió a beber vino como había aprendido a beber el «noventa grados» en la frontera. Comió con la señora de Taussig en aquel célebre restaurante dirigido por una patrona digna como una emperatriz, en un salón sereno y solemne como un templo, fastuoso como un palacio y tranquilo como una cabaña. Allí comían, en mesas

reservadas, excelentísimos señores, servidos por camareros que se les parecían muchísimo, de forma que casi podría decirse que huéspedes y criados intercambiaban sus funciones por riguroso turno. Todos se conocían por el nombre, como si fueran hermanos, pero se saludaban como príncipes. Conocían a los jóvenes y a los viejos, a los buenos y a los malos jinetes, a los galantes caballeros y a los jugadores, a los rumbosos y a los tacaños, a los favoritos, a los herederos de una antiquísima necedad proverbial, consagrada por la tradición y respetada por todos, y a los sabios y prudentes que en el mañana ocuparían el poder. Únicamente se oía el ligero susurro de tenedores y cucharas bien educadas y el risueño murmullo de los comensales en las mesas, palabras que sólo comprende el interlocutor y que los demás adivinan sin más. Los blancos manteles irradiaban un sereno fulgor; por las ventanas, con altos cortinajes, entraba callado el día; el vino salía, en un agradable murmullo, de las botellas. Para llamar al camarero era suficiente levantar la mirada, porque en ese galante silencio el parpadeo se percibía como una llamada.

Sí, así fue como empezó lo que él llamaba «la vida», que en aquel tiempo quizá lo era efectivamente: el paseo en un carruaje que se desliza entre los intensos aromas de la plena primavera, al lado de una mujer que le quiere. Sus tiernas miradas justificaban su propio convencimiento de ser un hombre excelente, poseedor de muchas virtudes e, incluso, «un magnífico oficial», con el sentido especial que tenía este adjetivo en el ejército. Recordaba que casi toda su vida había estado triste, retraído o, prácticamente, amargado. Pero por la forma en que ahora se comportaba no comprendía cómo podía haber estado triste, retraído y amargado. La muerte cercana le había atemorizado. Sin embargo, ahora obtenía incluso un placer en los nostálgicos recuerdos dirigidos a Katharina y a Max Demant. En su propia opinión la vida había sido dura hacia él. Merecía ahora las tiernas miradas de una hermosa mujer. Pero a veces la miraba ligeramente atemorizado. ¿Acaso no se lo había llevado como si fuera un muchacho, para que disfrutara por unos pocos días? Eso era algo que no aceptaría. Él era, como acababa de comprobar, un magnífico caballero, y quien le quisiera debía quererle totalmente, con honradez y hasta la muerte, como la pobre Katharina. ¡Quién sabe en cuántos hombres estaría pensando esa hermosa mujer!, que ahora parecía quererle únicamente a él, o al menos así lo aparentaba. ¿Tenla celos? ¡Sí, Carl Joseph estaba celoso! Inmediatamente se dio cuenta de que nada podía hacer. Estaba celoso y sin posibilidad alguna de permanecer allí ni de seguir viaje con ella, tenerla cuanto tiempo quisiera, conocerla a fondo y hacerla suya. Sí, él era solamente un pobre e insignificante tenientillo, con cincuenta coronas de renta mensual que le pasaba su padre, y, para colmo, tenía deudas...

—¿Jugáis mucho en vuestra guarnición? —le preguntó de repente la señora de Taussig.

—Mis compañeros sí —dijo él—. El capitán Wagner, por ejemplo, ¡pierde horrores!

—¿Y tú?

—Yo no —dijo el teniente.

En ese instante el teniente supo de qué forma podría ser poderoso. Se indignaba frente a su destino mediocre. Quería que fuera brillante. Si se hubiese convertido en funcionario del Estado

habría tenido ocasión de emplear con provecho algunas de las cualidades intelectuales que sin duda poseía, habría hecho carrera. ¿Pero qué hacía un oficial en la paz? Incluso en la guerra, ¿qué había logrado con su hazaña el héroe de Solferino?

—¡Que no juegas! —dijo la señora de Taussig—. No tienes aspecto de ser uno de esos que saben ganar a las cartas.

Esto le ofendió. Inmediatamente concibió la idea de demostrar que tenía suerte. ¡En todo! Fue forjando secretos planes para ese mismo día, para ahora, para esa misma noche. Sus abrazos eran como provisionales muestras de un amor que quería darle en el mañana, cuando sería un hombre, no sólo excelente, sino además poderoso. Pensaba en la hora, miraba el reloj y buscaba un pretexto para irse. La señora Wally le dijo ella misma que se marchara.

—Se hace tarde, tienes que irte.

—Hasta mañana por la mañana.

—Sí, hasta mañana.

El portero del hotel le indicó una sala de juego cercana. Saludó al teniente con atareada cortesía. Vio a unos oficiales y se puso firme ante ellos, según ordenaba el reglamento. Los oficiales lo saludaron con indiferencia al tiempo que lo contemplaban atónitos, como si no comprendieran que los tratara militarmente, como si ya no fueran parte del ejército sino sólo despreocupados portadores del uniforme y como si este forastero ignorante despertara en ellos un lejano recuerdo de otra época, cuando todavía eran oficiales del ejército. Ahora se encontraban en otro departamento de su vida, quizás en un departamento secreto, y únicamente sus uniformes y estrellas les recordaban su vida cotidiana, usual, que volvería a empezar al día siguiente con la salida del sol. El teniente contó el dinero que tenía: en total, ciento cincuenta coronas. Hizo lo que había visto hacer al capitán Wagner: puso cincuenta coronas en el bolsillo y el resto en la pitillera. Estuvo un rato en una de las dos ruletas, pero sin apostar, pues no conocía bien las cartas y no se atrevía con ellas. Estaba muy tranquilo y sorprendido de su propia serenidad. Vio cómo disminuían los montoncillos de fichas rojas, blancas, azules, allí, para aumentar o pasar hacia allá. Pero no pensaba que había ido allí para que todas las fichas pasaran a ser suyas. Finalmente se decidió a jugar, como quien cumple con una obligación. Ganó. Apostó la mitad de la ganancia y volvió a ganar. No miraba los colores ni los números. Ponía las fichas en cualquier parte. Y ganó. Apostó ahora todo lo ganado. Ganó por cuarta vez. Un comandante le hizo una señal. Trotta se levantó.

—Usted está aquí por primera vez —dijo el comandante—. Ha ganado ya mil coronas. Será mejor que se vaya inmediatamente.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —dijo Trotta, y se marchó.

Cuando cambió las fichas sintió haber obedecido al comandante. Se indignó por hacer caso de cualquiera. ¿Por qué permitía que le echaran? ¿Y por qué no tenía valor para volver? Se fue, descontento de sí mismo, insatisfecho de la primera vez que había ganado.

Era ya tarde y la calle estaba tan silenciosa que se oían los pasos de los transeúntes desde lejanas calles. En el retazo de cielo que se descubría en lo alto, enmarcado por las casas de la callejuela, brillaban extrañas y serenas las estrellas. Una oscura figura dio la vuelta a la esquina y se acercó al teniente. Se tambaleaba; seguramente se trataba de un borracho. El teniente lo reconoció al instante: era el pintor Moser, dando su ronda habitual por las calles nocturnas de la ciudad, con la carpeta y el sombrero de anchas alas. Saludó con el índice y se dispuso a ofrecerle sus dibujos. «Sólo chicas y en todas las posturas». Carl Joseph se detuvo. Pensó que el destino le enviaba al pintor Moser. No sabía que todas las noches a esa misma hora, desde hacía años, habría podido encontrar al profesor en alguna de las callejas del casco antiguo. Sacó del bolsillo las cincuenta coronas que se había reservado y se las dio al viejo. Lo hizo como si alguien se lo hubiera exigido en silencio; como quien cumple órdenes. Se sorprendió de su propia acción. Intentó hallar los motivos que le daban la razón al pintor Moser, pero no pudo hallarlos. Se sorprendió más todavía y sintió deseos de tomar unas copas; esa sed del bebedor que es sed del alma y del cuerpo, como si, de repente, se viera menos que un miope y se oyera menos que un sordo. Entonces es preciso tomar inmediatamente, allí donde uno esté, unas copas. El teniente dio media vuelta, cogió al pintor Moser y le preguntó:

—¿Dónde podemos tomar unas copas?

Cerca había una taberna, no lejos de la Wollzeile. Allí servían sliwowitz, el cual, desgraciadamente, tenía veinticinco por ciento menos de alcohol que el «noventa grados». El teniente y el pintor tomaron asiento. Bebieron. Trotta se fue dando cuenta de que ya no era el dueño de sus propios destinos, de que ya no era un excelente caballero provisto de todas las virtudes. Pobre y miserable era él y triste por haber obedecido a un comandante que le había impedido ganar cien mil coronas. ¡No! ¡No estaba hecho para la suerte! La señora de Taussig y el comandante de la sala de juego, en fin, todos, todos se burlaban de él. Solamente ése, el pintor Moser —y ya podía llamarle su amigo—, era honrado, fiel y sincero. Había que mostrarle su agradecimiento. Este excelente caballero era el más antiguo y único amigo de su padre. No había que avergonzarse de él. ¡Había pintado el retrato del abuelo! El teniente dio un profundo, suspiro como para sacar ánimos del aire y dijo:

—¿Sabe usted que ya hace mucho tiempo que nos conocemos?

El pintor irguió la cabeza, sus ojos brillaron bajo las apretadas cejas.

—¿Que nosotros nos conocemos? —le preguntó—, ¿desde hace tiempo? ¿Y personalmente? Bueno, como pintor me conoce usted, claro. Como pintor tengo mucha fama. Pero, lo siento, lo siento, me parece que usted se equivoca. ¿O quizá? —Moser se quedó pensativo—, ¿quizá me confunda con otra persona?

—Me llamo Trotta —dijo el teniente.

El pintor Moser miró sin expresión, con sus ojos turbios, al teniente y le dio la mano. Después estalló en un grito de alegría. Arrastró al teniente de la mano por encima de la mesa, se inclinó hacia él y se besaron en el centro de la mesa, fraternalmente, largo rato.

—¿Y qué hace tu padre? —preguntó el profesor—. ¿Todavía ejerce su cargo? ¿Ya es gobernador? Nunca he sabido nada más de él. No hace mucho tiempo me lo encontré aquí, en el Volksgarten, me dio dinero. No iba solo, le acompañaba su hijo, ese muchachito... ¡Pero calla, si eres tú!

—Sí, ése era yo entonces —dijo el teniente—. Pero de eso ya hace mucho tiempo, muchísimo tiempo. Recordó el espanto que le produjo ver aquella mano roja y pegajosa sobre la rodilla de su padre.

—Tengo que pedirte perdón, sí, perdón —dijo el teniente—. Aquella vez te traté como a un perro, ¡como a un perro! ¡Perdóname, querido amigo!

—Sí, como a un perro —confirmó Moser—. ¡Te perdono! Y no hablemos más del asunto. ¿Dónde vives? ¡Quiero acompañarte!

Cerraban ya la taberna. Avanzaron abrazados tambaleándose por las tranquilas callejuelas.

—Aquí me quedo yo —murmuró el pintor—. Aquí tienes mi dirección. Visítame mañana, hijo mío. —Y entregó al teniente una de sus pretenciosas tarjetas de visita, de esas que solía repartir por los cafés.

Capítulo XIV

Por casualidad hacía también mal tiempo aquel triste día en que el teniente Trotta tenía que reincorporarse a su batallón. Paseó una vez más por las calles por donde dos días antes había pasado la procesión. Entonces, pensó el teniente, entonces se había sentido satisfecho por una breve hora de su profesión. Pero ahora, al pensar que tenía que volver, se sentía acosado como un prisionero por sus guardianes. Por primera vez el teniente Trotta se rebelaba contra las leyes militares que dominaban su vida. Llevaba obedeciendo desde su más tierna infancia. Y ya no quería obedecer más. Ciertamente no conocía el significado de la libertad, pero sabía que se distinguía de un permiso como la guerra se diferencia de las maniobras. Imaginó esa comparación porque era un soldado y porque la guerra es la libertad del soldado. Pensó entonces que la munición necesaria para la libertad era el dinero. Pero la suma que ahora poseía era como los cartuchos para salvos que se disparaban en las maniobras. ¿Acaso poseía algo? ¿Podía concederse la libertad? ¿O quizá su abuelo, el héroe de Solferino, le había dejado una fortuna en herencia? ¿Heredaría a su padre? Nunca antes había hecho tales reflexiones, que ahora acudían a él como una bandada de extrañas aves, anidaban en su cerebro y revoloteaban inquietas. Oía ahora las desconcertantes llamadas del mundo. Sabía desde la víspera que Chojnicki se iría ese año más temprano que de costumbre de su país. Esa misma semana se iría con su amiga hacia el sur. Sintió los celos de un amigo, lo cual le avergonzó doblemente. Él se iba a la frontera del noroeste. Pero la mujer y el amigo se iban al sur. Y el «Sur», que hasta entonces había sido simplemente un calificativo geográfico, brillaba con todos los deslumbrantes colores de un paraíso desconocido. El sur estaba en un país extranjero. Es decir que había también países extranjeros, no sometidos al emperador Francisco José I, que poseían sus propios ejércitos; con millares de tenientes en pequeñas y grandes guarniciones. En esos países el nombre del héroe de Solferino no significaba nada en absoluto. También allí había monarcas. Y esos monarcas poseían sus propios personajes que les habían salvado la vida. Era desconcertante en extremo tener tales pensamientos, tan desconcertante para un teniente de la monarquía como para nosotros mismos lo es pensar que este mundo es sólo uno entre millones y millones y millones de astros y que en la Vía Láctea existen todavía soles innumerables y que cada sol posee sus propios planetas y, en fin, que no somos más que unos insignificantes individuos, para no ser groseros y decir que somos una mierda.

De las ganancias obtenidas en el juego el teniente poseía todavía setecientas coronas. No se había atrevido a entrar en otra sala de juego, no sólo por temor a encontrar a aquel comandante desconocido, que quizás actuaba por orden del mando central, sino también porque se horrorizaba al recordar su triste huida. ¡Ay! Muy bien sabía que abandonaría inmediatamente otras cien veces cualquier sala de juego, obediente a los deseos y a una simple indicación de un superior. Y, como un niño cuando está enfermo, reconocía con dolor, pero no sin cierta complacencia, que era incapaz de

forzar su destino. Se compadecía enormemente. En ese momento le iba bien compadecerse. Tomó unas copas e inmediatamente se sintió cómodo en su impotencia. Como al hombre que va a la cárcel o al convento, al teniente le parecía que el dinero que llevaba consigo era superfluo y constituía sólo una carga. Decidió gastarlo todo de una vez. Entró en la tienda donde su padre le había comprado la pitillera de plata y eligió un collar de perlas para su amiga. Con un ramo de flores en la mano, las perlas en el bolsillo y el rostro apenado se presentó a la señora de Taussig.

—Te he traído unas cosas —confesó, como queriendo decir: «He robado unas cosas para ti».

Sentía que representaba un papel extraño que por derecho; no le correspondía: el papel de un hombre de mundo. En el momento preciso en que tenía el regalo en la mano pensó que era ridículamente exagerado, humillante para sí mismo y, quizá, ofensivo para la rica mujer.

—Te ruego que me perdones —dijo—. Quería comprarte una cosilla pero... —y ya no supo qué más decir. Se puso colorado e inclinó la mirada.

¡Ay! El teniente Trotta no conocía a las mujeres que ven cómo pasan los años y se acerca la vejez. Tampoco sabía que aceptan cualquier regalo como un don maravilloso que las rejuvenece y que sus ojos, sabios y nostálgicos, saben valorar de manera muy distinta. Por lo demás, a la señora de Taussig le gustaba verlo así, como un chiquillo que no sabe qué hacer, y cuanto más evidente era la juventud del teniente, tanto más joven se sentía ella. Se le echó al cuello, arrebatada y sabía, y lo besó como a su propio hijo, llorando porque iba a perderlo y riendo porque todavía lo tenía allí y también porque las perlas eran muy bonitas. En un mar de lágrimas, furioso y magnífico, le dijo:

—Eres muy bueno, muy bueno, hijo mío.

Inmediatamente sintió haber pronunciado esta frase, en especial las palabras «hijo mío», porque la hacían sentirse con más edad de la que realmente tenía en ese momento. Por suerte, advirtió de inmediato que el teniente estaba orgulloso y satisfecho como si el jefe supremo de los ejércitos le hubiese concedido una condecoración personalmente. «Es demasiado joven para darse cuenta de mi edad», pensó.

Pero para destruir, eliminar y hundir en el océano de su pasión su verdadera edad cogió al teniente por los hombros, cuyos huesos cálidos y suaves iba desconcertando con sus manos, y lo atrajo hacia el sofá. Se lanzó sobre él con aquel deseo inmenso de rejuvenecerse. En violentas llamaradas estallaba en ella la pasión, ataba al teniente y lo subyugaba. Sus ojos parpadeaban frente al rostro del joven encima de ella. Sólo con mirarlo rejuvenecía. Y ¡qué voluptuosidad sentirse eternamente joven!, un placer tan grande como su afán de amor. Por un momento creyó que no podría separarse de ese teniente. Pero unos instantes después dijo:

—¡Qué lástima que te vayas ya!

—¿No volveré a verte más? —le preguntó él, dócil, joven amante.

—Espérame y yo volveré —contestó, añadiendo rápidamente—: ¡No me engañes con otra! —con el temor propio de la mujer que envejece ante la infidelidad y la juventud de las otras.

—Sólo te quiero a ti —le respondió la voz sincera de un joven para quien nada parecía tan importante como la fidelidad.

Ésa fue su despedida.

El teniente se fue a la estación, llegó demasiado temprano y tuvo que esperar mucho rato. Le parecía que ya estaba de viaje. Todos los minutos de más que hubiera pasado en la ciudad habrían sido penosos para él, incluso quizá vergonzosos. Intentaba atenuar su obligación de marcharse, haciendo como si se marchara un poco antes de lo que debía. Finalmente pudo subir al vagón. Pronto quedó sumido en un sueño feliz, casi ininterrumpido. Se despertó poco antes de llegar a la frontera. Su asistente Onufrij le esperaba. Se habían producido desórdenes en la ciudad. Las obreras de la fábrica de crin organizaban una manifestación y las fuerzas armadas estaban en estado de alerta.

El teniente Trotta comprendió entonces por qué Chojnicki se había marchado tan pronto del país. Eso es lo que hacía, marcharse «hacia el sur» con la señora de Taussig. Y él era sólo un débil prisionero y no podía dar media vuelta inmediatamente, subir al tren y marcharse.

Delante de la estación no había hoy coches: esperando. El teniente Trotta tuvo que ir a pie hasta la ciudad. Le seguía Onufrij con el macuto en la mano. Las tiendecillas de la ciudad estaban cerradas. Las puertas de madera y los postigos de las casas bajas estaban atrancados con barras de hierro. Los gendarmes andaban de patrulla por las calles con la bayoneta calada. No se oía nada a excepción del croar acostumbrado de las ranas en las ciénagas. El polvo que producía incesantemente esa tierra arenosa había caído, llevado por el viento, a manos llenas sobre los tejados, las paredes, las estacadas, los pavimentos de madera y los escasos sauces. Diríase que el polvo de los siglos yacía ahora sobre ese mundo olvidado. Por la calle no se veía a nadie. Parecía que todos habían sido afectados por una muerte repentina detrás de las puertas y ventanas atrancadas. Delante del cuartel estaba apostada una doble guardia. Desde el día anterior se hallaban allí todos los oficiales; el hotel de Brodnitzer estaba vacío.

El teniente Trotta comunicó su vuelta al comandante Zoglauer, quien le indicó que le había sentado bien el viaje. De acuerdo con las ideas de un hombre que llevaba más de diez años sirviendo en la frontera, un viaje no podía sino sentarle bien a uno. Y como si se tratara de un asunto corriente, sin importancia, el comandante le dijo al teniente que al día siguiente temprano saldría una sección de cazadores y tomaría posición delante de la fábrica de crin para intervenir, en caso necesario, frente a las «actividades subversivas» al mando de esta sección. Se trataba de una cosa sin importancia y había razones para creer que la gendarmería sería suficiente para inspirar a esa gente el debido respeto; sólo era necesario tener sangre fría y no intervenir demasiado pronto. Por lo demás, las autoridades políticas gubernamentales decidirían si los cazadores habrían de intervenir o no. Evidentemente no era una labor agradable para un oficial y menos eso de dejarse impartir órdenes por un jefe de distrito. Pero, en fin, se trataba de una misión delicada que suponía también una distinción para el teniente más joven del batallón y, además, sus compañeros no habían disfrutado de permiso alguno y que tenía que aceptarlo, pues, por simple compañerismo y que tal y que cual...

—¡A la orden, mi comandante! —exclamó el teniente y se retiró.

No había nada que decir contra el comandante Zoglauer. Se lo había rogado, a él, nieto del héroe de Solferino; no se lo había mandado. Además, el nieto del héroe de Solferino había gozado de un inesperado y magnífico permiso. Atravesó el patio y se dirigió a la cantina. El destino le había preparado esa manifestación. Por eso había ido a la frontera. Creía saber ahora que el taimado destino le había regalado ese permiso para poder destruirle mejor después. Estaba convencido de ello. Los otros estaban en la cantina, lo saludaron jubilosos, menos por cordialidad hacia el recién llegado que por afán de «saber algo». Todos le preguntaron cómo le había ido el «asunto». Únicamente el capitán Wagner dijo:

—Cuando mañana haya pasado todo, ya nos lo contará.

Todos callaron de repente.

—¿Y si me matan mañana? —dijo el teniente Trotta al capitán Wagner.

—Puah —replicó el capitán—. Sería una muerte asquerosa. Sí, muchacho, ese asunto es un asco. En resumidas cuentas, son unos infelices y, a lo mejor, incluso tienen razón.

El teniente no había pensado que se trataba de unos infelices y que quizá podían tener razón. Encontró perfecta la observación del capitán y ya no dudó de que eran sólo unos infelices. Se tomó dos «noventa grados» y dijo:

—Pues entonces no daré orden de disparar. Ni permitiré que avancen con la bayoneta calada. ¡Que se las arregle la gendarmería por sí sola!

—Harás lo que tengas que hacer. ¡Tú ya lo sabes!

¡No! En ese momento, Carl Joseph no lo sabía. Bebió. Rápidamente se encontró en aquel estado de ánimo en que se sentía capaz de hacerlo todo. No acatar las órdenes, salir del ejército y dedicarse a los juegos de azar que dan dinero. No habría más muertos sobre su camino. «Abandona este ejército», le había dicho el doctor Max Demant. Demasiado tiempo había sido un cobarde, un pusilánime. En vez de abandonar el ejército había pedido el traslado a la frontera. Pero, en fin, ahora la cosa se acababa. No iba a permitir que lo degradaran para convertirlo en una especie de policía aventajado, porque si no, a los cuatro días lo tendrían de servicio por la calle dando informaciones a los forasteros. ¡Qué ridiculez, esa vida del soldado en tiempo de paz! La guerra no llegará jamás. ¡Y se pudrirán en las cantinas! ¡Pero él, el teniente Trotta, vete a saber, quizá la semana siguiente ya estaría a esa hora en el «Sur»!

Todo eso se lo decía a gritos, vehemente, al capitán Wagner. Algunos compañeros los rodeaban y escuchaban. Muchos había poco interesados en una guerra. La mayoría se habría contentado con su actual situación, si el sueldo hubiera sido algo más elevado, un poco menos incómoda la vida en la guarnición y algo más rápidos los ascensos. A muchos el teniente Trotta les resultaba raro e incluso inquietante. Se le sabía protegido por las altas esferas. Acababa de volver de un permiso magnífico. ¡Vaya! Y ahora no le venía bien tomar posición delante de la fábrica de crin.

El teniente Trotta sintió a su alrededor un silencio hostil. Por primera vez desde que estaba en el ejército decidió provocar a sus compañeros. Sabiendo lo que más les dolería exclamó:

—Es posible que solicite el traslado a la escuela de estado mayor.

—Claro, ¿por qué no? —dijeron los oficiales.

Si había pedido el traslado de la caballería también podía pedir ahora el traslado a la escuela de estado mayor. Y seguro que aprobaría los exámenes e incluso le nombrarían general por las buenas, cuando ellos acababan apenas de ser nombrados capitanes y podían calzar espuelas. En fin, no era mala cosa para él presentarse al día siguiente ante los revoltosos.

Al día siguiente tuvo que levantarse muy temprano. Porque era el ejército quien controlaba el paso de las horas. El ejército cogía el tiempo y lo ponía en el sitio que le correspondía de acuerdo con el criterio militar. Si bien «las actividades subversivas que atentaban contra la seguridad del Estado» no se esperaban hasta mediodía, ya a las ocho de la mañana avanzaba el teniente Trotta por la polvorienta y ancha carretera. Los soldados estaban tendidos, en pie o paseando entre los pabellones, limpios y ordenados, de los fusiles. Las alondras cantaban, y los grillos entonaban su cri-cri y los mosquitos zumbaban. Sobre los lejanos campos se veían brillar los pañuelos de colores de las aldeanas. Cantaban ellas. A veces les respondían los soldados, hijos del país, con las mismas canciones. ¡Bien hubieran sabido ellos lo que tenían que hacer allí en los campos! Pero no comprendían por qué esperaban aquí. ¿Era ya la guerra? ¿Iban a morir ese día a mediodía?

Cerca había una taberna. Allá se dirigió el teniente Trotta a tomar un «noventa grados». La taberna, una estancia baja de techo, estaba abarrotada. El teniente se dio cuenta de que eran los obreros que a las doce se reunirían delante de la fábrica. Todos se callaron cuando él entró, chirriando y con tremendos correajes. Se quedó junto al mostrador. Demasiado lento, muy lento, el tabernero movía las botellas y los vasos. Detrás de Trotta se erguía el silencio, una ingente montaña callada. Vació el vaso de un trago. Notó que todos esperaban que se marchara. Hubiera deseado decirles que él no podía hacer nada. Pero no era capaz de decirles nada ni de marcharse. No quería dar la sensación de que tenía miedo y se tomó unas cuantas copas más de aguardiente. Seguían callados. Quizás a su espalda se hacían señales. El teniente no se giró. Finalmente salió de la taberna y le pareció que atravesaba aquella dura roca de silencio; más de cien miradas se clavaban en su nuca como sombrías lanzas.

Cuando se reunió con su sección le pareció que era oportuno llamar a formación, a pesar de que eran sólo las diez de la mañana. Se aburría y sabía también que la tropa se desmoraliza si se aburre y que los ejercicios con el fusil sirven para mantener la moral. En un santiamén tuvo a la tropa formada en dos hileras entre sí, según ordena el reglamento. De pronto le pareció, seguramente por primera vez desde que era soldado, que las extremidades idénticas de los hombres eran piezas muertas de máquinas muertas que nada producían. La sección estaba inmóvil; todos los hombres sostenían la respiración. El teniente Trotta, que hacía unos instantes había sentido a su espalda la calma poderosa y sombría de los obreros en la taberna, se dio cuenta cabal de que existen dos clases de calma. Pensó

también que había todavía otras formas de silencio, como también hay muchos tipos de ruidos. Nadie llamó a formación a los obreros cuando él entró en la taberna. Sin embargo, se habían callado de repente. Y de su silencio fluía un odio callado y sombrío, como sale a veces el silencioso bochorno eléctrico de las nubes cargadas infinitamente mudas, prueba de que todavía no ha desaparecido la tormenta. El teniente Trotta escuchaba atentamente. Se sucedían los rostros de piedra. Muchos le recordaban a su asistente Onufrij. Anchas eran las bocas y pesados los labios, que apenas se podían cerrar; ojos claros, estrechos, sin mirada. Allí se hallaba, delante de su sección, el pobre teniente Trotta, bajo la cúpula azul, gloriosa, de un día de verano, todavía primaveral, entre el canto de las alondras, el cri-cri de los grillos y el zumbido de los mosquitos. Sin embargo creía oír, más fuerte aún que todas las voces del día, el silencio muerto de sus soldados. En ese momento tuvo la certeza absoluta de que él nada tenía que hacer allí. «Pero entonces, ¿dónde? —se preguntó mientras la sección esperaba que siguiera dando órdenes—. ¿A dónde debo ir yo? ¡No con aquellos que están en la taberna! ¿Quizás a Sipolje? ¿A la tierra de mis mayores? ¿Debería empuñar el arado y no el sable?». El teniente dejó que sus soldados siguieran en la posición inmóvil de firmes.

—¡Descansen! —mandó finalmente—. ¡Rompan filas!

Todo siguió como antes. Detrás de los pabellones formados con los fusiles estaban tendidos los soldados. De los campos lejanos llegaba el canto de las aldeanas. Los soldados respondían con las mismas canciones.

De la ciudad llegaba la gendarmería. Eran tres cuerpos de guardia y algunos refuerzos acompañados por el jefe de distrito Horak. El teniente Trotta le conocía. Era un buen bailarín polaco de Silesia, garboso y honrado a la vez, que le recordaba a su padre, a pesar de que nadie lo conocía. Y su padre había sido cartero: Iba de uniforme, según exigían las disposiciones del reglamento, ya que estaba de servicio, la chaqueta verdinegra con solapas violetas y el espadín. Le brillaba el pequeño bigote rubio, como doradas mieses y, en sus mejillas anchas y rosadas, se olían ya a lo lejos los polvos. Estaba contento como en un domingo, en un desfile.

—Se me ha encargado —dijo al teniente Trotta— disolver inmediatamente la asamblea. Está usted a punto, señor teniente.

Distribuyó a los gendarmes alrededor de la gran plaza desierta delante de la fábrica en que debería celebrarse la asamblea.

—¡Está bien! —dijo el teniente Trotta y se marchó dando media vuelta.

Esperó. De buena gana se hubiera tomado otro «noventa grados», pero ya no podía volver a la taberna. Vio cómo el sargento y un cabo se iban a la taberna y volvían al cabo de un rato. Se tendió sobre la hierba y esperó. Avanzaba el día y ascendía el sol por el horizonte. Callaron los cantos de las aldeanas en la lejanía. Le parecía que había transcurrido una eternidad desde su vuelta de Viena. De aquellos días lejanos recordaba únicamente a la mujer, que hoy seguramente ya estaba en el «Sur», aquella mujer que le había abandonado, «traicionado», pensó. Y allí estaba en la frontera, junto al camino y esperaba, no al enemigo sino a los manifestantes. Y éstos llegaban. Se dirigían a la

taberna. Les precedían cantos, una canción que el teniente no había oído jamás. Una canción que apenas se había oído en la comarca. Era la Internacional cantada en tres lenguas distintas. El jefe de distrito la conocía por razones de su oficio. El teniente Trotta no comprendía ni media palabra, pero le pareció que esa melodía era el silencio oído antes a sus espaldas, transformado en música. Se fue excitado, solemnemente, el garboso jefe de distrito. Corría de uno a otro de los gendarmes. En la mano sostenía cuaderno y lápiz. El teniente ordenó formar una vez más. Como una nube caída sobre la tierra, el apiñado grupo de manifestantes pasó junto a la doble valla rígida de las dos hileras de cazadores. El teniente tuvo un oscuro presentimiento de que se acababa el mundo. Recordó los mil colores de la procesión de Corpus y, por un instante, le pareció que la negra nube de los rebeldes rodaba a enfrentarse con el desfile imperial. Por el espacio de un brevísimo momento el teniente tuvo la fuerza sublime del visionario: vio a los tiempos enfrentarse como dos peñascos y él, el teniente, parecía aplastado entre ambos.

Sus hombres se ponían el fusil al hombro mientras allí delante, sostenido por manos invisibles, aparecía por encima de la negra muchedumbre, siempre agitada, la cabeza y el torso de un hombre. Inmediatamente, ese cuerpo flotando formó casi el centro perfecto de un círculo. Levantó las manos al aire. De su boca salieron incomprensibles sonidos. La muchedumbre gritó. Junto al teniente, con el cuaderno y lápiz en la mano, estaba el jefe de distrito, Horak. De repente cerró el cuaderno y avanzó hacia la muchedumbre situada al otro lado de la carretera, lentamente, entre dos gendarmes con sus armas brillando al sol.

—¡En nombre de la ley! —gritó.

Su clara voz dominó la del orador. La asamblea quedaba disuelta.

Se produjo un segundo de silencio. Después estalló un único grito de todas las bocas. Junto a los rostros surgieron los blancos puños de los hombres; cada rostro era flanqueado por dos puños. Los gendarmes formaron un cordón. Un instante después se puso en movimiento el semicírculo humano. Todos avanzaban corriendo contra los gendarmes.

—Bayoneta calada —ordenó el teniente. Desenvainó el sable. No podía advertir que su arma relumbraba al sol y lanzaba un reflejo fugaz, juguetón e irritante sobre el otro lado de la, calle en sombras, donde se encontraba la muchedumbre. Las puntas de los cascos de los gendarmes y de las bayonetas desaparecieron de repente entre la muchedumbre.

—¡A la fábrica! —ordenó Trotta—. ¡De frente, mar! Los cazadores avanzaron mientras les caían encima oscuros objetos de hierro, pardos maderos y blancas piedras, silbaban, zumbaban, roncaban. Como un hurón, Horak corrió junto al teniente.

—¡Mande que disparen, señor teniente —le rogó—, por el amor de Dios!

—¡Alto! —gritó el teniente, y después—: ¡Fuego! Los cazadores dispararon la primera salva al aire, de acuerdo con las instrucciones del comandante Zoglauer. Seguidamente se produjo un gran silencio. Durante un segundo se pudieron oír las pacíficasavecillas de aquel mediodía de verano. Se sentía el calorazo agradable del sol entre el polvo que habían levantado los soldados y la

muchedumbre y el ligero olor a quemado de los cartuchos disparados que el viento disipaba ya. De repente el claro alarido de una voz femenina rasgó el silencio del mediodía. Algunos manifestantes creyeron que había sido alcanzada por una bala y empezaron de nuevo a lanzar cuanto tenían a mano, de cualquier manera, contra los militares. A ellos se unieron otros; pronto todos lanzaban una cosa u otra. Algunos cazadores de la primera fila comenzaron a caer al suelo; allí estaba el teniente Trotta, bastante indeciso, con el sable en la diestra y buscando con la izquierda la pistola. A su lado oyó la voz de Horak, como un murmullo que le decía: «¡Fuego! ¡Por el amor de Dios, ordene que disparen!». En un solo instante rodaron por la excitada mente del teniente Trotta cientos de deshilvanados pensamientos e ideas, muchas de ellas a la vez; voces confusas le ordenaban en su corazón que tuviese compasión, o que fuese cruel, le recordaban también lo que habría hecho su abuelo en semejante situación, amenazándole con la muerte próxima, o sugiriéndole también que la muerte era la única salida posible y deseable de esa lucha. Sintió que alguien le levantaba el brazo y que una voz desconocida salía de su garganta para mandar: «¡Fuego!». Alcanzó a ver que los fusiles encañonaban a la muchedumbre. Un segundo después ya nada más pudo saber. Porque una parte de los manifestantes, que parecía haber huido al principio, o que hizo como si huyera, había dado un rodeo y volvía ahora corriendo para situarse a espaldas de los cazadores. De esta forma, la sección del teniente Trotta se encontró entre los dos grupos. Cuando los cazadores disparaban la segunda salva, caían sobre ellos piedras y maderos con clavos en sus espaldas y nuca. Una de esas armas dio contra la cabeza del teniente Trotta, quien cayó desmayado al suelo. Aun caído siguió recibiendo toda clase de objetos. Los cazadores dispararon sin órdenes ya, para cualquier parte, contra los atacantes y los pusieron en fuga. La acción duró apenas tres minutos. Los cazadores, bajo las órdenes del sargento, cerraron las filas. En el polvo de la carretera había obreros y soldados heridos. Las ambulancias tardaron bastante en llegar, llevaron al teniente Trotta al pequeño hospital militar, donde se comprobó que tenía fractura de cráneo y también de la clavícula izquierda. Se temía que presentara una encefalitis. Un destino, evidentemente absurdo, le había deparado al nieto del héroe de Solferino una herida en la clavícula. Por lo demás, nadie entre los vivientes, a excepción quizá del emperador, podía saber que los Trotta debían su ascenso en la escala social a una herida en la clavícula del héroe de Solferino.

A los tres días presentó, en efecto, una encefalitis. Seguramente se habría avisado al jefe de distrito de no haber rogado el teniente, el mismo día que ingresó en el hospital, después de recuperar el conocimiento, con insistencia al comandante que no se dijera nada de lo sucedido a su padre bajo ningún concepto. Ciertamente era que el teniente había vuelto a perder el conocimiento y que había motivos sobrados para temer por su vida, pero a pesar de ello el comandante decidió esperar todavía. Y así fue como el jefe de distrito no se enteró, hasta dos semanas después, de la rebelión de la frontera y del papel poco brillante desempeñado por su hijo. Primero conoció la noticia por los periódicos, que habían sido informados por los políticos de la oposición. Éstos estaban decididos a hacer responsables de los muertos, las viudas y los huérfanos al ejército, al batallón de cazadores y al teniente Trotta, que había dado la orden de disparar. Trotta corría el riesgo de que se le abriera efectivamente un expediente; es decir: se le abriría formalmente un expediente para calmar a los

líderes políticos. Su redacción correría a cargo de las autoridades militares y constituiría un motivo para rehabilitar al acusado e incluso, quizá, para galardonarlo de alguna manera. A pesar de todo, el jefe de distrito no estaba nada tranquilo. Telegrafió incluso dos veces a su hijo y también al comandante Zoglauer. Por aquellas fechas el teniente ya se encontraba mejor. Todavía no se podía mover en la cama, pero su vida estaba ya fuera de peligro. Escribió un breve informe a su padre. Por lo demás, no estaba preocupado en lo más mínimo por su salud. Pensaba que se habían vuelto a cruzar muertos por su camino y estaba decidido a solicitar la excedencia del ejército. Con tales preocupaciones le habría resultado imposible ver a su padre y hablar con él, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Sentía añoranza por su padre, pero sabía también que en él no podría hallar un refugio. El ejército, además, ya no era su profesión. Aunque se horrorizaba al pensar en los motivos por los que se hallaba en el hospital, no se lamentaba de su enfermedad, que le obligaba a retrasar la necesidad de tomar una decisión. Se abandonó al triste olor del fenol, a la blanca soledad de las paredes y de la cama, al dolor que sufría cuando le cambiaban los vendajes, a la rígida y maternal benevolencia de los enfermeros y a las aburridas visitas de los compañeros eternamente alegres. Leyó algunos de aquellos libros —los primeros que leía desde que había salido de la academia— que su padre le había dado en fechas lejanas como lectura amena y distraída. Cada línea le recordaba a su padre y a las tranquilas mañanas de verano y a Jacques, al músico mayor Nechwal y a la marcha de Radetzky.

Un día fue a visitarle el capitán Wagner. Permaneció largo rato sentado junto a la cama, dijo una u otra cosa, se levantó y volvió a sentarse. Finalmente sacó, con un suspiro, una letra de cambio del bolsillo de la chaqueta y le pidió a Trotta que la firmara. Trotta firmó. Se trataba de quinientas coronas. Kapturak había exigido terminantemente que Trotta diera esa fianza. El capitán Wagner se puso muy animado, contó con muchos detalles una historia de un caballo de carreras que quería comprar a buen precio y que llevaría a las competiciones de Baden. Añadió un par de anécdotas sobre el tema y se marchó repentinamente.

Dos días después llegó el comandante médico, pálido y preocupado, y le contó a Trotta que el capitán Wagner había muerto. Se había pegado un tiro en el bosque junto a la frontera. Había dejado escrita una carta de despedida a los compañeros y un cordial saludo para el teniente Trotta.

El teniente no pensó en la letra de cambio ni en las consecuencias de su firma. Volvió a tener fiebre. Soñaba, en voz alta, que los muertos le llamaban y que ya le había llegado la hora de marcharse de este mundo. El viejo Jacques, Max Demant, el capitán Wagner y los obreros desconocidos muertos a tiros, todos se ponían en fila y le llamaban. Entre Trotta y los muertos había una mesa de ruleta, vacía, sobre la que giraba la bola, que no movía mano alguna, y que sin embargo giraba incesantemente.

La fiebre persistió durante dos semanas: Motivo excelente para las autoridades militares de ir retrasando la formación del expediente y de comunicar a diversas entidades políticas que el ejército también había tenido sus víctimas, de las cuales era responsable la autoridad gubernamental, que debería haber enviado refuerzos a tiempo para la gendarmería. Se acumularon actas inmensas sobre

el caso del teniente Trotta, que fueron aumentando y, en cada oficina por donde pasaron, rociadas con un poco de tinta, como si fueran flores, para que crecieran mejor. Finalmente, el asunto fue a parar al gabinete militar del emperador, porque un auditor muy circunspecto había descubierto que el teniente era nieto de aquel héroe de Solferino, desaparecido hacía ya tantos años, persona que había estado estrechamente relacionada con el jefe supremo de los ejércitos, a pesar de que todo estaba ya muy olvidado; en consecuencia, el caso de este teniente debería interesar a las más altas esferas; era mejor esperar antes de cerrar el expediente.

Y así fue como el emperador, que acababa de volver de Ischl, una mañana a las siete tuvo que ocuparse de un tal Carl Joseph marqués de Trotta y Sipolje. El emperador, viejo ya, si bien algo recuperado gracias a su estancia en Ischl, no acababa de explicarse por qué la lectura de ese nombre le hacía pensar en la batalla de Solferino. Se levantó de su mesa escritorio y, con los pasos cortos de un anciano, empezó a pasear por la habitación, muy sencillamente amueblada, donde solía trabajar. El emperador no cesaba de pasear, hasta tal punto que su viejo ayuda de cámara acabó por intranquilizarse y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó el emperador—. ¿A qué hora viene Montenuovo? —preguntó al descubrir a su criado.

—¡A las ocho, majestad!

Faltaba aún media hora para las ocho. Pero el emperador no podía soportar más su actual estado de ánimo. ¿Por qué, por qué el nombre de Trotta le hacía pensar en la batalla de Solferino? ¿Y por qué no conseguía recordar los detalles del caso? ¿Acaso era ya tan viejo? Desde que había vuelto de Ischl le preocupaba saber los años que tenía, porque de repente le parecía sorprendente que para saber la edad hubiera que restar de la fecha actual la fecha del nacimiento. ¡Pero los años empezaban el 1 de enero y su cumpleaños era el 18 de agosto! ¡Ah, ojalá hubiesen empezado los años en agosto! La cosa habría resultado también fácil si hubiera nacido, por ejemplo, el 18 de enero. Pero, así, era imposible saber si tenía ochenta y dos y había empezado ya el ochenta y tres o si tenía ochenta y tres y había empezado el ochenta y cuatro. ¡Y al emperador le habría disgustado tener que preguntar esas cosas! Además, todos estaban muy ocupados y tampoco tenía importancia ser un año más joven o más viejo. Aunque hubiera sido más joven, tampoco habría recordado por qué ese condenado de Trotta le hacía pensar en la batalla de Solferino. El jefe de su casa civil seguramente lo sabría. Pero no llegaría hasta las ocho. ¡Quizá lo supiera su ayuda de cámara!

El emperador detuvo su deambular a pequeños pasitos.

—Dígame usted, ¿recuerda el nombre de Trotta? —preguntó al criado.

En realidad, el emperador hubiera querido tratar de tú al criado, como hacía con frecuencia, pero se trataba esta vez de la historia universal y el emperador tenía incluso respeto por las personas a las que preguntaba acerca de hechos históricos.

—¡Trotta! —dijo el ayuda de cámara del emperador—. ¡Trotta!

El criado también era muy viejo. Recordaba vagamente un libro de lecturas donde había una historia titulada «La batalla de Solferino». Súbitamente brilló el recuerdo en su rostro como un sol.

—¡Trotta! —exclamó—. ¡Trotta! ¡Es el que salvó la vida a su majestad! —El emperador se acercó a la mesa escritorio. Por la ventana abierta del gabinete entraba el júbilo matinal de los pajarillos de Schönbrunn. El emperador sintió que era joven otra vez. Oyó las descargas de los fusiles y creyó que le agarraban por la espalda y lo arrastraban al suelo. De repente recordó perfectamente el nombre de Trotta, tan bien como el de Solferino.

—Bien, bien —dijo el emperador, y le indicó con un gesto al criado que se retirase.

El emperador tomó la pluma y escribió al margen del informe Trotta: «¡Désele curso favorable!».

Después se levantó y se acercó a la ventana. Alegres estaban los pajarillos y el emperador les sonreía como si los viera.

Capítulo XV

El emperador era viejo. Era el emperador más viejo del mundo. A su alrededor rondaba la muerte, trazando círculos y círculos, segando y segando. El campo ya estaba vacío y solamente quedaba el emperador, como una última espiga de plata olvidada. Esperaba, sus ojos claros y duros miraban perdidos desde hacía muchos años en una inmensa lejanía. Su cráneo estaba calvo como un curvado desierto. Las arrugas de su cara eran matorrales donde se escondían los lustros. Flaco el cuerpo y caídas las espaldas. En su casa se movía sólo a pasitos, pero en cuanto salía a la calle intentaba endurecer sus muslos, las rodillas elásticas, ligeros los pies y derecha la espalda. Sus ojos irradiaban una artificial benevolencia, con la característica auténtica de los ojos imperiales: parecían ver a todos los que miraban al emperador y saludar a todos los que le saludaban. Pero, en realidad, las imágenes pasaban sin que él las viera, y sus ojos observaban únicamente aquella suave y delicada línea que marca el límite entre la vida y la muerte, junto al horizonte; esa línea que ven siempre los ancianos, aun cuando la oculten casas, bosques o montañas. Las gentes creían que Francisco José sabía menos que ellos porque era mucho más viejo. Pero, quizá sabía más cosas que muchos de ellos. Veía cómo el sol se ponía en su imperio, pero nada decía. Sabía que él moriría antes de que desapareciera su imperio. A veces se hacía el ingenuo y se alegraba cuando le explicaban detalladamente cosas que ya sabía. Le gustaba confundir a la gente con aquella astucia tan propia de niños y viejos. Y se alegraba al ver la vanidad con que se probaban a sí mismos que eran más sabios que él. Ocultaba su sabiduría bajo la capa de la ingenuidad, porque no es digno de un emperador ser sabio como sus consejeros. Más vale ser ingenuo que sabio. Cuando iba a cazar, sabía bien que le ponían la caza al alcance de su escopeta y, a pesar de que hubiera podido tirar sobre otros venados, disparaba únicamente sobre los que habían puesto a su alcance inmediato. Porque no es digno de un emperador demostrar que se da cuenta de un ardid y que sabe disparar mejor que un montero. Si le contaban embustes hacía como si los creyera. Porque no es digno de un viejo emperador demostrarle a alguien que está mintiendo. Si se reían a sus espaldas hacía como si no se diera cuenta. Porque no es digno de un emperador darse cuenta de que se están riendo de él; y mientras él no quisiera darse cuenta de ello, seguirían siendo unos necios los que así se rieran. Si tenía fiebre y todos se atemorizaban a su alrededor y su médico de cámara le decía para tranquilizarlo que no tenía fiebre, él solía responder: «Entonces no hay por qué preocuparse», a pesar de saber que tenía fiebre. Además, también sabía que no había sonado todavía la hora de su muerte. Conocía bien esas noches, tantas noches, en que la fiebre lo atosigaba, sin que sus médicos lograran enterarse de que estaba enfermo. Porque a veces estaba enfermo y nadie se daba cuenta. En otras ocasiones se encontraba bien y le decían que estaba enfermo y él hacía como si efectivamente lo estuviera. Cuando le creían benévolo era simplemente indiferente. Cuando le reprochaban su frialdad era precisamente cuando mayor era su dolor. Había vivido lo bastante para darse cuenta de que es pura necedad querer decir

la verdad. Dejaba que la gente viviera engañada y creía menos en la continuidad de su mundo que los graciosos que contaban chistes sobre su persona por todo el vasto imperio. Pero no es digno de un emperador discutir con graciosos y sabelotodos. Y callaba, pues, el emperador.

A pesar de que se había recuperado y de que su médico de cámara estaba satisfecho de su pulso, sus pulmones y su respiración, a pesar de todo, estaba constipado desde el día anterior. No quería que advirtieran su constipado. Podrían impedirle que fuera a las maniobras del ejército en la frontera oriental y quería volver a ver, por lo menos un día, las maniobras. El nombre de su salvador, que ya había vuelto a olvidar, le recordaba Solferino. No le gustaban las guerras —porque sabía que se pierden— pero le gustaban la milicia, el juego bélico, los uniformes, la instrucción, pasar revista a la tropa, los desfiles, los ejercicios de compañía. A veces le molestaba comprobar que los oficiales llevaban gorras más altas que la suya, los pantalones con raya y botines de charol y los cuellos de la blusa demasiado altos. Algunos iban incluso con el rostro totalmente afeitado. No hacía mucho había visto en la calle, por casualidad, a un oficial de la guardia nacional completamente afeitado, lo que le afectó durante todo el día. Pero, cuando se presentaba ante los soldados, éstos daban cuenta claramente, una vez más, de lo que distingue la ordenanza de la mera fanfarronada. A uno o a otro se les podía alzar la voz, sin contemplaciones. Porque, en el ejército, el emperador podía asumir cualquier función; en el ejército incluso el emperador era soldado. ¡Ah! Cómo le gustaba oír los clarines, a pesar de que siempre pretendía estar interesado por el plan de avance. Si bien sabía que Dios le había puesto en el trono, a veces, en un mal momento, lamentaba no ser oficial en primera línea y tenía cierta inquina hacia los oficiales de estado mayor. Recordaba que, al finalizar la batalla de Solferino, había gritado como un sargento a las tropas, que avanzaban sin ninguna disciplina, hasta conseguir que formaran. Estaba convencido —pero ¿a quién hubiera podido decírselo?— de que diez buenos sargentos valían más que veinte oficiales de estado mayor. Tenía unos enormes deseos de salir de maniobras.

Decidió disimular su constipado y utilizar el pañuelo lo menos posible. Nadie debería saberlo: quería sorprenderles en plena maniobra y dar también una sorpresa a toda la comarca. Se alegraba de los temores de las autoridades gubernamentales, que no habrían tomado las medidas de seguridad necesarias. Él no tenía miedo. Sabía perfectamente que no había sonado todavía la hora de su muerte. A todos los atemorizó. Intentaron disuadirle. Pero él siguió firme en sus trece. Y un buen día se subió al tren imperial y se marchó en dirección hacia el este.

En el pueblo de Z, a no más de diez leguas de la frontera rusa, se le organizó el alojamiento en un viejo palacio. El emperador habría preferido vivir en una de las chozas donde se alojaban los oficiales. Hacía años ya que no le dejaban gozar de la auténtica vida militar. En una sola ocasión, en el curso de la desventurada campaña de Italia, había encontrado, por ejemplo, una pulga de verdad, viva, en su cama y no había dicho nada a nadie. Porque él era un emperador y los emperadores no hablan de insectos. Ya entonces ésa era su opinión.

Cerraron las ventanas de su dormitorio. Por la noche no podía dormir, mientras a su alrededor dormían todos los que tenían que vigilarle. El emperador, en una larga camisa de dormir, con

pliegues, saltó de la cama y despacito, despacito, para no despertar a nadie, abrió la alta y estrecha ventana. Se quedó un rato allí de pie. Respiraba el fresco hálito de la noche otoñal y veía las estrellas en el cielo intensamente azul y las hogueras rojas de los soldados que vivaqueaban. Una vez había leído un libro sobre sí mismo donde se decía: «Francisco José I no es un romántico». «Y escriben de mí que no soy un romántico —pensaba el anciano—, pero adoro las hogueras en el campamento». Le habría gustado ser un teniente cualquiera, ser joven todavía. «Es posible que no sea nada romántico, pero me gustaría ser joven», pensaba. «Si no me equivoco, tenía dieciocho años cuando ascendí al trono», seguía pensando el emperador. «Cuando ascendí al trono», le parecía atrevida esa frase, muy atrevida; en ese preciso momento le resultaba difícil considerarse emperador. ¡Claro, claro! Constaba en el libro que le habían entregado con una de aquellas dedicatorias de costumbre, profundamente respetuosas. Era, sin duda alguna, Francisco José I. Delante de su ventana se extendía la cúpula infinita, intensamente azul, de la noche tachonada de estrellas. Ancha y llana era la tierra. Le habían dicho que esa ventana daba al nordeste. Es decir, que contemplaba el país hasta Rusia. Pero, evidentemente, no se podía distinguir la frontera. En ese momento el emperador Francisco José habría querido contemplar las fronteras de su imperio. ¡Su imperio! El emperador sonrió. La noche era azul, redonda, inmensa y tachonada de estrellas. Junto a la ventana estaba el emperador, flaco y viejo, en una blanca camisa de dormir, sintiéndose muy pequeño frente a la noche inconmensurable.

El último de sus soldados, patrullando delante de las tiendas de campaña, era más poderoso que él. ¡El último de sus soldados! Y él era el jefe supremo de los ejércitos. Todos los soldados prestaban juramento de fidelidad al emperador Francisco José I por Dios Todopoderoso. Él era su majestad por la gracia de Dios y creía en Dios Todopoderoso. Detrás del estrellado azul del cielo se ocultaba, inconcebible, el Todopoderoso. Eran sus estrellas las que brillaban allá en el cielo y era su cielo el que cubría la tierra. Y Dios había dado un pedazo de esa tierra, concretamente la monarquía austro-húngara, a Francisco José I. Y Francisco José I era un viejo flaco, que se hallaba a la ventana y temía a cada momento ser descubierto por sus vigilantes. Se oía el cri-cri de los grillos. Su canto, infinito como la noche, producía en el emperador la misma sensación de devoto respeto que las estrellas. A veces le parecía que las estrellas cantaban. Sentía escalofríos, pero tenía miedo de cerrar la ventana: a lo mejor no le salía tan bien como antes. Le temblaban las manos. Recordó que había estado ya de maniobras en esa comarca, hacía muchos años. También surgía el dormitorio, donde se hallaba ahora, de entre sus recuerdos. Pero no sabía si habían transcurrido diez, veinte o más años desde entonces. Le parecía estar flotando sobre el mar del tiempo, sin rumbo alguno, arrastrado sobre la superficie de las aguas y arrojado muchas veces hacia los escollos que ya debería haber conocido. Y un día, en un punto cualquiera, se hundiría. Tuvo que estornudar. «¡Sí, claro, el resfriado! ¡Ojalá no se haya despertado nadie!», pensó. Escuchó con atención. Nada se oía en la antecámara. Con mucho cuidado volvió a cerrar la ventana y se volvió de puntillas con sus delgados pies, a la cama. Llevaba consigo la imagen de la cúpula azul del cielo, tachonada de estrellas. La conservaba todavía cerrando los ojos. Así se durmió, bajo el manto de la noche, como si estuviera al raso.

Como siempre que estaba «en campaña» —expresión con la que denominaba las maniobras—, se despertó, puntualmente, a las cuatro de la madrugada. A su lado, en la habitación, estaba ya el criado. Afuera, detrás de la puerta, bien lo sabía él, esperaban ya sus edecanes. Sí, había que iniciar la jornada, y en todo el día apenas podría estar una hora a solas. Pero esa noche había conseguido engañarles y se había pasado un buen cuarto de hora junto a la ventana. Sonrió, recordando el buen rato que había podido disfrutar sin que ellos lo supieran. Sonrió al criado y al asistente, que entraba en ese momento y permanecía inmóvil, como de piedra, al ver al emperador, sorprendido por su sonrisa, por los tirantes de su majestad, a quien veía por primera vez en su vida, sorprendido también por las grandes patillas, un poco despeinadas, que correteaban de acá para allá, entre la sonrisa, como una cansada y viejaavecilla, sorprendido finalmente por la tez amarillenta del emperador y por su calva, con la piel llena de caspa. No sabía si tenía que sonreír como el viejo o si era mejor esperar en silencio. De repente el emperador se puso a silbar. Efectivamente, puso los labios en punta, los extremos de sus patillas se elevaron algo y el emperador comenzó a silbar una melodía, muy conocida, aunque un poco deformada. Parecía un diminuto caramillo.

—Hojos siempre está silbando esta canción. Me gustaría saber cómo se llama —dijo el emperador. Pero ni el criado ni el asistente lo sabían. Poco después, cuando se estaba lavando, el emperador ya había olvidado la canción.

Era un día de mucho trabajo. Francisco José echó un vistazo a la cuartilla donde estaba escrito su programa para ese día, hora tras hora. Había únicamente una iglesia griega en la población. Primero oficiaría la misa un sacerdote católico romano, después lo haría el griego. Lo que más le cansaba eran las ceremonias religiosas. Tenía la sensación de que ante Dios tenía que estar firme como ante un superior. ¡Y era ya viejo! «¡Me podría haber dispensado de más de una cosa! —pensaba el emperador—. Pero Dios es más viejo que yo y sus decisiones son para mí tan incomprensibles como las mías para los soldados de mi ejército. Y, ¿adónde iríamos a parar si todos los subordinados se dedicaran a criticar a sus superiores?». Por el alto arco de la ventana el emperador veía el sol de Dios surgiendo por el horizonte. Se persignó e inclinó la rodilla. Desde tiempo inmemorial había visto salir el sol cada mañana. Durante toda su vida casi siempre se había levantado antes de salir el sol, de la misma manera en que un soldado se levanta más temprano que su superior. Conocía todas las salidas del sol, las ardientes y alegres del verano y las tardías y turbias en la niebla otoñal. Si bien no recordaba ya las fechas, ni los nombres de los días, meses y años en que le había acompañado la suerte o la desgracia, recordaba empero las mañanas que habían iniciado todos los días importantes de su vida. Sabía que aquella mañana había sido triste y oscura, y aquella otra, serena. Todas las mañanas había trazado la señal de la cruz y se había arrodillado, de la misma forma en que muchos árboles abren cada mañana sus hojas al sol, tanto en los días de tempestad, como en los que acude el hacha destructora, o cuando cae la escarcha mortal en primavera o en días de paz, calor, vida.

El emperador se levantó. Llegó el barbero. Como todas las mañanas, le afeitaron el mentón, le recortaron las patillas y se las peinaron con esmero. En los pabellones de la oreja y delante de las narices el frío metal de las tijeras le producía cosquillas. A veces, el emperador tenía que estornudar.

Ese día estaba sentado delante de un espejo ovalado y seguía con suma atención los movimientos de las delgadas manos del barbero. A cada pelo que caía, a cada pasada de la navaja y del peine o el cepillo, el barbero daba un salto hacia atrás y musitaba: «¡Majestad!», con voz temblorosa. El emperador no oía las palabras suavemente pronunciadas. Sólo veía los labios del barbero en perpetuo movimiento; no se atrevía a preguntar, pero pensaba que el hombre estaba un poco nervioso.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el emperador.

El barbero —que tenía el grado de cabo, a pesar de llevar sólo medio año en el ejército, donde servía a la perfección a su coronel y disfrutaba del favor de todos sus superiores— pegó un salto hasta la puerta, con la elegancia propia de su oficio, pero también con aire marcial, en un gesto mezcla de salto, reverencia y posición de firmes.

—¡Hartenstein! —exclamó el barbero.

—¿Por qué está usted saltando? —preguntó Francisco José.

No recibió respuesta. El cabo se acercó otra vez temeroso al emperador y terminó su tarea con mano diligente, apresurada. Quería marcharse cuanto antes y volver al campamento.

—Quédese usted un momento —dijo el emperador—. ¡Ah!, veo que usted es cabo. ¿Lleva usted mucho tiempo sirviendo en el ejército?

—Medio año, majestad —murmuró el barbero.

—¡Vaya, vaya! Y ya es usted cabo. ¡En mis tiempos —dijo el emperador como si estuviera hablando un veterano—, la cosa no iba tan rápido! Pero usted es un guapo soldado. ¿Quiere seguir en el ejército? El barbero Hartenstein tenía mujer e hijo y una buena tienda en Olmütz y ya había intentado en dos ocasiones simular que padecía reumatismo articular para que pronto le dieran la licencia. Pero no podía decirle que no al emperador.

—Sí, majestad —dijo, y en aquel momento se dio cuenta de que había echado su vida a perder.

—Ah, pues entonces, muy bien, desde ahora es usted sargento. ¡Pero no se ponga tan nervioso! Bueno, el emperador ya había hecho feliz a alguien. Se alegraba. Se alegraba. Se alegraba. Había realizado una buena obra con ese Hartenstein. Ya podía empezar la jornada. Su coche le esperaba. Marcharon despacio hacia la iglesia griega, subiendo hacia el cerrillo en cuya cumbre estaba situada. La doble cruz dorada refulgía al sol de la mañana. La banda militar interpretaba el «Dios mantenga...». El emperador se apeó y entró en la iglesia. Se arrodilló ante el altar; movía los labios, pero no rezaba. Todo el rato estuvo pensando en el barbero. El Todopoderoso no podía conceder al emperador repentinas manifestaciones de gracia como las que el emperador concedía a un cabo, lo cual era una lástima. Rey de Jerusalén: el título más alto que Dios podía conceder a un monarca. Y Francisco José era ya rey de Jerusalén. «Lástima», pensó el emperador. Alguien le musitó al oído que afuera, en el pueblo, le esperaban todavía los judíos. Los había olvidado completamente. «¡Ay, todavía faltan esos judíos! —pensó el emperador, preocupado—. ¡Bueno! ¡Que pasen!». Pero había que ir rápido, porque, si no, llegaría tarde a la batalla.

El sacerdote griego terminó la misa apresuradamente. La banda militar volvió a tocar el himno «Dios mantenga...». El emperador salió de la iglesia. Eran las nueve de la mañana. La batalla empezaba a las nueve y veinte. Francisco José decidió montar a caballo y dejar el coche. También podía recibir a esos judíos desde el caballo. Ordenó que se llevaran el coche y galopó en dirección a los judíos. A la salida del pueblo, donde empezaba la ancha carretera, que iba al campamento y al lugar de la batalla, se le acercaron los judíos como una negra nube. La comunidad hebrea se inclinaba ante el emperador como un campo de extrañas espigas negras. Desde lo alto del caballo veía las espaldas dobladas ante él. Se les acercó y pudo distinguir las largas barbas de plata, negras y rojas, flotando al viento suave del otoño, y las largas narices huesudas que parecían buscar algo por el suelo. El emperador estaba montado en su caballo blanco y llevaba una capa azul. Sus patillas brillaban en el plateado sol otoñal. De los campos en derredor se levantaban los blancos velos de la niebla. Hacia el emperador avanzaba el superior de los judíos, un viejo con el ropón blanco a rayas que se usa para la oración, con su barba suelta al aire. El emperador avanzaba al paso. Los pies del viejo hebreo cada vez eran más lentos. Al final pareció detenerse en un punto determinado, a pesar de que seguía moviéndose. Francisco José sentía escalofríos. Se detuvo tan repentinamente que el caballo se encabritó. Bajó entonces del caballo, al igual que sus acompañantes. Las botas limpias y relucientes se cubrieron con el polvo de la carretera, y sus delgadas puntas, con el estiércol gris pesado. Como una marea, los judíos apiñados avanzaban hacia él. Se erguían e inclinaban sus espaldas. Sus barbas, negras como el carbón, rojas, plateadas, se mecían al viento suave. El viejo se detuvo a tres pasos del emperador. En sus brazos llevaba el gran rollo purpúreo de la tora, adornado con una corona dorada; las campanillas sonaban suavemente. El judío levantó el rollo de la tora hacia el emperador. Su boca sin dientes murmuró, en una lengua incomprensible, la bendición que los judíos tienen que pronunciar en presencia de un emperador. Francisco José inclinó la cabeza. Sobre su gorra negra pasaba el fino, plateado veranillo de San Martín; por los aires gritaban los ánades salvajes y en una alquería lejana rompía a cantar un gallo. Por lo demás, todo era silencio. De la muchedumbre hebrea se levantó un oscuro murmullo. Inclinaron más todavía la espalda. El cielo se extendía azul, plateado, infinito, sin nubes, sobre la tierra.

—Dichoso eres —dijo el judío al emperador—, porque no verás el fin del mundo.

«¡Ya lo sé!», pensó el emperador. Dio la mano al viejo. Se giró y montó a caballo.

Se fue al trote por la izquierda, sobre los duros terrones de los campos otoñales, seguido de su comitiva. Llevadas por el viento, oyó las palabras que el jefe de escuadrón Kaunitz dirigió a un amigo a su lado:

—No he comprendido ni una sola palabra de lo que ha dicho el judío.

—Es que sólo me hablaba a mí, querido Kaunitz —dijo el emperador girándose sobre la silla y siguió cabalgando.

No comprendía en absoluto lo que pasaba en las maniobras. Sabía únicamente que los «azules» luchaban contra los «rojos». Dejaba que se lo explicaran todo. «Bien, bien», repetía una y otra vez.

Le alegraba que la gente creyera que se esforzaba por comprender sin conseguirlo. «¡Necios!», pensaba. Meneaba la cabeza. Pero la gente creía que movía la cabeza porque era ya viejo. «Bueno, bueno», iba repitiendo el emperador. Las operaciones estaban ya muy avanzadas. El ala izquierda de los azules, situada una legua y media detrás del pueblo de Z, se batía en retirada, ininterrumpidamente, desde hacía dos días ante el avance arrollador de la caballería de los rojos. El centro se sostenía en P, territorio accidentado, de difícil ataque y fácil de defender, pero donde podían quedar bloqueados si los rojos conseguían cortar la comunicación entre el centro y las alas derecha e izquierda de los azules, objetivo hacia el cual dedicaban toda su atención. El ala izquierda estaba retrocediendo, pero la derecha no cedía; al contrario, de forma tal que cabía suponer que quería rodear los flancos del enemigo. En opinión del emperador era una situación bastante banal. Si él se hubiera encontrado al frente de los rojos habría atraído hacia sí el ala de los azules, que avanzaba apresurada hacia delante, mediante constantes retrocesos y, al mismo tiempo, habría procurado que la fuerza de choque del enemigo se concentrara en la punta, de forma que finalmente quedara algún espacio descubierto entre esta ala y el centro. Pero nada dijo el emperador. Le preocupaba tremendamente que el coronel Lugatti, triestino, y vanidoso como sólo podían serlo los italianos, según opinaba firmemente Francisco José, llevaba el cuello del abrigo muy alto, tan alto como en rigor solamente pueden serlo los de las blusas, al tiempo que tenía desabrochado coquetamente el cuello alto, feísimo, para que se le vieran las insignias de su cargo.

—Dígame, coronel —preguntó el emperador—, ¿dónde encarga usted sus capas? ¿En Milán? La verdad es que ya no me acuerdo en absoluto de cómo son allí los sastres.

El coronel de estado mayor, Lugatti, dio un taconazo y se abrochó el cuello de la capa.

—Y ahora le pueden tomar a usted por un teniente —dijo Francisco José—, porque joven sí que parece usted.

Espoleó el caballo y galopó hacia el montecillo donde solía estar reunido el generalato a imitación de las viejas batallas. Estaba decidido a interrumpir las «operaciones militares» si éstas duraban demasiado, porque tenía irresistibles deseos de contemplar el desfile. Francisco Fernando seguro que lo hacía de otra manera. Se decidía por uno u otro bando y empezaba a dar órdenes y ganaba siempre él, claro. ¿Qué general se habría atrevido a vencer al príncipe heredero? El emperador fue mirando con sus pálidos ojos azules los rostros que tenía delante. «¡Hatajo de vanidosos!», pensó. Unos años antes habría llegado a indignarse. ¡Pero ahora ya no, ya no! No sabía exactamente su propia edad pero se daba cuenta, cuando estaba con los demás, de que tenía que ser muy viejo. A veces tenía la sensación de que estaba flotando y de que se alejaba de los hombres y de la tierra. A medida que las contemplaba las personas empequeñecían a su alrededor y las palabras le llegaban desde muy lejos y desaparecían como un eco indiferente. Cuando le ocurría una desgracia a ése o a aquél, el emperador advertía que se esforzaban por decírselo con sumo cuidado. ¡Ay!, no sabían ellos que él podía soportarlo todo. Ya desde hacía mucho tiempo anidaban en su corazón los grandes pesares, y los recientes acudían a sumarse a los antiguos, como hermanos esperados desde mucho antes. Ya no se indignaba tan violentamente. Ni tampoco se alegraba tanto. Padecía menos

intensamente. Ordenó entonces, efectivamente, que interrumpieran «las operaciones bélicas» y que empezara el desfile. Sobre los campos sin límites fueron formando los regimientos de todas las armas, desgraciadamente en gris de campaña: era una de esas innovaciones que no disfrutaban del favor imperial. En fin, por lo menos brillaba el rojo sangriento de los pantalones de los de caballería sobre el amarillo reseco de las rastrojeras y destacaba entre el gris de la infantería como fuego entre nubes. Delante de las filas en marcha, los sables despedían cortos y apagados relámpagos, mientras las cruces rojas brillaban sobre fondo blanco detrás de las secciones de ametralladoras. Como antiguos dioses marciales avanzaba la artillería sobre sus pesados carruajes, y los hermosos caballos, bayos y overos, se encabritaban en un gesto de sumisión fuerte y orgullosa. Con los prismáticos, Francisco José observaba los movimientos de cada sección. Durante unos minutos se sintió orgulloso de su ejército y también durante unos minutos sintió pena por su pérdida. Porque lo veía ya destruido y disuelto, esparcido entre las muchas naciones de su vasto imperio. Veía ponerse el gran sol dorado de los Habsburgo, que estallaba en el fondo abismal del universo, fragmentándose en muchos diminutos soles que iluminarían como astros independientes las independientes naciones. «¡Nada! ¡No les da la gana que yo les siga gobernando!», pensó el viejo. «¡En fin, que la cosa no tiene remedio!», añadió pensativo. Porque era un austríaco.

Provocando el espanto de todos los mandos, descendió por el cerrillo y empezó a pasar revista a los inmóviles regimientos, casi sección por sección. A veces pasaba entre las filas, examinaba las mochilas y los macutos nuevos; aquí y allá sacaba de las mochilas una lata de conservas y preguntaba por su contenido; aquí y allá se detenía ante un rostro mudo y le preguntaba por su pueblo, familia y profesión, escuchaba apenas la respuesta y a veces extendía su vieja mano y daba unos golpecitos a un teniente en la espalda. Así llegó también al batallón de cazadores donde servía Trotta.

Hacía cuatro semanas que Trotta había salido del hospital. Estaba al frente de su sección, pálido, flaco e indiferente. Cuando se iba acercando el emperador, fue dándose cuenta de su propia indiferencia y lo lamentó. Le parecía que dejaba de cumplir con su deber. Tanto el ejército como el emperador eran extraños para él. El teniente Trotta se encontraba en la situación de una persona que no solamente ha perdido su patria, sino además su añoranza por ella. Sentía compasión por el anciano de blancas barbas que cada vez estaba más cerca, observando curioso mochilas, macutos y latas de conserva. El teniente hubiera deseado sentir nuevamente el entusiasmo que le había dominado en todas las horas solemnes de su carrera militar, en su casa durante los domingos de verano, en el balcón de la casa paterna y en todos los desfiles y revistas e, incluso, hacía unos pocos meses en Viena, durante el desfile del Corpus. Pero nada sentía el teniente Trotta cuando estaba a cinco pasos de su emperador; nada se agitaba en su pecho, únicamente compasión por un viejo. El comandante Zoglauer soltó con voz gangosa las palabras de reglamento. Por alguna razón, no causó buena impresión al emperador. Francisco José sospechó que en el batallón que se hallaba al mando de aquel hombre las cosas no debían ir a las mil maravillas y decidió revistarlo detalladamente.

Miró con atención los rostros inmóviles. Señalando hacia Carl Joseph preguntó:

—¿Está enfermo?

El comandante Zoglauer le contó lo que le había sucedido al teniente Trotta. El nombre sonó al oído de Francisco José como algo íntimo, y al mismo tiempo enojoso. En su memoria surgió el incidente, tal como estaba descrito en las actas, y, detrás de éste, también lo acaecido en la batalla de Solferino, olvidado desde hacía tantos años. Pudo recordar con detalle al capitán que había solicitado tenazmente una ridícula audiencia para que desapareciera una escena patriótica del libro de lecturas para las escuelas. Era la lectura número quince. Recordó el número con el placer que le producían precisamente las pruebas insignificantes de su «buena memoria». Su humor mejoró visiblemente. Encontró más agradable al comandante Zoglauer.

—Me acuerdo todavía muy bien de su padre —dijo el emperador a Trotta—, era muy humilde el héroe de Solferino.

—Majestad —replicó el teniente—, era mi abuelo. El emperador dio un paso atrás como si lo hubiese empujado el tiempo vigoroso que de pronto había surgido entre él y el joven. ¡Sí, sí! Recordaba todavía el número de una lectura y olvidaba los muchos, muchísimos años transcurridos.

—¡Ah! —dijo—, ¡entonces era su abuelo! ¡Bien, bien! Y su padre es coronel, ¿no?

—Es jefe de distrito en W.

—Bien, bien —repitió Francisco José—. Lo tendré en cuenta —añadió, como excusándose por la falta que acababa de cometer.

Permaneció unos momentos más delante del teniente, pero no veía al teniente ni a los demás. Ya no tenía ganas de continuar la revista de la tropa, pero no le quedaba más remedio que hacerlo para que la gente no advirtiera que se había espantado ante su propia edad. Sus ojos volvieron a mirar hacia la lejanía, donde surgían las márgenes de la eternidad. Abstraído en sus cavilaciones, no se dio cuenta de que en la punta de su nariz se había formado una gota cristalina, a la que todos observaban como hechizados; finalmente, la gota desapareció en el espeso y cano bigote, ocultándose en él. Todos se sintieron aliviados. Ya podía empezar el desfile.

Tercera parte

Capítulo XVI

Se produjeron varios cambios importantes en la casa y en la vida del jefe de distrito. Éste, sorprendido y un poco irritado, se fue dando cuenta de ellos. Por pequeños síntomas, que él, por otra parte, consideraba tremendamente importantes, fue advirtiendo que el mundo a su alrededor se estaba transformando. Pensó en su desaparición y recordó las profecías de Chojnicki. Tuvo que buscarse un criado nuevo. Le recomendaron a personas jóvenes y de todas prendas, con excelentes informes; eran hombres que habían servido en el ejército e incluso habían llegado a sargento. Se quedaba con ése o aquél, a título de «prueba». Pero ninguno permanecía mucho tiempo en la casa. Se llamaban Karl, Franz, Alexander, Joseph, Alois o Christoph o de otra manera. Pero el jefe de distrito intentaba siempre llamarles «Jacques». Incluso el propio Jacques se llamaba de otra forma y había adoptado simplemente el nombre que llevaría con orgullo toda su vida, de la misma manera, en que un gran poeta usa un seudónimo, con el cual firma canciones y poesías inmortales. Pero resultó que ya a los pocos días, los Alois, Alexanders, Josephs y los otros no querían responder al nombre de Jacques. El jefe de distrito interpretó esta actitud reacia no solamente como una infracción contra la debida obediencia y el orden de este mundo, sino también como una ofensa hacia el difunto ya para siempre perdido. ¿Pues qué? ¿Acaso no les gustaba llamarse Jacques? ¡Esos granujas, sin años ni méritos, sin inteligencia y sin disciplina! Porque el difunto Jacques vivía en la memoria del jefe de distrito como un criado de cualidades modélicas, en fin, como un modelo de hombre. Y el señor de Trotta se sorprendía no sólo de la obstinación de los nuevos criados, sino también, y más aún, de los antiguos amos que daban excelentes informes de tan miserables sujetos. Si era posible que cierto individuo llamado Alexander Cak —nombre que nunca olvidaría y que podía pronunciar con cierta malquerencia, como si ya estuvieran fusilándole con sólo pronunciarlo el jefe de distrito—, en fin, si era posible que ese Cak perteneciera al partido socialdemócrata y, pese a ello, habría llegado a sargento en su regimiento, en tal caso no sólo había que perder la confianza en ese regimiento sino en todo el ejército. Y, en opinión del jefe de distrito, el ejército era la única fuerza de la monarquía en la que todavía se podía confiar. Al jefe de distrito le parecía de repente que todo el mundo estaba formado por checos, nación que él consideraba terca, dura de mollera y necia y a la cual, en fin, había que atribuir el invento del concepto de nación. Había quizá muchos pueblos, pero no naciones. Además, le llegaban diversos e incomprensibles decretos y disposiciones de gobernación respecto de un trato más benévolo de las «minorías nacionales», uno de aquellos términos que el señor de Trotta odiaba más sinceramente. Porque para él las «minorías nacionales» no eran sino grandes comunidades de «individuos revolucionarios». Eso, estaba totalmente rodeado de «individuos revolucionarios». Creía incluso observar que proliferaban de una forma no natural, de una forma impropia de los seres humanos. Era totalmente evidente para el jefe de distrito que los «elementos fieles al Estado» eran cada vez más estériles y tenían cada vez menos hijos, según se desprendía de

las estadísticas de los censos que a veces observaba por encima. Pensaba, y no podía ocultárselo ya, que incluso la Providencia parecía descontenta de la monarquía, y como, en el fondo y a pesar de practicar la religión, su fe no era muy profunda, creía cada vez más que Dios personalmente castigaba al emperador. En fin, sus pensamientos eran cada vez más raros. La dignidad asumida desde el momento en que fue nombrado jefe de distrito en W le hizo envejecer, evidentemente, de repente. Incluso cuando sus grandes patillas eran todavía negras, a nadie se le habría ocurrido llamarle joven. Sin embargo, en la pequeña ciudad la gente empezó a decir que el jefe de distrito envejecía. Tuvo que ir abandonando muchas de sus costumbres más inveteradas. Así por ejemplo, desde la muerte del viejo Jacques y desde su regreso de la ciudad fronteriza donde servía su hijo, no había vuelto a salir a pasear por las mañanas antes del desayuno por temor a que uno de esos sospechosos sujetos que estaban ahora a su servicio olvidara poner el correo sobre la mesa del desayuno o abrir la ventana. Odiaba a su ama de llaves. Siempre la había odiado, pero una y otra vez le había dirigido siempre la palabra. Desde que Jacques no servía a la mesa, el jefe de distrito se abstenía de cualquier tipo de comentario durante las comidas. Porque, en realidad, sus palabras maliciosas habían ido dirigidas siempre al viejo Jacques y eran, en cierta manera, estímulos para conseguir el aplauso del viejo servidor. Sólo ahora, muerto ya el viejo, el señor de Trotta se daba cuenta de que había estado hablando únicamente con Jacques, como el artista de teatro que sabe que en la platea tiene a un fiel e inveterado admirador de su arte. Y si ya antes el jefe de distrito consumía deprisa la comida, ahora se esforzaba por levantarse de la mesa a los dos bocados. Le parecía una infamia estar disfrutando del asado mientras los gusanos devoraban al pobre Jacques en la tumba. Cuando a veces dirigía su mirada hacia lo alto confiando, de acuerdo con su sentimiento innato de la fe, en que el difunto estaría en el cielo y desde allí le contemplaría, el jefe de distrito no veía más que el techo, tan conocido, de la habitación, porque había perdido la fe sencilla, y sus sentidos no obedecían ya a las órdenes de su corazón. ¡Ay, era una pena!

En ocasiones, el jefe de distrito se olvidaba de ir a su despacho en los días laborables. Podía también suceder que, por ejemplo, un jueves por la mañana se pusiera el levitón negro y se fuera a la iglesia. Una vez fuera se daba cuenta, por toda una serie de síntomas indudables, de que no era domingo; se volvía entonces a su casa y se ponía su traje corriente. Por el contrario, muchos domingos se olvidaba de ir a misa, permanecía más rato que de costumbre en cama y se acordaba de que era domingo en cuanto aparecían delante de la casa el músico mayor Nechwal y la banda militar. Como todos los domingos, había asado con legumbres. A la hora del café acudía el músico mayor Nechwal. Tomaban asiento en el gabinete. Fumaban un Virginia. También el músico mayor Nechwal había envejecido. Pronto se jubilaría. Ya no iba con tanta frecuencia a Viena y los chistes que contaba incluso creía recordarlos el jefe de distrito desde hacía años con todo detalle. Seguía sin comprenderlos, pero los reconocía, como a muchas de esas personas a las que siempre encontraba y cuyo nombre continuaba desconociendo.

—¿Cómo sigue su familia? —le preguntó el señor de Trotta.

—Perfectamente bien —dijo el músico mayor.

—¿Y su señora?

—Sigue bien.

Le preguntó también por los hijos, sin recordar tampoco si eran mujeres o varones.

—El mayor es ahora teniente —le replicó Nechwal.

—¿En la infantería, claro? —le preguntó por costumbre el señor de Trotta y recordó por un momento que también su propio hijo servía ahora en cazadores y no en caballería.

—¡Sí, en la infantería! —dijo Nechwal—. Dentro de unos días estará aquí. Me permitiré presentárselo.

—Muy bien, muy bien, como usted quiera —dijo el jefe de distrito.

Y un día llegó el joven Nechwal. Servía en los caballeros teutónicos, donde había ingresado un año antes. En opinión del señor de Trotta, parecía «un músico».

—Se parece mucho a usted —dijo el jefe de distrito—. Es su propia figura —añadió, a pesar de que el joven Nechwal se parecía más a su madre que al maestro músico—. Parece un músico.

De esta forma el jefe de distrito quería indicar una muy concreta y despreocupada altanería en el rostro del teniente; su minúsculo y rizado bigote rubio, como una pinza debajo de la corta y ancha nariz; las orejas, pequeñas y hermosas como las de una muñeca, diríase de porcelana, y el pelo rubio como el sol, con la raya en el centro.

—¡Guapo el muchacho! —exclamó el señor de Trotta dirigiéndose al señor Nechwal—. ¿Está usted satisfecho?

—Si he de ser sincero, señor jefe de distrito —replicó el hijo del músico mayor—, resulta aburrido.

—¿Aburrido? —le preguntó el señor de Trotta—. ¿En Viena?

—Pues, sí —dijo el joven Nechwal—. ¡Aburrido! Verá usted, señor jefe de distrito. Si uno sirve en una pequeña guarnición se da menos cuenta de que le falta dinero.

Esto ofendió al jefe de distrito. No consideraba correcto que hablara ahora de dinero y temía que el joven Nechwal aludiera a la mejor situación económica de Carl Joseph.

—Mi hijo, ciertamente, está sirviendo en la frontera —dijo el señor de Trotta—, pero siempre ha tenido suficiente. Incluso en caballería.

Pronunció la última palabra con un acento especial. Fue la primera vez en que sintió que Carl Joseph se hubiera marchado de los ulanos. Seguro que en la caballería no había tipos como ese Nechwal. Sólo pensar que el hijo de un maestro músico mayor se imaginara que podía compararse de alguna manera con el joven Trotta le causaba al jefe de distrito casi un dolor físico. Decidió poner en evidencia a ese «zarabandista». Creía estar descubriendo en el joven a un reo de alta traición; la nariz le parecía «checa».

—¿Sirve usted a gusto en el ejército? —le preguntó el jefe de distrito.

—Si he de ser sincero —dijo el teniente Nechwal—, creo que preferiría una profesión mejor.

—¿Pero, cómo? ¿Cuál es mejor profesión?

—Pues una profesión más práctica —dijo Nechwal.

—¿Acaso no es práctico morir por la patria? —preguntó el señor de Trotta—. Claro está, siempre que uno tenga disposiciones prácticas.

Era evidente que el señor de Trotta pronunciaba la palabra «prácticas» con un tonillo de ironía.

—¿Pero si nosotros no luchamos! —replicó el teniente—. Y, si alguna vez entramos en batalla, quizá no resulte nada práctico.

—¿Pero por qué? —preguntó el jefe de distrito.

—Porque es seguro que perderemos la guerra —dijo el joven Nechwal—. Los tiempos son otros —añadió no sin malicia, según creyó entender el señor de Trotta.

El teniente frunció el entrecejo, cerrando casi los ojos y, de una manera que al jefe de distrito le resultaba casi insoportable, levantó el labio superior, descubriendo las encías y tocando con el bigote la nariz, que semejaba, en opinión del señor de Trotta, los ollares de un animal. «Qué tío más asqueroso», pensó el jefe de distrito.

—Los tiempos han cambiado —repitió el joven Nechwal— y los pueblos ya no seguirán juntos por muchos años.

—Ah, bien, bien —dijo el jefe de distrito—. ¿Y de dónde saca usted eso?

En ese preciso momento el jefe de distrito se dio cuenta de que de casi nada servía su ironía. Tuvo la sensación de ser un cansado veterano que blandía el impotente e inofensivo sable frente a un difícil enemigo.

—Todo el mundo lo sabe —dijo el joven— y lo dice también.

—¿Lo dicen? —repitió el señor de Trotta—. ¿Sus camaradas lo dicen?

—Sí, lo dicen también.

Ya no dijo nada más el jefe de distrito. De repente sintió que se hallaba sobre una alta montaña y frente a él, en un profundo valle, el teniente Nechwal. Muy pequeño era el teniente Nechwal. Pero, a pesar de ser muy pequeño y de estar allí, en el fondo, tenía razón. Este mundo ya no era el de antes. Estaba desapareciendo. Era ley que en el momento de desaparecer tuvieran razón los valles frente a las montañas, los jóvenes frente a los viejos, los necios frente a los sabios. El jefe de distrito calló. Era la tarde de un domingo de verano. Por las amarillas persianas del gabinete penetraba filtrada la dorada luz del sol. Sonaba el tic-tac del reloj. Zumbaban las moscas. El jefe de distrito recordó el día veraniego en que su hijo, Carl Joseph, llegó con el uniforme de teniente de caballería. ¿Cuánto

tiempo había pasado desde aquel día? ¡Sólo unos años! Sin embargo, al jefe de distrito le pareció que ese año los acontecimientos se habían acumulado. ¡Como si el sol hubiera salido y se hubiera puesto dos veces al día y las semanas hubieran tenido dos domingos y los meses sesenta días! ¡Y los años hubieran sido dobles! Al mismo tiempo, el señor de Trotta advertía que el tiempo le había engañado a pesar de que le había ofrecido el doble; era como si la eternidad le hubiera ofrecido años dobles falsos en vez de años simples auténticos. Mientras despreciaba al teniente que se hallaba frente a él, en su profundo valle de lágrimas, desconfiaba también de la montaña sobre la que él mismo estaba situado. ¡Ay, era una injusticia! ¡Una injusticia! Por primera vez en su vida el jefe de distrito se consideró víctima de una injusticia.

Deseaba hablar con el doctor Skowronnek, con quien jugaba, desde hacía unos meses, al ajedrez por las tardes. Las partidas de ajedrez constituían también uno de los cambios que se habían producido en la vida del jefe de distrito. Conocía al doctor Skowronnek desde hacía mucho tiempo, como a otros muchos asiduos concurrentes del café, ni más ni menos. Una tarde estaban sentados el uno frente al otro, ocultos detrás de sendos periódicos y sus miradas se cruzaron. De pronto se dieron cuenta, los dos a la vez, de que habían estado leyendo el mismo artículo. Era un informe acerca de una fiesta en Hietzing, en la que un carnicero, llamado Alois Schinagl, merced a su gran glotonería había sido campeón en devorar chuletas y le había sido concedida la «medalla de oro de la asociación de comilones de Hietzing». Las miradas de los dos dijeron al unísono: «¡A nosotros también nos gustan las chuletas, pero, vaya, conceder una medalla por un acto semejante es, verdaderamente, una idea de esas de moda, totalmente absurda!». Los expertos en la materia dudan, y con razón, de que pueda surgir el amor al instante. Pero seguro es que surge la amistad instantánea, la amistad entre hombres y mujeres ya maduros. El doctor Skowronnek miró por encima de los cristales ovalados y sin montura de sus lentes en dirección al jefe de distrito, en el instante en que el jefe de distrito se quitaba sus quevedos. Los limpió. El doctor Skowronnek se acercó a la mesa del jefe de distrito.

—¿Juega usted al ajedrez? —le preguntó el doctor Skowronnek.

—Con mucho gusto —dijo el jefe de distrito.

No necesitaban citarse. Cada tarde se encontraban a la misma hora. Llegaban juntos. En sus costumbres diarias reinaba una coincidencia que parecía concertada. Durante la partida de ajedrez apenas cruzaban palabra. Tampoco sentían necesidad de hablar. Sobre el estrecho tablero de juego chocaban a veces sus delgados dedos como personas en un espacio reducido, se estremecían y retrocedían. El contacto era sólo momentáneo, pero diríase que los dedos tenían ojos y oídos y se comunicaban totalmente entre sí y también con los hombres a quienes pertenecían. Después de haberse encontrado las manos del jefe de distrito y del doctor Skowronnek sobre el tablero de ajedrez, a los dos les pareció que se conocían desde hacía muchísimo tiempo y de que ya existían secretos entre ellos. Así empezaron, un buen día, a acompañar el juego de amables conversaciones; por encima de las manos, esas manos que ya se conocían, volaban las observaciones de los dos hombres sobre el tiempo, el mundo, la política y los hombres. «¡Una buenísima persona!», pensaba el

jefe de distrito del doctor Skowronnek. «¡Un grancaballero!», pensaba el doctor Skowronnek del jefe de distrito.

Durante la mayor parte del año el doctor Skowronnek no tenía nada que hacer. Trabajaba únicamente cuatro meses al año como médico del balneario Franzensbad y su especial conocimiento del mundo se basaba en las confidencias de sus pacientes femeninos, porque las mujeres le contaban todo aquello que las preocupaba, y nada había en el mundo que no las preocupara. Su salud sufría tanto por la profesión de los maridos como por la falta de amor de éstos hacia ellas y también por la «miseria general de la época» y la inflación, las crisis políticas, el peligro constante de la guerra, los periódicos a los que estaban suscritos los maridos, su propia falta de obligaciones, la infidelidad de los amantes, la indiferencia de los maridos y también sus celos. De esta forma, el doctor Skowronnek iba conociendo a las distintas clases sociales y su vida cotidiana, las cocinas y los comedores, sus hábitos, pasiones y novedades. Como no creía todo lo que le contaban las mujeres, sino sólo tres cuartas partes, con el tiempo adquirió un perfecto conocimiento del mundo, mucho más valioso que sus conocimientos médicos. También cuando hablaba con hombres aparecía en sus labios aquella sonrisa incrédula y, sin embargo, dispuesta a oírlo todo. En su rostro, pequeño y arrugado, brillaba una benévola actitud defensiva. Efectivamente, amaba a los seres humanos tanto como los despreciaba.

¿Sabía algo el alma sencilla del señor de Trotta de la cordial astucia del doctor Skowronnek? Sea como fuere, Skowronnek era la primera persona, después de su amigo de juventud, el pintor Moser, por la que el jefe de distrito empezaba a sentir una innegable simpatía así como un confiado respeto.

—¿Lleva usted muchos años aquí en nuestra ciudad, señor doctor? —le preguntó.

—Desde que nací —dijo Skowronnek.

—¡Qué lástima, qué lástima —dijo el jefe de distrito— que no nos hayamos conocido antes!

—Yo hace ya mucho tiempo que le conozco, señor jefe de distrito —dijo el doctor Skowronnek.

—Yo me fijé en usted alguna vez —replicó el señor de Trotta.

—Su hijo estuvo aquí una vez —dijo Skowronnek—. Ya han pasado algunos años.

—Sí, sí, me acuerdo de ello —murmuró el jefe de distrito.

El señor de Trotta recordó aquella tarde en que Carl Joseph había llegado con las cartas de la difunta señora Slama. Era en verano. Había llovido. El joven se había tomado un coñac de baja calidad en el mostrador.

—Pidió el traslado —dijo el señor de Trotta—. Ahora sirve en cazadores, en la frontera, en B.

—¿Y está usted contento? —le preguntó Skowronnek. En realidad quería decir si le preocupaba.

—¡Pues, sí, sí, claro, claro! —replicó el jefe de distrito. Se levantó rápidamente y se marchó dejando solo al doctor Skowronnek.

Desde hacía tiempo pensaba contarle todas sus cuitas al doctor Skowronnek. Se hacía viejo y necesitaba a alguien que le escuchara. Todas las tardes el jefe de distrito tomaba la decisión de hablar con el doctor Skowronnek. Pero no conseguía pronunciar la palabra adecuada para iniciar una conversación confidencial. Y todos los días el doctor Skowronnek esperaba que el jefe de distrito se le confiara. Se daba cuenta de que había llegado la hora de las confidencias para el señor de Trotta.

Desde hacía varias semanas el jefe de distrito llevaba en el bolsillo de la americana una carta de su hijo. Tenía que contestarle, pero el señor de Trotta no podía. A medida que pasaban los días, la carta se hacía más pesada; era un peso agobiante en el bolsillo. Pronto le pareció al jefe de distrito que llevaba la carta clavada en su viejo corazón. Carl Joseph le escribía que pensaba abandonar el ejército. Sí, la primera frase de la carta empezaba así: «Estoy pensando en abandonar el ejército»: Cuando el jefe de distrito leyó esa frase interrumpió inmediatamente la lectura y echó una mirada a la firma para convencerse de que era efectivamente Carl Joseph el autor de la carta. Después se quitó los quevedos que utilizaba para leer y puso a un lado la carta. Descansó. Estaba sentado en su despacho. Todavía no había abierto la correspondencia oficial. Quizá contenía noticias importantes que había que llevar inmediatamente a la práctica. Sin embargo, pensó que todas las disposiciones que se referían a su labor oficial se cumplirían de la peor manera a causa de los pensamientos de Carl Joseph. Era la primera vez que el jefe de distrito hacía depender sus obligaciones profesionales de su estado de ánimo particular. Y por más que fuera un humilde y devoto servidor del Estado, la noticia de que su hijo pensaba abandonar el ejército fue para el señor de Trotta como si se le comunicara que todo el ejército real e imperial estaba pensando en disolverse. Parecía que todo, absolutamente todo en el mundo carecía de sentido. ¡Parecía empezar ya la destrucción del mundo! Cuando el jefe de distrito se decidió, a pesar de todo, a abrir la correspondencia oficial, le pareció que estaba cumpliendo con un vano, anónimo y heroico deber, como el telegrafista de un barco que se está hundiendo. Esperó hasta media hora después para leer la carta de su hijo. Carl Joseph le pedía su conformidad. El jefe de distrito respondió lo siguiente:

Mi querido hijo:

Tu carta me ha impresionado hondamente. Dentro de algunos días te comunicaré mi decisión definitiva.

Tu padre.

Carl Joseph no respondió a esa carta de su padre. Es más, interrumpió la serie regular de sus informes de costumbre y durante bastante tiempo el jefe de distrito no recibió noticias de su hijo. Todas las mañanas esperaba el viejo, sabiendo también que esperaba en vano. Cada mañana sentía que le llegaba el esperado y temido silencio, y no que le faltase la esperada carta. El hijo callaba. El padre oía cómo callaba. Era como si el hijo se negara cada día de nuevo a obedecer al viejo. Cuanto más tiempo transcurría sin los informes de Carl Joseph, tanto más difícil era para el jefe de distrito escribir la carta anunciada. Y si bien al principio consideraba todavía perfectamente natural prohibir a su hijo que abandonara el ejército, ahora empezaba a creer que ya no tenía derecho a prohibir nada. El señor jefe de distrito estaba muy desanimado. Le plateaban cada vez más las patillas. Sus sienes

eran ya totalmente canas. Hundía a veces la cabeza sobre el pecho, y su mentón y los extremos de la barba inglesa reposaban sobre la almidonada camisa. Así se quedaba dormido en el sillón, se despertaba repentinamente a los pocos minutos y le parecía que había dormido una eternidad. Fue perdiendo el exacto control de las horas que antes tenía, especialmente desde que había abandonado varias de sus costumbres inveteradas. Porque, precisamente, las horas y los días existían para mantener tales costumbres, y ahora parecían recipientes vacíos imposibles de llenar de los que ya no era necesario preocuparse. Únicamente asistía con puntualidad a la partida de ajedrez con el doctor Skowronnek.

Un día tuvo una sorprendente visita. Estaba entre sus papeles, en el despacho, y oyó fuera la voz estrepitosa, bien conocida, de su amigo Moser y también los inútiles esfuerzos del ordenanza por impedirle el paso. El jefe de distrito tocó la campanilla y ordenó que pasara el profesor.

—¡Buenos días, señor gobernador! —dijo Moser. Con el chambergo, la carpeta y el abrigo, Moser no parecía una persona que acababa de llegar de viaje, recién salido del tren, sino alguien proveniente de la casa de enfrente. El jefe de distrito se horrorizó al pensar que acaso Moser había llegado para quedarse para siempre en W. El profesor retrocedió primero hasta la puerta, hizo girar la llave y dijo:

—¡Que no nos descubran, querido mío! ¡Porque podría estropear tu carrera!

Después se acercó a grandes y lentos pasos hasta la mesa escritorio, abrazó al jefe de distrito y le dio un sonoro beso en la calva. Seguidamente se dejó caer en el sillón junto a la mesa, puso la carpeta y el sombrero a sus pies en el suelo y calló.

También callaba el señor de Trotta. Ahora sabía el motivo de su visita. Desde hacía tres meses no le había enviado dinero.

—Perdona —dijo el señor de Trotta—. ¡Te lo quería enviar! Debes disculparme. ¡Últimamente tengo muchas preocupaciones!

—Sí, ya me lo imagino —replicó Moser—. Tu hijo está resultando muy caro. Cada semana lo veo en Viena. Parece que lo está pasando bien el señor teniente.

El jefe de distrito se levantó. Se puso la mano sobre el pecho. Sintió en el bolsillo la carta de Carl Joseph. Se aproximó a la ventana. De espaldas a Moser, dirigiendo la mirada hacia los castaños del parque, preguntó:

—¿Has hablado con él?

—Siempre tomamos unas copas cuando nos vemos —dijo Moser—. Tu hijo es muy rumboso, no se puede negar.

—Ah, vaya, conque es muy rumboso —repitió el señor de Trotta.

Rápidamente dio media vuelta y se dirigió al escritorio, abrió un cajón, tomó un montón de billetes de banco, sacó unos cuantos y se los entregó a Moser. Moser puso el dinero en el chambergo,

entre el forro gastado y el fieltro y se levantó.

—Un momento —dijo el jefe de distrito. Se dirigió con paso enérgico a la puerta, la abrió de par en par y dijo al ordenanza—: Acompañe al señor profesor a la estación. Se marcha a Viena. El tren sale dentro de una hora.

—Seguro servidor —dijo Moser e hizo una reverencia.

El jefe de distrito esperó unos minutos. Tomó después el bastón y el sombrero y se fue al café. Se había retrasado un poco. El doctor Skowronnek estaba sentado ya a la mesa y tenía delante el tablero de ajedrez con las piezas colocadas ya. El señor de Trotta se sentó.

—¿Blancas o negras, señor jefe de distrito? —preguntó Skowronnek.

—Hoy no juego —dijo el jefe de distrito. Pidió un coñac, se lo tomó y empezó a hablar—: Quisiera molestarle, señor doctor.

—Usted dirá —dijo Skowronnek.

—Se trata de mi hijo —dijo el jefe de distrito. Y habló en su lengua lenta, ligeramente nasal, como si se tratara de un acto oficial y estuviera hablando con un consejero de gobernación, contando sus preocupaciones.

El señor de Trotta dividía sus preocupaciones, por así decir, en principales y secundarias. Punto por punto, en pequeñas frases, fue refiriendo al doctor Skowronnek la historia de su padre, la propia y la de su hijo. Cuando terminó, toda la concurrencia del café se había ido y ardía ya en el salón de juego la luz verdosa del gas y su zumbido monótono resonaba por las mesas vacías.

—¡Bueno, pues eso es todo! —dijo para terminar el jefe de distrito.

Se produjo un largo silencio entre los dos hombres. El jefe de distrito no se atrevía a mirar al doctor Skowronnek. El doctor Skowronnek no se atrevía a mirar al jefe de distrito. Ambos inclinaron la mirada como si se hubieran descubierto mutuamente cometiendo un acto vergonzoso.

—Quizás haya alguna mujer por medio —dijo finalmente Skowronnek—. ¿Qué otro motivo podría tener su hijo, si no, para ir con tanta frecuencia a Viena?

El jefe de distrito, efectivamente, nunca había pensado en una mujer. Incluso a él mismo le parecía incomprendible que no se le hubiera ocurrido inmediatamente esta idea tan evidente. Porque todo lo que había oído —y no era poco— acerca de la influencia fatal que las mujeres eran capaces de ejercer sobre los jóvenes se precipitó repentinamente con gran violencia en su cerebro, al tiempo que le quitaba un gran peso del corazón. Si era solamente por una mujer por lo que Carl Joseph había tomado la decisión de salirse del ejército, la cosa seguía quizá sin tener arreglo, pero por lo menos la causa de la desgracia era conocida y el fin del mundo no se produciría por los efectos de potencias misteriosas, siniestras, contra las que no había defensa posible. «¡Una mujer!», pensó. ¡No! ¡Nada sabía de una mujer!

—Nada ha llegado a mi conocimiento acerca de una fulana —siguió diciendo en su tono oficial.

—Una fulana —repitió el doctor Skowronnek y se sonrió—. Quizá se trate de una dama.

—Quiere usted decir —dijo el señor de Trotta— que mi hijo alberga serias intenciones de contraer matrimonio.

—No, eso tampoco —repuso Skowronnek—, tampoco es obligado casarse con una dama.

Skowronnek se dio cuenta de que el jefe de distrito era de aquellos benditos de Dios a los que todavía habría que enviar a la escuela. Se decidió a tratar al jefe de distrito como si fuera un niño al que hay que enseñarle su lengua materna.

—¡Dejémonos ahora de damas, señor jefe de distrito! —le dijo—. No es eso lo importante. Por un motivo u otro su hijo no quiere seguir en el ejército. Y yo le comprendo.

—¿Usted le comprende?

—Claro, señor jefe de distrito. Un joven oficial de nuestro ejército no puede estar satisfecho de su profesión si reflexiona. Tiene que desear la guerra. Pero sabe que la guerra es el final de la monarquía.

—¿El final de la monarquía?

—¡El final, sí, señor jefe de distrito! ¡Y lo siento! Permita que su hijo haga lo que desee. Es posible que sirva mejor para otro oficio cualquiera.

—¿Para otro oficio cualquiera? —repitió el jefe de distrito—. Para otro oficio cualquiera —volvió a decir. Callaron los dos un largo rato. Luego dijo por tercera vez—: Para otro oficio cualquiera.

Se esforzaba por acostumbrarse a esas palabras, pero le seguían sonando extrañas, como las palabras «revolucionario» o «minorías nacionales», por ejemplo. El jefe de distrito pensó que ya no tendría que esperar mucho hasta el fin del mundo. Dio un golpe con su puño delgado sobre la mesa y resonaron huecos los puños almidonados de la camisa y sobre la mesa vaciló un instante la lamparilla verde.

—¿Qué oficio, señor doctor?, preguntó el jefe de distrito.

—Quizá podría colocarse en los ferrocarriles —opinó el doctor Skowronnek.

El jefe de distrito imaginó a su hijo en uniforme de revisor, con las tenacillas para perforar los billetes en la mano. El término «colocarse» era escalofriante para su viejo corazón. El jefe de distrito sintió frío.

—Ah, ¿eso cree usted?

—No sabría otra cosa —contestó el doctor Skowronnek.

El jefe de distrito se levantó, el doctor Skowronnek le imitó.

—Le acompañaré —dijo el doctor.

Fueron por el parque. Llovía: El jefe de distrito no abrió su paraguas. Aquí y allá caían gruesas gotas de las tupidas copas de los árboles sobre la espalda y sobre el rígido sombrero del señor de Trotta. El parque estaba callado, oscuro. Cada vez que pasaban al lado de uno de los escasos faroles, que escondían los plateados extremos entre el oscuro follaje, los dos hombres inclinaban la cabeza. Al llegar a la salida del parque se detuvieron un instante sin saber qué hacer.

—Hasta la vista, señor jefe de distrito —dijo de repente el doctor Skowronnek.

El señor de Trotta avanzó solo por la calle hacia el portalón de la jefatura. Encontró a su ama de llaves en las escaleras.

—Hoy no ceno, señora mía —le dijo, y siguió rápidamente su camino.

Quería saltar, subir dos peldaños a la vez, pero se avergonzó y continuó con su paso de costumbre hasta el despacho. Por primera vez desde que dirigía la jefatura el jefe de distrito se encontraba a una hora tan avanzada en su despacho. Encendió la lamparilla verde sobre la mesa que normalmente sólo se encendía en las tardes de invierno. Las ventanas estaban abiertas. La lluvia caía violentamente sobre el alféizar de cinc. El señor de Trotta sacó una amarillenta cuartilla oficial del cajón y escribió:

Querido hijo:

Después de meditarlo mucho, he decidido dejar en tus manos la dirección de tu porvenir. Te ruego tan sólo que me comuniques tus decisiones.

Tu padre.

El señor de Trotta permaneció largo rato sentado delante de la carta. Leyó dos o tres veces las pocas frases que había escrito. Sonaban como un testamento. Antes nunca se hubiera imaginado que su misión como padre era más importante que su misión oficial. Pero ahora, al renunciar a su patria potestad sobre su hijo, consideraba que su vida tenía poco sentido y que debería renunciar al mismo tiempo a su carrera como funcionario. Nada indigno era lo que hacía. Pero le parecía que se estaba insultando a sí mismo. Salió del despacho con la carta en la mano y fue al gabinete. Encendió todas las luces, la lámpara de pie y la que había colgada de una viga, y se colocó delante del retrato del héroe de Solferino. No podía distinguir bien el rostro de su padre. El cuadro se descomponía en cien manchitas y reflejos del óleo, la boca era una raya roja, pálida, y los ojos, dos negros fragmentos de carbón. El jefe de distrito se subió a un sillón —desde que era niño no había vuelto a subirse a un sillón—, se estiró cuanto pudo poniéndose de puntillas y, con los quevedos puestos, consiguió leer todavía la firma de Moser en el ángulo derecho del cuadro. Bajó del sillón un poco trabajosamente y reprimiendo un suspiro fue retrocediendo hasta la pared opuesta. Antes de llegar a ella se dio un fuerte golpe en la arista de la mesa. Observó el retrato de su padre desde lejos. Apagó la lámpara del techo. En la profunda oscuridad le pareció que el rostro de su padre brillaba como si estuviera vivo. Se acercaba y se alejaba, parecía desaparecer detrás de la pared para contemplar la habitación a través de una ventana abierta y desde una inmensa lejanía. El señor de Trotta se sintió profundamente cansado. Se sentó en el sillón y lo movió hasta situarse exactamente frente al retrato y se desabrochó

el chaleco. Oía las gotas de la lluvia que cesaba; cada vez más escasas golpeaban a intervalos regulares sobre los cristales de la ventana. Percibía de vez en cuando el murmullo del viento entre los viejos castaños. Cerró los ojos. Se durmió con la carta en la mano e inmóvil la mano sobre el respaldo del sillón. Cuando se despertó, la mañana penetraba ya por las tres grandes ventanas. El jefe de distrito vio primero el retrato del héroe de Solferino, después advirtió la carta en su mano, vio la dirección, leyó el nombre de su hijo y se levantó suspirando. La pechera de la camisa estaba arrugada y la ancha corbata granate con topes blancos caía torcida hacia la izquierda; en sus pantalones a rayas, el señor de Trotta comprobó, por primera vez desde que usaba pantalones, unas horrorosas arrugas laterales. Se contempló unos momentos al espejo. Observó que las patillas estaban despeinadas y que unos pocos e insignificantes pelillos se le encrespaban por la calva y que sus híspidas cejas estaban de cualquier manera, como si se hubiera abatido sobre ellas una pequeña tormenta. El jefe de distrito miró el reloj. Enseguida llegaría el barbero. Se apresuró a quitarse la ropa y a desaparecer rápidamente en la cama para hacer creer al barbero que era una mañana como las demás. Pero conservó la carta en la mano. La siguió conservando mientras el barbero lo enjabonaba y lo afeitaba; después, al lavarse, dejó la carta sobre la mesilla en la que estaba la jofaina: Sólo en cuanto se sentó a la mesa para desayunar, el señor de Trotta entregó la carta al ordenanza y le ordenó que la enviara junto con el siguiente correo oficial.

Se fue a su trabajo como todos los días. Nadie habría podido advertir que el señor de Trotta acababa de perder su fe. Porque el cuidado que puso aquel día en cumplir sus obligaciones no fue menor que el de otros días. Pero era un cuidado distinto, muy distinto. Era únicamente el cuidado ejercido por las manos, los ojos, incluso los quevedos. El señor de Trotta parecía un gran pianista, cuyo fuego de la creación se ha apagado, cuya alma es sorda y huera y cuyos dedos producen únicamente el son esperado con la perfección fría adquirida en largos años de práctica y gracias a su propia y muerta memoria. Pero nadie advirtió el cambio. Por la tarde acudió, como de costumbre, el suboficial Slama.

—Dígame, querido Slama, ¿ha vuelto usted a casarse? —preguntó el señor de Trotta. Ni él mismo sabía por qué hacía esa pregunta ni por qué de repente le interesaba la vida privada del suboficial.

—No, señor barón —dijo Slama—. Ni tampoco volveré a casarme.

—Y no le falta razón —dijo el señor de Trotta. Tampoco comprendía por qué tenía razón en no casarse el suboficial Slama. Era la hora en que solía ir al café cada día y, por consiguiente, hacia allí se fue. El tablero de ajedrez estaba ya encima de la mesa. Llegó también el doctor Skowronnek y se sentaron.

—¿Blancas o negras, señor jefe de distrito? —preguntó el doctor como todos los días.

—Como usted quiera —contestó el jefe de distrito. Empezaron a jugar. El señor de Trotta jugaba con mucho cuidado, meditando casi. Ganó la partida.

—¡Se está convirtiendo en un campeón! —dijo Skowronnek.

El jefe de distrito aceptó contento el cumplido.

—Pues quizá sí que habría podido serlo —contestó, pensando que mejor habría sido que todo hubiese sido mejor—. Ah, pues he escrito a mi hijo —dijo al cabo de un rato—. ¡Que haga lo que le parezca!

—Hace usted bien —dijo el doctor Skowronnek—. ¡No hay que asumir responsabilidades de otros!

—Pero mi padre fue responsable de mí —dijo el jefe de distrito—, y mi abuelo lo fue de mi padre.

—Eran otros tiempos —replicó Skowronnek—. Ni el emperador es hoy en día responsable de su monarquía. Sí, parece que incluso Dios no quiera ser responsable de este mundo. Antes las cosas eran más fáciles. Todo estaba asegurado. Cada piedra estaba en su sitio. Los caminos de la vida estaban bien empedrados. Los techos seguros se apoyaban sobre los muros de las casas. Pero hoy en día, señor jefe de distrito, las piedras de los caminos están puestas de cualquier manera, formando a veces peligrosos montones, y los techos tienen goteras y la lluvia penetra en las casas y cada uno tiene que saber por qué camino quiere ir y en qué casa va a vivir. Cuando su padre le dijo que usted no sería agricultor sino funcionario, tuvo razón. Usted se ha convertido en un funcionario modélico. Pero cuando usted dijo que su hijo sería soldado, se equivocó usted. Su hijo no es un soldado modélico.

—¡Claro, claro! —asintió el señor de Trotta.

—Y por eso hay que dejar que cada uno haga lo que quiera. Si mis hijos no me obedecen me limito simplemente a conservar mi dignidad. Es lo único que se puede hacer. A veces los contemplo mientras duermen. Sus rostros me resultan extraños, apenas los reconozco. Veo que son unos forasteros, de un tiempo que todavía ha de llegar y que yo ya no conoceré. ¡Mis hijos son muy jóvenes todavía! Uno tiene ocho años y el otro diez. Tienen la cara redonda, sonrosada, cuando duermen. Pero, con todo, hay mucha crueldad en esos rostros dormidos. A veces me parece que es la crueldad de su época, del futuro, que se posa sobre los niños mientras duermen. ¡No quisiera conocer esos tiempos!

—¡Claro, claro! —volvió a asentir el jefe de distrito.

Jugaron otra partida, pero esta vez perdió el señor de Trotta.

—Ya no seré campeón —dijo humildemente, resignándose a la vez con sus defectos.

Era tarde y estaban encendidas las verdes lamparillas de gas; se oían las voces del silencio y el café se hallaba vacío. Volvieron a casa por el parque. La noche estaba serena. La gente que encontraron a su paso parecía contenta. Hablaron de las frecuentes lluvias de aquel verano y de la sequía del anterior y del probable rigor del invierno que se avecinaba.

Skowronnek acompañó al jefe de distrito hasta la puerta de la jefatura.

—Ha hecho usted bien escribiendo la carta, señor jefe de distrito —le dijo.

—¡Claro, claro! —respondió el señor de Trotta.

Se sentó a la mesa y comió apresuradamente su medio pollo con ensalada sin decir palabra. El ama de llaves le miraba de reojo, atemorizada. Desde la muerte de Jacques era ella quien servía la mesa. Se marchó del comedor antes que el jefe de distrito, haciendo una reverencia poco afortunada, como la que había hecho treinta años antes, de jovencilla, ante el director de la escuela. El jefe de distrito saludó con un gesto de la mano como si se estuviera ahuyentando las moscas. Después se levantó y fue a acostarse. Se sentía cansado y casi enfermo. La noche anterior era como un sueño lejano en el recuerdo, pero persistía todavía como un terror cercano en sus miembros.

Se durmió tranquilamente. Creía que ya había pasado lo peor. No sabía el viejo señor de Trotta que, mientras dormía, el destino le iba tejiendo amargos pesares. Viejo y cansado, la muerte le estaba esperando ya, pero la vida no lo soltaba todavía. Como un cruel anfitrión, la vida le obligaba a seguir a la mesa porque todavía no había consumido toda la amargura que le estaba reservada.

Capítulo XVII

¡No, el jefe de distrito todavía no había consumido toda la amargura! Carl Joseph recibió demasiado tarde la carta de su padre, es decir, la recibió cuando ya hacía mucho tiempo que había decidido no abrir ni escribir más cartas. En cuanto a la señora de Taussig, ella telegrafaba. Como raudas y diminutas golondrinas, sus telegramas llegaban cada dos semanas y le llamaban. Carl Joseph se precipitaba a su armario, sacaba el traje gris de paisano —su vida mejor, más importante y secreta— y se cambiaba. Inmediatamente se sentía a su gusto en el mundo hacia el cual iba y olvidaba su vida militar. El puesto del capitán Wagner lo ocupaba ahora el capitán Jedlicek, quien había llegado al batallón procedente del primero de cazadores. Era un «gran tipo», de grandes dimensiones físicas, ancho de espaldas, amable y cordial como todos los gigantes y que se dejaba convencer benévolo. ¡Qué hombre! Desde el primer día, todos supieron que sabría dominar la ciénaga y que era más fuerte que la frontera. ¡Se podía confiar en él! Infringía todas las disposiciones militares, pero era como si se limitara a apartarlas de su camino. Habría podido inventarse un nuevo reglamento para el servicio y habría conseguido imponerlo: ¡así era el hombre! Necesitaba mucho dinero pero de todas partes le llegaba. Los compañeros le prestaban, avalaban con su firma las letras de cambio, empeñaban sus anillos y relojes y escribían a sus padres y a sus tías pidiendo dinero para él. ¡No es que lo amaran precisamente! Porque de quererle hubiera surgido la intimidad y Jedlicek no parecía desear que así fuera. Pero tampoco habría resultado fácil, si se tenía en cuenta su tamaño: era enorme, ancho, fuerte y se enfrentaba así a los compañeros, aunque no le resultara difícil mostrarse benévolo.

—Vete y no te preocupes le dijo al teniente Trotta. Yo me hago responsable.

Se hacía responsable y sabía asumir esa responsabilidad. Cada semana el capitán Jedlicek necesitaba dinero. Trotta lo sacaba de Kapturak. También el propio teniente Trotta necesitaba dinero. Le parecía lamentable tener que presentarse sin dinero delante de la señora de Taussig. Era como acudir indefenso ante el enemigo armado: ¡Habría sido una ligereza imperdonable! Y cada vez eran mayores sus necesidades y crecían las sumas que se llevaba, a pesar de lo cual volvía de cada viaje con la última corona en el bolsillo y decidido a llevar más dinero en la siguiente ocasión. A veces intentaba hacerse una idea del dinero gastado. Pero nunca lograba recordar en qué lo había empleado, y a veces ni siquiera era capaz de calcular una simple suma. No sabía de cuentas. Los cuadernillos de notas habrían podido prestar testimonio de los inútiles esfuerzos del teniente por mantener un cierto orden. En cada página había inmensas columnas de números. Pero se confundían y se mezclaban, se le iban de la mano, se sumaban solas y le engañaban con falsas sumas, se iban a galope tendido ante sus propios ojos y volvían un instante después, totalmente transformadas, irreconocibles. Tampoco comprendía los intereses. Lo que había tomado prestado desaparecía detrás

de lo que debía como una colina detrás de una montaña. No conseguía entender cómo hacía sus cuentas Kapturak. Y si bien desconfiaba de la honradez de Kapturak, menos aún confiaba en su propia capacidad para sacar las cuentas. Finalmente no quiso ver más números. Abandonó todo intento de cálculo con ese valor que proporcionan la impotencia y la desesperación.

Debía seis mil coronas a Kapturak y a Brodnitzer. Incluso para su escasa imaginación en relación con los números era una suma enorme; si la comparaba con su propio sueldo mensual. Además, de éste le sacaban, cada mes, una tercera parte. Pero, al fin, se fue acostumbrando a la cantidad de seis mil coronas como si fuera un enemigo todopoderoso pero ya conocido de antiguo. Cuando estaba de buen humor le parecía que la cantidad temida se reducía y perdía fuerzas. Pero cuando tenía la negra, aumentaba y adquiría renovadas fuerzas.

Acudía a ver a la señora de Taussig. Desde hacía semanas emprendía esos breves y apresurados viajes para ver a la señora de Taussig, en pecaminosos peregrinajes. Al igual que esas almas devotas e ingenuas para las que un peregrinaje es como un viaje de placer, una distracción e incluso a veces una verdadera sensación, el teniente Trotta relacionaba el punto adonde peregrinaban con el ambiente de que allí disfrutaba, con su afán de una vida libre, como se la imaginaba, con el traje de paisano que se ponía y con el hechizo de lo prohibido. Le gustaban esos viajes. Le gustaban esos diez minutos metido en un coche cerrado camino de la estación, imaginándose que nadie le veía. Le gustaban esos dos o tres billetes de cien coronas prestadas en el bolsillo de la chaqueta, que serían suyas y sólo suyas hoy y mañana, y en las que se descubría que eran prestadas y que ya empezaban a crecer y a hincharse en los libros de cuentas de Kapturak. Le gustaba el anonimato que le proporcionaba el traje de paisano, entrando y saliendo por la estación del norte en Viena. Nadie le reconocía. Oficiales y soldados pasaban por su lado. Ni les saludaba ni le saludaban. A veces se le levantaba el brazo por sí solo para marcar el saludo militar. Pero recordaba de repente que iba de paisano y lo dejaba caer de nuevo. El chaleco, por ejemplo, le proporcionaba un verdadero placer, como a un niño. Metía las manos en todos los bolsillos, los que no sabía cómo utilizar. Con dedos vanidosos acariciaba el nudo de la corbata sobre la pechera, la única que poseía —regalo de la señora de Taussig— y que no conseguía abrochar pese a sus muchos esfuerzos. El más simple policía de la brigada criminal se habría dado cuenta a primera vista de que el señor de Trotta era un oficial de paisano. La señora de Taussig le esperaba en la estación del norte en el andén. Veinte años antes —ella pensaba que eran quince, porque durante tantos años había ocultado tanto su propia edad que al final se había convencido de que éstos acababan por detenerse y no llegaban al final— había esperado también en la estación del norte a un teniente, ciertamente de caballería. Ella se precipitaba al andén como en un baño rejuvenecedor. Desaparecía en el olor acre del humo del carbón, en los silbidos y vaharadas de las locomotoras que maniobran, en el estrépito de las señales. Llevaba un corto velo de viaje. Se imaginaba que había estado de moda quince años antes. Pero de eso hacía no ya veinte años, sino veinticinco. Le gustaba esperar en el andén. Le gustaba el momento en que el convoy entraba en la estación y veía en la ventanilla el ridículo sombrerito verde oscuro de Trotta y descubría su rostro querido, indeciso, joven. Porque le hacía más joven de lo que era a Carl Joseph, como se hacía también más joven a sí misma, y también lo tenía por más inocente e indeciso, al igual que a sí

misma. En el momento en que el teniente se apeaba del estribo, sus brazos se abrían como hacía veinte o quince años. De su rostro emergían los rostros rosados y sin arrugas de veinte o quince años antes, un rostro de muchacha, lindo, dulzón y algo sofocado. En su cuello, en el que se hundían ahora dos profundas arrugas paralelas, llevaba una infantil cadenilla de oro, la misma que veinte o quince años antes había constituido su único adorno. También como veinte o quince años antes se fue con el teniente a uno de esos hotelitos donde florece el amor escondido, en camas pagadas, pobres, que chirriaban, deliciosos paraísos. Empezaban los paseos. Aquellos cuartos de hora para el amor en el follaje reciente de los bosques vieneses, la breve y repentina agitación de la sangre. Las noches en la roja penumbra de los palcos de la ópera, detrás de las cortinas extendidas. Las caricias, bien conocidas y sin embargo sorprendentes, que la carne desprevenida espera a pesar de su experiencia. El oído conocía la música tantas veces oída, pero los ojos recordaban sólo breves fragmentos. Porque la señora de Taussig permanecía siempre en la ópera detrás de las cortinas extendidas o con los ojos cerrados. Frescas y a la vez cálidas recibía las caricias en su piel, caricias nacidas de la música, que la orquesta confiaba al mismo tiempo a las manos del varón, caricias que eran como íntimas hermanas eternamente jóvenes, regalos muchas veces recibidos, pero siempre olvidados y en los que acaso finalmente sólo se cree haber soñado. Se abrían los apacibles restaurantes. Empezaban los tranquilos ágapes nocturnos, en rincones donde se diría que el vino que bebían crecía también allí, madurando al amor que brillaba eternamente en la oscuridad. Llegaba la despedida, un último abrazo por la tarde, acompañado por el constante tic-tac admonitorio del reloj de bolsillo, situado sobre la mesilla de noche, y palpitando ya ante la alegría del próximo encuentro; la prisa por coger el tren y el último beso en el estribo, y la esperanza, abandonada en el último momento, de marcharse también.

Cansado, pero impregnado de toda la dulzura del mundo y del amor, el teniente Trotta llegaba al batallón. Onufrij, el asistente, le tenía ya a punto el uniforme. Entraba en la compañía. Todo estaba en orden, sin novedad. El capitán Jedlicek estaba contento, alegre, fuerte y sano como siempre. El teniente Trotta se sentía aliviado y decepcionado a la vez. En un rincón escondido de su corazón confiaba en la catástrofe que le imposibilitara para seguir prestando servicio en el ejército. Entonces se habría vuelto a marchar inmediatamente. Pero no había pasado nada. No le quedaba más remedio que esperar otros doce días, encerrado entre las cuatro paredes del patio del cuartel, entre las desiertas callejuelas de la ciudad. Lanzó una mirada a las dianas dispuestas por las paredes del patio cuartelero. Eran siluetas humanas, de color azul, destrozadas por los disparos y repintadas de nuevo, que le parecían duendes malignos, dioses lares del cuartel, amenazando con las mismas armas que les habían herido, no ya dianas para el tiro, sino a su vez peligrosos tiradores. En cuanto volvía al hotel Brodnitzer, penetraba en su habitación destartada, se tiraba sobre la cama y tomaba la decisión de no volver más después de su próximo permiso.

Pero no era capaz de llevar a cabo esa decisión y lo sabía. En realidad, esperaba la llegada de algún extraño azar que un día lo liberaría para siempre: liberarle del ejército y de la necesidad de abandonarlo por propia decisión. Lo único que podía hacer era no escribir ya a su padre y dejar sin abrir unas cuantas cartas del jefe de distrito que ya abriría más tarde; más tarde, cuando llegara el

caso... Transcurrieron los siguientes doce días. Abrió el armario, contempló su traje de paisano y esperó el telegrama. Siempre llegaba a esa hora, al anochecer, como un pájaro que vuelve al nido. Sin embargo, ese día no llegó, ni tampoco cuando cerró ya la noche. El teniente no abrió la luz para no tener que darse cuenta de que era ya de noche. Vestido y con los ojos abiertos permaneció en la cama. Las conocidas voces primaverales entraban por la ventana abierta de par en par; el vocerío profundo de las ranas y los grillos, entre el que resonaban la llamada nocturna lejana del arrendajo y las canciones de los mozos y las mozas de la aldea fronteriza. Finalmente llegó el telegrama. Le comunicaba al teniente que esta vez no podría ir porque la señora de Taussig se marchaba a ver a su marido. Ella no deseaba demorar su vuelta, pero ignoraba cuándo volvería. Con «mil besos» terminaba el telegrama. Esta cantidad ofendió al teniente. «Podría haber sido menos ahorrativa — pensó—. ¡Le habría costado poco poner cien mil!».

Recordó entonces que él debía seis mil coronas. Comparadas con ellas, los mil besos resultaban una cantidad irrisoria. Se levantó para cerrar la puerta del armario. Allí estaba, limpio y bien colgado, como un cadáver planchado, el Trotta libre, en gris oscuro, de paisano. Le cerró la puerta del armario, como un ataúd. ¡Encerrado! ¡Encerrado!

El teniente abrió la puerta que daba al pasillo. Siempre estaba Onufrij sentado allí, silencioso o tarareando en voz baja una canción o con la armónica en los labios recubriéndola con las manos para que salieran los sonidos en sordina. A veces Onufrij estaba sentado en una silla, a veces se acuclillaba ante el umbral. Ya debería llevar un año de licenciado, pero seguía como voluntario en el ejército. Su aldea, Burdlaki, quedaba cerca. Cuando el teniente se iba, él se marchaba a su aldea. Cogía un bastón de madera de guindo y un pañuelo blanco con flores azules en el que ponía enigmáticos objetos, liaba un hatillo y lo colgaba de la punta del bastón. Se ponía el bastón a la espalda y acompañaba al teniente a la estación, esperaba hasta la salida del tren, se ponía firme y saludaba desde el andén, aun cuando el teniente no mirase por la ventanilla. Después empezaba su marcha hacia Burdlaki, entre los pantanos, por la senda estrecha entre los sauces, el único camino seguro, donde no se corría el peligro de hundirse en la ciénaga. Onufrij volvía a tiempo para esperar a Trotta. Se sentaba delante de la puerta de Trotta, silencioso, tarareando una canción o tocando la armónica entre sus manos acampanadas.

El teniente abrió la puerta que daba al pasillo.

—¡Esta vez no te podrás ir a Burdlaki! ¡No me marchó!

—Muy bien, mi teniente.

Allí estaba Onufrij, firme y saludando, en el pasillo encalado, un trazo recto azul oscuro.

—¡Te quedas aquí! —repitió Trotta, creyendo que Onufrij no le había comprendido.

—¡Muy bien, mi teniente! —repitió Onufrij. Como para demostrar que comprendía incluso más, se fue al restaurante y subió con una botella de «noventa grados». Trotta bebió. La destartalada habitación se volvía acogedora. La bombilla eléctrica colgada del hilo, alrededor de la cual revoloteaban las mariposas nocturnas, agitada por el viento de la noche, lanzaba sobre el oscuro

barniz de la mesa confiados reflejos. Poco a poco, la decepción de Trotta se fue transformando en un dolor placentero. Hizo una especie de pacto con sus propios pesares. En este mundo todo era extremadamente triste y el teniente era el centro de ese mundo miserable. Por él alborotaban las ranas lastimeramente y también los grillos, doloridos, entonaban su canto. Por él se sumergía la noche primaveral en una suave y dulce aflicción y los astros permanecían en el cielo, altos, inalcanzables, y sólo hacia él lanzaban su luz con una nostalgia tan inútil. El dolor infinito del mundo se adecuaba perfectamente a la suprema aflicción de Trotta. Sufría en total comunión con el universo. Detrás de la capa azul de los cielos, Dios mismo le estaba contemplando pasivo. Trotta volvió a abrir el armario. Allí estaba, difunto ya el Trotta libre. A su lado brillaba el sable de Max Demant, el amigo muerto. En la maleta estaba el recuerdo del viejo Jacques, la hierba para la fiebre al lado de las cartas de la difunta señora Slama. Y sobre el antepecho de la ventana estaban no menos de tres cartas de su padre sin abrir, de su padre, que quizá también ya estaba muerto. ¡Ay! El teniente Trotta no sólo estaba desesperadamente triste, sino que era además persona de poco y pésimo carácter. Carl Joseph volvió a la mesa, se sirvió otro vaso y se lo bebió de un trago. En el pasillo, ante la puerta, Onufrij tocaba una nueva canción, era aquella canción tan conocida de: «Oh nuestro emperador...». Trotta solamente sabía las primeras palabras de la canción, y no más: «Oj nash, cisar, cisarewa». No había conseguido aprender la lengua del país. No era solamente una persona de poco y pésimo carácter, sino también una cabeza loca, cansada. ¡Vaya, que su vida era un fracaso! Sintió un dolor en el pecho; las lágrimas le subían ya por la garganta y pronto llegarían a sus ojos. Se tomó otro vaso para facilitarles el camino. Finalmente se derramaron por sus ojos. Puso los brazos sobre la mesa abrazando la cabeza y empezó a llorar desesperadamente. Así lloró por lo menos durante un cuarto de hora. No oyó que Onufrij había dejado de tocar la armónica ni que llamaban a la puerta. No levantó la cabeza hasta que se abrió la puerta. Entonces vio a Kapturak.

Consiguió retener sus lágrimas y preguntó con dura voz:

—¿Qué hace usted aquí?

Kapturak, con la gorra en la mano, permanecía en la puerta, sobresaliendo apenas de la altura del picaporte. Su cara gris amarillenta sonreía levemente. Iba vestido de gris. Llevaba unos zapatos de lona gris, con el barro gris, fresco y brillante, que yacía en primavera por las carreteras del país. Sobre su cráneo diminuto se marcaban unos pocos rizos grises.

—¡Buenas noches! —dijo, e hizo una pequeña reverencia. Al mismo tiempo, su propia sombra se irguió rápidamente sobre la blanca puerta para volver a caer de inmediato.

—¿Dónde está mi asistente? —preguntó Trotta—. ¿Qué desea usted?

—¿Esta vez no se ha ido usted a Viena? —empezó a decir Kapturak.

—Ya no me voy a Viena —dijo Trotta.

—Esta semana no ha necesitado usted dinero —dijo Kapturak—. Hoy esperaba yo su visita. Quería saber qué pasaba. Vengo precisamente de casa del capitán Jedlicek. Pero no estaba allí.

—¡No estaba allí! —repitió Trotta con voz indiferente.

—Sí —añadió Kapturak—, no estaba en casa. Le ha pasado algo.

Trotta oyó perfectamente que algo le había pasado al capitán Jedlicek, pero nada preguntó. Primero porque no era curioso. Hoy no sentía ninguna curiosidad. Además, consideraba que a él, personalmente, le habían pasado cosas tremendas, demasiadas, y que por lo tanto poco podría interesarse por los demás; finalmente no tenía el menor deseo de que Kapturak le anduviera contando cosas. Estaba furioso por la presencia de Kapturak, pero no se sentía con ánimos para emprendérselas con aquel hombrecillo. El vago recuerdo de las seis mil coronas que debía al visitante surgía una y otra vez en su memoria; un penoso recuerdo que procuraba reprimir. «El dinero nada tiene que ver con una visita —intentaba convencerse a sí mismo—. Se trata de dos personas distintas: una, a la que debo dinero, no está ahora aquí, y la otra, la que está ahora aquí, sólo quiere contarme un par de cosas sin importancia sobre Jedlicek». Miró fijamente a Kapturak. Durante unos momentos le pareció que su visitante se diluía para reaparecer formado por unas manchas grises apenas perceptibles. Trotta esperó hasta que Kapturak reapareció totalmente. Tuvo que esforzarse bastante en aprovechar esa nueva situación porque persistía el riesgo de que el pequeño hombrecillo gris volviera a diluirse y desapareciera. Kapturak dio un paso hacia delante como si supiera que no era visible para el teniente y repitió en voz algo más fuerte:

—¡Algo le ha pasado al capitán!

—¡Bueno!, ¿y qué le ha pasado? —preguntó Trotta como en un sueño.

Kapturak dio otro paso hacia delante, acercándose a la mesa, y murmuró, acompañando la mano sobre la boca:

—Le han detenido y deportado. Hay sospecha de espionaje.

Al oír esta última palabra el teniente se levantó. Se apoyó con las dos manos sobre la mesa. Apenas sentía sus propias piernas. Le parecía que se aguantaba únicamente sobre las manos. Casi las clavaba sobre el tablero de la mesa.

—No deseo oír nada más de este asunto —dijo Trotta—. ¡Váyase!

—Desgraciadamente no es posible, no es posible —dijo Kapturak.

Se hallaba junto a Trotta, tocando la mesa. Inclino la cabeza como si tuviera que confesar algo vergonzoso y dijo:

—Me veo obligado a exigirle el pago de una parte de sus deudas.

—¡Mañana! —dijo Trotta.

—¡Mañana! —repitió Kapturak—, mañana quizá sea ya imposible. Ya ve usted las sorpresas que cada día nos reserva. El capitán ha sido para mí una fortuna perdida. ¡Quién sabe si le volveremos a ver! Usted es su amigo.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Trotta. Levantó las manos de la mesa y de pronto se sintió seguro sobre sus pies.

Comprendió repentinamente que Kapturak había pronunciado una palabra espantosa, a pesar de que era verdad; sólo le parecía espantosa porque era, precisamente, la pura verdad. Al mismo tiempo recordó el teniente el único instante de su vida en que resultó peligroso para sus semejantes. Habría deseado ahora presentarse tan bien equipado como en aquella ocasión, con sable, pistola y toda su sección detrás. Ese hombrecillo gris era hoy más peligroso que los centenares de obreros, cuando la manifestación. Para superar de alguna manera su propia debilidad, Trotta intentó dárse las de furioso. Apretó los puños; nunca lo había hecho antes y se dio cuenta de que no podía ponerse furioso, su actitud era la de un comediante. En su frente se hinchaba una vena azul, la cara se le puso colorada, los ojos inyectados en sangre, la mirada fija. Logró adoptar un aspecto peligrosísimo.

Kapturak retrocedió.

—¿Qué está usted diciendo? —repitió el teniente.

—Nada —dijo Kapturak.

—¡Repita usted lo que acaba de decir! —le ordenó Trotta.

—No, nada —respondió Kapturak.

El hombrecillo volvió a disolverse por un momento en una mancha gris de contornos precisos. El teniente Trotta sintió un pánico horrible. Temía que Kapturak poseyera el don de descomponerse en mil fragmentos para volver a formar inmediatamente un todo entero. Trotta sintió un ansia tremenda de conocer la sustancia de que estaba hecho Kapturak, como ese afán de saber que domina al investigador. De la cabecera de la cama estaba colgado el sable, su arma, símbolo de su honor militar y personal y que en este momento se convertía, sorprendentemente, en un instrumento mágico con el que podría descubrir los secretos fantasmagóricos que tenía delante. Sentía a su espalda el sable reluciente y percibía una fuerza magnética que irradiaba el arma. Como atraído por ella dio un salto hacia atrás, manteniendo la mirada sobre Kapturak, el cual no cesaba de descomponerse y recomponerse una y otra vez. Agarró con la izquierda el arma, sacó como un rayo el sable de la vaina y mientras Kapturak daba un salto hacia la puerta, perdiendo la gorra, Trotta le seguía blandiendo el arma. Sin tener conciencia clara de lo que hacía, el teniente dirigió la punta del sable hacia el pecho de aquel fantasma gris, notó la resistencia que oponían al arma los vestidos y el cuerpo y suspiró tranquilizado porque finalmente le pareció comprobar que Kapturak era una persona. Y sin embargo seguía empuñando el arma hacia delante. Fue sólo un momento. Pero durante ese momento el teniente Trotta oyó, vio y olió todo cuanto vive en el mundo, las voces de la noche, las estrellas del cielo, la luz de la lámpara, los objetos en su habitación, su propia figura, como si no la sostuviera él mismo, como si estuviera allí frente a él, percibió el revoloteo de las mariposas alrededor de la luz, las húmedas emanaciones de la ciénaga y el hálito fresco del viento nocturno. De repente Kapturak extendió los brazos. Sus manos blancas, delgadas, se agarraron a las jambas de la puerta. La cabeza, calva, con escasos rizos grises, se hundió hacia atrás. Al mismo tiempo colocó un pie delante del

otro, hasta formar como un nudo con sus ridículos zapatos grises. Detrás del hombre surgió de repente la sombra negra y vacilante de una cruz ante la mirada helada del teniente Trotta. La mano del teniente tembló y dejó caer el arma con un suave plañido metálico. En aquel mismo instante, Kapturak bajó los brazos. La cabeza se proyectó hacia delante cayendo sobre el pecho. Sus ojos estaban cerrados. Le temblaban los labios. Todo su cuerpo temblaba. Se produjo un silencio. Se oía el susurro de las mariposas alrededor de la lámpara y se oían las ranas y los grillos a través de la ventana abierta, entremezclándose con los ladridos cercanos de un perro.

—¡Siéntese! —dijo Trotta, y señaló con un gesto la única silla que había en la habitación.

—Sí —dijo Kapturak—, voy a sentarme.

Se acercó contento a la mesa, contento como si nada hubiera pasado, según le pareció a Trotta. Con la punta del zapato tocó el sable.

Kapturak se inclinó y levantó el arma. Como si su obligación consistiera en poner en orden la habitación, cogió el sable entre los dedos y, una vez junto a la mesa, sin mirar al teniente, lo puso en la vaina y volvió a colgarlo de la cabecera de la cama. Dio después la vuelta a la mesa y se situó delante de Trotta, que permanecía en pie. Sólo entonces pareció darse cuenta de la presencia del teniente.

—Sólo me quedo unos instantes —dijo—, para reponerme.

El teniente calló:

—Le ruego que la semana que viene, a esta misma hora, tenga usted a mi disposición todo el dinero que me debe —siguió diciendo Kapturak—. No quiero hacer negocios con usted. Son en total 7250 coronas. Quiero además comunicarle que el señor Brodnitzer se encuentra detrás de la puerta y lo ha oído todo. Como usted sabe, el señor conde Chojnicki no va a venir este año hasta mucho más tarde o, quizá, ni siquiera venga. Quisiera salir, señor teniente.

Se levantó, se acercó a la puerta, se inclinó, recogió la gorra y echó una mirada alrededor. Cerró la puerta tras sí.

El teniente se hallaba totalmente sereno, pero le parecía que todo había sido un sueño. Abrió la puerta. Onufrij seguía sentado en su silla, como siempre, a pesar de que ya debía de ser muy tarde. Trotta miró su reloj. Eran las nueve y media.

—¿Por qué no te has acostado ya? —le preguntó.

—Por la visita —replicó Onufrij.

—¿Lo has oído todo?

—¡Todo! —dijo Onufrij.

—¿Estaba aquí Brodnitzer?

—¡Sí! —le confirmó Onufrij.

No quedaba duda, pues, de que las cosas habían pasado efectivamente como las recordaba el teniente. No quedaba más solución que dar parte al día siguiente de lo sucedido. Los compañeros todavía no habían vuelto al cuartel. Pasó por sus habitaciones, pero estaban todas vacías. Se hallaban en la cantina discutiendo el caso del capitán Jedlicek, el horroroso caso del capitán Jedlicek. Pasaría por el consejo de guerra, lo degradarían y lo fusilarían. Trotta se ciñó el sable, cogió la gorra y se fue. Tenía que estar abajo cuando llegaran los compañeros. Se puso, pues, al acecho delante del hotel. El asunto del capitán era para él más importante que la escena que acababa de vivir con Kapturak. Encontraba sorprendente que así fuera. Creía haber caído en las trampas dispuestas con astucia por una fuerza misteriosa; era un siniestro azar que precisamente ese día la señora de Taussig hubiese tenido que marcharse a casa de su marido. Consideró que todos los sucesos sombríos de su vida se hallaban en siniestra relación entre sí, fruto de las maquinaciones de una fuerza gigantesca, odiosa, invisible, cuyo propósito era destruirle. Era evidente, y de ello no cabía duda, que el teniente Trotta, el nieto del héroe de Solferino, arrastraba a la ruina a otros, los cuales, a su vez, le arrastraban a él, y, en fin, que el teniente era uno de esos seres desgraciados que las fuerzas del mal observan con mal ojo. Paseaba por la calle solitaria; sus pasos resonaban delante de las ventanas iluminadas, con las cortinas extendidas, en el café donde la música tocaba caían con estrépito las cartas sobre la mesa y en vez del viejo ruiseñor otro nuevo cantaba y bailaba: las viejas canciones y los viejos bailes. Con seguridad, hoy no estaría allí ni uno solo de los compañeros. Sea como fuere, Trotta no quería comprobarlo. Porque la deshonra del capitán Jedlicek le afectaba a él mismo, a pesar de que ya desde hacía tiempo le resultara odiosa su profesión militar. La deshonra del capitán afectaba a todo el batallón. La educación militar del teniente era lo suficientemente profunda para darse cuenta de que resultaba poco comprensible que los oficiales del batallón se atreviesen a salir de uniforme por la calle después del caso Jedlicek. ¡Vaya tío, ese Jedlicek! Era alto, fuerte, alegre, buen compañero y necesitaba mucho dinero. Sus anchas espaldas todo lo soportaban. Zoglauer le quería, la tropa le quería. Todos creían que era más fuerte que los pantanos y la frontera. ¡Y resultaba que era un espía! Desde el café llegaba la música, el murmullo de las voces y el chocar de las tazas, para desaparecer de nuevo en el coro nocturno de las ranas infatigables. Había llegado la primavera. Pero Chojnicki no llegó. El único que habría podido ayudarle con su dinero. ¡Y ya no se trataba de seis mil, sino de siete mil doscientas cincuenta coronas! ¡Y había que pagar a la semana siguiente, a esa misma hora exactamente! Si no pagaba, no faltarían medios para establecer una relación entre él y el capitán Jedlicek. ¡Él era su amigo! Pero, en fin, todos lo habían sido. Pero, precisamente, cabía esperarlo todo de ese desgraciado teniente Trotta. ¡Era el destino, su propio destino! Y sólo quince días antes, a esa misma hora, era un joven libre y alegre, vestido de paisano. ¡Precisamente a esa misma hora, quince días antes, se había encontrado con el pintor Moser y habían tomado unas copas! Hoy envidiaba al profesor Moser.

Se oían pasos conocidos a la vuelta de la esquina: los compañeros que llegaban. Eran todos los que vivían en el hotel Brodnitzer, que avanzaban formando una muda manada. Trotta les salió al paso.

—¡Ah, pero sigues aquí! —dijo Winter—. ¡Ya sabes lo que ha pasado! ¡Es horrible, espantoso! Entraron uno detrás de otro sin decir palabra y, procurando hacer el menor ruido posible, subieron

las escaleras, desolados casi.

—Todos a la número nueve —ordenó el teniente primero Hrubá. Él se alojaba en la nueve, la habitación más espaciosa del hotel. Entraron todos, con las cabezas inclinadas, en la habitación de Hrubá.

—Hay que hacer algo —dijo Hrubá—. ¡Ya habéis visto a Zoglauer! ¡Está desesperado! ¡Se pegará cuatro tiros! ¡Algo hay que hacer!

—Tonterías, mi teniente primero —dijo el teniente Lippowitz.

Había entrado en el servicio activo tarde ya, después de dos cursos de estudiar derecho y nunca conseguía eliminar al «paisano» en su actitud, razón por la cual se le trataba con ese respeto, entre tímido y burlón, que suele tenerse hacia los oficiales de la reserva.

—En esa cuestión nada podemos hacer —continuó diciendo Lippowitz—. ¡Callar y seguir prestando servicio! No es el primer caso ni, desgraciadamente, tampoco será el último en el ejército.

Nadie replicó. Todos se daban perfecta cuenta de que no había nada que hacer. Y todos habían confiado en que juntos, reunidos en una habitación, serían capaces de hallar mil soluciones. Pero ahora reconocían, en un instante, que únicamente el pánico les había impulsado a reunirse, porque todos temían quedarse a solas con su pánico entre las cuatro paredes de sus respectivas habitaciones. Reconocían también que de nada les servía seguir allí agrupados y de que cada uno, a pesar de estar con los otros, seguía solo con sus propios temores. Levantaron la cabeza, se miraron y volvieron a inclinarla. Ya se habían reunido de manera parecida en otra ocasión, después del suicidio del capitán Wagner. Recordaban todos al capitán Wagner, el antecesor del capitán Jedlicek, y ahora deseaban todos que Jedlicek se hubiera pegado también un tiro. De repente todos sospecharon que su difunto compañero Wagner se había pegado un tiro sólo porque, de no haberlo hecho, le habrían detenido.

—Iré a verle, ya llegaré hasta él —dijo el teniente Habermann—, y le pegaré cuatro tiros.

—Ni podrás llegar hasta él —replicó Lippowitz— ni tampoco es necesario que lo mates, porque ya lo hará él. En cuanto le saquen la información necesaria, le darán una pistola y le encerrarán con el arma.

—¡Eso, eso está bien! —gritaron algunos. Respiraron tranquilos, Empezaban a tener esperanzas de que el capitán ya se hubiese matado a esa hora. Les pareció que acababan de inventar, gracias a su propia sagacidad, esa razonable costumbre de la justicia militar.

—Faltó poco para que matara a un hombre hoy —dijo el teniente Trotta.

—¿A quién?, ¿cómo?, ¿por qué? —preguntaron todos a la vez.

—A Kapturak, todos le conocéis —empezó a contar Trotta.

Con tranquilidad fue explicando lo sucedido; buscaba las palabras, palidecía y, cuando llegó al final, le resultó imposible explicar por qué no le había ensartado el arma en el cuerpo. Se dio cuenta de que no le comprenderían. Efectivamente, no le comprendían.

—Yo lo habría destrozado —exclamó uno.

—Y yo también —dijo otro.

—Y yo —añadió un tercero.

—No es tan fácil, no —alzó la voz Lippowitz entre aquel griterío.

—Pero a ese tío, que le chupa la sangre a la gente, a ese judío... —dijo alguien.

Todos se quedaron helados, al recordar que el padre de Lippowitz era también judío.

—Sí, en un momento —continuó diciendo Trotta, extrañándose sobremanera de que en ese preciso momento estuviera pensando en el difunto Max Demant y en su abuelo; el rey de barbas blancas, rey de los taberneros—, en un momento vi una cruz detrás de Kapturak.

Se oyó una risa. Otro dijo, lacónico:

—¡Estarías bebido!

—¡Bueno, basta ya! —ordenó finalmente Hruba—. ¡Mañana se le da el parte de todo a Zoglauer!

Trotta miró las caras de sus compañeros: rostros cansados, desmadejados, excitados, pero alegres a pesar del cansancio y la excitación. «Si viviese ahora Demant —pensó Trotta—, habría podido hablar con él, con el nieto del rey de barbas blancas de los taberneros». Procuró marcharse sin que se fijaran en él. Se fue a su habitación. Al día siguiente dio parte de lo sucedido. Informó en el lenguaje del ejército, esa lengua en la que estaba acostumbrado a informar desde su infancia, en la lengua del ejército que era, a su vez, su lengua materna. Era consciente de que no lo había dicho todo, ni siquiera lo más importante, y de que entre sus vivencias y el informe dado mediaba una gran distancia, plagada de enigmas, como un país muy extraño. No olvidó tampoco mencionar la sombra de la cruz que creía haber visto. Como Trotta esperaba, el comandante se sonrió.

—¿Cuánto había bebido usted? —le preguntó.

—Media botella —contestó Trotta.

—¡Pues ya está! —observó Zoglauer.

El comandante Zoglauer sólo se sonrió unos momentos, porque tenía muchas preocupaciones. El asunto era serio. Esos asuntos serios siempre se acumulaban, desgraciadamente. Se trataba de algo delicado que había que comunicar a sus superiores. Había que esperar.

—¿Tiene usted el dinero? —preguntó el comandante.

—¡No! —dijo el teniente.

Se contemplaron durante unos instantes con una mirada fija, vacía, la triste mirada de unos hombres que ni siquiera pueden confesarse que no saben qué hacer. No, no todas las cosas estaban en el reglamento, por muchas vueltas que se le diera al librejo, hojeándolo de delante atrás y de atrás adelante, no se encontraba solución para todo. ¿Tenía razón el teniente? ¿Había sacado el sable antes

de tiempo? ¿O tenía razón ese hombre que había prestado una fortuna y quería ahora recuperarla? Aun cuando el comandante reuniese a todos sus oficiales para deliberar con ellos, ¿qué podrían decirle? ¿Quién se habría atrevido a ser más sagaz que el comandante del batallón? ¿Y qué diablos le pasaba a ese desgraciado teniente? Había resultado ya bastante difícil echarle tierra a aquel asunto de la huelga. Las desgracias se acumulaban, se cernían sobre la cabeza del comandante Zoglauer, sobre Trotta, sobre ese batallón. Con sólo haberlo permitido el reglamento, se habría retorcido de manos, desesperado, el comandante Zoglauer. Porque aun cuando todos los oficiales del batallón se responsabilizaran por Trotta, no era posible reunir la cantidad necesaria. El asunto se complicaba más todavía si no se pagaba la cantidad adeudada.

—¿Pero qué ha hecho usted con tanto dinero? —preguntó Zoglauer, recordando al instante que lo sabía todo. Le indicó con la mano que ya no deseaba explicaciones—. ¡Sobre todo escríbale usted a su señor padre! —dijo Zoglauer, pensando que había tenido una idea excelente.

Así terminó la audiencia con el comandante. El teniente Trotta se fue a su habitación, se sentó y empezó la carta a su señor padre. Pero era imposible hacerlo sin alcohol. Bajó al café, encargó una copa de «noventa grados», papel, pluma y tinta. Se dispuso a escribir. ¡Qué carta tan difícil! ¡Imposible de escribir! El teniente Trotta la empezó dos o tres veces, la rompió, volvió a empezar. Nada resulta tan difícil para un teniente como escribir cartas en las que se trata de hechos que le afectan personalmente. En esta ocasión se demostró que el teniente Trotta, a pesar de odiar su profesión desde hacía ya tiempo; poseía todavía el suficiente honor militar para no solicitar su baja del ejército. Mientras intentaba exponer a su padre el complicado asunto, volvió a transformarse, cuando menos lo esperaba —que eso tiene de extraña, variable y confusa el alma humana—, en el cadete de academia Trotta que en otro tiempo había deseado morir por Habsburgo y Austria desde el balcón de la casa paterna, bajo el son de la marcha de Radetzky. La redacción de la carta le costó a Trotta más de dos horas. Casi anochece. Los jugadores de cartas y de ruleta acudían ya al café. Llegó también el propietario; el señor Brodnitzer. Era extraordinariamente cortés, espantosamente cortés. Hizo delante de Trotta una reverencia tan profunda que el teniente inmediatamente se dio cuenta de que su intención era recordarle lo ocurrido con Kapturak y demostrarle así que él era un testigo auténtico de los hechos. Trotta se levantó y salió en busca de Onufrij. En el pasillo llamó a voces a su asistente. Pero Onufrij no se presentó. En cambio, acudió Brodnitzer.

—Su asistente se ha marchado hoy por la mañana —le dijo.

El teniente se puso entonces en camino hacia la estación para echar él mismo la carta al correo. Mientras andaba hacia la estación se dio cuenta de que Onufrij se había marchado sin pedirle permiso. Su educación militar le obligaba a enojarse ante la actitud del asistente. También se había ido él muchas veces a Viena, y de paisano, sin permiso. Quizás el asistente se comportaba ahora según el ejemplo dado por su teniente. «Quizás Onufrij tiene una novia que le espera —siguió pensando el teniente—. ¡A ése me lo tengo arrestado hasta que se pudra!». Inmediatamente reconoció que la frase no la había pensado él y que tampoco iba en serio. Era simplemente una de esas expresiones mecánicas, siempre a punto en su cerebro militar, uno de esos innumerables giros

mecánicos que sustituyen a los pensamientos en los cerebros militares y sirven para tomar las decisiones por anticipado.

No, el asistente Onufrij no tenía una novia en su pueblo. Tenía cuatro yugadas y media de tierra heredadas de su padre, que ahora administraba su cuñado. Poseía además veinte ducados de oro de a diez coronas, enterrados en la tierra, junto al tercer sauce de la cabaña situada a la izquierda del camino que va a la casa del vecino Nikofor. El asistente Onufrij se había levantado antes de salir el sol, había limpiado los correajes y las botas del teniente, había puesto las botas delante de la puerta y los correajes sobre el sillón y, después, con su bastón de madera de guindo al hombro, se había puesto en camino hacia Burdlaki. Pasó por el estrecho sendero entre los sauces, el único camino que indicaba dónde estaba seca la ciénaga. Porque los sauces consumían toda la humedad de los pantanos. A ambos lados del estrecho sendero por donde avanzaba iban ascendiendo las nieblas grises, de múltiples formas, fantasmales; avanzaban hacia él como en oleaje y le obligaban a persignarse. Murmuraba sin cesar padrenuestros entre sus labios trémulos. Con todo, se sentía con buen ánimo. Por su izquierda surgían ahora los almacenes del ferrocarril con el techo de pizarra, que eran para él como un consuelo, ya que se encontraban exactamente donde él había supuesto que se encontrarían. Volvió a persignarse, esta vez dando las gracias a Dios por su bondad al permitir que los almacenes del ferrocarril siguieran encontrándose en su lugar de costumbre. Llegó a la aldea de Burdlaki una hora después de la salida del sol. Su hermana y su cuñado habían marchado ya a los campos. Entró en la choza paterna donde vivían. Los niños dormían aún en las cunas colgadas del techo con gruesas cuerdas. Cogió el azadón y el rastrillo del huerto detrás de la casa y se marchó en busca del tercer sauce a la izquierda, delante de la cabaña. A la salida se puso de espaldas a la puerta y con la mirada fija hacia el horizonte. Transcurrió un rato hasta que se demostró a sí mismo que su brazo izquierdo era, efectivamente, el izquierdo y el derecho también el derecho. Avanzó hacia la izquierda en dirección hacia la casa de su vecino Nikofor. Allí empezó a cavar. De vez en cuando lanzaba una mirada alrededor para convencerse de que nadie le estaba mirando. ¡No! Nadie miraba lo que estaba haciendo. Onufrij cavaba y cavaba.

El sol ascendía tan lento por el horizonte que Onufrij creyó que era ya mediodía. Pero eran sólo las nueve de la mañana. Al fin oyó el golpe del azadón sobre algo duro, resonante. Puso a un lado el azadón y, con el rastrillo, fue desmenuzando la tierra ya suelta y sacándola. Finalmente dejó el rastrillo, se echó al suelo y fue limpiando con los dedos los terrones húmedos. A tientas encontró primero un pañuelo de hilo, buscó el nudo y lo abrió.

Allí estaba su dinero: veinte ducados de a diez coronas de oro.

Los contó con parsimonia. Escondió su tesoro en el bolsillo de los pantalones y se fue en busca del tabernero judío del pueblo de Burdlaki, un tal Hirsch Beniower; el único banquero del mundo a quien conocía personalmente.

—Te conozco —le dijo Beniower—. También he conocido a tu padre. ¿Qué necesitas, azúcar, harina, tabaco ruso o dinero?

—Dinero —dijo Onufrij.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó Beniower.

—Mucho —dijo Onufrij, y extendió los brazos al máximo para indicar lo que necesitaba.

—Está bien —dijo Beniower—, vamos a ver lo que tienes.

Beniower abrió un libro de gran tamaño. En él constaba que Onufrij Kolohin poseía cuatro yugadas y media de tierra. Beniower estaba dispuesto a darle por ellas trescientas coronas.

—Vamos a ver al alcalde —dijo Beniower.

Llamó a su mujer, le dijo que se encargara de la tienda en su ausencia y se fue con Onufrij Kolohin a casa del alcalde.

Allí entregó a Onufrij trescientas coronas. Onufrij se sentó a una mesa oscura y carcomida y se esforzó por trazar su nombre al pie de un documento. Se quitó la gorra. El sol estaba ya alto en el horizonte. También conseguía lanzar sus cálidos rayos a través de las diminutas ventanas de la choza campesina donde ejercía sus funciones el alcalde de Burdlaki. Onufrij sudaba. Sobre su estrecha frente se acumulaban las gotas de sudor, como chichones cristalinos y transparentes, que resbalaban y se deslizaban como las lágrimas que había llorado el cerebro de Onufrij. Finalmente, allí estaba su nombre al pie del documento. Con los veinte ducados de diez coronas de oro en el bolsillo de los pantalones y los trescientos billetes de una corona en el bolsillo de la blusa, Onufrij Kolohin inició el camino de regreso.

A media tarde apareció por el hotel. Se fue al café y preguntó por el teniente. Cuando le vio se comportó entre los jugadores de cartas con la misma indiferencia con que permanecía en el patio del cuartel. Su cara ancha brillaba como un sol. Trotta lo contempló largo rato, con ternura en el corazón y dureza en la mirada. «Te voy a encerrar hasta que te pudras», decía la boca del teniente obedeciendo a los dictados de su cerebro militar.

—Ven a mi cuarto —dijo Trotta, y se levantó.

El teniente subió por las escaleras. Tres peldaños más abajo le seguía Onufrij. Llegaron a la habitación del teniente.

—Mi teniente, aquí tengo dinero —dijo Onufrij, con el rostro resplandeciente.

Extrajo de los bolsillos del pantalón y de la blusa todo cuanto poseía, avanzó unos pasos y lo depositó sobre la mesa. El pañuelo rojo, donde habían estado envueltos los ducados de diez coronas de oro durante tanto tiempo, todavía conservaba fragmentos de tierra, plateada, gris, pegados. Junto al pañuelo se hallaban los billetes azules del banco. Trotta los contó. Después abrió el pañuelo. Contó las monedas de oro. Puso después los billetes junto a las monedas en el pañuelo, volvió a anudarlo y devolvió el hatillo a Onufrij.

—Desgraciadamente, no puedo aceptar dinero de ti, ¿comprendes? —dijo Trotta—. Lo prohíbe el reglamento. ¿Comprendes? Si acepto tu dinero me echarán del ejército y me degradarán,

¿comprendes?

Onufrij inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El teniente sostenía el hatillo en la mano levantada. Onufrij seguía asintiendo con la cabeza. Extendió la mano y agarró el hatillo, que tembló un momento en el aire.

—¡Retírese! —dijo Trotta.

Onufrij se marchó con el hatillo.

El teniente recordó aquella noche otoñal, cuando servía en caballería, y oyó a sus espaldas los pasos de Onufrij. Recordó las novelas rosa, de ambiente militar, en unos volúmenes pequeños, encuadernados en verde, que había leído en la biblioteca del hospital. En esas novelas abundaban los fieles asistentes, campesinos toscos con un corazón de oro. Si bien el teniente Trotta carecía del menor gusto literario, y el término literatura, de oírlo casualmente, para él sólo significaba el drama Zriny de Theodor Körner y nada más, había sentido siempre cierta aversión hacia el sentimentalismo dulzón de esas novelas y hacia sus conmovedores personajes. El teniente Trotta no poseía la experiencia suficiente para saber que también en la realidad existen toscos campesinos con un corazón de oro y que esas malas novelas contienen gran parte de verdad copiada de la vida misma, sólo que mal copiada.

En fin, aún era escasa la experiencia del teniente Trotta.

Capítulo XVIII

Una fresca y soleada mañana de primavera, el jefe de distrito recibió la triste carta de su hijo. El señor de Trotta sopesó la carta en la mano antes de abrirla. Le pareció más pesada que todas las cartas que había recibido de su hijo hasta ese momento. Debía de tratarse de una carta de dos folios, una extensión extraordinaria. El corazón envejecido del señor de Trotta se sintió embargado por las preocupaciones, la ira paterna, la alegría y los malos presentimientos a la vez. Cuando abrió el sobre se oyó el golpeteo de los puños almidonados sobre su vieja mano. Con la izquierda sostenía los quevedos, que en los últimos tiempos le temblaban con frecuencia. Con la derecha acercó la carta a sus ojos de forma que los extremos de las patillas rozaban con un susurro el papel. El evidente trazo apresurado de la letra atemorizó tanto al señor de Trotta como el extraordinario contenido de la carta. Incluso entre líneas el jefe de distrito buscaba motivos de nuevos y ocultos temores; parecía que la carta no contenía bastantes sorpresas desagradables ni el terrible mensaje que el señor de Trotta esperaba, día tras día, desde hacía mucho tiempo, especialmente desde que su hijo había dejado de escribirle. Quizá por ello consiguió dominarse al terminar la lectura de la carta. Era un hombre ya viejo, de un tiempo también viejo. Los viejos de la época anterior a la gran guerra eran quizá más necios que los jóvenes de hoy. Pero en los momentos que ellos consideraban espantosos, momentos que de acuerdo con los conceptos de la época actual quizá sólo merecerían ser objeto de un breve comentario jocoso, los honrados viejos de antaño sabían guardar una heroica serenidad. Hoy en día, los conceptos de honor profesional, familiar y personal que profesaba el señor de Trotta son, a nuestros ojos, meras reliquias de leyendas pías, ingenuas e inverosímiles. Pero en aquellos tiempos, un jefe de distrito del temple del señor de Trotta se habría impresionado menos por la noticia de la muerte repentina de su único hijo que por la noticia de que ese único hijo acaso había cometido una acción deshonrosa. Según las ideas de aquella época perdida, diríase que enterrada bajo los túmulos recientes de los caídos, un oficial del ejército real e imperial que no matara a una persona que había atentado contra su honor, simplemente por deberle dinero, era considerado un caso desgraciado y, peor aún, una vergüenza para su progenitor, para el ejército y para la monarquía. Durante los primeros instantes que siguieron a la lectura no se agitó el corazón paterno del señor de Trotta, sino —podría decirse— el corazón oficial del jefe de distrito. Este corazón le decía: «¡Renuncia inmediatamente a tu cargo! ¡Solicita el retiro antes de tiempo!». Pero unos momentos después el corazón paterno exclamaba: «¡Estos tiempos tienen la culpa de todo! ¡El servicio en la frontera! ¡Tú mismo tienes también la culpa! ¡Tu hijo es noble y sincero! ¡Aunque débil también, desgraciadamente! ¡Y hay que ayudarlo!». ¡Había que ayudarlo! Era preciso evitar que el nombre de Trotta se viera deshonrado y mancillado. Sobre este punto estaban de acuerdo los dos corazones del señor de Trotta: el corazón paterno y el oficial. Lo que había que hacer, pues, era encontrar dinero: siete mil doscientas cincuenta coronas. Los cinco mil

florines que la gracia imperial había concedido en lejana fecha al héroe de Solferino, así como también el dinero heredado del padre, se habían gastado ya. Se le habían ido, sin que el jefe de distrito se diera cuenta, para la casa, para la academia en Mährisch-Weiskirchen, para el pintor Moser, para el caballo, para beneficencia. El señor de Trotta siempre había querido que se le tuviera por más rico de lo que era. Poseía los instintos de un verdadero gran señor. No había entonces —y probablemente tampoco en la actualidad— instintos más caros. Los hombres agraciados con tales maldiciones no saben lo que tienen ni lo que gastan. Van sacando de una fuente invisible. Nunca hacen cálculos. Creen que sus bienes no pueden ser inferiores a su magnanimidad.

Por primera vez en su ya larga vida el señor de Trotta se veía enfrentado al problema insoluble de procurarse inmediatamente una suma de dinero relativamente grande. No tenía amigos, a excepción de sus antiguos compañeros de estudios, los cuales ocupaban actualmente cargos parecidos al suyo y a los que no había vuelto a tratar desde hacía años. La mayoría eran pobres. Conocía al hombre más rico del distrito, al viejo señor de Winternigg. Comenzó a tomar forma la escalofriante idea de ir a ver al señor de Winternigg, al día siguiente, al otro o incluso ese mismo día, para pedirle un préstamo. Ciertamente, el señor de Trotta no tenía demasiada imaginación. Sin embargo, consiguió trazar ante su mente, con dolorosa precisión, todos los detalles de esta espantosa súplica. Por primera vez en su ya larga vida, el señor de Trotta tuvo que reconocer lo difícil que resulta mantenerse digno cuando se necesita ayuda. Esa experiencia cayó como un rayo sobre el jefe de distrito, destrozó en un instante ese orgullo que había cuidado y mantenido durante tanto tiempo, ese orgullo que había heredado y que estaba decidido a transmitir a su hijo. Se sentía humillado como quien lleva muchos años haciendo inútiles solicitudes de ayuda. El orgullo había sido en otros tiempos el fuerte compañero de su juventud y, más tarde, báculo de su vejez; ahora le quitaban el orgullo al pobre viejo jefe de distrito. Decidió escribir inmediatamente una carta al señor de Winternigg. Pero apenas había empezado a escribir se dio cuenta de que no era capaz de anunciar una visita que era, en realidad, una demanda de ayuda, una súplica. El señor de Trotta consideró que podía interpretarse como un engaño el no aludir, por lo menos, ya desde un principio el objeto de la visita. Resultaba imposible encontrar una fórmula que correspondiera más o menos a esas intenciones. Así permaneció largo rato sentado, con la pluma en la mano, reflexionando sobre la forma en que debía escribir, sin encontrar ninguna que le satisficiera. También podía llamar por teléfono al señor de Winternigg. Pero desde que existía el teléfono en la jefatura del distrito —y de eso hacía más de dos años— el señor de Trotta únicamente lo había utilizado por cuestiones oficiales. No podía convencerse de que se acercaría a aquella caja oscura, grande, que no le inspiraba demasiada confianza, haría girar la manivela y empezaría una conversación con el señor de Winternigg después de aquel espeluznante «¡Aló!» que para el señor de Trotta era casi como una ofensa, porque le parecía la señal de un impertinente entusiasmo para que personas serias abordaran la discusión de asuntos serios. Recordó entonces que su hijo esperaba respuesta, quizás un telegrama. ¿Qué podía decirle el jefe de distrito? ¿Acaso: «Intentaré todo. Más tarde detalles»? ¿O quizá: «Espero paciente posterior desarrollo de acontecimientos»? ¿O en fin: «Intenta otra cosa, aquí imposible»? ¡Imposible! Esa palabra hizo surgir un prolongado y espantoso eco. ¿Qué era imposible?

¿Salvar el honor de los Trotta? Pues eso tenía que salvarse. Tenía que ser posible. El jefe de distrito se paseaba por su despacho, de aquí para allá, una y otra vez, como en aquellas mañanas dominicales, cuando examinaba al pequeño Carl Joseph. Tenía una mano a la espalda, y contra la otra chocaba el puño almidonado. Bajó después al patio, imaginándose que el difunto Jacques todavía seguiría allí, a la sombra del caserón. El patio se hallaba vacío. La ventana de la casa en que había vivido Jacques estaba abierta, y el canario, aún vivo, lanzaba sus trinos posado sobre el alféizar. El jefe de distrito regresó a su casa, cogió el bastón y el sombrero y se marchó. Había decidido hacer algo extraordinario. Iría a visitar en su propia casa al doctor Skowronnek. Atravesó la plazuela del mercado, se metió por el callejón de Leuna y buscó la placa de médico en las casas, porque no sabía el número. Finalmente tuvo que preguntar la dirección a un tendero, si bien consideró que era una indiscreción eso de molestar a un desconocido con semejante ruego. Pero también superó esta situación el señor de Trotta, templado ya el ánimo y esperanzado, y entró en la casa que le habían señalado. Encontró al doctor Skowronnek en el jardincillo al fondo del pasillo, sentado bajo un inmenso parasol y con un libro en la mano.

—¡Válgame Dios! —exclamó Skowronnek, pues sabía que algo extraordinario tenía que haber sucedido para que, el jefe de distrito acudiera a verle a su casa.

Antes de empezar, el señor de Trotta expuso una larga serie de complicadas disculpas. Siguió hablando, sentado en un banco del jardincillo, con la cabeza agachada y hurgando con la punta del bastón en la gravilla del camino. Después puso la carta de su hijo en manos del doctor Skowronnek. Se calló, ahogó un suspiro y respiró profundamente.

—Mis ahorros —dijo Skowronnek— suman la cantidad de dos mil coronas. Se los pongo a su disposición, señor jefe de distrito, si usted me permite.

Habló muy deprisa, como si temiera que el jefe de distrito pudiera interrumpirle. Abochornado, cogió el bastón del señor de Trotta y se puso él a hurgar en la gravilla, pues le parecía que después de pronunciar esa frase no podía seguir allí sin hacer nada.

—Gracias, señor doctor —dijo el señor de Trotta—, acepto su oferta. Le escribiré un pagaré. Si me lo permite, se lo devolveré a plazos.

—No, no, ya me lo dará cuando le convenga —dijo Skowronnek.

—Está bien —dijo el jefe de distrito. Le parecía imposible ahora pronunciar frases de agradecimiento, esas palabras inútiles que había utilizado toda su vida, por cortesía, hacia otras personas.

Súbitamente se dio cuenta de que el tiempo apremiaba. Los pocos días de que todavía disponía se reducían de repente y quedaban en nada.

—El resto —siguió diciendo Skowronnek—, el resto solamente lo puede usted obtener del señor de Winternigg. ¿Le conoce usted?

—Apenas.

—¿Pues no hay más solución, señor jefe de distrito! Y creo que yo conozco bien al señor de Winternigg. Su nuera acudió a mi consulta. Me parece que el señor de Winternigg es un canalla, como vulgarmente se dice. Es posible que le diga que no. —Calló aquí Skowronnek.

El jefe de distrito volvió a coger el bastón que el doctor tenía en su mano. Se produjo un gran silencio. Se oía sólo el ruido que producía el bastón hurgando entre la gravilla.

—Es igual, aunque diga que no —musitó el jefe de distrito—. No temo nada —dijo con voz fuerte—. ¿Pero y después qué?

—Después —dijo Skowronnek—, sólo queda una posibilidad en la que hace rato estoy pensando, pero que me resulta demasiado fantástica. Pero quizás en su caso no lo sea tanto. Yo que usted iría directamente a ver al viejo, al emperador quiero decir. Porque existe el peligro, y perdone usted que le hable con franqueza, de que echen a su hijo del ejército.

En cuanto hubo dicho estas frases, Skowronnek se sintió avergonzado.

—Es posible que sea una mera ingenuidad por mi parte —añadió el doctor—. Mientras se la iba exponiendo me parecía que éramos dos muchachuelos pensando en cosas verdaderamente imposibles. Sí, somos ya tan viejos y tenemos graves preocupaciones, pero me parece que hay demasiado atrevimiento en lo que acabo de decirle. ¡Perdone usted!

Para el alma sencilla del señor de Trotta la idea del doctor Skowronnek no resultaba ingenua en absoluto. Porque siempre que firmaba un documento o lo redactaba, o cuando daba las más anodinas instrucciones al comisario o incluso al suboficial Slama, se sentía bajo el cetro extendido del emperador. Era perfectamente natural que el emperador hubiera hablado con Carl Joseph. El héroe de Solferino había vertido su sangre por el emperador, y Carl Joseph en cierta manera también, cuando luchó contra los «individuos» y «elementos» turbulentos y sospechosos.

De acuerdo con las sencillas ideas del señor de Trotta, no constituía ningún abuso de la gracia imperial que él, como servidor de su majestad, se presentara ante Francisco José, como el hijo que en desgracia acude al padre en busca de ayuda. El doctor Skowronnek se sorprendió en extremo y empezó a dudar de si el jefe de distrito estaba en sus cabales cuando éste exclamó:

—¡Excelente idea, señor doctor, nada hay más fácil!

—No, no, la cosa no es tan fácil —dijo Skowronnek—. No dispone usted de mucho tiempo. En dos días no se consigue una audiencia particular.

El jefe de distrito le dio la razón. Decidieron que Trotta iría primero a ver al señor de Winternigg.

—¿Aun cuando me va a decir que no? —preguntó el señor de Trotta:

—Pues sí, aun en ese caso —indicó el doctor Skowronnek.

El jefe de distrito se puso inmediatamente en camino para ver al señor de Winternigg. Tomó un coche. Era mediodía. No había comido todavía. Ordenó al cochero que parara delante del café y bajó

a tomarse un coñac. Se dio cuenta de que su visita a esa hora no era muy oportuna. Con seguridad, el señor de Winternigg estaría comiendo. Pero no disponía de más tiempo. La cosa tenía que decidirse aquel mediodía. Pasado mañana hablaría con el emperador. Se apeó del coche frente a correos y envió un telegrama a Carl Joseph: «Arreglaré asunto. Saludos papá». Estaba seguro de que todo saldría bien. Pues, por muy difícil que fuera obtener el dinero, más difícil resultaría atentar contra el honor de los Trotta. Es más, el jefe de distrito se imaginó que el héroe de Solferino le vigilaba y le acompañaba. El coñac calentó su viejo corazón, que latía algo más apresuradamente. Pero él seguía muy tranquilo. Pagó al cochero delante de la quinta de los Winternigg y le saludó, amable, con el dedo, como solía hacer cuando trataba con gente sencilla. El cochero le sonrió también amablemente. Esperó con el sombrero y el bastón en la mano. Llegó el señor de Winternigg, pequeño y amarillo. Le extendió su mano, seca, al jefe de distrito y se dejó caer en un ancho sillón para casi desaparecer en el verde terciopelo. Dirigió sus ojos sin color hacia los grandes ventanales. No había expresión alguna en esos ojos o, acaso, la ocultaban; eran viejos espejos opacos en los que el jefe de distrito veía únicamente su propia imagen. El señor de Trotta expuso, con mayor facilidad de la que se imaginaba, una serie de comedidas excusas y le indicó las razones que le habían impedido anunciar su visita.

—Señor de Winternigg —dijo después—, yo ya soy un viejo.

No había querido pronunciar esa frase. Los arrugados párpados amarillos de Winternigg se abrieron y cerraron un par de veces y el jefe de distrito tuvo la sensación de que estaba hablando con un pajarraco viejo y seco que no comprendía el lenguaje de los humanos.

—Lo siento mucho —dijo finalmente el señor de Winternigg. Hablaba con voz muy queda. Una voz que carecía de timbre, al igual que carecían de mirada los ojos. Al hablar mostraba los dientes, una dentadura fuerte, ancha, amarilla, como una reja que vigilaba las palabras—. Lo siento mucho —volvió a decir—, pero aquí no tengo dinero.

El jefe de distrito se levantó inmediatamente. También lo hizo Winternigg. Allí estaba, pequeño y amarillo, delante del jefe de distrito, sin barba delante de las grandes patillas plateadas, del señor de Trotta; parecía que éste aumentaba de tamaño, que crecía. ¿Sentía roto su orgullo? No, de ninguna manera. ¿Le había humillado Winternigg? No, en absoluto. Tenía que salvar el honor del héroe de Solferino, de la misma forma en que el héroe de Solferino había tenido por misión salvar la vida del emperador.

El señor de Trotta consideró que resultaba fácil hacer una súplica. Sintió desprecio. Por primera vez el jefe de distrito sintió que su corazón se henchía de desprecio, el cual era casi tan grande como su orgullo. Se despidió.

—Mis respetos, señor de Winternigg —dijo con su voz acostumbrada, altaneramente nasal, su voz de funcionario.

Regresó a su casa a pie, erguido, lentamente, brillando con toda la dignidad de sus años, por la larga avenida que conducía desde la quinta de los Winternigg hasta la ciudad. La avenida estaba

silenciosa; únicamente los gorriones daban saltitos por el camino, los mirlos cantaban y los viejos castaños se extendían a lo largo del camino por donde avanzaba el jefe de distrito. Una vez en su casa, volvió a coger la campanilla de plata que no utilizaba desde hacía tanto tiempo. Su tenue vocecilla corrió apresuradamente por toda la casa.

—Señora mía —dijo el señor de Trotta a la señorita Hirschwitz—, téngame usted a punto el equipaje para dentro de media hora. Mi uniforme, con el sombrero y el espadín, el frac y la corbata blanca. ¡Para dentro de media hora! —Sacó el reloj y lo abrió con cierto estrépito. Se sentó en el sillón y cerró los ojos.

En el armario estaba su uniforme de gala colgado de cinco perchas: el frac, el chaleco, los pantalones, el sombrero y el espadín. Fueron saliendo del armario, pieza tras pieza, como por sí mismas, no llevadas por las prudentes manos del ama de llaves, sino simplemente acompañadas. La gran maleta del jefe de distrito, envuelta en una funda de tela marrón, abrió sus fauces, forradas de papel de seda que crujía al tacto, y se fue tragando las distintas piezas del uniforme. El espadín penetró obediente en la vaina de cuero. La corbata blanca se envolvió en un velo suave de papel. Los blancos guantes se acomodaron en el forro del chaleco. Se cerró la maleta. La señorita Hirschwitz se dirigió al jefe de distrito y le comunicó que todo estaba a punto.

El jefe de distrito partió para Viena.

Llegó al atardecer. Pero él sabía dónde se encontraban las personas de quienes precisaba. Conocía las casas donde vivían y los locales donde comían. El consejero del gobierno Smekal, el consejero de la corte Pollak, el consejero superior de hacienda Pollitzer, el consejero superior del ayuntamiento Busch, el consejero de gobernación Leschnitz y el consejero de policía Fuehs: todos ellos, y otros muchos, vieron esa noche al extraordinario señor de Trotta y, a pesar de que tenía la misma edad que ellos, todos pensaron, preocupados, que el jefe de distrito había envejecido mucho. Era mucho más viejo que todos ellos. Incluso les parecía más digno y casi no se atrevían a tutearle: Esa noche se le vio en muchas partes, como si apareciera por todas ellas casi al mismo tiempo, recordándoles a un fantasma de los viejos tiempos y de la vieja monarquía de Habsburgo; la sombra de la historia le acompañaba, él mismo era la sombra plateada de la historia. Por muy extraordinario que fuese lo que les comunicaba, es decir, que quería conseguir una audiencia particular del emperador antes de dos días, les resultaba más sorprendente todavía el propio señor de Trotta, tempranamente envejecido y viejo ya desde un principio, y acabaron por considerar que su propósito era justo y perfectamente comprensible.

En la cancillería de Montenuovo estaba Gustl, el afortunado, a quien todos envidiaban, a pesar de que sabían que su gloria se acabaría con la muerte del viejo y con la subida al trono de Francisco Fernando. Esperaban ya este poco honroso final para Gustl. Pero, entre tanto, se había casado con la hija de un Fúcar, él que no era noble; todos le recordaban bien, sentado en la tercera fila de pupitres, en el rincón izquierdo, a quien todos le tenían que soplar en cuanto el profesor lo interrogaba, y cuya «suerte» todos comentaban amargamente desde hacía treinta años. Gustl había obtenido título de nobleza y estaba ahora en la cancillería de Montenuovo. Ya no se llamaba Hasselbrunner sino Von

Hasselbrunner. Su cargo era sencillo, una nonada, mientras que ellos, los otros, tenían que solucionar asuntos difíciles y en extremo complicados. ¡Ah, ese Hasselbrunner! Era el único que podía ayudar a Trotta. A la mañana siguiente, a las nueve ya, el jefe de distrito se presentó ante el despacho de Hasselbrunner en la cancillería de Montenuovo. Le indicaron que Hasselbrunner había salido de viaje y que quizá volvería por la tarde. Por casualidad pasó por allí Smetana, a quien el jefe de distrito no había podido ver el día anterior. Si Hasselbrunner estaba de viaje, pues podían dirigirse a Lang. Lang era un tipo muy simpático. Empezó el peregrinaje del infatigable jefe de distrito a través de las diversas cancillerías. Desconocía las leyes que reinaban entre las autoridades reales e imperiales de Viena. Pero ahora las iba conociendo. De acuerdo con estas leyes, los ordenanzas se mostraban adustos hasta el momento en que sacaba su tarjeta de visita y conocían su categoría; a partir de ese instante se mostraban serviles. Los altos funcionarios le saludaban con un cordial respeto. Todos, sin excepción, parecían estar dispuestos, durante el primer cuarto de hora de conversación, a poner en juego su carrera e incluso su vida por el jefe de distrito. Pero, al cabo del cuarto de hora se enturbiaba su mirada y perdían brillo sus rostros; una gran tristeza les invadía el corazón y les paralizaba su voluntad de actuar. Todos exclamaban: «¡Si se tratara de otra cosa! ¡Con muchísimo gusto! Pero eso que usted pide, querido barón de Trotta, eso que nos pide, incluso para nosotros mismos..., en fin, que usted lo sabe mejor que nosotros». Y así, o de forma similar, uno tras otro, fueron hablando con el infatigable señor de Trotta. Atravesó patios y pasillos hasta el tercer piso, hasta el cuarto, volvió al primero y al entresuelo. Finalmente decidió esperar a Hasselbrunner. Esperó hasta la tarde y supo entonces que Hasselbrunner no se había ido de viaje sino que se había quedado en casa. Y el impávido paladín por el honor de los Trotta penetró en la mansión de Hasselbrunner. Allí surgió, finalmente, cierta esperanza. Hasselbrunner y el viejo señor de Trotta fueron a casa de unos y otros. Finalmente, a las seis consiguieron descubrir a un amigo de Montenuovo en aquella célebre pastelería donde solían encontrarse los golosos y alegres mandatarios del imperio por las tardes. Por decimoquinta vez desde la mañana, el jefe de distrito oyó que sus propósitos eran irrealizables. Pero siguió imperturbable. La argentada dignidad de sus años y el tono ceremonioso, ligeramente sorprendente y extravagante, con que hablaba de su hijo y del peligro que se cernía sobre su nombre, la solemnidad al hablar de su difunto padre, al que llamaba el héroe de Solferino, y no de otra manera, esa misma solemnidad al mencionar al emperador, al que llamaba su majestad, y no de otra manera, eran factores que influían en sus interlocutores, los cuales acababan por convencerse de que los propósitos del señor de Trotta eran justos y casi totalmente justificados. Si no quedaba más remedio —decía el jefe de distrito de W—, se tiraría él, viejo servidor de su majestad, hijo del héroe de Solferino, se tiraría al suelo delante del coche en que el emperador iba todas las tardes de Schönbrunn al Hofburg, como un simple bastaje del mercado de Naschmarkt. Era él, el jefe de distrito Franz von Trotta, quien tenía que poner orden en esta cuestión. Estaba tan entusiasmado con su misión de salvar el honor de los Trotta mediante la ayuda del emperador que le parecía que esa desgracia de su hijo, como denominaba para sus adentros el asunto, había servido para darle a su vida un justo sentido. Es más, sólo a causa de él su vida adquiriría sentido.

Era muy difícil conseguir alterar el ceremonial de la corte. Se lo repitieron quince veces. Él respondió que su padre, el héroe de Solferino, también había alterado el ceremonial. «Así, con la mano, cogió a su majestad del hombro y lo echó al suelo», contaba el jefe de distrito. Y él, a quien normalmente producían escalofríos los gestos violentos o superfluos de sus interlocutores, se levantaba, cogía por el hombro al caballero a quien estaba contando la historia e intentaba representar sobre el terreno el histórico salvamento de la vida del emperador. Nadie sonreía. Se intentaba hallar un medio para alterar el ceremonial.

El señor de Trotta entró en una papelería y compró un folio de papel de barba, como lo exigían las disposiciones de la cancillería, compró también tinta y una pluma de acero, marca Adler, la única con la que podía escribir. Suelta la mano, pero con su letra habitual, que seguía cumpliendo rigurosamente con las leyes de la caligrafía, redactó la instancia como estaba prescrito, dirigida a su majestad apostólica real e imperial. Ni por un instante dudó, es decir, no se permitió dudar, de que su instancia sería acogida «favorablemente». Estaba dispuesto incluso a despertar a Montenuovo a cualquier hora de la noche si era necesario. En el curso de aquella jornada y en opinión del señor de Trotta el asunto de su hijo se había convertido en asunto del héroe de Solferino y, en consecuencia, en un asunto propio del emperador: es decir, en cierta manera, en un asunto que afectaba a la patria. Desde su salida de W apenas había comido. Más flaco que de costumbre, a su amigo Hasselbrunner le recordaba a uno de aquellos exóticos pajarracos del jardín zoológico de Schönbrunn que suponen un intento de la naturaleza por repetir la fisonomía de los Habsburgo entre la fauna. Así era, el jefe de distrito les recordaba al propio Francisco José a todos aquellos que habían visto al emperador. Esos caballeros vieneses no estaban acostumbrados en lo más mínimo al aire decidido que adoptaba el señor de Trotta. Acostumbrados ellos a quitarse de encima problemas mucho más serios del imperio con un simple chiste pronunciado en los cafés de la capital, les parecía que el señor de Trotta era una personalidad salida no de una provincia geográfica sino de una remota provincia de la historia, fantasma del pasado de la patria, exhortando a la conciencia patriótica. Por espacio de una hora dejaron de dedicarse al chiste fácil con que solían hacer frente a todos los síntomas de su propia decadencia. El nombre de «Solferino» provocó en ellos temor y respeto, el nombre de la batalla en la que por primera vez se anunciaba la catástrofe de la monarquía real e imperial. Sentían escalofríos al ver a ese extraño jefe de distrito y al oír sus discursos. Sentían quizá ya el aliento de la muerte junto a la nuca, la muerte que al cabo de pocos meses los arrebataría a todos. Sentían junto a sus espaldas el frío hálito mortal.

Todavía le quedaban tres días de plazo al señor de Trotta. En el curso de una noche en que no durmió, ni comió ni bebió, consiguió romper las férreas y doradas leyes del ceremonial. No se encuentra en los manuales de historia ni en los libros de lectura para las escuelas nacionales austríacas el nombre del héroe de Solferino, como tampoco consta en las actas de Montenuovo el nombre del hijo del héroe de Solferino. A excepción del mismo Montenuovo y del viejo servidor de Francisco José, muerto recientemente, nadie en el mundo sabía ya que el jefe de distrito barón Franz de Trotta y Sipolje fue recibido una mañana en audiencia privada por el emperador, poco antes de su marcha a Ischl.

Era una mañana maravillosa. El jefe de distrito se había pasado toda la noche probándose el uniforme de gala. Tenía las ventanas abiertas. Era una noche clara de verano. De vez en cuando se acercaba a la ventana. Escuchaba los ruidos de la ciudad dormida y el canto de un gallo en los caseríos lejanos. Olía el hálito del verano; veía las estrellas en el cielo nocturno, oía el paso regular de los policías que patrullaban por la calle. Esperaba la mañana. Por décima vez se miró al espejo, arregló la blanca corbata bajo las puntas del cuello duro, pasó una vez más el blanco pañuelo de batista por encima de los botones dorados del frac, limpió la empuñadura de oro del espadín, cepilló los zapatos, se alisó las patillas de la barba y dominó con el peine los contados cabellos de su calva, hirsutos ya y con tendencia a formar rizos. Finalmente, cepilló los faldones del frac. Cogió el sombrero con la mano. Se colocó delante del espejo y repitió las palabras: «¡Majestad, pido gracia para mi hijo!». Vio en el espejo que sus patillas se agitaban, gesto que consideró inoportuno. Pronunció nuevamente la frase de forma que no se levantaran las patillas, pero que las palabras siguieran siendo claras y bien perceptibles. No sentía cansancio alguno. Se aproximó otra vez a la ventana como si se acercara a una orilla. Esperaba con ansia la mañana como quien espera a una nave de la patria. Sí, sentía añoranza del emperador. Permaneció junto a la ventana hasta que los grises reflejos del alba iluminaron el cielo y el griterío de los pájaros anunció la salida del sol. Apagó entonces las luces de la habitación. Tocó la campanilla. Llamó al barbero. Se puso el frac. Se sentó. Ordenó que le afeitaran.

—¡Otra pasada! —dijo al barbero, quien no podía tenerse en pie por el sueño—, ¡y a contrapelo! Brillaba azul su mentón entre las plateadas patillas de la barba. Escocía la aluminita y refrescaban el cuello los polvos. Había reservado un coche para las ocho y media. Volvió a cepillar una vez más el frac verdinegro. Repitió después delante del espejo: «¡Majestad, pido gracia para mi hijo!». Cerró luego la habitación. Bajó las escaleras. La casa todavía estaba dormida. Se puso bien los guantes blancos, alisó los dedos, suavizó la piel, se detuvo por un instante ante el gran espejo de la escalera, entre el segundo y el primer piso, e intentó descubrir su propio perfil. Siguió bajando con cuidado las escaleras, cubiertas por una roja alfombra, tocando los peldaños únicamente con la punta de los pies; el perfume de los polvos y del agua de colonia y el fuerte olor del betún difundían una plateada dignidad. El portero le hizo una profunda reverencia. Frente a la puerta giratoria se hallaba detenido el coche de dos caballos. El jefe de distrito limpió el asiento del coche con el pañuelo y se sentó.

—¡A Schönbrunn! —ordenó.

Durante todo el trayecto permaneció sentado con el cuerpo erguido. Los cascos de los caballos golpeaban alegres sobre el asfalto recién regado y los mozos de las panaderías que pasaban apresurados, por la calle se detenían para ver pasar el carruaje como si se tratara de un desfile. El señor de Trotta se dirigía hacia el emperador como si fuese la pieza más valiosa del desfile.

El jefe de distrito ordenó al cochero que se detuviera a la distancia que le pareció debida. Se apeó y se puso en camino hacia Schönbrunn, con los guantes relucientes a ambos lados de su frac verdinegro, colocando cuidadosamente un pie delante del otro, para proteger los brillantes zapatos del polvo de la avenida. En lo alto alborotaban alegres las aves matutinas. El olor del saúco y del

jazmín le aturdió. De los castaños caía, aquí y allá, una hoja sobre sus hombros. Fue subiendo despacio por los grandes peldaños brillantes, blancos ya bajo el sol de la mañana. Saludó al centinela. El jefe de distrito, señor de Trotta, entró en palacio. Esperó. Un funcionario de la casa imperial le examinó, como estaba prescrito. El frac, los guantes, los pantalones, las botas, todo era impecable. Habría sido imposible encontrarle un defecto al señor de Trotta. Esperó. Esperó en el gran salón delante del gabinete de trabajo de su majestad. Por los seis ventanales, profundos y con las cortinas todavía extendidas, pero abiertas ya, penetraba todo el esplendor del verano, todos los perfumes y las voces atolondradas de los pájaros de Schönbrunn.

Nada parecía oír el jefe de distrito. Tampoco parecía hacer caso del caballero cuya discreta misión consistía en observar a los visitantes del emperador y darles normas de conducta. Ante la inaccesible dignidad del jefe de distrito se calló y renunció a su deber. A ambos lados de la alta puerta, blanca y con marco dorado, dos centinelas de gran talla permanecían como estatuas muertas. El piso de parquet amarillo, cubierto solamente en el centro por una alfombra roja, reflejaba con imprecisos contornos la parte inferior del señor de Trotta, los pantalones negros, la punta dorada de la vaina del espadín y también la sombra ondulante de los faldones del frac. El señor de Trotta se levantó. Avanzó con paso temeroso y apagado por la alfombra. Sentía los latidos de su corazón, pero tenía tranquilo el ánimo. Ahora, cinco minutos antes del encuentro con su emperador, al señor de Trotta le parecía que ya hacía muchos años que acudía a semejante cita, como si estuviera acostumbrado a dar cada mañana el informe personal de los sucesos acaecidos en el distrito moravo de W a su majestad el emperador Francisco José I. Nada extraño se sentía el jefe de distrito en el palacio de su emperador. Quizás únicamente le preocupase la idea de que era necesario, acaso, acariciar por un momento las patillas de la barba con los dedos y de que ya no era posible tampoco alisar los blancos guantes una vez más. Ningún ministro del emperador, ni siquiera el jefe de su casa privada, se habría sentido tan a su gusto como el señor de Trotta. De vez en cuando el viento levantaba los amarillos cortinajes frente a los altos y profundos ventanales y un pedazo de verdor veraniego surgía ante la mirada del jefe de distrito: Aumentaba el alboroto de los pájaros. Zumbaban dos pesados moscardones, creyendo, necios, que era ya mediodía. Fue aumentando el calor veraniego, hasta hacerse sentir. El jefe de distrito permanecía de pie en el centro del salón, con el sombrero sobre la pierna derecha, la mano izquierda, de un blanco brillante, empuñando el espadín, vuelto el rostro rígido hacia la puerta de la estancia donde se hallaba el emperador. Por los ventanales penetraba el tañido de lejanas campanas. De repente, la puerta se abrió de par en par. Erguida la cabeza, con paso atento, silencioso y decidido a la vez, entró el jefe de distrito. Hizo una profunda reverencia y permaneció unos segundos mirando hacia el piso de parquet sin pensar en nada. Cuando volvió a erguirse se había cerrado ya la puerta a sus espaldas. Ante él, delante de la mesa escritorio, estaba el emperador Francisco José. El jefe de distrito sintió que era su hermano quien se hallaba detrás del escritorio. Cierto, las patillas de Francisco José eran algo más amarillas, especialmente junto a la boca, pero por lo demás tan blancas como las del señor de Trotta. El emperador llevaba uniforme de general y el señor de Trotta iba de jefe de distrito. Eran como dos hermanos, uno de los cuales se había hecho emperador y el otro jefe de distrito. Fue muy natural el

movimiento que en ese momento realizó Francisco José, al igual que lo fue esa audiencia jamás registrada en las actas de la cancillería real e imperial. Ante el temor de que le colgara una gota de la nariz, el emperador sacó el pañuelo y se limpió el mostacho. Echó una mirada al parte que se hallaba encima de la mesa. «¡Vaya pues, aquí tenemos al Trotta ese!», pensó. La víspera le habían expuesto y explicado la necesidad de esa audiencia repentina, pero apenas había atendido a lo que decían. Desde hacía meses esos Trotta no dejaban de importunarle.

Recordaba que había hablado durante las maniobras con el más joven descendiente de esa familia. Era un teniente, un teniente extraordinariamente pálido. Con seguridad, éste era su padre. Ya había vuelto a olvidar el emperador si era el abuelo o el padre del teniente quien le había salvado la vida en la batalla de Solferino. ¿Acaso el héroe de Solferino se había convertido de repente en jefe de distrito? ¿O se trataba del hijo del héroe de Solferino? Se apoyó con ambas mangas sobre la mesa.

—¿Bueno, querido Trotta? —le preguntó. Porque uno de sus imperiales deberes consistía en saber el nombre de sus visitantes, por muy sorprendente que ello fuera.

—¡Majestad! —dijo el jefe de distrito e hizo otra profunda reverencia—. Pido gracia para mi hijo.

—¿Quién es vuestro hijo? —preguntó el emperador para ganar tiempo y no poner en descubierto que no estaba muy bien informado sobre la historia familiar de los Trotta.

—Mi hijo es teniente en los cazadores de B —dijo el señor de Trotta.

—Ah, bien, bien, está bien —dijo el emperador—. ¡Es ese joven que vi durante las últimas maniobras! ¡Un gran muchacho! —Y como sus pensamientos se hacían ya algo confusos, añadió—: Casi me salvó la vida. ¿O fue usted?

—¡Majestad! Fue mi padre, el héroe de Solferino —dijo el jefe de distrito mientras hacía otra reverencia.

—¿Qué edad tiene ahora? —preguntó el emperador—. La batalla de Solferino. Era ése del libro de lecturas, ¿no?

—En efecto, majestad —dijo el jefe de distrito.

El emperador recordó de pronto con gran detalle la audiencia con aquel singular capitán. También como en aquella ocasión, cuando se había presentado ante él el extraño capitán, Francisco José I salió de detrás de la mesa y, dando unos pasos en dirección al visitante, exclamó:

—Acérquese, pues.

El jefe de distrito se acercó. El emperador extendió su mano delgada y temblorosa, mano de anciano con venas azules y duros nódulos en las articulaciones de los dedos. El jefe de distrito tomó la mano del emperador e inclinó la cabeza. Quería besar la mano. No sabía si le estaba permitido cogerle la mano al emperador o poner su propia mano en la de él, de forma que éste pudiera en todo momento retirarla.

—Majestad —repitió el jefe de distrito—. Pido gracia para mi hijo.

Eran como dos hermanos. Si un extraño los hubiera contemplado en ese preciso instante los habría podido tomar por hermanos. Sus blancas patillas, los hombros estrechos, caídos, la estatura similar, les daban la sensación de que estaban contemplando su propia imagen. El uno creía que se había transformado en jefe de distrito y el otro que se había transformado en el emperador. Hacia la izquierda del emperador y hacia la derecha del señor de Trotta se hallaban los grandes ventanales abiertos, protegidos también por los cortinajes amarillos.

—Hace buen tiempo hoy —dijo de repente Francisco José.

—Un tiempo excelente —afirmó el jefe de distrito. Al extender el emperador su mano izquierda en dirección a la ventana, el jefe de distrito extendió también su mano derecha en la misma dirección. Al emperador le pareció que se hallaba frente a su propia imagen en un espejo.

El emperador recordó que antes de salir para Ischl tenía todavía que arreglar muchas cosas.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Todo se arreglará! ¿Qué ha hecho? ¿Deudas? ¡Se arreglará! ¡Saludos a su padre!

—Mi padre está muerto, majestad —dijo el jefe de distrito.

—Vaya pues, muerto —dijo el emperador—. Lástima, lástima —y se perdió en los recuerdos de la batalla de Solferino.

Volvió a la mesa, se sentó, tocó el botón de la campanilla y ya no vio cómo el jefe de distrito salía, con la cabeza inclinada, la mano izquierda en la empuñadura del espadín; el sombrero sobre la pierna derecha.

Toda la estancia resonaba con el griterío matutino de los pájaros. A pesar del respeto que el emperador sentía por los pájaros, criaturas predilectas, diríase, del Señor, en el fondo de su corazón sentía hacia ellos cierta desconfianza, parecida a la que albergaba hacia los artistas. De acuerdo con sus experiencias de los últimos años, el canto y los trinos de lasavecillas habían sido una y otra vez la causa de sus pequeños olvidos. Por ello anotó rápidamente «Asunto Trotta» en el parte.

Esperó después la visita diaria del canciller. Daban ya las nueve. Estaba llegando ya.

Capítulo XIX

El desagradable asunto del teniente Trotta fue eliminado prudente y silenciosamente. El comandante Zoglauer dijo únicamente: «Desde las más altas esferas se ha dado solución a su problema. Su padre ha enviado el dinero. Nada más tengo que decirle». Entonces Trotta escribió a su padre. Le indicó que el peligro en que se hallaba su honor había sido eliminado desde las más altas esferas. Pidió perdón por el largo tiempo transcurrido sin responder a las cartas del jefe de distrito. Estaba emocionado y conmovido. Procuró también demostrar su emoción. Pero en su parco vocabulario no había expresiones para arrepentimiento, melancolía, tristeza. Le costó mucho escribir esa carta. Después de firmarla pensó en escribir: «Creo que pronto se me concederá un permiso y pasaré personalmente a pedirte perdón». Pero esa frase, bien concebida, no se podía incluir, por razones formales, en la posdata: El teniente se dispuso pues a corregir la carta. Al cabo de una hora había terminado. El aspecto formal de la carta había mejorado mucho al volver a escribirla. Con eso le pareció que el asunto estaba terminado, enterrada aquella asquerosa historia. Trotta estaba sorprendido incluso de su «fantástica suerte». El nieto del héroe de Solferino podía confiar en toda situación en el viejo emperador. No menos agradable resultaba saber que su padre tenía dinero, como se había comprobado. Quizás ahora, desaparecido el peligro de que le echaran del ejército, podía ya abandonarlo por su propia voluntad, vivir en Viena con la señora de Taussig, ingresar quizás en el servicio del Estado, vestir de paisano. Hacía mucho tiempo que no iba a Viena. No tenía noticias de la mujer. Y la deseaba. Cuando tomaba un «noventa grados» la deseaba todavía más, pero le embargaba aquella melancolía que le permitía llorar un poco. Últimamente las lágrimas se acumulaban bajo los ojos del teniente, dispuestas a salir con facilidad. El teniente Trotta contempló complacido la carta una vez más, era la obra perfecta de sus manos, la metió en el sobre y escribió la dirección. Como premio a su labor pidió otro «noventa grados». El señor Brodnitzer se lo llevó personalmente.

—Kapturak se ha ido.

Un día feliz, no cabía duda. Aquel hombrecillo, que siempre le habría podido recordar a Trotta su peor momento, también había desaparecido.

—¿Por qué?

—Simplemente, le han expulsado.

Pues sí, hasta aquí llegaba la mano de Francisco José, del viejo que había hablado con el teniente Trotta, con una gota reluciente en la punta de su imperial nariz. Hasta aquí llegaba el recuerdo del héroe de Solferino. Una semana después de la audiencia con el jefe de distrito, Kapturak ya había sido expulsado. Las autoridades civiles, advertidas desde las altas esferas, ordenaron cerrar el salón

de juego de Brodnitzer. Nadie hablaba ya del capitán Jedlicek. Desapareció en el mudo y enigmático olvido de donde resultaba tan difícil volver como del más allá. Desapareció en las cárceles militares de la monarquía, en los Plomos de Austria. Si los oficiales pensaban por un momento en Jedlicek, ahuyentaban inmediatamente ese pensamiento. La mayoría lo conseguía sin dificultad, gracias a su capacidad natural para olvidarlo todo. Llegó un nuevo capitán, un tal Lorenz: bajo y corpulento, bonachón, con una indomable tendencia a la negligencia en el servicio y en el porte, siempre dispuesto a jugar al billar. Mostraba entonces las mangas de la camisa, cortas, a veces zurcidas y húmedas de sudor. Era padre de tres criaturas y esposo de una mujer malhumorada. Pronto se encontró a sus anchas. Todos se acostumbraron a su persona. Sus tres hijos, que se parecían entre sí como trillizos, acudían al café para recogerle. Fueron desapareciendo los diversos ruiseñores cantantes, de Olmütz, Hernals y Mariahilf. La orquesta tocaba solamente dos veces por semana en el café. Pero le faltaba empuje y genio; al no tener bailarinas se pasó a lo clásico y en vez de darle nueva vida lo que hacía era lamentar su pérdida. Los oficiales volvieron a aburrirse si no bebían. Pero si bebían se ponían melancólicos y sentían una gran compasión de sí mismos. El verano era muy caluroso. Durante la instrucción se hacía dos veces descanso por la mañana. Sudaban los fusiles y la tropa. Sonaban apagadas y a desgana las trompetas frente al aire bochornoso. Una débil neblina cubría el cielo por igual, como un velo de plomo plateado. Se extendía por la ciénaga también y dominaba incluso el cántico siempre alegre de las ranas. Los sauces no se movían. Todos esperaban el viento. Pero todos los vientos dormían.

Ese año, Chojnicki no había vuelto. Todos le guardaban, rencor por ello, como si se tratase de un animador que no había cumplido el contrato que tenía con el ejército cada verano. A fin de que la vida en esa remota guarnición adquiriese nuevo brillo, el jefe de escuadrón de los dragones, conde Zschoch, tuvo la genial idea de preparar una gran fiesta de verano. Esa idea fue sencillamente genial porque la fiesta constituiría un ensayo para la gran fiesta del centenario de la fundación del regimiento. Faltaba aún un año para la celebración del centésimo aniversario del regimiento, pero parecía que no podían dejarse pasar los noventa y nueve años sin ningún júbilo especial. Todos reconocieron que la idea era genial. El coronel Festetics lo dijo también y creyó incluso ser el único y el primero en inventar ese calificativo. Por su parte había empezado ya con los preparativos para el centenario del regimiento desde hacía unas semanas. Cada día, cuando tenía un rato libre, dictaba en las oficinas del regimiento las invitaciones, en extremo respetuosas, que se tenían que enviar medio año después al titular del regimiento, un pequeño príncipe del imperio alemán, de una línea colateral que, desgraciadamente, no se tenía demasiado en cuenta. La redacción de este escrito cancilleresco exigía la labor de dos personas: la del coronel Festetics y la del jefe de escuadrón Zschoch. A veces se enzarzaban en violentas discusiones por motivos estilísticos. Por ejemplo, el coronel consideraba que la frase «Y este regimiento con la máxima sumisión expone...» estaba bien, mientras que el jefe de escuadrón opinaba que «y» era un error y que «con la máxima sumisión» no era del todo correcto. Decidieron que cada día redactarían dos frases y, efectivamente, consiguieron mantener ese ritmo. Cada uno le dictaba a un subordinado, el jefe de escuadrón a un sargento y el coronel a un teniente. Después comparaban las frases obtenidas. Los dos se prodigaban mutuamente grandes alabanzas.

Seguidamente el coronel cerraba bajo llave esos borradores en el gran armario de las oficinas del regimiento, cuya llave sólo él poseía. Ponía los borradores junto a los otros proyectos, redactados ya, en relación con el gran desfile y las competiciones de los oficiales y la tropa. Todos esos proyectos se encontraban junto a los grandes sellados que contenían las órdenes secretas en caso de movilización.

Después de ocurrírsele su genial idea, el jefe de escuadrón Zschoch interrumpió la labor estilística en la redacción de la carta al príncipe y se puso a enviar invitaciones, todas iguales, a los cuatro vientos de ese mundo. Estas breves invitaciones, cuya redacción exigía un esfuerzo literario menor, se terminaron en el plazo de dos días. Sólo hubo algunas discusiones acerca de la forma en que se deberían distribuir las invitaciones. Porque, a diferencia del coronel Festetics, el conde Zschoch opinaba que había que enviar las invitaciones primero a los de categoría más alta, después a los de categoría inferior y, así, sucesivamente. «Todos a la vez —dijo el coronel—. Se lo ordeno». Y a pesar de que los Festetics pertenecían a una de las mejores familias húngaras, el conde Zschoch consideró que de esa orden se podía inferir una tendencia democrática por parte del coronel, condicionada por la sangre que llevaba en sus venas. Hizo un gesto de desprecio y envió todas las invitaciones a la vez.

Le dieron el anuario del regimiento. Tenía en sus manos las direcciones de todos los oficiales de la reserva y de los retirados del servicio activo. Todos fueron invitados. Se invitó además a todos los parientes más cercanos y a los amigos de los oficiales del regimiento de dragones. Se les comunicó que se trataba de un ensayo para la fiesta del centésimo aniversario. Es decir, se les informaba que tendrían ocasión de encontrarse personalmente con el titular del regimiento, un príncipe del imperio alemán, miembro de una línea colateral que, desgraciadamente, no gozaba de mucho prestigio. Varios de los invitados pertenecían a familias más antiguas que el titular del regimiento. Con todo, estaban interesados en entrar en contacto con ese príncipe mediatizado. Decidieron que, al tratarse de una «fiesta de verano», se precisaría el bosquecillo del conde Chojnicki. «El bosquecillo» se distinguía de los bosques de Chojnicki por el hecho de que parecía predestinado, tanto por la naturaleza como por sus propietarios, a servir para celebrar fiestas. Era un bosque joven. Estaba formado por pinos, alegres y menudos. Ofrecía sombra y frescor y tenía además algunos claros que, al parecer, sólo servían para convertirlos en pistas de baile. Se procedió, pues, a alquilar el bosquecillo. En esta ocasión se lamentó una vez más la ausencia de Chojnicki. Con todo, se le invitó, con la esperanza de que no sería capaz de resistir una invitación del regimiento de dragones y de que, quizá, incluso llevaría «a un par de simpáticas personas», como decía Festetics. Se invitó a los Hulin y a los Kinsky, a los Podstatzki y a los Schünborn, a la familia Albert Tassilo Larisch, a los Kirchberg, a los Weissenhorn y a los Babenhausen, a los Sennyi, a los Benkyö, a los Zuscher y a los Dietrichstein. Todos ellos tenían alguna relación con el regimiento de dragones. Cuando el jefe de escuadrón volvió a leer la lista de los invitados exclamó:

—¡Me cago en la hostia, válgame Dios!

Repitió esta original observación dos o tres veces. Era una lástima, pero no había más remedio

que invitar a esa gran fiesta a los simples oficiales del batallón de cazadores. «¡Pero ya les enseñaremos a guardar las distancias!», pensó el coronel Festetics. Y lo mismo pensó el jefe de escuadrón Zschoch. Mientras ambos dictaban las invitaciones para los oficiales del batallón de cazadores, uno al sargento y el otro al teniente, se contemplaban furiosos. Cada uno hacía responsable al otro de haber invitado a los oficiales del batallón de cazadores. Sus rostros se iluminaron cuando mencionaron el nombre del barón de Trotta y Sipolje.

—La batalla de Solferino —comentó, al pasar, el coronel.

—¡Ah! —exclamó el jefe de escuadrón Zschoch. Estaba convencido de que la batalla de Solferino databa del siglo dieciséis.

Todos los escribientes de la cancillería del regimiento se dedicaron a trenzar guirnaldas de papel, verdes y rojas. Los asistentes trepaban por los arbolitos del «bosquecillo» y tendían alambres entre ellos. Tres veces por semana los dragones no salían a hacer instrucción. Tenían «clase» en el cuartel: Se les enseñaba la forma en que debían tratar a los huéspedes de categoría. Medio escuadrón pasó a ayudar al cocinero. Se enseñó a los aldeanos a limpiar cacerolas, a servir en bandeja, a ofrecer las copas de vino y a girar el asador. Todas las mañanas el coronel Festetics pasaba rigurosa revista de la cocina, las despensas y la cantina de oficiales. Se adquirieron guantes blancos de hilo para todos los soldados que corrían el riesgo de entrar en contacto, de una u otra forma, con los nobles huéspedes. Cada mañana todos los dragones que habían sido escogidos por la buena o mala voluntad del suboficial para ese duro cargo tenían que mostrar las manos extendidas, con los guantes blancos puestos, ante los ojos del coronel. Éste examinaba si estaban limpios, si les iban bien, si las costuras estaban bien hechas. El coronel se hallaba de buen humor, iluminado por el resplandor de un oculto fuego interno. Se admiraba de su propia capacidad para la acción, de la cual hacía gala, y exigía que los demás también le admirasen. Demostraba tener gran fantasía. Cada día se le ocurrían diez ideas distintas, mientras que antes le bastaba perfectamente con tener una por semana. Esas ideas se relacionaban no solamente con la fiesta, sino que afectaban también a las grandes cuestiones de la vida, por ejemplo, al reglamento para la instrucción, al uniforme de campaña y a la táctica. En el curso de esas jornadas se hizo evidente para el coronel que podría ejercer de general sin más.

Ya estaban tendidos ahora los alambres de árbol a árbol y se trataba ahora de colocar las guirnaldas sobre ellos. Se colgaron primero a título de prueba. El coronel fue a verlas. Era evidente que había que colgar también farolillos. Pero como a pesar de la niebla y del bochorno todavía no había llovido era de temer que cayera un chaparrón cualquier día. El coronel ordenó, pues, que se ejerciera una vigilancia constante en el bosquecillo, cuya misión consistía en descolgar las guirnaldas y los farolillos a la menor señal de tormenta.

—¿Los alambres también? —preguntó prudentemente al jefe de escuadrón, pues sabía muy bien que los grandes hombres se complacen en escuchar los consejos de sus simples ayudantes.

—¡A los alambres no les va a pasar nada! —exclamó el jefe de escuadrón. Y siguieron colgados entre los árboles.

No hubo tormentas. El tiempo se mantenía bochornoso y pesado. A partir de las negativas de muchos invitados se fue llegando poco a poco a la conclusión de que el mismo domingo en que los dragones celebrarían su fiesta habría también otra fiesta en un conocido club de la nobleza en Viena. Muchos de los invitados dudaban entre su afán por conocer todas las novedades de la sociedad — cosa que sólo era posible asistiendo al baile del club— y el placer aventurero de visitar la frontera casi legendaria. Lo exótico de ésta les parecía tan atractivo como el chismorreo del baile en el club y la ocasión que suponía descubrir una actitud amable u ofensiva en otros, de poder conceder un favor a quien se lo había pedido poco antes u obtener el que precisamente se necesitaba. Algunos prometieron enviar un telegrama en el último momento. Tales respuestas destruyeron casi por completo la confianza que había adquirido el coronel Festetics en los últimos días.

—¡Es una catástrofe! —exclamaba.

—¡Una catástrofe! —repetía el jefe de escuadrón. Y dejaba caer la cabeza.

¿Cuántas habitaciones había que preparar? ¿Cien o solamente cincuenta? ¿Y dónde? ¿En el hotel? ¿En casa de Chojnicki? Pero Chojnicki no estaba y ni siquiera había contestado.

—Es un zorro ese Chojnicki. ¡Nunca confié en él! —dijo el jefe de escuadrón.

—¡Tienes mucha razón! —le confirmó el coronel. Llamaron a la puerta. El ordenanza les anunció al conde Chojnicki.

—¡Qué gran muchacho! —exclamaron al unísono.

Lo saludaron con gran cordialidad. En su fuero interno el coronel se dijo que su fantasía se agotaba ya y que necesitaba ayuda. También el jefe de escuadrón se daba cuenta de que su fantasía se había terminado ya. Abrazaron al recién llegado uno tras otro. Cada uno esperaba con impaciencia que el otro terminase de abrazar al conde. Después pidieron un vaso de aguardiente.

Todas las graves preocupaciones se transformaron en fáciles y graciosas imaginaciones. Por ejemplo, cuando Chojnicki les decía:

—Encargaremos cien habitaciones y, si cincuenta quedan vacías, pues es igual.

—¡Genial! —exclamaron los dos oficiales a coro, arrojándose sobre el conde para abrazarlo una vez más.

Durante la semana previa a la fiesta no llovió. Siguieron colgados de los alambres todas las guirnaldas y todos los farolillos. A veces se sobresaltaban el sargento y los cuatro soldados que estaban de vigilancia junto al bosquecillo y observaban el horizonte hacia el oeste, hacia el enemigo celestial. Se oía un lejano retumbar, el eco de un trueno lejano. Otras veces se veían lívidos relámpagos al anochecer sobre la neblina azul, grisácea, relámpagos que se acumulaban en el horizonte hasta enterrar suavemente el rojo del sol poniente. Lejos de allí, acaso en otro mundo, caían las tormentas. Pero en el mudo bosquecillo sólo se oían los crujidos de las hojas secas de los pinos y de la corteza agostada de sus troncos. Piaban apenas, adormilados, los pájaros. Ardía el

suelo blando arenoso entre los troncos. La tormenta no llegó. Las guirnaldas siguieron colgadas de los alambres.

El viernes llegaron algunos invitados. Se habían anunciado por telegrama. El oficial de guardia fue a recogerlos. La excitación en los dos cuarteles aumentaba de hora en hora. En el café Brodnitzer los de caballería deliberaban con los de infantería sobre cuestiones sin importancia, simplemente por el afán de que aumentara aún más la tensión. Nadie era capaz de quedarse solo. La impaciencia les obligaba a reunirse. Murmuraban entre sí y compartían de repente una larga serie de extraños secretos que no habían delatado durante años. Se confiaban unos a otros sin temor, se querían. Sudaban unánimemente el desasosiego de la espera. La fiesta ocultaba el horizonte, era una poderosa montaña, solemne. Todos estaban convencidos no sólo de que la fiesta suponía una variación, sino de que implicaría también un cambio total en sus vidas. En el último momento se atemorizaron ante su propia obra. La fiesta se independizaba y les saludaba amablemente a la vez que les amenazaba como un peligro. La fiesta ennegrecía el cielo y lo despejaba. Todos cepillaban y planchaban el uniforme de gala. Incluso el capitán Lorenz no se atrevió a jugar al billar durante esas jornadas. La calma placentera con que pensaba pasar el resto de su vida de soldado estaba destruida. Contemplaba con desconfianza su chaqueta de gala, que parecía un corpulento percherón que ha pasado años a la fresca sombra del establo y que de repente se ve obligado a participar en una carrera.

Finalmente llegó el domingo. Había cincuenta y cuatro invitados.

—¡Joder! —exclamó el conde Zschoch dos o tres veces.

Sabía bien en qué regimiento estaba sirviendo, pero a la vista de los cincuenta y cuatro sonoros nombres de la lista de invitados sintió que nunca había estado suficientemente orgulloso de su regimiento. A la una del mediodía empezó la fiesta con un desfile de una hora por el campo de instrucción. Se habían pedido dos bandas militares de otras guarniciones mayores. Tocaban en dos pequeños pabellones redondos de madera, abiertos en el bosquecillo. Las señoras fueron en furgones cubiertos con lonas. Llevaban vestidos veraniegos sobre los rígidos corsés y grandes sombreros con pájaros disecados. Sonreían a pesar del calor, y cada una era una fresca brisa. Sonreían con los labios, los ojos, los pechos prisioneros detrás de vestidos olorosos y cerrados a cal y canto; sonreían con los guantes de encaje, que les llegaban hasta el codo, y con los diminutos pañuelos en la mano, con los que a veces daban ligeros toquecitos en la nariz, como si temieran romperla. Vendían bombones, champán y números para la rueda de la fortuna que hacía girar personalmente el cronista del regimiento. Vendían también saquitos de colores con confeti del que todos iban cubiertos y que las mujeres intentaban quitar soplando con un gracioso mohín. Tampoco faltaban serpentinas. Rodeaban cuellos y piernas, se colgaban de los árboles y en un instante transformaban todos los pinos en pinos artificiales. Porque su color resultaba más convincente que el verde de la naturaleza.

Por el cielo, sobre el bosque, avanzaban ya las nubes que desde hacía tanto tiempo se esperaban. Se oía el trueno cercano pero las bandas militares lo dominaban. Cuando cayó la noche sobre tiendas, carruajes, confeti y bailes, se procedió a alumbrar los farolillos. Nadie advirtió que súbitas ráfagas los hacían oscilar más de lo que resultaba adecuado para farolillos de fiesta. Los

relámpagos, que iluminaban cada vez con mayor resplandor el cielo, no se podían comparar aún, ni mucho menos, con los fuegos artificiales que la tropa disparaba detrás del bosquecillo. En general se creía que los rayos observados por casualidad eran cohetes mal disparados.

—¡Va a haber tormenta! —exclamó de pronto alguien.

La noticia se fue propagando por el bosquecillo. Se hicieron los preparativos para el regreso y todos se fueron, a pie, a caballo o en carro a la casa de Chojnicki. Todas las ventanas estaban abiertas. El resplandor de las velas se desbordaba como inmenso foco en abanico hacia la ancha avenida, doraba el suelo y los árboles, cuyas hojas parecían de metal. Era todavía temprano pero ya oscurecía a causa de las masas de nubes que de todas partes acudían y se reunían. En la ancha avenida y en el patio ovalado frente al palacio se iban reuniendo los caballos, los carruajes, los invitados, las mujeres con sus vestidos de colores y los oficiales de trajes más abigarrados todavía. Los soldados aguantaban por las riendas a los caballos de montar y los cocheros se esforzaban por calmar a los percherones; los animales se mostraban cada vez más inquietos. El viento acariciaba sus crines brillantes como un peine eléctrico; las bestias relinchaban amedrentadas, ansiosas por volver al establo, hurgaban nerviosas con las patas sobre la gravilla del camino. También parecían comunicar a los seres humanos la agitación de la naturaleza. Ya no se oían las alegres exclamaciones lanzadas poco antes, cuando jugaban a la pelota. Acaso, por estar demasiado absortos en los fenómenos físicos que precedían a la tormenta, los cuales pese a ser conocidos provocaban cierta excitación en los invitados, o distraídos también, quizá, por las confusas melodías de las dos bandas de música, que empezaban ya a afinar sus instrumentos en el interior del caserón, nadie advirtió la llegada a galope tendido de un ordenanza que se lanzaba hacia la plazuela y detenía el caballo de un fuerte tirón. En uniforme de campaña, brillante el casco, con la carabina colgada a la espalda y las cartucheras en el cinturón, bajo la lívida luz de los relámpagos y el reflejo violeta de las nubes, recordaba teatralmente a un bélico mensajero. El dragón saltó del caballo y preguntó por el coronel Festetics. Le dijeron que el coronel estaba en la casa. Un momento después el coronel salió al patio, cogió la carta que le entregaba el ordenanza y se volvió para la casa. En el vestíbulo, de forma redonda, donde no había iluminación, se detuvo. Un criado se le acercó por detrás con un candelabro en la mano. El coronel abrió el sobre. El criado, a pesar de estar educado desde su más tierna juventud en el arte de obedecer, no podía dominar su mano, que comenzó a temblarle. La vela empezó a llamear violentamente. Aunque no intentó mirar por encima de la espalda del coronel el texto del escrito, se colocó bajo el campo de mira de sus ojos y vio una única frase escrita con tinta y con letra grande y muy clara. De la misma manera en que le habría resultado imposible dejar de percibir tras los cerrados párpados el resplandor de los relámpagos que surgían ahora por todo el horizonte, tampoco habría podido apartar su mirada de aquellas terribles grandes letras azules: «Rumores heredero trono asesinado en Sarajevo».

Las palabras cayeron como una sola en la conciencia del coronel y en los ojos del criado a sus espaldas. Las manos del coronel dejaron caer el sobre. El criado, sosteniendo con la izquierda el candelabro, se inclinó para recogerlo con la derecha. Cuando se levantó miró cara a cara al coronel Festetics, quien se hallaba delante de él contemplándole. El criado dio un paso hacia atrás. En una

mano tenía el candelabro y en la otra el sobre; ambas manos le temblaban. El indeciso resplandor de la vela iluminaba y ocultaba alternativamente el rostro del coronel. El rostro del coronel, generalmente colorado y ornado por un gran bigote dorado, pasaba constantemente del violeta a un blanco palidísimo. Le temblaban un poco los labios y se le contraía convulsivamente el bigote. A excepción del coronel y del criado no había nadie en el vestíbulo. Desde el interior de la casa les llegaban ya las primeras notas apagadas de un vals tocado por las dos bandas militares, se oía ruido de vasos y el susurro de las voces. Por la puerta que daba al patio se veía el resplandor de los lejanos relámpagos; se percibía ya el retumbar débil de los truenos. El coronel miró al criado.

—¿Lo ha leído usted? —le preguntó.

—¡Sí, mi coronel!

—¡Pues a callar! —dijo Festetics y se puso el índice sobre la boca.

Se alejó. Vacilaba ligeramente al andar, o quizá sólo lo parecía a causa de la luz trémula de las velas. El criado, curioso y excitado tanto por la prohibición de hablar impuesta por el coronel como por la terrible noticia que acababa de leer, esperó al compañero que debía sustituirle para mantener el candelabro y se fue después por las estancias de la casa para ver si se informaba algo más sobre lo que estaba pasando. A pesar de ser un hombre ya hecho, razonable y nada supersticioso, el miedo le iba ganando en ese vestíbulo iluminado apenas por las velas, que después de cada violento relámpago, de lívida luz, volvía a quedar sumido en profunda oscuridad. El aire estaba cargado de electricidad, se retrasaba la tormenta. El criado relacionaba el hecho casual de la tormenta de forma sobrenatural con la espantosa noticia. Pensaba que finalmente había llegado la hora en que las potencias sobrenaturales del mundo se manifestaban crueles, claras. Se persignó mientras seguía sosteniendo con la izquierda el candelabro. En ese momento salió Chojnicki, quien le contempló extrañado y le preguntó si acaso temía tanto a la tormenta. El criado respondió que no era solamente a causa de la tormenta. Porque si bien había prometido no hablar, no podía soportar por más tiempo esa complicidad. «¿A causa de qué más, pues?», le preguntó Chojnicki. Es que el coronel Festetics había recibido una terrible noticia. Y le comunicó el contenido del telegrama. Chojnicki mandó que delante de todas las ventanas, cerradas ya a causa de la tormenta, se corrieran las cortinas. Seguidamente ordenó que le prepararan su coche. Quería irse a la ciudad. Mientras estaban engancho los caballos fuera, llegó un carruaje, con el toldo tendido y chorreante, lo cual revelaba que provenía de una zona donde la tormenta ya había descargado. Descendió del coche aquel alegre jefe de distrito que había disuelto la reunión política de los obreros de la fábrica de crin en huelga. Llevaba bajo el brazo una cartera. Seguidamente informó, como si sólo se hubiera desplazado por ello, que en la ciudad llovía ya. Después comunicó a Chojnicki que el heredero de la monarquía austro-húngara había sido muerto a tiros, probablemente, en Sarajevo. La noticia había sido difundida primero por viajeros llegados a la ciudad tres horas antes. Después había llegado un telegrama en clave e incompleto a la jefatura del distrito. A causa de la lluvia las comunicaciones telegráficas se habían interrumpido y hasta el momento no se había recibido respuesta a las preguntas planteadas en busca de confirmación. Además, era domingo y en las oficinas había poco personal. La

excitación en la ciudad e, incluso, en los pueblos aumentaba a ojos vista y, a pesar de la lluvia, la gente permanecía en las calles.

Mientras el comisario informaba rápidamente y en voz baja estos hechos, desde las estancias interiores del palacio les llegaba el rumor de los pasos de los danzantes, el ruido de los vasos y, de vez en cuando, la risa profunda de los hombres. Chojnicki decidió llamar primero a algunos de los huéspedes que él consideraba más responsables, prudentes y que todavía estaban serenos, y reunirlos en una habitación separada. Mediante una serie de pretextos los fue reuniendo uno tras otro en la habitación escogida y les presentó al jefe de distrito. Seguidamente les informó sobre la situación. Entre los escogidos se encontraba el coronel del regimiento de dragones, el comandante del batallón de cazadores con sus ayudantes, algunas de las personas de más renombre entre los invitados, y entre los oficiales del batallón de cazadores, también Trotta. En la habitación donde se hallaban había pocas posibilidades de tomar asiento; muchos, pues, tuvieron que quedarse de pie apoyándose contra la pared; otros, alegres y sin tener idea todavía de lo que estaba pasando, se sentaron sobre la alfombra cruzando las piernas. Permanecieron en esa posición aun después de recibir la noticia. Algunos quedaron quizá paralizados por el espanto producido; otros probablemente estaban ya demasiado borrachos. Los restantes, indiferentes, por su propia naturaleza, a todo cuanto sucedía en el mundo, permanecían quietos, diríase, por innata cortesía, y consideraban que no era propio de ellos alterar su posición a causa de una catástrofe. Algunos ni siquiera se habían quitado de sus espaldas, cuellos y cabezas los trozos abigarrados de serpentinas y las redondas hojuelas del cilantro. Aquellos emblemas carnavalescos intensificaban aún más el horror de la noticia.

Al poco rato el calor era insoportable en la pequeña estancia:

—¡Abramos una ventana! —dijo uno mientras otro alzaba ya el picaporte de una de las altas y estrechas ventanas; se asomó y retrocedió violentamente un segundo después.

Sobre el patio cayó un rayo incandescente con terrible violencia frente a la ventana. No se podía distinguir bien dónde había dado el rayo, pero se oyó el chasquido de los árboles destrozados. Las copas humeaban negras y pesadas al caer. Incluso los que se habían sentado en el suelo, alegres o indiferentes, se pusieron de pie; los borrachos se balancearon, todos palidieron. Se sorprendían de seguir todavía con vida. Contuvieron la respiración y se miraron con ojos tremendamente abiertos esperando el trueno. Sólo transcurrieron unos breves segundos hasta que estalló. Pero entre el rayo y el trueno se extendió la eternidad. Todos intentaron acercarse unos a otros. Formaban un montón de cuerpos y cabezas alrededor de la mesa. Por un momento, sus rostros, pese a ser tan distintos, se parecían como si fuesen todos hermanos. Era como si vieran una tormenta por primera vez en la vida. Con temor y respeto esperaron que transcurriese el breve estrépito del trueno. Después respiraron aliviados. Y mientras las pesadas nubes, rasgadas por el rayo, descargaban la masa de lluvia con alegre chapoteo ante las ventanas, los hombres empezaron a tomar asiento de nuevo.

—Hay que interrumpir la fiesta —dijo el comandante Zoglauer.

El jefe de escuadrón Zschoch, con algunos confeti por el pelo y el resto de una serpentina rosa

alrededor del cuello, dio un respingo. Estaba ofendido, como conde, como jefe de escuadrón, como dragón especialmente, como soldado de caballería en general y muy especialmente como individuo de categoría extraordinaria, en fin, como Zschoch. Sus cejas cortas y pobladas se erizaron y formaron dos setos de rígidas espinas dirigidas, todas ellas, contra el comandante Zoglauer. Sus grandes y estúpidos ojos azules, en los que acaso se reflejara todo cuanto había visto en el pasado pero raras veces lo que estaba precisamente viendo, parecían expresar el orgullo de los antepasados de Zschoch, un orgullo del siglo quince. Había casi olvidado el rayo, el trueno, la terrible noticia, todos los sucesos de los últimos minutos. Recordaba únicamente los esfuerzos que había hecho por la fiesta, su genial idea. Además no podía soportar mucho ya; había bebido champaña y le sudaba su chata naricilla.

—Esta noticia es mentira —dijo—, no puede ser verdad. Que alguien me demuestre que es verdad esa estúpida mentira; porque es una mentira, como lo indican ya las palabras «rumores» o «quizás» o como se llame esa palabreja política.

—Un rumor también es suficiente —dijo Zoglauer. Aquí intervino el señor de Babenhausen, jefe de escuadrón de la reserva. Excitado por el alcohol; se abanicaba con el pañuelo, que ponía en la manga y lo volvía a sacar. Se apartó de la pared y se acercó a la mesa frunciendo el entrecejo.

—Señores míos —dijo—, Bosnia está lejos de aquí. Nosotros no hacemos caso de rumores. ¡En cuanto a mí, poco me importan los rumores! Si es verdad, ya nos enteraremos a tiempo.

—¡Bravo! —exclamó el barón Nagy Jenő, el de los húsares.

A pesar de que descendía, sin lugar a dudas, de un abuelo judío y de que la baronía había sido comprada por su padre, consideraba que los magiares eran una de las más nobles razas de la monarquía y del mundo y se esforzaba con éxito por olvidar la raza semítica de donde procedía, para lo cual adoptaba todos los defectos de la nobleza magiar.

—¡Bravo! —repitió una vez más.

Había conseguido apreciar u odiar, según el caso, todo cuanto parecía favorable o nocivo a la política nacional de Hungría. Instaba a su corazón a odiar al heredero de la monarquía porque se decía que se mostraba favorable a los eslavos y contrario a los húngaros. El barón de Nagy no había acudido a una fiesta en la remota frontera para que se la aguara un incidente. Consideraba que era traición a la nación magiar si uno de sus miembros dejaba perder la ocasión de bailar una czarda, a lo cual estaba obligado por motivos raciales, a causa de un rumor. Se hundió el monóculo en el ojo, como siempre que debía sentirse inflamado por el nacionalismo, de la misma forma en que un viejo se agarra al bastón antes de iniciar un paseo, y dijo en el alemán de los húngaros, como si estuviera delectando, con un triste sonsonete:

—¡El señor de Babenhausen tiene toda la razón! ¡Muy bien! ¡Si el heredero del trono ha sido realmente asesinado, quedan todavía otros herederos!

El señor de Sennyi, de sangre más magiar que el señor de Nagy, se levantó, aterrorizado ante la

posibilidad de que un judezno le ganase en cuanto a sus convicciones por la patria húngara.

—¡Si el heredero del trono ha sido asesinado —dijo—, debemos tener en cuenta que, primero, la cosa todavía no es segura y, además, que no nos interesa en absoluto!

—¡Sí nos importa! —dijo el conde Benkyö—, pero no ha sido asesinado. ¡Es un rumor!

Afuera caía la lluvia con un estrépito continuo. Los rayos lívidos eran ya menos frecuentes, los truenos se alejaban.

El teniente Kinsoky, hijo de las orillas del Moldau, afirmó que el heredero del trono había sido, en todo caso —en el supuesto, claro, de que se pudiera utilizar el término «había sido»—, una posibilidad muy poco segura de la monarquía. Por lo demás, compartía la opinión de su antecesor en el uso de la palabra: había que considerar que la noticia del asesinato del heredero del trono era un falso rumor. Además, se hallaban tan alejados del lugar del hecho que no podía conocerse en absoluto lo realmente sucedido. La verdad no se sabría, en cualquier caso, hasta terminada ya la fiesta.

El conde Battyanyi, borracho, empezó entonces a hablar en húngaro con sus compañeros. No se comprendía palabra. Los otros permanecieron quietos, miraban a los hablantes y esperaban, aunque algo desconcertados. Parecía que los húngaros querían seguir hablando por su cuenta toda la noche; esto es lo que les exigían sus costumbres tradicionales. A pesar de no comprender ni una sola sílaba, los otros se dieron cuenta, por los gestos de los hablantes, de que éstos empezaban a olvidar la presencia de los demás. A veces reían en coro. El resto se sintió ofendido, menos por el hecho de que en esos momentos la risa resultaba poco adecuada que por no comprender el motivo de esa risa. Jelacich, un esloveno, acabó por indignarse. Odiaba a los húngaros tanto como despreciaba a los serbios. Quería a la monarquía. Él era un patriota. Pero allí estaba, con el amor patrio en sus manos abiertas, sin saber qué hacer, como una bandera que hay que poner en alguna parte pero para la que no se encuentra poste. Una parte de sus compatriotas eslovenos y también sus primos los croatas vivían sometidos directamente al dominio húngaro. Hungría entera separaba al jefe de escuadrón Jelacich de Austria y de Viena y del emperador Francisco José. En Sarajevo, casi en su patria, quizá la mano de un esloveno había asesinado al heredero del trono, la mano de un esloveno como él, como el jefe de escuadrón Jelacich. Si intentaba defender al asesinado frente a las injurias de los húngaros —él era el único de esa reunión que entendía el húngaro—, le podían replicar que precisamente los asesinos eran sus compatriotas. En efecto, en cierta manera, se sentía cómplice aunque no sabía por qué. Desde hacía ciento cincuenta años su familia servía honradamente y con devoción a la dinastía de los Habsburgo. Pero ya sus dos hijos, adolescentes, hablaban de la independencia de los eslavos del sur y escondían, ante su presencia, los panfletos que les llegaban seguramente de Belgrado, el país enemigo. Y bien, ¡él quería a sus hijos! A mediodía, a la una, cuando el regimiento pasaba por delante del instituto, salían corriendo para saludarle, surgían apresurados del gran portalón de la escuela, con el pelo de cualquier manera y riendo contentos; entonces, su afecto paternal le obligaba a descender del caballo y abrazar a los muchachos. Cerraba los ojos cuando les veía leyendo periódicos sospechosos y hacía que no oía cuando pronunciaban frases sospechosas también. Era

inteligente y sabía que ocupaba una posición perdida entre sus antepasados y sus descendientes, destinados éstos a ser los predecesores de una generación totalmente nueva. Los chicos tenían su cara, el color de su pelo y de sus ojos, pero sus corazones latían a un nuevo compás; sus cabezas engendraban extraños pensamientos, sus gargantas cantaban canciones nuevas, extrañas, que él desconocía. A los cuarenta años el jefe de escuadrón Jelacich se sentía ya un anciano, y a sus nietos les consideraba unos incomprensibles bisnietos. «Es igual», pensó. Se acercó a la mesa y dio un golpe sobre el tablero con la palma de la mano.

—Rogamos a los señores —dijo— que prosigan su conversación en alemán.

Benkyö, que acababa de hablar, se detuvo un momento.

—Lo diré en alemán —respondió—: Hemos llegado a la conclusión, mis compatriotas y yo, de que podemos estar satisfechos de que la haya diñado el puerco ése.

Todos pegaron un respingo. Chojnicki y el vivaracho jefe de distrito salieron de la habitación. Los invitados se quedaron solos. Las discusiones internas en el ejército no admitían testigos. Junto a la puerta estaba el teniente Trotta. Había bebido mucho. Lívida la tez; cansados los miembros, seco el paladar, el corazón vacío. Se daba cuenta cabal de que estaba borracho, pero echaba de menos con extrañeza aquella niebla benefactora ante los ojos. Por el contrario, creía ver todo con mayor precisión, como a través de un hielo brillante y claro. Le parecía que conocía esos rostros, que ahora veía por primera vez, desde hacía ya mucho tiempo. Era un momento que conocía muy bien; se hacía realidad algo que había soñado muchísimas veces. Se desmoronaba y se hundía la patria de los Trotta.

En su casa, en la capital morava del distrito de W, acaso era Austria. Todos los domingos la banda de música del señor Nechwal tocaba la marcha de Radetzky. Una vez a la semana, los domingos, era Austria. El emperador, el de la barba blanca, aquel viejo desmemoriado con la gota brillante en la punta de la nariz y el viejo señor de Trotta eran austríacos. El viejo Jacques estaba muerto. El héroe de Solferino, muerto también. El doctor Demant, muerto. «¡Vete del ejército!», le había dicho éste. «Me marcharé del ejército —pensaba el teniente—. También mi abuelo lo abandonó. Voy a decirlo ahora». Sentía la necesidad de hacer algo, al igual que años atrás, en el lupanar de la señora Resi. ¿Había aquí un retrato para salvar? Sentía a su espalda la mirada oscura del abuelo. Dio unos pasos hacia el centro de la habitación. Todavía no sabía qué iba a hacer. Algunos se fijaban ya en él.

—Yo sé —empezó a decir y todavía seguía sin saber nada—. Yo sé —y dio otro paso más al frente— que su alteza real e imperial, el archiduque heredero del trono, ha sido efectivamente asesinado. —Se calló.

Hundió los labios apretados. Formaban una pequeña cinta rosada, estrecha, pálida. En los ojos oscuros y pequeños ardía una luz clara, casi blanca. Su pelo negro, enmarañado, ensombrecía su corta frente; más sombría aún era la arruga del entrecejo, aquel foco de la ira, que habían heredado los Trotta. Mantenía inclinada la cabeza. De los brazos cansados destacaban los puños, rabiosamente

apretados. Si los presentes hubieran conocido el retrato del héroe de Solferino habrían podido creer que el viejo Trotta había resucitado.

—Mi abuelo... —volvió a hablar el teniente. Sentía a su espalda la mirada del viejo—. Mi abuelo salvó la vida del emperador. Y yo, su nieto, no voy a permitir que se insulte a la familia del jefe supremo de los ejércitos. Los señores se están comportando de forma escandalosa —gritó más fuerte—. ¡Es un escándalo!

Por primera vez Trotta se oía gritar. Jamás había gritado como sus compañeros con la tropa.

—¡Es un escándalo! —repitió.

El eco de su voz volvió a resonar en sus propios oídos. Benkyö, borracho, dio un paso hacia el teniente tambaleándose.

—¡Es un escándalo! —gritó por tercera vez el teniente.

—¡Es un escándalo! —repitió el jefe de escuadrón Jelacich.

—A quien se atreva a decir una palabra más contra el muerto —continuó diciendo el teniente—, le pego un par de tiros.

Puso la mano en el bolsillo. Benkyö, borracho, iba a decir algo, cuando Trotta gritó:

—¡Cállense! —con una voz que parecía prestada, una voz de trueno, quizá la del héroe de Solferino.

Se sentía la presencia de su abuelo. Él era el héroe de Solferino. Y era su propio retrato el que dormía debajo de las vigas en el gabinete de la casa paterna. El coronel Festetics y el comandante Zoglauer se pusieron de pie. Por primera vez desde que existía el ejército austríaco, un teniente había ordenado a los jefes de escuadrón, a los comandantes y a los coroneles que se callaran. Ni uno sólo de los presentes creía ya que el asesinato del heredero fuera un mero rumor. Veían al heredero en medio de un charco rojo de sangre humeante. Temían también que en cualquier momento hubiera sangre en aquella habitación.

—¡Ordénele que se calle! —susurró el coronel Festetics.

—¡Teniente! —dijo Zoglauer—. ¡Salga de la habitación!

Trotta se giró hacia la puerta, que en ese momento se abrió. Muchos invitados entraron en la estancia con confeti y serpentinas por las cabezas y los hombros. La puerta permaneció abierta. Se oía la risa de las mujeres en los salones y la música y los pasos arrastrados de los danzantes.

—¡El heredero del trono ha sido asesinado! —exclamó alguien.

—¡La marcha fúnebre! —exclamó Benkyö.

—¡La marcha fúnebre! —repitieron varios.

Los invitados acudían de todas las habitaciones. En los dos grandes salones donde habían estado

bailando hasta ese momento, las dos bandas militares tocaban la marcha fúnebre de Chopin, dirigidas por los maestros músicos, coloradotes y sonrientes. Sobre los hombros y en el pelo tenían serpentinas de colores y confeti. Los caballeros de paisano y de uniforme daban el brazo a las señoras. Sus pasos obedecían vacilantes al ritmo macabro y tropezón. Las dos bandas tocaban sin partitura y sin dirección, acompañadas simplemente por las lentas curvas que trazaba el maestro con su negra batuta por el aire. A veces, una de las dos bandas se retrasaba e intentaba atrapar a la otra, para lo cual tenía que saltarse un par de compases. Los invitados iban dando vueltas alrededor del salón, cuyo centro, vacío, reflejaba la superficie lisa del parquet. Parecía que cada uno acompañaba al cadáver del que iba delante y, en el centro, se hallaba el cadáver invisible del heredero del trono y el de la monarquía. Todos estaban borrachos. Los que no habían bebido bastante se mareaban ya al dar tantas vueltas. La banda fue acelerando el ritmo y los pies de la comitiva empezaron a adoptar un aire de marcha. Los tamborileros redoblaban sin cesar y la pesada maza del bombo empezaba a redoblar como jóvenes y alocados palillos. El soldado que tocaba el bombo, borracho, le dio de repente al triángulo. En ese mismo momento el conde Benkyö dio un salto de alegría.

—¡El puerco ya la ha diñado! —exclamó en húngaro.

Todos lo comprendieron como si hubiera hablado en alemán. Algunos empezaron a saltar. Los músicos aceleraban cada vez más el ritmo de la marcha fúnebre. Se oía el sonido del triángulo, claro, argentino y borracho.

Finalmente, los lacayos de Chojnicki empezaron a guardar los instrumentos. Los músicos, sonrientes, no opusieron resistencia. Con los ojos abiertos de par en par, los violinistas contemplaron cómo se llevaban el violín, los violoncelistas vieron desaparecer su violoncelo, los cornetas sus clarines. Algunos pasaban el arquillo, que todavía tenían, por encima del sordo paño de sus mangas y movían la cabeza al compás de las melodías imperceptibles que acaso resonaban en sus cabezas borrachas. Cuando le quitaron al tamborilero sus instrumentos, los brazos siguieron moviéndose con la maza y los platillos por el aire. Los maestros músicos, que habían bebido más que los demás, fueron transportados finalmente por los lacayos como si se tratara de un instrumento más. Los invitados reían. Se produjo un silencio. Nadie hacía ruido. Todos permanecieron donde estaban, de pie o sentados, y no se movieron. Después de los instrumentos se llevaron las botellas. Quitaron los vasos, todavía llenos hasta la mitad, de la mano de ése o aquél.

El teniente Trotta salió del caserón. En las escaleras que daban a la salida estaban sentados el coronel Festetics, el comandante Zoglauer y el jefe de escuadrón Zschoch. No llovía ya. Sólo de vez en cuando caían algunas gotas de las nubes escasas y de los salidizos del tejado. Los tres hombres estaban sentados sobre unos grandes paños blancos que les habían puesto sobre las escaleras. Parecían estar sentados ya sobre sus propios sudarios. Tenían las espaldas marcadas por grandes manchas de agua de lluvia en zig-zag.

Los restos de una serpentina estaban pegados, húmedos e inseparables, al cogote del jefe de escuadrón.

El teniente se puso firme ante ellos. Los otros permanecieron como estaban, con la cabeza inclinada. Recordaban un grupo militar de figuras de cera en el museo.

—Mi comandante —dijo Trotta a Zoglauer—, mañana solicitaré mi baja del ejército.

Zoglauer se levantó. Le dio la mano. Quería decir algo, pero no pronunció palabra. Clareaba ya. Un viento suave desgarraba las nubes, en la luz plateada de la corta noche, con la que se mezclaban ya los primeros signos de la mañana. Se podían distinguir claramente los rostros. En el rostro demacrado del mayor todo se agitaba. Las arrugas parecían meterse unas en otras, temblaba la piel, el mentón se movía de acá para allá, como un péndulo, alrededor de las mandíbulas se agitaban unos músculos diminutos, aleteaban los párpados y temblaban las mejillas. Todo estaba en movimiento a causa del desorden que causaban en el interior de su boca las palabras que no acababan de salir, voces confusas, nunca pronunciadas e impronunciadas. Una sombra de locura flotaba sobre ese rostro. Zoglauer apretó la mano de Trotta durante unos segundos, durante una eternidad. Festetics y Zschoch seguían sentados inmóviles en las escaleras. Se notaba el fuerte olor de los saúcos. Se oían el gotear lento de la lluvia y el suave murmullo de los árboles húmedos y empezaban a despertar, tímidas todavía, las vocecillas de las bestezuelas, que habían enmudecido al producirse la tormenta. La música en el interior de la casa había callado. Únicamente se oían las palabras de los hombres a través de las ventanas cerradas y con las cortinas tiradas.

—¡Quizá tenga razón, usted es joven todavía! —dijo finalmente Zoglauer.

Era sólo una parte, la más ridícula y miserable de todo cuanto había pensado en aquellos momentos. El resto, una enorme y enmarañada madeja de pensamientos, se lo tragó.

Era ya mucho después de medianoche, pero en la pequeña ciudad las gentes seguían delante de las casas, en las aceras de madera y hablaban. Callaban cuando el teniente pasaba por su lado.

Cuando llegó al hotel amanecía ya. Abrió, el armario. Dos uniformes, el traje de paisano, la ropa interior y el sable de Max Demant. Puso todo en la maleta. Hacía las cosas despacio, para llenar el tiempo. Calculaba con el reloj la duración de cada movimiento. Y retardaba esos movimientos. Temía el tiempo vacío que mediaría todavía hasta la hora de dar el parte. Llegó la mañana. Onufrij le llevó el uniforme de diario y las botas resplandecientes por el lustre del betún.

—Onufrij —dijo el teniente—, me marcho del ejército.

—¡Bien, mi teniente! —dijo Onufrij.

Salió afuera, y se marchó pasillo adelante. Guardó sus cuatro cosas en un pañuelo de colores, lo anudó por los extremos, lo colgó de la punta de su bastón y puso todo encima de la cama. Había decidido volverse a Burdlaki; empezaba ya la época de la cosecha. Nada tenía que hacer en el ejército real e imperial. A eso se lo llamaba «desertar» y era castigado con el fusilamiento. Los gendarmes sólo iban una vez por semana a Burdlaki y no era difícil esconderse. Muchos lo habían hecho ya. Panterlejmon, el hijo de Iván; Grigorij, el hijo de Nikolaj; Pawel, el picado de viruelas; Nikofor, el pelirrojo. A uno lo habían atrapado, por cierto, y lo habían condenado, pero de eso hacía

ya mucho tiempo.

En cuanto al teniente Trotta, pidió su baja del ejército a la hora de dar el parte de los oficiales. Se le concedió inmediatamente un permiso. En el campo de instrucción se despidió de sus compañeros. No sabían qué decirle. Formaron un círculo a su alrededor y así permanecieron hasta que Zoglauer encontró la fórmula de despedida. Era muy sencilla:

—¡Suerte, Trotta! —Todos repitieron el saludo. El teniente se fue a ver a Chojnicki.

—Aquí siempre hay sitio —dijo Chojnicki—. Además, pasará personalmente a recogerle.

Durante un segundo, Trotta pensó en la señora Taussig. Chojnicki adivinó sus pensamientos.

—Está con su marido. Esta vez el ataque le va a durar bastante. Quizá se quede para siempre en la clínica. Es posible que no le falte razón. Yo le envidio. Fui a verla. Ha envejecido, querido amigo, ha envejecido.

A la mañana siguiente, a las diez de la mañana, el teniente Trotta se presentó en la jefatura del distrito. Su padre estaba en el despacho. En cuanto abrió la puerta, lo vio. Estaba sentado frente a la puerta, junto a la ventana. A través de las verdes persianas el sol trazaba delgadas franjas de luz sobre la alfombra granate. Zumbaba una mosca, se oía el tictac de un reloj de pared. La estancia estaba sumida en la sombra, fresca y sosegada como en las vacaciones, muchos años antes. Ahora se advertía en todos los objetos un nuevo brillo, difícil de precisar. No se sabía de dónde procedía. El jefe de distrito se levantó. De él procedía ese nuevo resplandor. La plata pura de su barba teñía la luz verde atenuada del día y el brillo rojo de la alfombra. Desprendía la suavidad resplandeciente de una aurora desconocida, quizá ya del más allá, que surgía en la vida terrenal del señor de Trotta como el alba de este mundo, que se inicia ya cuando todavía brillan las estrellas nocturnas. Muchos años antes, cuando Carl Joseph volvía de Mährisch-Weisskirchen, por las vacaciones, la barba paterna era todavía una nube pequeña, negra, partida en dos. El jefe de distrito volvió a sentarse a la mesa. El hijo se le acercó. El padre puso los quevedos sobre sus papeles y abrió los brazos. Se besaron apenas.

—¡Siéntate! —dijo el viejo y señaló el sillón donde se había sentado Carl Joseph de cadete, los domingos, de nueve a doce, con la gorra sobre las rodillas y los brillantes guantes blancos dentro de la gorra.

—Padre —empezó a decir Carl Joseph—. Me marcho del ejército. —Aquí se detuvo. Se dio cuenta inmediatamente de que nada podría explicar mientras permaneciera sentado. Por lo tanto se levantó y se puso delante del padre, al otro extremo de la mesa, contemplando la barba plateada.

—Después de la desgracia —dijo el padre— que desde ayer ha caído sobre nosotros, tu marcha del ejército parece una deserción.

—Todo el ejército ha desertado —respondió Carl Joseph.

Apartándose del sitio donde estaba empezó a andar por la habitación; con la mano izquierda en la

espalda y con la derecha acompañando sus explicaciones. Muchos años antes también se paseaba así el viejo por la habitación. Zumbaba una mosca, se oía el tic-tac del reloj. Las franjas de sol sobre la alfombra eran cada vez más intensas, el sol ascendía por el horizonte, pronto llegaría al cenit. Carl Joseph interrumpió sus explicaciones y lanzó una mirada al jefe de distrito. El viejo permanecía sentado; ambas manos reposaban sin fuerza, semicubiertas por los puños brillantes de la camisa sobre los brazos del sillón. La cabeza se hundía sobre su pecho y los extremos de la barba se deslizaban por las solapas. «Es joven y necio —pensaba el hijo—. Es un pobre tonto, joven y amable, de pelo blanco. Y yo soy quizá su padre, el héroe de Solferino. Yo me he hecho viejo, él únicamente tiene muchos años». Seguía paseándose por la habitación y le explicaba:

—La monarquía está muerta, está muerta —gritó el teniente y se calló de repente.

—Puede ser —murmuró el jefe de distrito sin levantar la cabeza. Tocó la campanilla—. Diga a la señorita Hirschwitz que hoy comeremos veinte minutos más tarde —dijo al conserje—. ¡Vamos! —dijo, se levantó, cogió el sombrero y el bastón. Se fueron al parque municipal.

—El aire fresco nos hará bien —dijo el jefe de distrito.

No pasaron por el quiosco donde vendía sifón con grosella la rubia señorita.

—Estoy cansado —dijo el jefe de distrito—. ¡Sentémonos!

Por primera vez desde que el señor de Trotta ejercía su cargo en la ciudad, tomó asiento en un simple banco del parque municipal. Trazaba absurdas líneas y figuras con el bastón sobre el suelo.

—Fui a ver al emperador —dijo el señor de Trotta—, pero no quise decírtelo. El emperador personalmente se encargó de poner orden en tus asuntos. No hablemos más de ello.

Carl Joseph pasó su brazo por debajo del de su padre. Sentía ahora el delgado brazo del viejo como años atrás cuando se paseaban al anochecer por Viena. Ya no quitó su mano de esta posición. Se levantaron juntos. Así fueron hasta su casa. La señorita Hirschwitz llevaba un vestido dominical de seda gris. Una delgada faja de su alto peinado había adquirido sobre la frente el color de su vestido de ceremonia. Apresuradamente había preparado la comida del domingo: sopa de fideos, asado y pastel de cereza.

Pero el jefe de distrito no malgastó ni una palabra en la comida. Era como si consumiese un simple filete.

Capítulo XX

Una semana después Carl Joseph se marchó de la casa de su padre. Se abrazaron en el vestíbulo antes de subir al coche. En opinión del señor de Trotta no debían profesarse aquellas muestras de cariño ante la mirada de las personas casualmente presentes en el andén de la estación. Fue un abrazo rápido, como siempre, acompañado de la sombra húmeda del vestíbulo y del hálito frío de las losas del piso. La señorita Hirschwitz esperaba en el balcón, dominándose como un hombre. Era inútil que el señor de Trotta intentara explicarle que no era necesario que saludara. Ella lo consideraba su deber. Aunque no llovía, el señor de Trotta abrió el paraguas. El cielo ligeramente encapotado le parecía motivo suficiente para ello. Al abrigo del paraguas subió al coche. Por lo tanto, la señorita Hirschwitz no podía verle desde el balcón. El jefe de distrito no pronunció ni media palabra. Esperó a que el hijo estuviera ya en el tren para decirle, con la mano levantada y el índice extendido:

—Sería mejor que te marcharas del ejército por motivos de salud. El ejército es algo que no se abandona a menos que existan razones de peso.

—Está bien, papá —dijo el teniente.

Pocos momentos antes de la salida del tren el jefe de distrito se marchó del andén. Carl Joseph vio que su padre se alejaba y desaparecía, erguida la espalda y el paraguas cerrado, con la punta hacia arriba, como si llevara del brazo un sable desenvainado. Ya no volvió a girarse el señor de Trotta.

Se le concedió a Carl Joseph la licencia solicitada.

—¿Qué harás ahora? —le preguntaron sus compañeros.

—Tengo un cargo —dijo Trotta y ya no preguntaron más.

Preguntó por Onufrij. En las oficinas del batallón le comunicaron que el asistente Kolohin había desertado. El teniente Trotta se fue al hotel. Lentamente se cambió de ropa. Primero se quitó el sable, arma y símbolo de su honor. Había temido este momento. Se sorprendió de que transcurriera sin tristeza. Sobre la mesa había una botella de «noventa grados», pero ni tuvo necesidad de beber. Llegó Chojnicki a recogerle; abajo se oía el chasquear de su látigo. Entró en la habitación. Se sentó y miró lo que hacía Trotta. El reloj de la torre dio ya las tres. Todas las voces ahítas del verano penetraban en masa por la ventana abierta. El verano estaba llamando al teniente. Chojnicki, en un traje claro de verano, con botas amarillas y la caña amarilla del látigo en la mano, era un enviado del verano. El teniente pasó la manga por la vaina del sable, desenvainó la hoja, la empañó con su aliento, limpió el acero con el pañuelo y guardó el arma en un estuche. Era como si limpiara un

cadáver antes de enterrarlo. Antes de atar el estuche a la maleta lo sostuvo en la mano. Guardó también el sable de Max Demant. Leyó todavía la inscripción debajo de la empuñadura. «¡Vete de este ejército!», le había dicho Max Demant. Y bien, ahora se iba de ese ejército...

Croaban las ranas, cantaban los grillos, al pie de la ventana relinchaban los caballos de Chojnicki, tiraban un poco del pequeño carruaje, chirriaban los ejes de las ruedas. Allí estaba el teniente, con la chaqueta desabrochada, el negro collar de goma entre las verdes solapas de la blusa. Se giró y dijo:

—El final de una carrera.

—La carrera ha terminado —observó Chojnicki—. La carrera ha llegado a su final.

Trotta guardó la chaqueta del uniforme, la chaqueta del emperador. Dobló la blusa sobre la mesa, como había aprendido a hacerlo en la academia. Dio la vuelta el cuello duro, dobló las mangas y las puso sobre la tela. Seguidamente dobló la mitad inferior de la blusa, convertida ya en un pequeño paquete. Brillaba el forro de moaré. Colocó encima los pantalones, doblados dos veces. Se puso su traje de paisano, conservó el cinturón, último recuerdo de su profesión, pues jamás había comprendido el manejo de los tirantes.

—Mi abuelo —dijo— debió de hacer un paquete de su personalidad militar de forma parecida a como acabo de hacerlo yo.

—¡Probablemente! —repuso Chojnicki.

La maleta continuaba abierta, dentro estaba la personalidad militar de Trotta, un cadáver doblado de acuerdo con el reglamento. Había llegado la hora de cerrar la maleta. De pronto, el teniente se sintió dominado por el dolor, apenas podía reprimir las lágrimas. Se dirigió a Chojnicki para decirle algo. A los siete años era ya aspirante, a los diez cadete. Toda su vida había sido soldado. Había que enterrar al soldado Trotta y llorar su muerte. No se podía llevar un cadáver a la tumba sin llorar. Era un alivio tener a Chojnicki a su lado.

—Bebamos —dijo Chojnicki—, se está usted poniendo sentimental.

Bebieron. Después Chojnicki se levantó y cerró la maleta del teniente.

Brodnitzer llevó personalmente las maletas al coche.

—Ha sido usted un huésped excelente, señor barón —le dijo Brodnitzer.

Permaneció junto al carruaje con el sombrero en la mano. Chojnicki había cogido ya las riendas. Trotta sintió afecto de repente por Brodnitzer. Quiso decirle «¡Que tenga usted suerte!», pero ya Chojnicki arreaba los caballos chasqueando con la lengua. Las bestias levantaron la cabeza y la cola al mismo tiempo y las ligeras ruedas del coche avanzaron crujendo sobre la arena de la carretera como por encima de una blanda cama.

Avanzaron por entre las ciénagas en las que resonaba el croar de las ranas.

—Aquí vivirá usted —le dijo Chojnicki.

Era una casita situada al margen del bosque, de persianas verdes, como las de las ventanas de la jefatura del distrito. Allí vivía Jan Stepaniuk, guarda forestal, un viejo con un largo mostacho de plata oxidada. Había servido en el ejército durante doce años. Se dirigía diciéndole a Trotta «mi teniente», retomando su antiguo lenguaje militar. Llevaba una camisa de lienzo, de tejido basto y de cuello estrecho con orillo azul y rojo. El viento hinchaba las anchas mangas de la camisa; los brazos del guardabosque parecían alas.

Allí se quedó el teniente Trotta.

Estaba decidido a no volver a ver a ninguno de sus antiguos compañeros. A la luz vacilante de la vela, en una estancia de madera, escribía a su padre en papel amarillo, fibroso, con el encabezamiento a cuatro centímetros del margen superior y el texto de la carta a dos centímetros del margen lateral. Las cartas se parecían como los impresos para los partes.

Trotta tenía poco trabajo. Anotaba los nombres de los jornaleros en grandes libros, encuadernados en negro y verde, los jornales, los gastos de los invitados que vivían en la casa de Chojnicki. Sumaba los números, con gran afán, aunque se equivocaba, e informaba sobre el estado de las aves, de los cerdos, de la fruta que se había vendido o que se guardaba, de los campitos donde crecía el lúpulo, del secadero que cada año se alquilaba a un comisionario. Conocía ya la lengua del país. Más o menos comprendía lo que le decían los aldeanos. Estaba en tratos con los judíos pelirrojos que empezaban a comprar madera para el invierno. Fue aprendiendo la diferencia entre el valor del abedul, del pino, del abeto, del roble y del arce. Se volvió tacaño. Como su abuelo, el héroe de Solferino, el Caballero de la Verdad, contaba, con sus dedos delgados y rígidos, las duras monedas de plata cuando iba a la ciudad, los jueves, al mercado de gorrinos, para comprar albardas, colleras, yugos y guadañas, piedra de afilar, hoces, rastrillos y semillas. Si por casualidad un oficial pasaba a su lado, inclinaba la cabeza. Pero era una medida prudencial innecesaria. Tenía poblado el bigote, por las mejillas asomaba ya el pelo negro, duro, de la barba. Apenas era posible reconocerle. Por todas partes se estaban haciendo los preparativos para la recolección. Delante de sus chozas los campesinos afilaban las guadañas con las piedras redondas, de arenisca. El ruido del metal sobre las piedras dominaba el canto de los grillos. Por la noche oía a veces la música y el estrépito del cercano palacio de Chojnicki, esas voces le acompañaban en el sueño como el canto nocturno de los gallos y los ladridos de los perros en las noches de luna llena. Finalmente se sentía satisfecho, tranquilo y solitario. Le parecía que nunca había vivido de otra manera. Si no podía dormir se levantaba, cogía el bastón y se iba a pasear por los campos, entre las mil voces del coro nocturno, esperaba el rocío y el suave canto del viento que anunciaba el alba. Se sentía tan descansado como si hubiera dormido la noche entera.

Todas las tardes se iba a los pueblos cercanos. «Bendito sea el nombre del Señor», decían los campesinos. «Y eternamente lo sea», respondía Trotta. Andaba como los aldeanos, doblando las rodillas. También así andaban los campesinos de Sipolje. Un día, Trotta pasó por el pueblo de Burdlaki. El minúsculo campanario se erguía, como dedo del pueblo, hacia el cielo azul. Era una

tarde tranquila. Cantaban adormilados los gallos. Bailoteaban los mosquitos y zumbaban por toda la calle mayor del lugar. De repente un aldeano, de poblada barba negra, salió de su choza, se colocó en medio de la calle y exclamó saludando:

—Bendito sea el nombre del Señor.

—Y eternamente lo sea —dijo Trotta y quiso continuar su camino.

—Mi teniente, aquí está Onufrij —le dijo el barbudo campesino. La barba le envolvía el rostro como un abanico abierto, negro y espeso.

—¿Por qué has desertado?

—Sólo me he ido a casa —dijo Onufrij.

De nada servía hacer preguntas tan estúpidas. Comprendía bien la actitud de Onufrij. Había servido al teniente de la misma manera en que éste había estado al servicio del emperador. La patria no existía ya. Se desmoronaba, se descomponía.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Trotta.

Onufrij no tenía miedo. Vivía en casa de su hermana. Los gendarmes pasaban una vez por semana por el pueblo sin detenerse a echar una mirada. Por lo demás, eran ucranianos, aldeanos también, como Onufrij. Si no se presentaba una denuncia por escrito al suboficial, no tenía por qué preocuparse. En Burdlaki no se hacían denuncias por escrito.

—¡Que sigas bien, Onufrij! —dijo Trotta.

Siguió avanzando por la sinuosa calle que daba a los anchos campos. Onufrij le siguió hasta la revuelta del camino. Oía los pasos de las botas de soldado claveteadas sobre la piedra machacada del camino: Onufrij se había llevado las botas del ejército. Fueron a la taberna del pueblo, propiedad del judío Abramtschik. Allí se podía comprar jabón de piedra, tabaco, cigarrillos, picadura y sellos. El judío tenía la barba roja brillante. Estaba sentado delante de la puerta de la taberna; con su barba iluminaba a lo lejos, hasta dos kilómetros por la carretera. «Cuando sea viejo, será un judío de barba blanca como el abuelo de Max Demant», pensó el teniente. Trotta bebió una copa de aguardiente, compró tabaco y sellos y se marchó. Desde Burdlaki el camino iba hacia Oleksk y Sosnow, después seguía por Bytók, Leschnitz y Dombrowa. Cada día pasaba por este camino. Dos veces atravesaba la vía del ferrocarril, con las dos barreras descoloridas por la lluvia, amarillas y negras, y el zumbido cristalino de las señales, incesante, en las casillas de los guardabarreras. Eran las voces alegres del mundo que ya no interesaban al barón de Trotta. El gran mundo se había borrado ya. También estaban borrados los años de soldado, como si hubiera andado siempre por los campos y los caminos, el bastón en la mano y nunca el sable a la cadera. Vivía como el abuelo, el héroe de Solferino, y como el bisabuelo, el inválido del jardín de Laxenburg, y quizá también como los antepasados desconocidos, sin nombre, los aldeanos de Sipolje. Siempre por el mismo camino, pasando por Oleksk, hacia Sosnow y Bytók, por Leschnitz y Dombrowa. Esos pueblos se hallaban alrededor del palacio de Chojnicki, todos le pertenecían. Desde Dombrowa, un camino entre sauces llevaba al

palacio de Chojnicki. Todavía era temprano. Si aceleraba el paso llegaría antes de las seis y no se encontraría con ninguno de los antiguos compañeros. Trotta aceleró el paso. Llegó frente a las ventanas del palacio. Silbó. Chojnicki se asomó, hizo un gesto con la cabeza y salió a recibirle.

—¡Ya está pues! —exclamó Chojnicki—. La guerra ha llegado ya. Mucho la hemos esperado. Pero todavía nos sorprenderá. Parece que no le será concedido a un Trotta vivir largo tiempo en libertad. Mi uniforme está a punto. Creo que dentro de una o dos semanas se nos movilizará.

Trotta sentía que la naturaleza jamás se había mostrado tan pacífica como en ese momento. Se podía mirar directamente hacia el sol que se hundía vertiginosamente en el poniente. Un viento violento salía a recibir el sol mortecino de la tarde, rizaba las blancas nubecillas del cielo, ondeaba por entre las espigas de los trigales y acariciaba las rojas caras de las amapolas. Una sombra azul se cernía sobre los verdes prados. Por el este, el bosquecillo desaparecía en una luz violácea oscura. La blanca casita de Stepaniuk donde vivía Trotta brillaba en la margen del bosque. La luz fundente del sol ardía en las ventanas. Resonaba más fuerte el canto de los grillos. El viento se llevaba sus voces por la lejanía; se produjo un instante de calma. Se oía el hálito de la tierra. De repente se oyeron unos chillidos en las alturas, bajo el cielo. Chojnicki levantó la mano.

—¿Sabe usted lo que es? ¡Ánsares silvestres! Pronto nos abandonan. Todavía estamos en pleno verano. Pero ya oyen los disparos. Saben bien lo que hacen.

Era jueves, el día de «las pequeñas fiestas». Chojnicki se retiró. Trotta marchó lentamente hacia las ventanas brillantes de su casita.

Esa noche no durmió. Oyó a medianoche los gritos roncros de los ánsares silvestres. Se vistió. Salió a la puerta. Stepaniuk estaba en camisa ante el umbral. Su pipa ardía roja. Permanecía tendido sobre el suelo sin moverse.

—Hoy no se puede dormir.

—Los ánsares —dijo Trotta.

—Sí, eso es, los ánsares —corroboró Stepaniuk—. Jamás los había visto marcharse tan pronto. Oiga, oiga...

Trotta miró hacia el cielo. Las estrellas brillaban como siempre. Nada más se veía en el cielo. Pero persistía el grito ronco bajo las estrellas.

—Se están preparando —dijo Stepaniuk—. Hace rato que estoy aquí. A veces consigo verlos. Es únicamente una sombra gris. ¡Mire usted! —Stepaniuk señaló con la pipa encendida hacia el cielo. En ese momento se vio la diminuta sombra blanca de los ánsares silvestres bajo el azul cobalto. Ondeaban entre las estrellas, como un pequeño velo claro—. Y eso no es todo —continuó diciendo Stepaniuk—. Hoy por la mañana he visto centenares de cuervos, como nunca los había visto. Cuervos extraños que vienen de extrañas tierras. Creo que vienen de Rusia. Aquí se dice que los cuervos son los profetas entre las aves.

En el horizonte, al nordeste, se advertía una ancha faja plateada. Aumentaba la claridad: Se levantó el viento, que trajo consigo algunos sonidos confusos desde el palacio de Chojnicki. Trotta se tendió sobre el suelo al lado de Stepianiuk. Contemplaba soñoliento las estrellas, escuchaba los gritos de los ánsares y se durmió.

Se despertó al salir el sol. Le parecía que había dormido media hora, pero por lo menos tenían que haber transcurrido cuatro. En vez de los trinos acostumbrados de los pájaros, que le saludaban cada mañana, resonaban los graznidos negros de centenares de cuervos. Junto a Trotta se levantó Stepianiuk. Se quitó la pipa de la boca —que se había enfriado mientras dormía— y con la boquilla de la pipa señaló los árboles en derredor. Los grandes pájaros negros permanecían rígidos sobre las ramas, frutos siniestros caídos de los aires. Los grandes pájaros negros estaban inmóviles, sólo graznaban. Stepianiuk les tiró piedras, pero los cuervos apenas aletearon. Seguían acuclillados en las ramas, como frutas que allí hubieran crecido.

—Voy a disparar —dijo Stepianiuk.

Entró en la casa, sacó la escopeta y disparó. Cayeron algunas aves, pero el resto pareció no haberse enterado del disparo. Todas seguían acuclilladas en las ramas. Stepianiuk recogió los negros cadáveres; había cazado una buena docena. Con las dos manos llevó para la casa su botín, la sangre goteaba sobre la hierba.

—¡Qué cuervos más raros! —exclamó—, ni se mueven. Son los profetas de las aves.

Era viernes. Por la tarde, Carl Joseph pasó como de costumbre por los pueblos. No cantaban los grillos, ni croaban las ranas, ni gritaban los cuervos. Seguían allí, en los tilos, en los robles, en los abedules, en los sauces. «Quizá vienen cada año antes de la siega —pensó Trotta—. Oyen a los campesinos que afilan las guadañas y entonces se juntan». Pasó por el pueblo de Burdlaki, abrigaba la esperanza de que Onufrij volviera a recibirle. Pero Onufrij no acudió. Delante de las chozas estaban los aldeanos afilando el metal con las rojas piedras. Miraban a veces hacia lo alto; los graznidos de los cuervos les molestaban y lanzaban negros improperios contra las negras aves.

Trotta pasó por la taberna de Abramtschik. El judío pelirrojo estaba sentado delante del portal, su barba brillaba. Abramtschik se levantó. Se quitó el gorro de terciopelo negro, señaló hacia lo alto y dijo:

—¡Han llegado cuervos! ¡Gritan todo el día! Son aves inteligentes. Hay que tener cuidado.

—Quizá sí, quizá tenga usted razón —dijo Trotta y siguió su camino, avanzando por el sendero de costumbre entre los sauces, hacia la casa de Chojnicki. Silbó. Nadie salió.

Seguramente Chojnicki estaba en la ciudad. Trotta fue por el camino entre las ciénagas para no encontrarse con nadie. Únicamente los aldeanos utilizaban este camino. Algunos iban en dirección contraria. El camino era tan estrecho que no podían pasar dos a la vez. Había que detenerse y dejar paso al otro. Todos con los que Trotta se cruzó parecían tener más prisa que de costumbre. Saludaban precipitadamente, no como de costumbre. Avanzaban a grandes zancadas. Llevaban inclinada la

cabeza como hombres preocupados por un único pensamiento. De pronto Trotta vio la barrera de los consumos, a partir de la cual empezaba ya la ciudad. El número de caminantes aumentaba allí; era un grupo de unos veinte que se separaban y penetraban, uno tras otro, por el estrecho sendero. Trotta se detuvo. Se dio cuenta de que eran obreros de la fábrica de crin, que se volvían a los pueblos. Quizás había entre ellos algunos sobre los cuales había disparado. Se detuvo para dejarlos pasar. Avanzaban rápidamente, en silencio, uno detrás de otro, todos con un paquetito colgado del bastón a la espalda. Parecía anochecer más rápidamente, como si aquellos hombres apresurados intensificaran las tinieblas. El cielo estaba ligeramente nublado, el sol se ponía rojo y diminuto, la niebla plateada surgía de los pantanos, hermana terrenal de las nubes, con las que quería unirse. Un instante después todas las campanas de la villa empezaron a tañer. Los caminantes se detuvieron un momento para escuchar y continuaron después su marcha. Trotta detuvo a uno y le preguntó por qué sonaban las campanas.

—Es por la guerra —respondió el hombre sin levantar la cabeza.

—Por la guerra —repitió Trotta.

Claro que había guerra. Era como si lo hubiera sabido desde esa mañana, desde la noche anterior, desde hacía varios días, desde hacía semanas, desde su marcha del ejército y desde aquella triste fiesta de los dragones. Era la guerra para la cual se había estado preparando desde que tenía siete años. Era su guerra, la guerra del nieto. Volvían los días y los héroes de Solferino. Retumbaban sin cesar las campanas. Llegó a la barrera de los consumos. El consumero de la pata de palo estaba delante de su casilla rodeado de gente. Sobre la puerta había un bando de color negro y amarillo. Desde lejos se podían leer las primeras palabras, negras sobre fondo amarillo. Destacaban como negras vigas sobre las cabezas de la gente allí reunida: «¡A mis pueblos!».

Campesinos con zamarras cortas que olían a piel de carnero, judíos con grandes caftanes negros y verdes, agitados por el viento, campesinos suavos de las colonias alemanas, vestidos de paño tirolés, los polacos de la ciudad, comerciantes, artesanos y funcionarios rodeaban todos la casilla del consumero. En las cuatro paredes estaban pegados los bandos, cada uno en una lengua nacional diferente. Todas empezaban por la frase: «¡A mis pueblos!».

Los que sabían leer leían los bandos en voz alta. Sus voces se confundían con el canto vibrante de las campanas. Algunos iban de una pared a otra y leían el texto del bando en las distintas lenguas. Cuando dejaba de sonar una campana empezaba inmediatamente a tañer otra. La gente llegaba desde la ciudad por la ancha carretera que llevaba a la estación. Trotta avanzó hacia ellos para entrar en la ciudad. Había anochecido ya y era viernes. En las casitas de los judíos brillaban las velas e iluminaban las aceras. Cada casita era como un diminuto mausoleo. La muerte había alumbrado esas velas. Desde las casas donde oraban se oía el canto de los judíos más fuerte que en las otras fiestas. Saludaban un sábado extraordinario, sangriento. Se precipitaban a la calle en negras manadas apresuradas, se reunían en las encrucijadas y pronto entonaban sus lamentos por sus compatriotas soldados que al día siguiente tendrían que incorporarse. Se daban las manos, se besaban en las mejillas. Cuando dos se abrazaban, sus rojas barbas se unían como en una despedida especial y los hombres tenían que separarlas con sus manos.

Sobre las cabezas tañían las campanas. Entre sus tañidos y los gritos de los judíos se oían las voces aceradas de las trompetas de los cuarteles. Tocaban a retreta, el último toque de retreta. Ya era de noche. No se veían estrellas. El cielo se tendía bajo y llano, turbio, sobre la pequeña ciudad.

Trotta dio media vuelta. Buscaba un coche pero no encontró ninguno. Avanzó a grandes pasos hacia la casa de Chojnicki. El portalón estaba abierto, todas las habitaciones iluminadas como para las «grandes fiestas». Chojnicki salió a recibirle en el vestíbulo, con casco y cartucheras. Ordenó que engancharan. Tenía que recorrer tres leguas hasta su batallón y quería marcharse esa noche.

—¡Espera un momento! —dijo. Por primera vez trataba de tú a Trotta, quizá por distracción, quizá porque no iba ya de uniforme—. Te llevo a casa y después vuelves conmigo a la ciudad.

Se dirigieron a la casa de Stepaniuk. Chojnicki se sentó y observó cómo Trotta se quitaba su traje de paisano y se ponía el uniforme, una pieza tras otra. También así había observado, unas pocas semanas antes —pero parecía que hacía ya muchísimo tiempo— en el hotel Brodnitzer, cómo Trotta se quitaba el uniforme. Trotta volvía a sus correajes, a su patria. Sacó el sable del estuche. Se puso el tahalí.

Las enormes borlas negras y amarillas acariciaban suavemente el metal brillante del sable. Trotta cerró la maleta.

Les quedaba poco tiempo para despedirse. Se detuvieron delante del cuartel de los cazadores.

—¡Adiós! —dijo Trotta.

Se dieron un largo apretón de manos. Diríase que se oía pasar el tiempo detrás de las anchas espaldas inmóviles del cochero. Parecía como si no fuera suficiente darse la mano. Ambos sintieron que debían hacer algo más.

—En mi país nos besamos —dijo Chojnicki.

Se abrazaron, pues, y se besaron rápidamente. Trotta bajó del coche. Saludó el centinela delante del cuartel. Los caballos arrancaron: Detrás de Trotta se cerró la puerta del cuartel. Se detuvo un momento y oyó el carruaje de Chojnicki que se alejaba.

Capítulo XXI

Esa misma noche, el batallón de cazadores marchó en dirección hacia el nordeste, hacia la frontera de Woloczyska. Empezó a llover, primero suavemente para arreciar después, y el polvo blanco de la carretera se convirtió en barro gris plateado. En el chapoteo caía el lodo sobre las botas de los soldados y manchaba los impecables uniformes de los oficiales que marchaban hacia la muerte, perfectamente de acuerdo con las ordenanzas. Los grandes sables les estorbaban y sobre sus piernas colgaban las grandes borlas de pelo largo, lujosas, de los tahalíes, deshilachadas, mojadas y salpicadas por infinidad de diminutos grumos de lodo. Al amanecer, el batallón llegó a su punto de destino, se unió a dos regimientos de infantería desconocidos y se distribuyeron en formación dispersa. Esperaron así durante dos días, pero nada vieron de la guerra. Oían a veces, por la derecha, algunos disparos perdidos. Eran pequeñas escaramuzas fronterizas entre tropas a caballo. Vieron algunos aduaneros heridos y, aquí y allá, un gendarme muerto. El personal de sanidad se llevaba a los muertos y a los heridos pasando por delante de los soldados quietos que esperaban. La guerra no acababa de empezar. Le costaba decidirse, como les cuesta a las tormentas que tardan días en estallar.

Al tercer día llegó la orden de retirada y el batallón formó para ponerse en marcha. Tanto los oficiales como la tropa estaban decepcionados. Corrió el rumor de que a dos leguas a la derecha, un regimiento entero de dragones había sido aniquilado. Se decía que los cosacos habían penetrado ya en el país. Avanzaban callados y de mal humor hacia el oeste. Pronto se dieron cuenta de que se estaba produciendo una retirada imprevista porque se encontraron con una confusa muchedumbre de las más distintas armas en las encrucijadas de las carreteras, en los pueblos y en las pequeñas ciudades. Del alto mando del ejército llegaron muchas y diversas órdenes. La mayoría se referían a la evacuación de los pueblos y ciudades y al tratamiento a dar a los ucranianos de tendencia rusófila, a los clérigos y a los espías. En precipitados juicios sumarísimos se dictaban precipitadas sentencias en las aldeas. Confidentes secretos y delatores daban informes incontrolables sobre campesinos, popes, maestros, fotógrafos y funcionarios. No se disponía de tiempo. Había que retirarse apresuradamente, pero también era preciso castigar rápidamente a los traidores. Se retiraban los vehículos de sanidad, las columnas de víveres y municiones, la artillería de campaña, los dragones, los ulanos y la infantería, bajo la lluvia incesante, por las carreteras enlodadas. Galopaban los correos de aquí para allá y los habitantes de las pequeñas ciudades huían hacia el oeste en inmensa muchedumbre, acuciados por el pánico, cargados con colchones blancos y rojos, sacos grises, muebles y quinqués azules. Al mismo tiempo, en las plazas delante de la iglesia, en pueblos y aldeas, sonaban los disparos de quienes ejecutaban rápidamente las apresuradas sentencias; el sombrío redoble de los tambores acompañaba los monótonos veredictos de los auditores, y las mujeres de los asesinados chillaban pidiendo gracia arrastrándose ante las botas manchadas de barro de los

oficiales; llamaradas rojas y plateadas surgían de las chozas y de los heniles, de los establos y de los pajares. La guerra del ejército austríaco empezaba con los tribunales de guerra. Días y más días los presuntos traidores y los verdaderos permanecían colgados de los árboles en las plazas delante de la iglesia para escarmiento de los vivos. Pero éstos habían huido ya. Alrededor de los cadáveres colgados de los árboles ardía el país, crepitaba ya la hojarasca y el fuego era más poderoso que la llovizna gris, incesante, callada, que anunciaba el sangriento otoño. La vieja corteza de los árboles antiquísimos se carbonizaba lentamente; por entre las grietas surgían y se elevaban minúsculas pavesas plateadas, gusanos de fuego que se propagaban hasta las hojas verdes, que se retorcían, se ponían rojas, negras y después grises; las sogas se deshacían y los cadáveres caían al suelo, con los rostros carbonizados y los cuerpos todavía intactos. Un día se detuvieron a descansar en el pueblo de Krutyny. Llegaron por la tarde. Al día siguiente, antes de salir el sol, tenían que continuar su marcha hacia el oeste. Aquel día había cesado la llovizna y el sol de una tardía jornada de septiembre tendía una apacible claridad plateada sobre los anchos campos en los que estaban todavía los trigos, el pan vivo que jamás nadie comería. Por el aire pasaban, lentos, los últimos colores del verano. Incluso los cuervos y los grajos estaban quietos, engañados por la paz momentánea de aquel día, desesperados por poder obtener los esperados cadáveres. Desde hacía ocho días no se habían quitado la ropa. Las botas estaban empapadas, tenían los pies hinchados, las rodillas rígidas, les dolían las pantorrillas, apenas podían doblar la espalda. Se habían refugiado en las chozas e intentado sacar de las mochilas ropa seca y lavarse en las escasas fuentes. Durante la noche, clara y tranquila, aullaban de hambre los perros abandonados en las alquerías, de hambre y de miedo; esa noche el teniente no pudo dormir. Salió de la choza donde estaba alojado. Avanzó por la larga calle mayor del lugar hacia el campanario que se levantaba hacia las estrellas con su doble cruz griega. La iglesia, con el tejado de ripias, estaba en el centro del pequeño cementerio, rodeada de inclinadas cruces de madera que parecían danzar bajo la luz nocturna. Delante del gran portalón gris del cementerio estaban colgados tres cadáveres; en el centro un cura barbudo y, a ambos lados, dos jóvenes campesinos que llevaban chaqueta gris y abarcas en sus pies inmóviles. La sotana del cura, colgado en el centro, llegaba hasta sus zapatos. A veces, el viento nocturno agitaba los pies del cura de forma que daban como mudos badajos contra el ruedo del hábito sacerdotal y parecían tañer sin producir sonido alguno.

El teniente Trotta se acercó a los ahorcados. Contempló sus rostros hinchados. Creyó reconocer en los tres a algunos de sus soldados. Eran los rostros del pueblo con el que había hecho la instrucción. La barba del sacerdote le recordaba la de Onufrij. Ese aspecto tenía Onufrij la última vez que le vio. El teniente Trotta miró a su alrededor. Escuchó atentamente. No se oía ruido alguno producido por seres humanos. En el campanario de la iglesia rumoreaban los murciélagos. En las alquerías abandonadas ladraban los perros. Desenvainó su sable y, una tras otra, cortó las sogas de los tres ahorcados. Después cogió los cadáveres y, uno tras otro, los cargó a la espalda y los llevó al cementerio. Con el sable fue hurgando en la tierra del camino entre las tumbas hasta que le pareció que había hueco suficiente para los tres cadáveres. Puso a los tres allí, les echó encima la tierra que había sacado antes con el sable y la vaina, y la pisoteó. Finalmente se persignó. No se había

persignado desde la última misa como cadete en Mährisch-Weisskirchen. Quiso rezar también un padrenuestro, pero sus labios se movían sin conseguir pronunciar ni una sílaba. Gritó un pájaro nocturno. Rumoreaban los murciélagos. Aullaban los perros.

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, continuaron la marcha. La niebla plateada de la mañana otoñal cubría el mundo a su alrededor. Pronto salió el sol ardiente como en verano. Tenían sed. Avanzaban por una comarca abandonada, arenosa. A veces les parecía oír el rumor del agua. Algunos soldados avanzaron corriendo en la dirección de donde les parecía llegar el rumor del agua, pero se volvieron inmediatamente. Ni arroyos, ni estanques, ni pozos. Pasaron por algunos pueblos, pero los pozos estaban repletos de cadáveres de los ahorcados y de los fusilados. A veces los cadáveres se inclinaban, doblándose por el medio, sobre el brocal de madera de los pozos. Los soldados no miraban ya al fondo. Se volvían. Continuaba el camino.

Aumentaba la sed. Llegó el mediodía. Oyeron disparos y se tendieron sobre el suelo. El enemigo seguramente se les había adelantado. Continuaron avanzando en zig-zag, siempre sobre el suelo. Pronto vieron que el camino se ensanchaba. A poca distancia descubrieron una estación de ferrocarril abandonada. El batallón avanzó a la carrera hacia la estación; allí estarían seguros; en un espacio de dos kilómetros estaban a cubierto detrás del terraplén de la línea del ferrocarril. El enemigo, probablemente una sotnia de cosacos al galope, podía encontrarse al otro lado del terraplén a igual altura que el batallón. Avanzaron inclinados entre los dos terraplenes. De repente un soldado gritó:

—¡Agua!

Un instante después descubrían el pozo en lo alto del terraplén, junto a una casilla de guardagujas.

—¡Quietos! —ordenó el comandante Zoglauer.

—¡Quietos! —repitieron los oficiales. Pero ya no era posible detener a los hombres sedientos. Primero unos pocos, separados, y después en grupo se lanzaron por la cuesta; sonaron disparos y cayeron los hombres. Los jinetes enemigos, situados más allá del terraplén, disparaban contra los hombres sedientos; cada vez más soldados sedientos corrían hacia el pozo mortal. Cuando la segunda sección de la segunda compañía se acercó al pozo, había ya una docena de cadáveres sobre la verde cuesta.

—¡Sección, alto! —ordenó el teniente Trotta. Se puso a un lado y exclamó—: ¡Yo os traeré agua! ¡Que nadie se mueva! ¡Esperad aquí!

Le dieron dos cubos de lona impermeabilizada de la sección de ametralladoras. Tomó los dos, uno en cada mano. Subió por la cuesta, hacia el pozo. Las balas silbaban a su alrededor, caían a sus pies, pasaban rozando sus orejas, junto a sus piernas y su cabeza. Se inclinó sobre el pozo. Vio al otro lado, más allá de la pendiente, las dos hileras de cosacos disparando. No tenía miedo: No pensó que podían darle igual que a los otros. Oía los disparos que todavía no habían llegado y al mismo tiempo los primeros redobles de la marcha de Radetzky. Se encontraba en el balcón de la casa

paterna. Abajo tocaba la banda militar. Nechwal levantaba la negra batuta de ébano con el pomo de plata. Trotta hundía el segundo cubo en el pozo. Sonaban en ese momento los platillos: Sacaba el cubo del pozo. Con un cubo rebosante en cada mano, con las balas zumbando a su alrededor, avanzó con el pie izquierdo para descender. Dio dos pasos. Ya sólo sobresalía la cabeza del terraplén. En ese momento una bala dio en su cráneo. Avanzó un poco más y cayó. Los cubos llenos se balancearon, cayeron y se le vertieron encima. Sangre caliente fluía de su cabeza hacia la fría tierra de la pendiente. Desde abajo los campesinos ucranianos de su compañía gritaron en coro:

—¡Bendito sea el nombre del Señor!

«Y eternamente lo sea», quiso decir Trotta. Eran las únicas palabras que sabía decir en ruteno. Pero sus labios ya no se movieron más. Su boca quedó abierta. Los dientes blancos miraban el cielo azul. La lengua se le fue poniendo azul, sintió que su cuerpo se enfriaba. Después murió.

Éste fue el final del teniente Carl Joseph barón de Trotta. Muy sencilla y totalmente inadecuada para su inclusión en los libros de lectura de las escuelas nacionales reales e imperiales austríacas fue la muerte del nieto del héroe de Solferino. El teniente Trotta no murió con el arma en la mano, sino con un cubo de agua en cada mano. El comandante Zoglauer escribió al jefe de distrito. El viejo Trotta leyó la carta dos veces y dejó caer las manos. La carta se le fue de la mano y se posó sobre la alfombra roja. El señor de Trotta se quitó los quevedos. Le temblaba la cabeza; los quevedos, vacilantes, parecían una mariposa de cristal aleteando sobre la nariz del viejo. Dos gruesas lágrimas cristalinas salieron al mismo tiempo de los ojos del señor de Trotta, enturbiaron los cristales de los quevedos y se deslizaron por la barba. El cuerpo del señor de Trotta siguió tranquilo, únicamente le bailaba la cabeza, que se movía de atrás hacia delante y de izquierda a derecha y temblaban constantemente las alas cristalinas de los quevedos. Así permaneció por una hora o más el jefe de distrito delante de su escritorio.

Después se levantó y se fue, con su paso acostumbrado, a su cuarto. Sacó del armario el traje negro, la corbata negra y las cintas de crespón negro que había llevado al brazo y en el sombrero después de la muerte de su padre. Se cambió de ropa. Mientras lo hacía no se miró al espejo. Su cabeza seguía oscilando. Se esforzaba por dominar el temblor de su cráneo intranquilo. Pero cuanto más se esforzaba el jefe de distrito por dominarla tanto más se movía su cabeza. Los quevedos continuaban sobre la nariz y se agitaban, aleteando. Finalmente, el jefe de distrito interrumpió todos sus esfuerzos y dejó que temblara su cabeza. Se fue, con el traje negro puesto, la cinta negra en la manga, a ver a la señorita Hirschwitz. A la puerta de su habitación se detuvo y dijo:

—¡Mi hijo está muerto, querida mía! —Cerró rápidamente la puerta y se marchó a la jefatura.

Allí fue pasando de una habitación a otra. Asomaba solamente la cabeza por la puerta y anunciaba en todas partes:

—¡Mi hijo está muerto, señor fulano! ¡Mi hijo está muerto, señor mengano!

Cogió después el sombrero y el bastón y se marchó a la calle. Todos le saludaban y se extrañaban al ver el balanceo de su cabeza. El jefe de distrito se dirigía a uno o a otro diciendo: «¡Mi hijo está

muerto!»). Y no esperaba que su interlocutor emocionado le diera el pésame, sino que continuaba su camino para ver al doctor Skowronnek. El doctor Skowronnek iba en uniforme de comandante médico, por la mañana en el hospital militar, por la tarde en el café. Se puso en pie cuando vio entrar al jefe de distrito; observó la cabeza temblona del viejo, el crespón en la manga y supo todo lo que pasaba. Cogió la mano del jefe de distrito, miró su cabeza intranquila y los quevedos en continuo aleteo.

—¡Mi hijo está muerto! —repitió el señor de Trotta. Skowronnek continuó apretando la mano del jefe de distrito durante unos minutos. Ambos seguían de pie, dándose la mano. El jefe de distrito se sentó, Skowronnek apartó el tablero de ajedrez y lo puso sobre otra mesa.

—¡Mi hijo está muerto! —dijo al camarero el jefe de distrito.

El camarero hizo una profunda reverencia y sirvió un coñac.

—Otro —encargó el jefe de distrito.

Finalmente se quitó los quevedos. Recordó que la noticia de la muerte de su hijo estaba sobre la alfombra en su despacho. Se levantó y se marchó a la jefatura. El doctor Skowronnek le siguió. El señor de Trotta no parecía darse cuenta de ello. Pero tampoco se sorprendió cuando Skowronnek, sin llamar, abrió la puerta del despacho, entró y se quedó de pie delante de Trotta.

—Aquí está la carta —dijo el jefe de distrito.

Esa noche, y muchas de las siguientes, el señor de Trotta no pudo dormir. Le temblaba la cabeza y se le agitaba también sobre la almohada. Soñaba a veces con su hijo. El teniente Trotta se hallaba delante de su padre, tenía la gorra de oficial llena de agua. «¡Bebe, papá, tienes sed!» le decía. Este sueño se repetía una y otra vez. Finalmente, el jefe de distrito consiguió llamar cada noche a su hijo, y bastantes noches Carl Joseph incluso acudió varias veces. En consecuencia, el señor de Trotta deseaba cada vez más que anoheciera; el día le desasosegaba. Cuando llegó la primavera y se hicieron más largos los días, el jefe de distrito oscureció su habitación por la mañana y por la tarde, para prolongar así artificialmente sus noches. No cesaba de temblarle la cabeza. Él y todos los demás se fueron acostumbrando al temblor constante de su cabeza.

La guerra parecía importarle poco al señor de Trotta. Cogía el periódico únicamente para ocultar detrás de él su cráneo tembloroso. Nunca hablaba con el doctor Skowronnek de victorias ni de derrotas. Solían jugar al ajedrez sin cruzar palabra. Pero a veces uno decía al otro:

—¿Se acuerda usted? ¿Aquella partida que tuvimos hace dos años? Aquella vez se fijó usted tan poco como ahora.

Era como si hablasen de cosas sucedidas muchos años antes.

Había transcurrido mucho tiempo ya desde la muerte del teniente Trotta, se habían sucedido las estaciones según las viejas e inalterables leyes de la naturaleza, pero los hombres apenas se daban cuenta de ello bajo el velo rojo de la guerra, y menos aún el jefe de distrito. Le seguía temblando la

cabeza como un gran fruto de poco peso colgado de una rama demasiado delgada. Hacía mucho ya que el teniente Trotta se había podrido, o lo habían devorado los cuervos que volaban entonces por los terraplenes fatídicos, pero al viejo señor de Trotta le parecía que era ayer cuando había llegado la noticia de la muerte del hijo. La carta del comandante Zoglauer, quien también había muerto, seguía en el bolsillo interior de la chaqueta del jefe de distrito. Cada día volvía a leerla y la mantenía así en su terrible novedad, como cuidan una tumba amorosas manos. ¿Qué le importaban al señor de Trotta, los cien mil nuevos muertos que habían seguido a su hijo? ¿Qué le importaban las órdenes apresuradas y confusas de sus superiores inmediatos, órdenes que aumentaban cada semana? ¿Y qué le importaba que se hundiera el mundo, esa catástrofe que veía ahora con mayor evidencia que Chojnicki, el que en otros tiempos fue profeta? Su hijo estaba muerto. Su propio cargo se había terminado. Su mundo había desaparecido.

Epílogo

Ahora sólo nos queda por contar lo sucedido en los últimos días del señor de Trotta, días que pasaron casi como si fuesen solamente uno. El tiempo pasaba a su lado como un gran río, ancho, de idéntico caudal, en monótono murmullo. Las noticias de la guerra y las diversas disposiciones y órdenes extraordinarias de gobernación poco le preocupaban al jefe de distrito. Hacía mucho tiempo ya que debería haberse jubilado. Continuaba prestando servicios porque la guerra así lo exigía. A veces le parecía que estaba viviendo una segunda vida, más pálida, y que la primera y auténtica se le había terminado mucho tiempo antes. Sentía que sus días no le llevaban, como a los demás mortales; camino de la tumba: El jefe de distrito estaba petrificado como si fuera su propio mausoleo, a la orilla de los días que se iban. Jamás el señor de Trotta se había parecido tanto al emperador Francisco José. A veces se atrevía incluso él mismo a compararse con el emperador. Pensaba en la audiencia en el palacio de Schönbrunn y, a la manera de la gente sencilla que habla de desgracias comunes, su pensamiento dijo a Francisco José: «¿Pues qué? ¡Si alguien nos hubiera dicho eso antes! ¡A nosotros, los viejos!».

El señor de Trotta dormía poco. Comía sin fijarse en lo que le ponían delante. Firmaba documentos que no había leído detalladamente. Podía suceder que se presentara por la tarde al café y que el doctor Skowronnek todavía no hubiera llegado. En tal caso, el señor de Trotta cogía cualquier Diario de avisos, que databa de tres días, y volvía a leer lo que ya sabía. Pero si el doctor Skowronnek hablaba de las últimas novedades de la jornada, el jefe de distrito se limitaba a asentir con la cabeza, como indicando que conocía desde hacía largo tiempo esas novedades. Un día recibió una carta. Una tal señora de Taussig, para él totalmente desconocida, que trabajaba como enfermera voluntaria en el manicomio vienés de Steinhof, le comunicaba al señor de Trotta que el conde Chojnicki, quien se hallaba loco desde su regreso del campo de batalla unos meses antes, hablaba con mucha frecuencia del jefe de distrito. En sus confusas palabras, el conde Chojnicki repetía que tenía algo importante que comunicarle al señor de Trotta. La señora de Taussig indicaba que si el jefe de distrito tenía por casualidad la intención de ir a Viena, quizá su visita al enfermo podría contribuir a una inesperada mejoría del estado de ánimo del paciente, como había ocurrido a veces en casos parecidos. El jefe de distrito le pidió su opinión al doctor Skowronnek.

—Todo es posible —dijo Skowronnek—. Si usted puede soportarlo, quiero decir soportarlo fácilmente...

—Yo lo puedo soportar todo —dijo el señor de Trotta.

Decidió ponerse inmediatamente en camino. Quizás el enfermo sabía algo importante sobre el teniente. Quizá tenía que entregar al padre algo que le había dado el hijo. El señor de Trotta se

marchó a Viena.

Le condujeron a la sección militar del manicomio. Era en pleno otoño, un día sin brillo; la clínica soportaba la llovizna gris que desde hacía días caía sobre la tierra. El señor de Trotta se sentó en el pasillo de un blanco brillante y contempló a través de la ventana enrejada la reja más densa y suave de la lluvia. Pensaba en la pendiente del terraplén donde había muerto su hijo. «Ahora estará mojándose», pensaba el jefe de distrito, como si el teniente hubiese caído entonces el día anterior y el cadáver estuviera fresco todavía. Lento pasaba el tiempo. El jefe de distrito veía pasar a su lado personas con rostros de locura y horrorosas contorsiones de las extremidades, pero para el jefe de distrito la locura no era nada horroroso, a pesar de que era la primera vez que se encontraba en un manicomio. Únicamente la muerte era algo espantoso. «¡Qué lástima! —pensaba el señor de Trotta—. Si Carl Joseph se hubiese vuelto loco en vez de morir en la guerra, ya me habría preocupado yo de volverle a su sano juicio. Y si no hubiese podido hacerlo habría ido a visitarle cada día. Quizás hubiese retorcido el brazo de manera tan horrorosa como ese teniente que ahora pasa. Pero habría sido su brazo; y también se puede acariciar un brazo por muy deforme que esté. También se pueden contemplar los ojos torcidos. Lo único que importa es que sean los ojos de mi hijo. Dichosos los padres que tienen los hijos locos». Finalmente llegó la señora de Taussig, una enfermera como las demás. El jefe de distrito miró únicamente su uniforme. ¡Qué le importaba su cara! Pero ella sí le miró largo rato.

—¡Yo he conocido a su hijo! —dijo finalmente. Entonces el jefe de distrito alzó su mirada para contemplar el rostro de la mujer. Su rostro denotaba ya la edad; pero todavía seguía siendo hermoso. La cofia de enfermera la rejuvenecía efectivamente, como a todas las mujeres, porque es propio de ellas que la bondad y la compasión las rejuvenezcan. «Es una mujer del gran mundo», pensó el señor de Trotta.

—¿Cuándo conoció usted a mi hijo? —le preguntó.

—Fue antes de la guerra —dijo la señora de Taussig. Cogió al jefe de distrito por el brazo, como estaba acostumbrada a hacerlo con los enfermos, y añadió—: Nos queríamos, Carl Joseph y yo.

—Perdone usted, pero ¿fue por su culpa todo aquel estúpido asunto? —preguntó el jefe de distrito.

—Sí, también fue por mi culpa —dijo la señora de Taussig.

—Vaya, vaya —dijo el jefe de distrito—, también por su culpa. —Apretó ligeramente el brazo de la enfermera y siguió diciendo—: ¡Quisiera que Carl Joseph pudiese todavía enredarse en algún asunto, por culpa de usted!

—¡Vámonos a ver al paciente! —dijo la señora de Taussig, pues se le subían las lágrimas a los ojos y creía que no debía llorar.

Chójnicki se hallaba sentado en una habitación desmantelada, de la que se habían retirado todos los objetos porque a veces se ponía furioso. Estaba sentado en un sillón con las patas empotradas en

el suelo. Cuando entró el jefe de distrito se levantó y se dirigió hacia él.

—¡Vete, Wally! —dijo dirigiéndose a la señora de Taussig—. Tenemos algo importante que decirnos. Se quedaron solos. En la puerta había una mirilla. Chojnicki se dirigió a la puerta y, con la espalda, tapó la mirilla.

—¡Bienvenido a mi casa! —dijo al señor de Trotta.

Por enigmáticas razones, al jefe de distrito le parecía que la calva de Chojnicki estaba aún más calva. De los grandes ojos azules, ligeramente saltones del enfermo, parecía surgir un viento helado que soplaba por el rostro demacrado amarillo y a la vez hinchado y por el desierto del cráneo. De vez en cuando, la comisura derecha de Chojnicki se contraía en una convulsión. Parecía querer sonreír con la comisura derecha. Su capacidad de sonreír se había centrado precisamente en la comisura derecha y había abandonado el resto de la boca para siempre.

—Siéntese —le dijo Chojnicki—. Le he hecho venir porque tengo que comunicarle algo muy importante. ¡Pero no se lo diga a nadie! Excepto usted y yo, nadie lo sabe: ¡El viejo se muere!

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el señor de Trotta.

Chojnicki, que seguía junto a la puerta, levantó el dedo hacia el techo y se lo puso sobre los labios.

—De lo alto —dijo. Después dio media vuelta, abrió la puerta, llamó a la señora de Taussig, que acudió al instante, y le dijo—: ¡Señorita Wally, la audiencia ha terminado!

Hizo una reverencia. El señor de Trotta salió. Marchó por los largos pasillos acompañado por la señora de Taussig. Descendió por los anchos peldaños.

—¡Quizás ha servido de algo! —dijo ella.

El señor de Trotta se despidió y se fue a ver al consejero Stransky. En realidad ni él mismo sabía por qué iba a visitarlo. Iba a ver a Stransky, que se había casado con una Koppelman. Los Stransky estaban en casa. Al principio no reconocieron al jefe de distrito. Después le saludaron, entre avergonzados y nostálgicos y, al mismo tiempo, con frialdad según le pareció al jefe de distrito. Le dieron café y coñac.

—Carl Joseph —dijo la señora Stransky, née Koppelman—, cuando salió teniente, vino inmediatamente a visitarnos. ¡Era un buen muchacho!

El jefe de distrito se acariciaba la barba y nada decía. Al rato llegó el hijo de los Stransky. Cojeaba desagradablemente. Cojeaba mucho. «¡Carl Joseph no cojeaba!», pensó el jefe de distrito.

—Parece que el viejo está muriéndose —dijo el consejero Stransky de repente.

Al oír esas palabras, el jefe de distrito se puso de pie inmediatamente y se marchó. Ya sabía él qué el viejo estaba muriéndose. Chojnicki lo había dicho y Chojnicki siempre lo había sabido todo. El jefe de distrito se fue a ver a su amigo Smetana en la cancillería imperial.

—El viejo se muere —le dijo Smetana.

—Quisiera ir a Schönbrunn —dijo el señor de Trotta. Y se fue a Schönbrunn.

La llovizna incesante envolvía el palacio de Schönbrunn como antes el manicomio de Steinhof. El señor de Trotta avanzó por la avenida, la misma avenida por donde había avanzado mucho, muchísimo tiempo antes, cuando iba a la audiencia secreta por asuntos de su hijo. Su hijo estaba muerto. Y el emperador se moría. Por primera vez desde que había recibido la noticia de la muerte de su hijo creía el señor de Trotta que su muerte no había sido casual. «¡El emperador no puede sobrevivir a los Trotta!», pensó el jefe de distrito. ¡No puede sobrevivirles! Ellos le han salvado y él no sobrevive a los Trotta.

Se quedó afuera. Se quedó afuera entre los criados. Un jardinero salió del parque de Schönbrunn; llevaba un delantal verde y la azada en la mano.

—¿Qué hace ahora? —preguntó a todos los allí reunidos.

La gente, guardabosques, cocheros, pequeños funcionarios, porteros e inválidos, como lo había sido el padre del héroe de Solferino, respondieron al jardinero:

—Nada nuevo, se muere.

El jardinero se alejó, desapareciendo con la azada, a cavar los bancales, la tierra eterna.

Suavemente caía la lluvia, cada vez más abundante. El señor de Trotta se quitó el sombrero. Los pequeños funcionarios de la corte creyeron que era uno como ellos o lo tomaban por uno de los porteros de la oficina de correos de Schönbrunn.

—¿Conocías al viejo? —preguntaron algunos.

—Sí —dijo el señor de Trotta—. Una vez habló conmigo.

—Ahora se muere —dijo un guardabosques.

En ese momento entraba el sacerdote con el Santísimo en el dormitorio de Francisco José. Francisco José tenía treinta y nueve y tres décimas; acababan de tomarle la temperatura.

—Vaya, vaya —dijo al capuchino—. ¿Conque esto es la muerte?

Se incorporó sobre los almohadones. Oía el murmullo incesante de la lluvia delante de las ventanas y percibía a veces el crujido de pasos sobre la grava del jardín. Al emperador le parecía que esos ruidos se alejaban y volvían a acercarse constantemente. A veces se daba cuenta de que la lluvia era la causa de aquel murmullo delante de la ventana. Pero al poco rato olvidaba que era la lluvia.

—¿De dónde viene ese susurro? —preguntó un par de veces a su médico de cabecera.

Ya no podía pronunciar la palabra «murmullo», a pesar de que la tenía en la punta de la lengua. Pero después de preguntar por la causa del susurro le pareció que efectivamente sólo oía un susurro. Un susurro era la lluvia y los pasos de las personas a su alrededor. Esta palabra, y los ruidos que con

ella designaba, le resultaba cada vez más agradable al emperador. Por lo demás, podía preguntar lo que quisiera, era igual, no se le oía ya. Movía únicamente los labios, pero él creía que hablaba y que los otros podían oírle, si bien con voz apagada, pero ni más ni menos que en esos últimos días. A veces se sorprendía de que no le respondieran. Poco después olvidó tanto sus preguntas como también su extrañeza ante el silencio de las personas a quienes se dirigía. Volvió a sumirse en el dulce «susurro» del mundo todo, vivo a su alrededor, mientras él se moría. Parecía un niño que abandona ya toda resistencia frente al sueño que le invade, dominado y arrullado por la canción de cuna. El emperador cerró los ojos. Al cabo de un rato volvió a abrirlos y vio la sencilla cruz de plata y las velas encendidas sobre la mesa esperando al sacerdote. Se dio cuenta entonces de que iba a llegar el padre. Movi6 los labios y empezó a rezar como le habían enseñado de pequeño:

—Yo pecador me confieso a Dios...

Pero tampoco se le oía ya. Entonces advirtió la llegada del padre capuchino.

—¡He tenido que esperar mucho! —dijo. Después pensó en sus pecados. «¡Vanidad!», le vino a la memoria.

—¡Eso! He sido vanidoso —dijo.

Fue repasando sus pecados como enseña el catecismo. «¡He sido emperador demasiado tiempo!», le parecía que al mismo tiempo moría, lejos de allí, en algún rincón, la parte de él que era imperial.

—¡También la guerra es un pecado! —dijo en voz alta.

Pero el sacerdote no le oyó. Francisco José volvió a sorprenderse. Cada día llegaban las listas de los muertos, la guerra duraba ya desde 1914.

—¡Ojalá me hubiera muerto en Solferino! —dijo. Pero no le oía. «Quizás estoy muerto ya y hablo como un muerto. Es por eso por lo que no comprenden», pensó. Y se durmió.

Afuera, entre los criados, esperaba el señor de Trotta, el hijo del héroe de Solferino, con el sombrero en la mano, bajo la llovizna incesante. Los árboles del parque de Schönbrunn resonaban bajo el murmullo de la lluvia que los azotaba lenta, paciente e incesantemente. Anochecía ya. Acudieron los curiosos. El parque se llenó de gente. La lluvia no cesaba. Los que esperaban se fueron turnando; unos llegaban, otros se iban. El señor de Trotta siguió siempre allí. Cerró la noche, las escaleras se fueron vaciando, la gente se fue a dormir. El señor de Trotta se acurrucó en el portal. Oía pasar coches, a veces alguien abría una ventana allá en lo alto. Oía voces. Se abrían puertas, se cerraban. No le veían a él. Seguía la lluvia, inagotable, lenta, un murmullo eterno entre los árboles.

Finalmente empezaron a tañer las campanas. El jefe de distrito se alejó. Bajó por los anchos peldaños, siguió por la avenida hasta la verja, que esa noche estaba abierta. Se volvió a la ciudad a pie, sin ponerse el sombrero que seguía llevando en la mano. No se encontró con nadie. Iba muy despacio, como detrás de un coche mortuario. Cuando amanecía llegó al hotel.

Se volvió a su casa. Llovía también en la capital del distrito de W. El señor de Trotta mandó llamar a la señorita Hirschwitz.

—¡Me voy a la cama, señora mía! ¡Estoy cansado! —le dijo, y se acostó, por primera vez en su vida, en pleno día.

No podía dormir. Mandó llamar al doctor Skowronnek.

—Querido doctor Skowronnek —dijo—, ¿tendría usted la bondad de traerme el canario?

Le llevaron el canario de la casita del viejo Jacques.

—Déle un terrón de azúcar —dijo el jefe de distrito.

Le dieron un terrón de azúcar al canario.

—Es un fiel animalito —dijo el jefe de distrito.

—Un fiel animalito —repitió Skowronnek.

—Nos sobrevivirá a todos —anunció Trotta—. ¡Gracias a Dios! —Después, agregó—: ¡Dígale al cura que venga! ¡Pero vuelva usted!

El doctor Skowronnek esperó hasta que el sacerdote se hubo marchado. Después volvió a la habitación del jefe de distrito. El viejo señor de Trotta yacía ahora tranquilo y sosegado en la cama. Tenía los ojos semicerrados.

—¡Déme su mano, querido amigo! —le dijo—. ¿Querría usted traerme el retrato?

El doctor Skowronnek se fue al gabinete, se subió a una silla y descolgó el retrato del héroe de Solferino. Cuando volvió con el cuadro entre las manos, el señor de Trotta ya no era capaz de verlo. La lluvia golpeaba suavemente contra los cristales. El doctor Skowronnek esperaba con el retrato del héroe de Solferino sobre las rodillas. Al cabo de unos minutos se levantó, tomó la mano del señor de Trotta, se inclinó sobre el pecho del jefe de distrito, respiró profundamente y cerró los ojos del muerto.

Era el día en que enterraban al emperador en la cripta de los capuchinos. Tres días después, el cadáver del señor de Trotta descendió a la tumba. El alcalde de la ciudad de W pronunció una oración fúnebre junto al féretro. Como todos los discursos de la época, el alcalde empezó con la inevitable referencia a la guerra. Dijo además que el jefe de distrito había dado su único hijo al emperador y que, a pesar de ello, había seguido viviendo y prestando sus servicios a la monarquía, sin desfallecer, hasta su último día. Mientras tanto, la lluvia incansable seguía cayendo sobre las cabezas descubiertas de los congregados alrededor de la tumba; llegaba un murmullo de los arbustos mojados de alrededor, las coronas y las flores. El doctor Skowronnek se esforzaba en mantenerse en posición de firmes en su uniforme de comandante médico de la milicia, al que todavía no estaba acostumbrado —evidentemente seguía siendo un personaje civil—, a pesar de que no creía que fuese una actitud adecuada para un entierro. «¡Bien mirada, la muerte no es un general médico, ni mucho menos!», pensó el doctor Skowronnek. Después se acercó a la tumba; era el primero en hacerlo.

Rechazó la azada que le daba un enterrador. Se inclinó y arrancó un terrón de tierra mojada, la desmenuzó en su mano izquierda y fue tirando con la derecha los pequeños fragmentos sobre el ataúd. Después se retiró. Pensó que era ya la tarde y que se acercaba la hora de la partida de ajedrez. Pero ahora ya no tenía con quién jugar; pese a todo, decidió irse al café.

Cuando salieron del cementerio el alcalde le invitó a subir a su coche. El doctor Skowronnek subió al coche.

—Me habría gustado mencionar —dijo el alcalde que el señor de Trotta no podía sobrevivir al emperador. ¿No le parece a usted, señor doctor?

—No sé —replicó el doctor Skowronnek—. Yo creo que ninguno de los dos era capaz de sobrevivir a Austria.

Delante del café el doctor Skowronnek mandó que se detuviera el vehículo. Se fue, como cada día, a la mesa de costumbre. El tablero de ajedrez seguía allí, como si el jefe de distrito no hubiera muerto. El camarero acudió para quitar el tablero.

—Déjelo, no es necesario —dijo Skowronnek.

Se puso a jugar una partida solo, sonriendo de vez en cuando al sillón vacío que tenía delante. Oía todavía el suave murmullo de la lluvia otoñal que seguía deslizándose incansable por los cristales.



JOSEPH ROTH. Nació en 1894 en una pequeña ciudad de Galitzia situada en la frontera oriental del Imperio Habsburgo. De 1916 a 1918 sirvió en el ejército austro-húngaro, un periodo de su vida rodeado de incertidumbre, durante el cual más tarde declaró haber pasado algunos meses capturado por los rusos. Posteriormente trabajó como periodista en Viena, Berlín y Frankfurt, cubriendo distintos acontecimientos en Europa. En 1933 abandonó Alemania y vivió principalmente en París y el sur de Francia. Fue una de las principales figuras de la oposición intelectual en el exilio frente a los Nazis. A pesar de todo vivió como un refugiado; a menudo incapaz de encontrar a nadie que publicara sus libros y acosado por la pobreza, la soledad y la desesperación, murió como consecuencia de su alcoholismo en 1939.

Joseph Roth escribió trece novelas, así como muchos relatos y ensayos. Atormentado por no haber llegado a conocer nunca a su padre, que había enloquecido antes de su nacimiento y muerto en Rusia en 1910, exploró frecuentemente las relaciones entre padre e hijo en sus obras. Este tema se entrelaza con las experiencias de la guerra y el antisemitismo: *Fuga sin fin* (1927) es la historia de un desilusionado oficial que vuelve a su hogar, y *Job* (1930) es el conmovedor retrato de un judío errante moderno. *La marcha Radetzky* (1932), una destacable crónica de la decadencia del Imperio Austro-Húngaro, fue continuada en una secuela, *La cripta de los capuchinos* (1938), que continua la historia hasta llegar al *Anschluss*, la anexión de Austria por la Alemania de Hitler. Roth es reconocido en la actualidad, junto con Thomas Mann, Proust y Joyce, como uno de los grandes escritores de la literatura moderna.